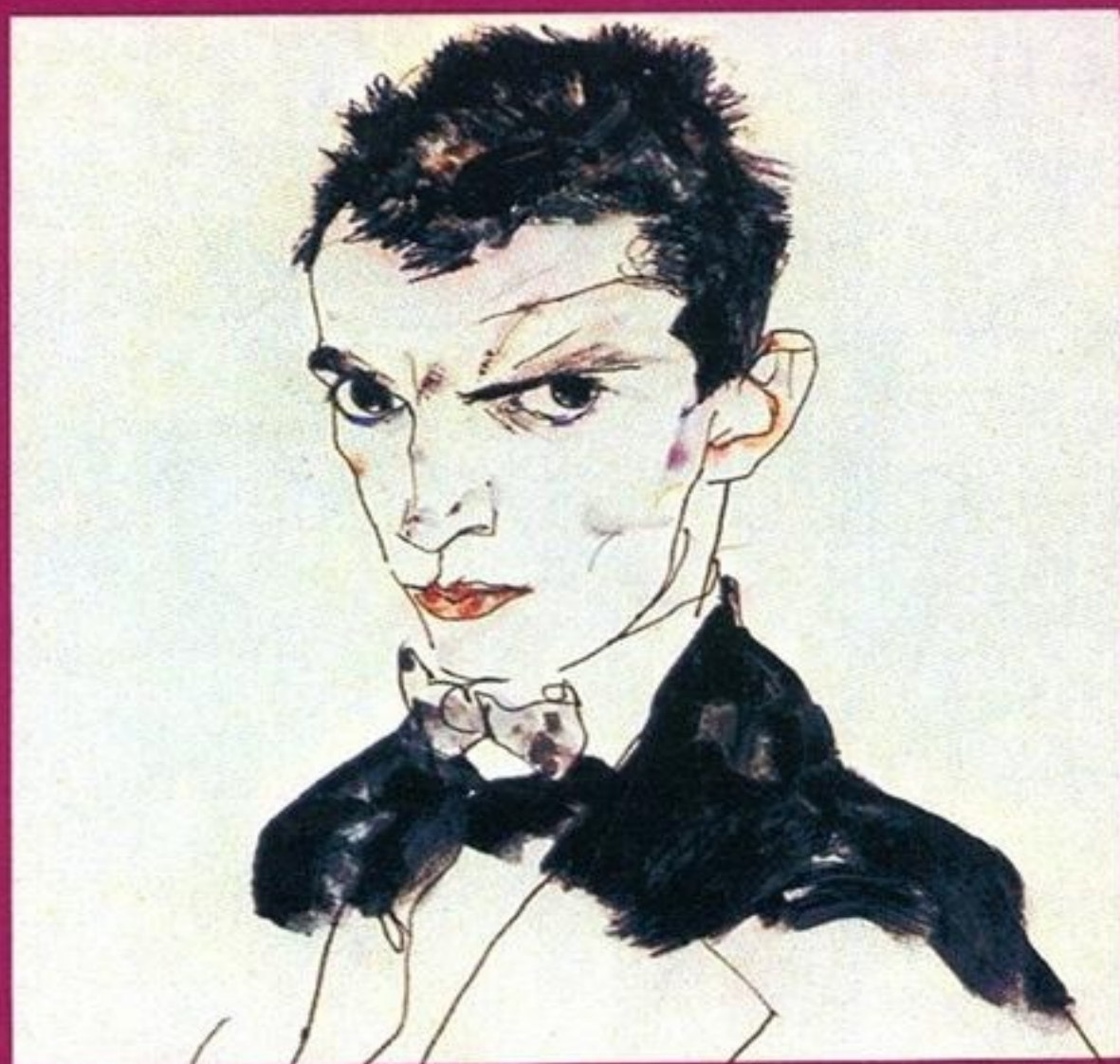


Félix de Azúa

Diario de un
hombre humillado



Lectulandia

El hombre humillado añora rabiosamente cierto mundo perdido, donde en lugar de pensar solo se vivía. Pero sabe que no es más que un contemporáneo, y que el nuestro es un tiempo de Grandes Pensadores. Rodeado por una detestable banalidad de orden zoológico, comprende que la suya ha de ser otra: una banalidad asumida, militante, guerrera, y a esa tarea dedica sus fuerzas; bastante mermadas, dicho sea de paso. Instalado en la soledad, explorador de su ciudad (en la que vive como un marciano), colonizador del azar, el hombre humillado pretende alcanzar la dignidad de perfecto insignificante. Para ello se sumerge en las zonas húmedas, se codea con el hampa, trabaja para un matemático mafioso, se asfixia en litros de Calisay, y acaba buscando un final súbito que interrumpa su Camino de Perfección. Desdichadamente, en ese preciso instante aparece un animal. ¡Y qué animal!

Durante nueve meses gestatorios, el hombre humillado (y estupefacto ante el mundo que le rodea) anota en su Diario breves homenajes a los Grandes Hombres de Antaño, perversas venganzas contra los pelmazos con Fuerte Personalidad, y reflexiones (tan agudas como lunáticas) acerca de diversos asuntos de acuciante actualidad como, por ejemplo, la dificultad cada vez mayor de contratar asesinos a sueldo, la imposibilidad de tener hijos legítimos, o las letales consecuencias de la lectura, las bellas artes y la inteligencia.

Con esta novela, el autor prolonga la investigación iniciada en *Historia de un idiota contada por él mismo*, un monstruoso cruce de Dickens y Dostoievski, que constituye uno de los proyectos narrativos más serios de nuestro tiempo.

Lectulandia

Félix de Azúa

Diario de un hombre humillado

V Premio Herralde de novela

ePub r1.1

Titivillus 03.09.15

Título original: *Diario de un hombre humillado*
Félix de Azúa, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimiento

Con su habitual generosidad, Pere Gimferrer leyó esta novela en manuscrito y tuvo la amabilidad de sugerirme algunas correcciones; todas ellas atinadas, elegantes y severas. Conste aquí lo mucho que a él le debo —y no solo en este libro— tras veinte años de amistad, cine y literatura.

Primera parte
Un hombre banal

2 de enero

Hace ya varios meses que vengo utilizando, con fines estrictamente privados, una frase leída, si no recuerdo mal, al pie de una pintura cuyo aspecto se ha borrado ya de mi memoria, sin duda por dar mayor espacio a las palabras. Esta sentencia es (y me sube un ligero rubor al transcribirla aquí), «el hombre es la boca del Señor». Voy a procurar, en este año que comienza, mantener la frase en vilo sobre mi cabeza como si fuera una espada; o quizás a la manera de los generales romanos cuando regresaban victoriosos de cualquier carnicería y eran escoltados por un esclavo que les gritaba al oído: «recuerda que eres mortal» durante el completo transcurso de la procesión triunfal.

La frase compareció en mi vida justo en el momento propicio, pues había yo llegado a la conclusión de que era procedente perderse de vista, y necesitaba con urgencia una divisa similar a las que figuran en los escudos de armas. Tales divisas tienen la virtud de alumbrar un nuevo sentido para cada nueva generación, y dejan asombradas a las gentes sencillas por su justeza y oportunidad, como si en ellas hubiera algo de milagroso cuando, en realidad, no hay nada de nada. Ahora bien, ¿cuántas fantasías no encienden frases como *per aspera ad astram* o similares? Pues así hago yo también uso de mi frase desde que tomé la decisión de borrarla del mapa. A ella acudo, como a un amuleto, para encontrar consejo cuando debo decidir sobre asuntos que me son absolutamente indiferentes.

En la actualidad vivo aquí como un forastero, a pesar de que habito en esta ciudad desde que tengo uso de razón, y conozco sus plazas, barrios y calles como conozco mi propio cuerpo, es decir, sin asombro, claro, pero sin hastío. Mejor que «como un forastero» quizás debería decir que habito como un muerto. Pero, en todo caso, un muerto banal. Aun cuando muchos se inclinarían por considerar más adecuada la palabra «fracaso» —que acepto y hago mía si fuera necesario—, creo más exacto hablar de «banalidad» ya que, sinceramente, no ha habido batalla y mal puede haber derrota; nada he perseguido y nada he alcanzado. Estoy muerto de banalidad, que no de fracaso. Ni siquiera he podido concebir una lucha, en ausencia del vigor y el talento imprescindibles para inventar un enemigo. No he tenido ocasión de medirme con nada ni con nadie, así que carezco de medida. No quiere ello decir que yo sea desmesurado o inconmensurable, ¡no, por Dios!, quiere decir que soy mediocre, a saber, portador de esa medida tan molesta que no mide nada singular, sino más bien lo general e insignificante, aquello que no sobresale, lo que difícilmente se percibe, se oye, se toca..., en resumidas cuentas, lo EVIDENTE. Soy medida de cualquier cosa y a cualquiera me adapto y acomodo sin irritación. Igual albergue encuentro en un ascensor que en el bosque, en el océano que en medio de la muchedumbre. Para mí la célebre proposición revolucionaria de extrema izquierda, tremenda, apoteósica, que dice «todos los hombres son iguales», no está cargada de valores heroicos y

liberadores, sino de la opaca y pelmaza vaciedad de las puras constataciones, pues no solo son todos los hombres perfectamente iguales, sino que yo soy el primero en serlo.

Tanto énfasis puede despertar algún recelo, así pues, me apresuro a añadir que, en efecto, alcanzar la dignidad de perfecto desconocido es algo que me está causando enorme esfuerzo pues, frente a lo que pueda parecer, todos nosotros, hombres modernos, nos conocemos hasta la náusea y somos incapaces de darnos una sorpresa. Mantenemos una relación conyugal con nosotros mismos sin el menor resquicio para el humor. Así que, como vengo afirmando y afirmo de nuevo, esto de aprender a ser un perfecto desconocido puede resultar incluso doloroso. Yo, insisto, llevo camino de serlo, pero aún no lo he conseguido, qué va, de manera que todavía me enfadan algunas cuestiones, gente que empuja, gente que grita, como si a estas alturas aún creyera en la posible victoria sobre los bellacos. Es inercia difícil de arrancar que se arrastra de los tiempos en que me creía protagonista de mi propia vida.

Una condición imprescindible para el perfecto desconocido es la soledad, sin la cual todo sería sosa jactancia. He aquí la razón por la que he decidido escribir cuanto me acontezca, pues tengo la certeza de que algo va a sucederme. Solo escriben diarios los solitarios y los fatuos. Yo creo poseer ambas virtudes. Téngase bien presente que un hombre aislado de sus semejantes es, indudablemente, un hombre nuevo a cada momento. En consecuencia, solo mediante el uso de este Diario podré reconocirme y encontrarme, si es que me pierdo.

3 de enero

Me creo en la obligación de ofrecer una imagen de mí mismo. De ese modo, los acontecimientos que sin duda van a producirse pertenecerán fatalmente a un objeto reconocible. Todavía me asustan las voces sin cuerpo. Procedo a describirme. Supero una gran repugnancia, pues soy de naturaleza cerrada. En mis ataques de euforia invento todo lo que puedo, aterrado ante la posibilidad de dar a conocer lo que yo mismo ignoro. Procedo a describirme.

Mi cuerpo es más bien grande, de huesos anchos. Las costillas son mi sección ósea más particular; sí hincho el pecho —cosa que hago muy rara vez y siempre con tristeza— parezco un gran simio. Sin embargo no soy fuerte, ni mucho menos; mis muñecas y tobillos son delgados, casi femeninos; las manos, pequeñas y con tendencia a la transpiración; los dedos quebradizos, como canutos de hojaldre. Lo peor, con diferencia, son mis caderas, desproporcionadas, avícolas, con nalgas planas y flácidas, cubiertas de vello rojizo. Esa cintura blanda, estúpida, se sostiene sobre dos piernas arqueadas hacia afuera, lo que me da un aire de ganso.

Con todo, soy atractivo. Mi rostro, aunque no supera lo ordinario, tiene una expresión concentrada, cerril, fácil de confundir con la inteligencia. Las pestañas son

largas, lo que despierta el instinto protector de las mujeres y distrae de mirar mis orejas, cuyos lóbulos son excesivamente pendulares y rosados; lóbulos de presbítero. Tengo los pies grandes —calzo un cuarenta y cinco— pero son finos y lampiños. Me gustan mucho. Esta exagerada planta no se corresponde con mi altura, apenas metro setenta y cinco; en consecuencia, poseo un gran aplomo. Lo de la altura no me inquieta; tengo comprobado que los hombres altos solo agradan a las personas sin imaginación como los niños, el servicio doméstico o los taxistas; gente que solo distingue cosas muy simples como «grande», «fuerte» o «negro». He reservado para el final lo mejor de mi persona, el cabello, que es pajizo y ondulado; lo dejo crecer hasta los hombros para no perder de un modo irremediable mi amor propio.

Semejante descripción puede dar a pensar que soy un individuo conspicuo, fácil de distinguir; la típica persona utilizada para orientarse («a la derecha del calvo», «a la izquierda del bizco»), pero, por desgracia, nada más alejado de la verdad. Mi complexión coincide con un tipo muy ordinario al que la medicina clásica denominaba «melancólico», de modo que no llamo la atención. Me consuelo pensando que tampoco la llamaría un hombre de complexión perfecta. En nuestros tiempos solo llama la atención el monstruo, a saber, aquella persona que, dentro de un modelo o familia perfectamente definido, posee un rasgo aberrante y dislatado. Esto es debido a que ya no podemos atender a más de UNA excitación a la vez. Nuestro organismo está podrido.

Como es natural en un melancólico, soy propenso al suicidio. Dudo en cambio de que pudiera matar. Si alguna vez, por azar, tuviera una vida ajena a mi disposición, preferiría el estrangulamiento. Una muerte producida con el cuerpo es menos culpable que una muerte ayudada de elementos mecánicos (daga, revólver, soga) o químicos (cicuta, gas). La intervención de APARATOS le hace a uno doblemente responsable; primero por el asesinato mismo, y segundo por el uso perverso de la herramienta, la cual, en sí misma, es inocente y neutra. Verbigracia: después del uso dado al gas por parte alemana, apenas hay ventas de refrescos carbónicos en países del área teutona. A mi, desde luego, no me cazarán. Las responsabilidades son una lata.

5 de enero

En mis paseos solitarios siento a veces la nostalgia de las actividades colectivas. Por ejemplo las de aquellas épocas en que el oficio determinaba una vida desde el nacimiento. Uno era del gremio de tintoreros, por así decirlo, desde el útero. Las calles del sur (no son EXACTAMENTE del sur; las llamo así por su proximidad al mar) tienen nombres colectivos: calle de Panaderos, de Curtidores, de Sombrereros, de Esparteros... En ocasiones aparece un tipo individual, alguien que se singularizó en

aquel hormiguero: la calle del Ladrón de Asnos. La protección del oficio imponía una vida secreta y comunera de la que solo en las Fiestas se mostraba la porción visible; el pendón, el santo patrón, las canciones de doble sentido. El resto del año transcurría en el secreto de los obradores, las fórmulas alquímicas, las disciplinas de aprendizaje. Los oficios formaban guerrillas de trabajo, cada una bajo su dios tutelar atacando AL MUNDO con un horno, una lezna, un parche de cuero, un yunque. Desde entonces, trabajar se ha convertido en algo asqueroso. ¡Aquellos guerreros del trabajo, siempre enfrentados a su enemigo secular, la horda bruta y ociosa de los soldados! Hoy no hay quien los distinga. Solo en alguna rara ocasión la hoz y el martillo aparece como lo más noble y civilizado que hemos traído a este mundo de águilas imperiales. Signos de la labor y de la civilización, frente a la bestia destructiva y la cruz nihilista del ajusticiado. Pero esto, solo en rara ocasión. Últimamente, nunca.

En los barrios altos, hacia la montaña, en las llamadas zonas residenciales, las calles llevan nombre propio; premio póstumo a algunos peones ascendidos. Nombres de gente zalamera, calle de Balmes, calle de Madrazo; nombres de gente con espolón, calle del General Mitre, calle de Alfonso XII; nombres de gente levítica, calle de Valls y Taberner, avenida del Doctor Andreu... El nombre propio le da a la calle un tufillo de propiedad privada, de finca, que empuja a circular más deprisa, furtivamente.

Tras la muerte del general Franco, muchos nombres han sido cambiados. Los muertos se removían inquietos en sus tumbas. Durante meses se escuchó el crujir de ilustres huesos, repique de calaveras, entrechocar de esqueletos agraviados. En las calles recién bautizadas flotaba el aroma de los nichos abiertos. La ciudadanía bailaba borracha, celebrando clásicamente el fin de un tirano. Al olor de vino y petardo se sumaba el de moho y arcilla fresca. Fueron días fantásticos durante los cuales pudo verse a San Cosme y San Damián cabalgando por el cielo, sobre las nubes de poniente.

Una vez acabadas las celebraciones, decidí exiliarme de mí mismo y comenzar la exploración. Es algo muy frecuente entre los huérfanos, cuando comprenden que ya es inevitable ponerse en la primera fila. Una sensación de estar de puntillas. Simultáneamente, mis padres volaron por los aires.

8 de enero

Ocupo todo el tiempo que puedo en dar largos paseos por la ciudad. Me imagino, a vuelo de águila, como un punto diminuto que se desplaza por los pasillos urbanos, entre murallas de ladrillo. Veo entonces las calles como desagües ligeramente inclinados hacia el mar. Desde la altura, esta ciudad es un circo en suave pendiente. A veces me pregunto si en una capital portuaria, como esta, hay alguna fuerza que

empuje a los ciudadanos de norte a sur. ¿Estamos continuamente CAYENDO hacia los muelles, sin saberlo? Incluso he ingeniado posibles experimentos. Verbigracia: dado un error en la orientación de un notario, ¿qué es más frecuente?, ¿la elección «mar» o «montaña»? Se encuentra en Consejo de Ciento, pero en realidad él quería ir a Diputación. No sabe hacía dónde tomar. Se rasca la frente. De pronto, echa a andar. ¿Hacia el sur? ¿Hacia el norte? Este experimento, para ser científico, debe repetirse no menos de mil veces.

Otra demostración rigurosa: los transportes públicos OBLIGAN a la gente a caer hacia el mar. Los transportes que van de sur a norte y de norte a sur son variados, eficaces, servidos por gente del país, enmoquetados, con obsequios añadidos al precio de venta del billete. El eje transversal, apenas existente, consiste en una perforación chapucera, lóbrega, roída de goteras, por la que circula un equipo comprado a los alemanes en 1927. Muchos pasajeros mueren electrocutados al tocar las ventanas o los cerrojos manuales de los vagones. Otros caen víctimas de la delincuencia, que ha hecho *suyos* los pasillos hasta el punto de que, en algunas estaciones, hay que pagar un pecho. Durante muchos años, siendo yo niño, hube de tomar esta combinación viajera: para ir de la plaza Lesseps a la Universidad, dieciséis estaciones. La oruga infame bajaba hasta el puerto y SOLO ENTONCES volvía a ascender hasta la Facultad. Era como ir de París a Berlín pasando por Roma. El diseño ha sido minuciosamente estudiado para mantener a la clase obrera encerrada en los subterráneos durante el mayor tiempo posible. Inútil hablar de la circulación de superficie. No existe. Esta embozada desde hace muchos años y los automóviles aún no han podido ser desplazados del lugar donde quedaron.

No resultará extraño, tras lo dicho, que mis paseos tengan como objetivo llegar lo antes posible a la llamada Parte Vieja, dejándome llevar por la inercia. No hace falta ni caminar; se llega flotando como un despojo empujado por corrientes invisibles. Todos los días MILLARES de ciudadanos caemos en la Parte Vieja como si fuéramos conejos de laboratorio; y, al igual que ellos, si tratamos de huir aún nos ponemos más próximos al punto elegido por los científicos. Luego regresamos trabajosamente a nuestras jaulas, lamiéndonos las marcas de los electrodos.

En alguna ocasión he tratado de romper el conjuro y caminar de este a oeste, en lugar de hacerlo de norte a sur; he tratado de ir HACIA el Aeropuerto, o, alternativamente, HACIA los depósitos de gas. Jamás lo he logrado. En esa dirección no hay límite; nunca se llega a ninguna parte, a menos de que uno sepa exactamente adonde va, y sobre todo para qué. Aquellos que ignoramos adonde y para qué vamos, nos perdemos sin remedio. Después de atravesar campamentos bereberes y pistas clandestinas de aterrizaje, acabamos por tomar un taxi y pedirle que nos devuelva al sur o al norte, a la montaña o al mar, arriba o abajo, como si fuéramos osos enjaulados por una Potencia Cruel. Así subimos o bajamos, bajamos o subimos. Todos los días. En ocasiones, varias veces al día.

12 de enero

Soy un hombre irremediabilmente banal. Insisto mucho en ello porque la mía no es una banalidad zoológica, como la de la inmensa mayoría de la población (¡quién no ha pensado alguna vez en el funcionario que cepilla y enjaeza los elefantes, a sueldo del ayuntamiento de Bombay!), ni mucho menos; la mía es una banalidad asumida, reflexiva; en una palabra, una banalidad MILITANTE. Quizás se entienda mejor si digo que soy un hombre con pretensiones de banalidad.

Una insistencia tan descarada, sin duda invita a sospechar lo contrario; invita, lo adivino, a tomarme por un petulante, por alguien con un elevado concepto de sí mismo y en quien los esfuerzos por convertirse en un hombre banal son innecesarios pues YA ES un hombre banal, aun cuando su vanidad le empuje a creer lo contrario. Esta malévolamente interpretación solo puede darse en individuos que no han comprendido el valor y la dificultad de la banalidad, individuos que siguen confundiendo banalidad con vulgaridad.

En cuanto a ese «concepto de mí mismo», no es ni grande ni pequeño. Todos estamos sometidos a la Ley de las Dos Lentes, según la cual todo se ve exageradamente grande —por ejemplo «yo»— o exageradamente pequeño —por ejemplo «el mundo»—, con lo que vamos cambiando incesantemente de visión, horrorizados por la desproporción de cuanto vemos. Así que, en lo tocante a «concepto de mí mismo», yo estoy harto de llevarme a cuestras, harto de verlo todo desde la altura de MI borrico, pero convencido de que cualquier esfuerzo para cambiar de altura supone una altísima capacidad de inocencia.

Todo lo cual puede parecer terriblemente MORAL, y sin embargo no lo es, a menos de que la fisiología sea un modo de moralidad, pues lo cierto es que no podía seguir como estaba, sometido a la insana sensación de pasar un examen interminable. Un examen que había comenzado el día de mi nacimiento y no se acabaría hasta verme con media tonelada de tierra sobre la boca. Un hartazgo de tratar de ser lo que ya ni sabía si quería ser. Y coincidió tan enorme cansancio de yo mismo, con la muerte súbita y completa de mis padres. Volvían de Sitges por esa carretera diseñada con el fin de equilibrar los aumentos de población desmesurados que introdujo la medicina preventiva, cuando saltaron al vacío en las costas de Garraf, volaron un rato desconcertando a las gaviotas y se hundieron para siempre en el mar. Era de noche y tardaron tres días en localizar el coche; la factura fue de alivio.

No voy a decir que su desaparición me causara una alegría, ni mucho menos. La costumbre nos aprisiona con grilletes muy sólidos, de tal modo que resulta imposible no sentir dolor cuando perdemos a una persona cuya presencia en el mundo damos por descontada, del mismo modo que sentimos dolor al perder cualquiera de nuestros hábitos, sean estos los de ser hijos de alguien, vivir en tal o cual lugar, o poseer muelas en el maxilar derecho. Toda pérdida o añadido nos obliga a una pesada

gimnasia de nuevas costumbres —ser huérfano, vivir en otra calle, masticar por la izquierda— y es la repugnancia de la nueva identificación, por el mucho trabajo que requiere, lo que acaba por hacernos sentir un vivísimo dolor que confundimos con nuestros «sentimientos». Y eso fue lo que me sacudió al enterarme del accidente; el dolor de tener que verme a mí mismo, de nuevo. Se me acababa de morir Franco, y aún andaba yo sin saber cómo llenar el hueco, y se me mueren los padres. Y ambos. Y juntos. Todos.

Quedar huérfano era adquirir un carácter para el que no estaba preparado. Durante los funerales y el entierro me mantuve en un estado de estupefacción que bien pudo pasar entre mis familiares por hundimiento espiritual. Uno de mis tíos —parentesco en el que abundo— se me aproximó durante las exequias para farfullarme al oído algunas incomprensibles nociones sobre indivisos, derechos reales, cuentas a la vista y dinero negro. En aquel momento no logró interesarme, pero puso la semilla de una idea. Yo ignoraba el montante de mi patrimonio, entre otras razones porque nunca había existido confianza entre mis padres y yo, separados como estábamos por el más ancho de los abismos, a saber, conocernos mutuamente a la perfección, pero no era preciso ser muy perspicaz para comprender que si mi tío se tomaba la molestia de aconsejarme, alguna importancia tendría.

Este hermano de mi padre, como todos los financieros, no solo sufre cuando ve mermados sus beneficios, sino también cuando ve mermados los beneficios ajenos, siempre y cuando no sea en su propio provecho. Yo le he visto recoger una propina depositada por un desconocido en la mesa de al lado, salir corriendo, y entregársela diciendo: se ha dejado usted olvidado este dinero. Su indignación era mayúscula. Estos nuevos ricos acabarán por hundir la moral de los obreros, sentenció. No pudo terminarse la lubina. Y es que tan interesante modelo humano ve en el dinero una forma oscura de vida. En mi despreocupación yo era, a sus ojos, tan culpable como el desalmado que deja desangrarse a un herido en plena vía pública.

Si mi heredad era de la discreta magnitud que yo sospechaba, ya no tendría que volver a preocuparme por el sustento, con tal de renunciar a cualquier forma de HISTORICIDAD, es decir, si me mantenía soltero, huérfano, sin hijos (falta esta palabra en nuestra lengua, y en cambio existe «alopecia», es una vergüenza), sin amigos (también), sin familia, sin negocios, sin trabajo, sin casa, sin perro, sin portero..., en fin, aislado en mi nulidad, en mi banalidad, como un hongo cuyo único orgullo, dentro de su modestia, consiste en no necesitar prácticamente de nada, ser, por lo general, incomedible, cuando no venenoso, y estar adornado de bellos colores a los que las moscas no son indiferentes. Este destino se me apareció entonces como el más inteligente y honesto.

Concluidos los ritos fúnebres, mantuve una conversación con mi tío con el fin de averiguar, no sin cierta inquietud, de qué capital podía yo disponer si vendía los dos pisos, el de Muntaner y el de Ganduxer, los dos coches (¡Ep!, dijo mi tío, ¡uno!; ya había olvidado el montón de chatarra que soltó de entre los dientes esa bestia llamada

costas de Garraf), la finca de Blanes, y restantes zarandajas. ¿Zarandajas?, exclamó el tío Enrique, rojo de confusión. Trató de hacerme ver que el dinero desnudo, los billetes de banco, son como agua de torrente; el verdadero dinero (recalcó lo de «verdadero») nunca es papel moneda, sino construcción, edificación, cosa, propiedad, PROPIEDAD, y que convirtiéndolo todo en dinero mondo y lirondo no haría sino esfumarlo por los aires. No me dejé intimidar e insistí en saber la cantidad EXACTA. Cuando por fin, tras múltiples vacilaciones, insistencias, carraspeos y silencios, alcancé a calibrar una cifra aproximada, comprendí que podía convertirme en un hombre banal. Le rogué que liquidara toda propiedad liquidable y vigilé durante dos meses las transacciones. Por fin, cuando todo hubo concluido, me presenté en su despacho con el ánimo ligero, tras un copioso desayuno.

El despacho de Vía Layetana tiene su puerta junto al gabinete de numismática Gudiol. Cuando de pequeño visitaba a mi tío, lo que hacía con cierta frecuencia por ser el hombre fuerte de mi familia y quien administraba a mi padre, las severas piezas que se exhibían en el escaparate de Gudiol me parecían una advertencia de las riquezas que escondía en su casa el tío Enrique, hoy Enric. Aquellas monedas estaban allí como el enorme flexible que anunciaba la sombrerería Prats, a saber, con la intención de sugerir al transeúnte los tesoros que le aguardaban en el segundo piso.

Contra todo pronóstico, en el segundo piso no había tal tesoro, si exceptuamos al señor Torras. También hoy ha acudido a abrirme la puerta. El señor Torras me ha visto crecer, vio crecer a mis padres, y no vio crecer a mis abuelos porque la Providencia no permite la vejez más que en un solo sentido; de no ser así, el señor Torras habría envejecido hacia atrás con el único fin de ver crecer a mis abuelos. En la actualidad el señor Torras cuenta noventa y tres años de edad y continuada labor en el despacho de mi tío Enrique, del padre de mi tío, y del abuelo de mi tío. Con una sonrisa que apenas arruga su cara gastada como un billete de cinco duros, el señor Torras ha expresado el mayor contento de verme, ha procedido a confundirme con mi padre y luego con mi abuelo, de manera que ha sufrido un triple ataque de alegría por ver a toda la familia de un solo golpe. Al eco de sus jubilosos aullidos, semejantes al ladrido de un pomerania, ha comparecido mi tío Enrique. ¡Au, au!, ha dicho, no por sumarse al júbilo del señor Torras, sino por quitárselo de en medio: ¡Au, señor Torras, ya está bien, ya está bien, es suficiente, es suficiente! Con una suave presión sobre los hombros del señor Torras, mi tío le ha girado en dirección al pasillo. ¡Au!, señor Torras, ara hemos de acabar el interbancario, ¿eh?, y si nos queda tiempo antes de plegar, el ejecutivo de Pallarisa, ¿eh? ¡Au, señor Torras, que aquí no se le paga por hacer de ama seca! El señor Torras se aleja por el pasillo dando saltitos de alegría cada vez más distanciados, hasta apagarse tras una puerta de nogal. ¡Este señor Torras! Si le dejáramos, no daría golpe en toda la jornada. A medida que se va haciendo mayor, empeora. No se qué vamos a hacer cuando sea viejo.

En el despacho del tío Enrique hay una biblioteca. Una auténtica biblioteca de libros encuadernados. Bien es verdad que los libros son de la colección Austral, pero

dado que lo importante es la encuadernación, siendo esta la parte externa y visible del adminículo, ¿por qué bendita razón tendría que haber gastado más en el relleno? Durante un tiempo acarició la idea de encuadernar diarios, pero le disuadió la cantidad de superficie acartonada necesaria para darles consistencia.

Una vez acomodado en el sillón de olivo con cabezas de conquistador buriladas sobre el respaldo, ha entrado en harina. El tío Enrique sufre una continua desazón nerviosa que le obliga a guiñar los ojos como deslumbrado por destellos de magnesio, lo que confiere gran atractivo a su conversación. ¡Muy bien, *ganapia*, muy bien! Hemos cumplido el deseo, el encargo, la *feina* que nos fue encomendada, ¿eh?, la hemos cumplido. Hemos reconvertido lo reconvertible y liquidado lo liquidable, ¿eh?, bonificado lo bonificable y rescindido lo rescindible, ¿eh?, luego hemos puesto a trabajar todo el paquete, así que esperamos sobre un once por ciento bruto por la parte limpia y un ocho y medio neto por lo negro, ¿eh?, todo a la vista y a doce meses, rendimientos acumulados a la entrega de inversión. ¿Era eso lo que querías? ¿Hemos cumplido nuestra parte? Ahora llamaremos al señor Torras —¡señor Torras! — para que nos entregue los resguardos, los avales, los certificados, las libretas, los números de depósito, los endoses —¡señor Torras!—, la agenda de escay con los vencimientos marcados en rojo —¡señor Torras!—, coño de hombre, es que ya ni oye, no sé qué vamos a hacer dentro de unos años...

El señor Torras comparece como una proyección de linterna mágica; vuelve a confundirme con mi abuelo, levanta los brazos enfundados en unos manguitos de hule, lágrimas de alegría caen directamente de sus pómulos al suelo pues carece de mejillas por donde puedan resbalar, pero el tío Enrique detiene la emocionante escena: ¡Señor Torras, ya está bien, ya está bien señor Torras! Lléveme ahora mismo lo de Indubán, lo de la Caixa y lo del Santander, señor Torras, ahora mismo, venga, venga... Mi tío acelera el guiño de ojos y se mesa el cabello, es decir, el único cabello que con industria faraónica entretiene sobre la calva hasta cubrir la casi totalidad de su superficie. Este cabello, una vez desenrollado, puede alcanzar los setenta y cinco metros de longitud. Ya ves, aquí le mantenemos al señor Torras por no crecer el paro, que los empresarios somos creadores de riqueza nosotros, pero los empleados... ¡Me gustaría verles en Rusia! ¡Allí sí que *pencan*!

El señor Torras regresa con un montón de expedientes en los brazos; le llegan a la altura de las cejas. Camina tanteando con la punta del pie, como una bailarina, y al tropezar en la maciza mesa de olivo desparrama el conjunto por encima del sobre. ¡Señor Torras, señor Torras, puñeta, ya está bien, ya está bien! ¿Qué diría su padre si le viera, eh? ¿No se da usted vergüenza? ¡Usted es un *bandarra*, señor Torras! ¡Salga de aquí señor Torras, salga de aquí!

A pesar de la cascada de guiños, quien se va soy yo. Me basta con saber en qué bancos tengo cuenta corriente; yo mismo iré a por las chequeras. El resto prefiero que permanezca bajo la tutela del señor Torras y de mi tío, a quien en estos momentos le está lloviendo en ambos ojos con gran intensidad; por un instante veo sus pupilas a

través de una fina película atascada. ¡Pero hombre, pero hombre! ¡Gracias por la confianza! Tú sabrás lo que haces, pero te voy a dar algún consejo, ¿eh?, como lo habrían hecho tu padre y tu madre, pobrecitos, a quienes todo se lo debes, porque tú no has pegado sello en tu vida, ¿eh?, mucha literatura y mucho cuento, pero una mano delante y otra detrás. Bueno, pues de los activos no gastes más del cinco por ciento anual, o, como mucho, el seis, ¿entendido?, que debes reinvertir al menos lo que se vaya en redimensionar la masa anual, ¿eh?, y no me andes con putas, o sí vas, que sean caras, y los cheques fírmalos siempre con fecha del día siguiente, aunque no esté permitido, quien día pasa año empuja, un médico muy bueno es el doctor Medina, que ha cuidado a la familia desde toda la vida y viene a salir por las dos mil quinientas la visita... Y así sucesivamente.

Una vez en la plaza de San Jaime me detengo en la numismática Gudiol. Sobre el terciopelo gris reposa una colección romana. Los perfiles imperiales se miran el cogote haciendo cola para el reposo eterno. La última moneda pertenece a la época de Suetonio; un busto esquelético con cuello de pollo que recuerda vagamente al señor Torras, su contemporáneo. Solo es preciso UN POCO de dinero para dejar de existir, para no representar papel alguno en esta comedia cuyo autor ha evitado cuidadosamente comparecer en escena. Ni siquiera la ha firmado. Los ingredientes para una «desaparición en persona» son los siguientes, a saber, las ganas, el dinero arriba mencionado, y una ciudad grande —no es preciso que sea una gran ciudad—, ya que desaparecer en el campo es simplemente perderse, con el consiguiente esfuerzo para la Guardia Civil, y en un pueblo no es posible desaparecer dada la precariedad de funciones que la escasa población se distribuye. Una vez conseguido el dinero, habidas de antemano las ganas, ya solo me falta alquilar un apartamento sórdido en cualquier ridículo hotel de la zona norte, en donde guardar este cuaderno.

13 de enero

A pesar de todos sus inconvenientes —y los hay a patadas— las ciudades grandes, TODAS las ciudades grandes, están bien hechas. Y están bien hechas porque no conocemos otro modo de hacer ciudades. No conocemos el modo de hacer ciudades mal hechas. Las diferencias entre Viena y Ciudad Real no admiten comparación alguna; son dos fatalidades, dos golpes de dado sin jugador, y lo que es más grave, sin nadie con quien apostar. Así que todas las ciudades grandes, junto con las sociedades que albergan, son las mejores ciudades y sociedades posibles. Lo cual no es excusa ninguna; pueden ser francamente abyectas. Ello es debido a que las ciudades, como los hombres que las habitan, tienen amos. Y los amos hacen y deshacen dentro del estrechísimo ámbito que les permite seguir siendo amos. Al fin y al cabo una ciudad es un pedazo de tierra, y todo pedazo de tierra tiene amo, incluido

el desierto. Los amos de esta ciudad decidieron poner a los pobres abajo y a los ricos arriba. La proximidad del puerto creaba un semicírculo insalubre, difícil de controlar, muy útil para los negocios ilegales dada su condición laberíntica y semiexplorada. En consecuencia, es allí, en la zona sur, donde se ha ido amontonando una zoología y una microbiología realmente notables. Es frontera de oriente y occidente. Hay esquinas arrancadas de Nápoles, pero basta doblar el canto para hundirse en una pestilencia turca. Allí están las iglesias muertas, como animales disecados.

Los dueños de la ciudad viven al norte, lejos de un mar que siempre han temido o despreciado pues la mayoría de ellos son emigrantes de secano y guardan un horror arcaico a las extensiones ilimitadas, a lo incontrolado, a lo indefinido, a lo indeterminado. Esta es gente de tapia y verja, de huerto protegido trabuco en mano. Por tal razón la ciudad se ve dividida en dos zonas simbólicas que deben ser respetadas por cualquiera que haga testamento. Sin embargo, se trata de un reparto simbólico en sentido estricto, pues siendo la parte norte un pasillo estrecho, ahogado por un anillo de montes, asfixiado como un hogar atiborrado de baratijas, nunca ha logrado la coherencia y solidez de un barrio residencial verdadero. Ni mucho menos. Los amos, acuciados por la codicia, vendieron sus modestas residencias ajardinadas, las únicas que habían logrado elevar en la turbulencia obrera del siglo diecinueve. En su lugar levantaron, a lo alto, los neutros bloques actuales, difíciles de distinguir de los bloques obreros. De hecho solo se diferencian en el precio, las losetas del baño y la gorra de algún que otro portero. El resultado ha sido el caos. Muchos amos se encuentran desperdigados por diferentes barrios, a cuál más sórdido, o se esconden como hurones en los gallineros habitados por sus sirvientes. Esta dispersión les ha privado de una conciencia que no sea la puramente económica, pues carecen de centros de reunión, de sedes sociales, de vestimenta establecida, de acento peculiar. Es muy fácil confundir un amo con un delincuente común, y fácil es también tomar al delincuente común por un patricio. La ciudad solo respeta el oro. Así que sus amos pelean entre sí como árabes y chacales.

La debilidad básica de los amos ha propiciado el endeudamiento extranjero. Cada uno de los amos, sin conciencia de clan, obedece órdenes de señores foráneos; la ciudad es, desde hace siglos, una colonia de antiguos forajidos castellanos. Tal condición favorece mi proyecto, ya que el espíritu de la ciudad es un espíritu de fracaso, desunión y pérdida. La tragedia de ser una colonia no ha hecho, en absoluto, más compasivos a los amos respecto de sus siervos, sus compatriotas. Muy al contrario. Precisamente por tener que rendir cuentas a sus señores feudales, los amos son extremadamente crueles y expoliadores de sus propios paisanos.

Por su parte las hordas de miserables viven, a su vez, aisladas, cada cual con su tribu, sin apenas mezclarse. Para ellos la ciudad es un lugar de paso. Vienen del hambre y van hacia la muerte. Así, todos los elementos físicos de la ciudad están en ruinas, como en las estaciones de ferrocarril o los hospitales del estado o cualquier otro de esos detestados lugares en donde los pobres se hacían camino de otra parte.

En los días de verano, cuando no sopla viento alguno, el humo de las fábricas, el tufo de camiones y autobuses, la exudación de la muchedumbre atareada, forma una niebla de aspecto verduoso, similar al aire atacado por la peste, cuando los cadáveres arden lentamente en plazas públicas.

Esta es tierra de nadie. Los amos sirven a rufianes extranjeros, y los siervos son extranjeros alquilados a unos representantes de comercio. Esta cualidad dota a la ciudad de una vida nihilista, delincuente y enajenada. A nadie le importa otra cosa que la satisfacción inmediata. Impera la quimera y el crimen. La vida civil está reticulada en sectas, castas, tribus y sociedades secretas que se hacen mutua guerra de exterminio. Cuando las últimas ataduras se quiebran, hordas maltrechas enarbolan banderas negras, y de las farolas cuelgan los espantajos; las momias salen de sus tumbas para entretener la jarana y la venganza de los rufianes castellanos deja sin descendencia a cinco o seis generaciones obreras. En los larguísimos años de derrota, las mujeres ganan su primer dinero a los doce o trece años, como en aquella ciudad de Bizancio habitada por lívidos sacerdotes cuya esperanza era siempre la nueva invasión, convencidos de las ventajas que traía para ellos la tiranía. Por su parte, los hombres conquistan su primer cadáver comercial antes de afeitarse la pelusa de la adolescencia.

14 de enero

Aunque es cierto que no lamento la muerte de mis padres, dado que su desgraciado accidente va a facilitarme la prolongación temporal de una ficción de independencia, hoy he recordado con desagradable viveza a mi madre, lo que quiere decir que aún se encuentra agarrada, como un náufrago, al tablón flotante de mi memoria. Estaba yo desayunando en un bar que hace esquina con el hotel. Es este un local ruidoso, servido por camareros con bigote mejicano, adorno propio de temperamentos turbios. Años atrás la policía detenía a sus portadores y anotaba en las fichas: «El sujeto gasta bigote de maricón.» Actualmente son muchos los policías que lo gastan, lo que hace pensar en una dulcificación de las costumbres. Mientras sorbía mi café con leche, una señora, a mi lado, ha rechazado una porción de pastel de manzana con esta expresión: «No lo quiero, no me parece muy católico.» Era la misma frase que empleaba mi madre y sus amigas cuando algo o alguien no coincidía en su aspecto externo con lo que se esperaba de él.

Al igual que mi madre, también esta señora se adornaba las orejas con dos aros de oro de unos cuatro centímetros de diámetro y el dedo índice con tres anillos; diamantes, esmeraldas y rubíes. Ha sido como ver de nuevo el Tótem. «Este negocio no es muy católico», «estas naranjas no son muy católicas», expresiones de los neos franceses, antes de la primera guerra. Estaba deprimido. En los años tremendos de su decadencia, mi madre hablaba, gesticulaba y vestía exactamente igual que cuando

ella y sus amigos veían el país como SU cancha de tenis. Sobre el horizonte se recortaban las figuras a caballo de algunos herederos de farmacéuticos sin escrúpulos, cruzados de correaes. Era un mundo de sangre y cartón que, por fortuna, apenas duró una década, el tiempo justo para que los auténticos beneficiarios de la carnicería tomaran posiciones y se adueñaran de la totalidad del país.

Aquellos oscuros capataces trajeron consigo un exagerado interés por la genealogía, de modo que mi madre y sus amigas, aunque absolutamente ajenas al poder real, vivían convencidas de pertenecer a un círculo mágico y seguían preguntando —muchos años más tarde, cuando ya todos habían pasado a la indigencia— por tíos, sobrinos, cuñadas o yernos, cada vez que emergía un apellido en la conversación: ¿Carner? Ya sé quién dices; su padre casó con una Moixons (cuando en realidad era su abuelo), tiene un primo que es yerno de los Bofarull y me han asegurado que no es muy católico, queriendo con ello decir que el tal primo y yerno era socio del Ateneo. Conversaciones de este jaez habían ocupado la totalidad de su juventud y madurez. Todavía en la edad provecita, cuando le acontecía la fortuna de encontrar a otra superviviente, hablaba de los Aixelá o de los Borredá como si se tratara de los Sajonia-Coburgo.

Aquellas damas negaban, negaban muchísimo. Cuando la negativa era tajante quedaban prendidas en la N inicial y se dejaban deslizar desde ella con una suave modulación: N-n-n-n-noooo. No es una Sistachs, es una Camprubí. Su forma favorita de negación era aquella capaz de resaltar un rasgo de carácter original y despampanante. Así, cuando su hermana Teresa le comunicó el ingreso en la clínica del tío Oriol, a quien estimaba mucho, le contestó que no pensaba acercarse por allí. ¿Por qué, mujer?, le preguntó Teresa. Porque yo nunca he visitado enfermos, Teresa, n-n-n-n-nunca en la vida... Tras estas negaciones esperaba un admirado «¡ah!» por parte de un biógrafo invisible. Eran supervivientes de una novela escrita por algún Jefe Provincial del Movimiento, almidonado, de mejillas azules, de bigotito como un esparadrapo. Aquellos que besaban las manos de las burguesas provincianas, aquilatando los anillos con vistas al matrimonio.

Por el contrario, mi padre, cirujano de cierta pericia y hombre habilidoso, pronto comprendió cuál era el verdadero patriotismo y construyó una clínica ginecológica en la que era posible sacar dinero de todas y cada una de las zonas anatómicas femeninas. Las mujeres con cuenta corriente, una vez internadas en aquella charcutería de lujo, se convertían en un material maleable que era manipulado a semejanza del porcino, cuya transformación y descuartizamiento lo hace desaparecer en tanto que unidad, desmenuzado en tal cantidad de partes que es imposible recomponerlo. Bien es verdad que no había semana sin víctima, pero los cadáveres se contabilizaban como accidentes laborales.

La música celestial de mi madre y el robusto pragmatismo de mi padre componían un auténtico jeroglífico patrio. Casi todo me lo puedo explicar de esta manera: yo soy el hijo del chacal y la perrita pequinesa.

15 de enero

Confieso haberme entregado a la banalidad huyendo de la poesía. Antes de trabajar denodadamente por la conquista de la banalidad, yo escribía poemas. Lo cierto es que todos escribíamos poemas; escribía poemas hasta el lucero del alba. De puntillas, genuflexos, a gatas, decúbito prono, con boquita de piñón escribíamos poemas. ¿A las estrellas, a la luna, al río Ebro? En absoluto, eso quedaba para la gratuita. ¿A Luisa, a Marisa, a Rosa, a Lisa? Ni hablar, el poema amoroso era considerado franquista. ¿A la caída del Imperio Romano, a una urna ibera, a un obrero en huelga? Esto era lo más detestado. No: lo asombroso, lo fenomenal, es que escribíamos que estábamos escribiendo que escribíamos. Como dijo un célebre crítico francés, manteníamos el motor del lenguaje al *ralentí*. *Le moteur, la langue, la parole, el sursum corda!*

Aquello fue una revolución, pero solo una entre otras muchas. En un proceso muy bien estudiado al que suele llamarse «el Terror», alcanzamos a saborear la seducción del pensamiento chino. Un matarife de Shanghái aseguraba degollar cabras con mayor eficacia tras leer el Libro Rojo del Camarada Mao. Y nosotros componíamos sinfonías celestiales inspirados por el mismo Faro. También nos drogamos con la cruel incontinencia con que reza rosarios una costurera. En un par de años la imbecilidad activa se había trocado en atónita estupidez.

Las actividades reputadas de «individuales» —el suicidio, la conspiración, el vicio, la literatura— se habían hecho masivas. La individualidad había muerto en brazos del individualismo. Hoy ya no se muere de esas cosas más que en los barrios pobres, pero queda una hez, una zona abisal, la que derivó hacia la decoración. Llenaron sus despensas de arropo, escayolas, acuarelas austríacas, jardines ingleses y sillas vienesas. A más reuma, más dibujitos de jarrones. Muchos comenzaron a acudir a la Ópera. ¡La Ópera! ¡Esperanzas papales, gallináceas! Cuando me los tropiezo tengo visiones. Imagino el campo de exterminio de Mauthausen y, chapoteando en el barro, a un judío escuálido que se pavonea con un peinado exquisito que le distingue del vulgo.

16 de enero

Siempre acabo en las Ramblas, ese insoportable lugar común, archicomún, pluscuamcomún. Eran estas, antaño, rieras de desagüe por donde rodaban las aguas Tibidabo abajo, Bellesguard abajo, Collcerola abajo, San Gervasio abajo. En la actualidad ejerce funciones similares; es un desagüe humano. Noche tras noche el fluido ciudadano se aprieta en esta inevitable torrentera, como un caudal de aguas muertas. A su arteria principal van a dar cientos de vasos sanguíneos. Cada uno de

esos conductos capilares está pinchado por un sinnúmero de bares, tabernas, tascas, como tribus de chinches esparcidas por un viejo colchón de lana. En uno de los vasos capilares de la telaraña alcohólica anida La Boa, madura propietaria de un bar que lleva su nombre. Es una mujer de enormes pechos cubiertos de pecas y manos manchadas como la piel de una vaca. Suele usar peluca casquiforme. Los reflejos, color yema, dan una luz mágica a los espejos de la botillería. Cuando pienso en el pedregal del Universo, me consuela que exista esta mota de polvo cargada de bebidas, a cuyo frente se encuentra una mujer de pestañas rígidas. En los momentos de éxtasis no importa la muerte. Cuando solo queden soles apagados y astros fríos, cuando ya no podamos ver nuestro sudor verde y rosado bajo los neones, subsistirá en algún escondrijo de la venganza divina este bar de latón y madera. En el rincón, los inútiles del Imperio Romano beben a la salud de La Boa mientras escorpiones togados y lechuzas pontificales construyen templos y pasan a cuchillo a los labriegos. Aquí se escuchan con escepticismo las monsergas del inacabable verso funcional de Virgilio. De vez en cuando los borrachos le tiran un pedazo de tocino rancio al perro, y cambian de apoyo.

¿Pero qué estoy escribiendo? Las uñas crecen. El pelo crece. Somos jardines sin jardinero. Cada año hay que extirpar una tripa desarrollada, coser, golpear, hundir, perforar, quizás añadir aquí y allá. Aquí está mi cabeza vacía. ¿Por qué me parece todo tan grande? ¿Qué quiere decir *esa* sonrisa? ¡Resignación! ¡Animo! Los melancólicos sudamos mucho, pero no nos cansamos. Somos ágiles, nerviosos. Pasamos horas quietos como piedras y de pronto, sin que nada exterior intervenga, saltamos como un muelle. El príncipe Hamlet, a pesar de su aspecto gordinflón y fofo, era un espadachín muy competente. Estoy casi tan gordo como Hamlet.

He cumplido cuarenta y siete años hace ya algunos meses.

17 de enero

¡Primeros efectos! ¡Hablando de La Boa! Así es: bajo a La Boa, como siempre, pido lo de siempre. La peluca brilla con más puntas que una custodia. La Boa comenta con una amiga suya un programa de televisión en el que algunos ciudadanos aceptan humillaciones que jamás aceptarían en la vida real. Lo curioso es que las aceptan porque son humillados ante MILLONES de ojos. No puedo retenerme —¿qué más me da?— y comento yo también en voz alta lo extraordinario de la cuestión, es decir, que mucha gente solo acepte ser humillado si hay suficiente público. Me miran con sus enormes ojos de hipopótamo. Me toman por un policía. Un ciudadano corriente no interviene en conversaciones ajenas. Ser confundido con un agente del orden, en medios próximos a la hostelería, tiene sus ventajas. Inmediatamente dicen sus nombres y llenan los vasos. La Boa se retira para atender la barra y la muchacha se sienta a mi lado.

Es flaca, de mirada vehemente; pesará unos cuarenta y cinco kilos; dice que estudia idiomas. ¿Qué idiomas? El francés. El idioma francés. Entonces es que estudias IDIOMA, le digo tratando de ajustarme al humor de las comisarías, pero sigue sin comprender. Me esfuerzo en adivinar su cuerpo bajo el jersey negro y la falda de cuero. Las piernas no tienen musculatura; parece una garantía de que no habrá sorpresas en la zona lumbar y pélvica. Tiene el cuello largo, con calidad, sin grietas. Hay algo avícola en el modo de mover las manos y en los espasmos nerviosos para desprender la ceniza del cigarrillo. El espeso maquillaje de los ojos le da un aire magrebí y falangista. Pago las consumiciones. Ella ha bebido un Alexandra. Calculo que debo invitarla a un establecimiento que case con mi profesión, así que la llevo al *Drugstore* del Liceo. El suelo está cubierto de colillas y charcos de cerveza. De vez en cuando alguien cae con estrépito sobre una mesa de formica.

Yo pido espaguetis, ella pollo. Lo del pollo no me lo esperaba; por una razón oscura que en aquel momento no puedo escarbar, me entenece que pida pollo; es el primer signo amoroso de la noche; comienzo a verla de otra manera, con afecto. Insisto en que pida un helado de vainilla y nata, con su pieza de melocotón en almíbar sobre la cima y rodajas de plátano a los lados. Está fotografiado en la pared. Se niega en redondo, de ninguna manera. Habla muy deprisa. De sí misma. Lo que más le importa en este mundo son las buenas maneras, la urbanidad (¡la urbanidad!); sí la gente tuviera modales no habría tanta delincuencia, porque la delincuencia es un problema de educación, en eso está de acuerdo todo el mundo, pero ¿quién es educado, hoy día? Y no es una cuestión de dinero, ella conoce tipos con muchísimo, pero muchísimo dinero, y chico, unos zafios que en nada se distinguen de los delincuentes, porque hay delincuentes y delincuentes, ella me podría presentar gente que yo NUNCA sospecharía a qué se dedican, auténticos caballeros (¿oferta de confidencias?), los delincuentes de verdad son los de la droga, pero esos, pobrecitos, bastante cruz tienen con su vicio, aunque, eso sí, a ella le dan un miedo horrible, todavía no la han asaltado, pero CASI TODAS sus amigas han tenido problemas, problemas graves, violación, abusos deshonestos... La conversación se mantiene en el campo de mis competencias. Ella nos admira, ella comprende que, dado lo que nos pagan, no hay razón para arriesgar la vida. Nos pagan muy bien, digo yo en un arranque de honradez. Pues ni aun así; la vida no hay que jugársela por dinero. Ella conoce policías de antes que se la jugaban porque tenían PRINCIPIOS, unas creencias, una fe en el ser humano del hombre, pero ahora... ¿Y por qué te jugarías la vida tú? Ella se la jugaría por ver París. ¡Ah, eso sí! Ella tiene unas ganas locas de ver París; sobre todo los jardines de las Guillerías.

Terminado el café tomamos un taxi. No le gusta nada mi apartamento; este nicho asimétrico la turba, evidentemente; no coincide con el hogar de un policía; ni siquiera con el hogar de un policía soltero. A modo de disculpa le digo que acabo de llegar, que me han trasladado de Rentería y aún no he podido instalarme. No sabe en qué parte cae Rentería, pero cuando se entera exhibe un gesto adusto; los vascos, ni en

pintura. Pero ya no habla con convicción, se percata —incluso ella— de que hay muchas cosas raras en mi casa. Tiene la delicadeza de recoger un poco; vaciar los ceniceros, apilar los diarios, ordenar los almohadones del sofá, en donde se ha sentado con las piernas recogidas. Yo sirvo dos cervezas. ¿La quieres con ginebra? ¿Con ginebra? ¿Que has trabajado en Alemania? Le aclaro que no tengo nada más para mezclar; por lo general le pongo anís, pero se me ha terminado. Ahora ya está convencida de que NO soy un policía. Oye, no me engañes, ¿eh?, yo no te he hecho nada, a mí me caes simpático y me da igual que seas o no seas policía. La tranquilizo, soy auxiliar de banca, pero ya no se cree nada. En cierto modo le da igual; desde que ha adivinado que no soy policía se siente más a gusto, más tranquila. Es que me dan un poco de corte; son buena gente, pero nunca sabes cómo van a terminar las cosas; a mí me interesan porque voy por libre. Estamos de acuerdo y bebemos nuestra cerveza con ginebra.

Me enseña un libro que lleva en el bolso; es el método recomendado por la academia, pero ella, por su cuenta, se ha comprado otro de poesía, porque a ella le gusta muchísimo la poesía y se muere de ganas de leer poesía francesa. Me lo muestra; son los poemas de Jules Laforgue, qué barbaridad, todavía me emociono. ¿Y ya sabes quién es? No, pero será poesía, ¿verdad? Abro el libro y leo en voz alta: *Lune, Pape abortif à L'amiable, Pape*. ¡Uf, suena fantástico! ¿Qué quiere decir? No importa, lo interesante es decirlo bien: lün-e-papabortif-alamia-blepap-e. Lo de papabortif la deja atónita. Le gusta extraordinariamente. Repetimos un buen rato, por turnos, lo de papabortif. Lágrimas de risa nos resbalan por las mejillas. Es un verdadero milagro. Se ha producido la chispa, el cataclismo... ¡basta tan poco! Lo de papabortif nos ha dejado solos en el mundo, ha excluido todo lo que no sean maniobras de copulación.

Ella suda como un caballo y mis manos resbalan sobre su cuerpo, se enredan en las sábanas arrugadas. La almohada se tiñe con manchas de *rimmel*. Tiene los movimientos abruptos, pero es flexible y por la piel deduzco que esta muchacha es de Málaga. Ahora siento una eufórica simpatía hacia ella, me gustan sus orejas, sus pechos escasos, sus muslos, e incluso la mezcla de olores que desprende: a mercadería, a pigmento, a algas secas, a acetona. Nos fuimos a la cama porque nos unió el papabortif. No cabe la menor duda.

A la mañana siguiente me obliga a comprar pan Bimbo y leche. Ella nunca sale de casa sin desayunar. Cuando regreso ha lavado los cacharros, Pero yo deseo verla lejos. Y en breve. Ya no hay papabortif que valga. Desayuno deprisa y con algo de asco. Ardo en deseos de leer el diario. Cuando la pongo en un taxi siento un enorme alivio. De nuevo en casa, compruebo que ha olvidado el volumen de Laforgue entre las rebanadas de pan Bimbo. El borde de cada rebanada luce una cenefa de hongos verdes.

19 de enero

Es cierto, durante los últimos veinte años me he comportado con deleznable crueldad. Como recurso contra la experiencia, el ánimo había sedimentado una coraza tan espesa, que hasta las más modestas invitaciones se rompían contra ella como barcas contra una roca. Tengo ahora la sensación de haber vivido rodeado de naufragios, pero ello es debido a que el náufrago era yo mismo, lo cual explica que durante tanto tiempo no viera sino náufragos como yo, y tiburones.

Ahora, en cambio, deseo preparar una playa capaz de acoger a cualquier embarcación, por ridículo que sea su calado. ¡Demasiado tiempo he tardado en percatarme de que me había convertido en una beata! Sí señor; una beata de corazón endurecido a quien solo consuela la colosal distancia que la separa de los pecadores. Una impía vanidad me llevó a creer que, con cierta astucia, yo podía reservarme para empresas sublimes.

Pero la crueldad, que daña a las víctimas, mata al verdugo. Y esa forma especial de crueldad que es hija de la inteligencia, aunque ilegítima, acaba en puro rencor; y el rencor, en contemplación impotente de lo inaccesible. Ahora, en cambio, deseo que me invada lo modesto, lo mínimo, lo ruinoso, lo que antes menosprecié. Ahora no quiero RESERVARME para nada; ahora apuesto decididamente por lo efímero. En ese vacío puede tener lugar la revelación.

¡Qué extraordinaria antipatía siento por Diógenes! ¡Beato de la oliva negra y el queso de cabra! Esa ejemplaridad de la conducta, ese espectáculo de espiritualidad, y a tan bajo precio (un tonel, una linterna), irremediamente tenía que acabar ganando como cliente a un emperador. La hipocresía del que nada posee, del que exhibe su pobreza, su confianza en la luz del sol..., cabecilla de funcionarios. ¡Qué vergüenza siento! ¡También yo, años atrás, me mostré como un héroe de la conducta! No llegué al extremo de dejarme barba, pero me faltó un pelo.

20 de enero

Últimamente, en especial cuando llueve, no me dejo caer hacia las Ramblas; procuro quedarme a medio camino, como quien se agarra a unos juncos para no ser arrastrado por la corriente. Debo decir que he sentido una fascinación nueva y asombrosa por la enorme cuadrícula que separa los barrios bajos y marítimos de los barrios altos y montañosos. Este damero, conocido con el nombre de el Ensanche, es la retícula de esa clase media que se toma a sí misma por clase media. Aquella otra clase media que se toma a sí misma por clase alta, trata de instalarse más arriba, de Plaza Molina en alto, a poder ser. Y la parte de la clase media que se toma a sí misma por clase baja, se instala al sur de la Plaza Cataluña.

El Ensanche es un baluarte, una fortaleza de la Razón que mantiene a raya las fuerzas animales del barrio húmedo, y suaviza la salvaje codicia del barrio seco. Es una llanura intelectual y laboriosa cuya enorme extensión hace muy difícil el choque frontal de las dos castas enemigas. Un criminal del sur, sediento de venganza, se aburrirá antes de llegar hasta su víctima, el patrono del norte. Así, por ejemplo, cuando se hicieron públicas las cuentas de Fomento, se comprobó que el capítulo más elevado en los gastos de financiación de la Banda de la Porra, había sido el de transporte. En ocasiones, los sicarios habían pernoctado a la altura de Urquinaona, incapaces de cubrir el trayecto en una sola jornada. Asimismo, un comerciante que se dedique a la trata de blancas, pongamos por caso, tendrá que pagar una enormidad en aranceles y pechos antes de llegar al zoco del sur. De ese modo todo se equilibra y atempera. ¡Tal es la función de este barrio milagroso que es, él mismo, una ciudad completa y la ciudad de todas las ciudades!

Los habitantes de el Ensanche son, a su vez, geométricos, regulares, troquelados. Aquí han vivido y viven los escasísimos matemáticos, entomólogos y numismáticos que habiendo nacido en la ciudad han logrado resistir a una muerte por hambre. Hay aquí también gran número de kantianos, de vegetarianos, de masones, de darwinistas y de urbanistas. Es un museo de fósiles ilustrados, la pobre herencia que el Siglo de las Luces destinó a esta hija malquerida. Junto a los anteriores y en admirable simbiosis viven aquí los pequeños comerciantes, los pequeños fabricantes, los pequeños empleados y casi todos los pequeños ciudadanos, siendo la media de altura varios centímetros por debajo de la media estadística. Resumiendo: se ha reunido aquí por un proceso de *einfihlung* aquella parte de la ciudadanía que, careciendo de un papel relevante en la historia de la humanidad, ha debido de ingeniárselas para ordenar, regular, troquelar y dominar todas las vidas ajenas.

Si un carguero atraca en el puerto con, pongamos, cien millones de pesetas en mercadería, el recorrido de esa riqueza da una idea cabal de la función catalizadora de el Ensanche. Como es natural, el beneficio debe llegar a sus dueños, los residentes norteños, pero no puede hacerlo de modo inmediato, sino tras un largo rodeo. Para comenzar, debe pagar el impuesto de la miseria: un 10% de toda mercancía que entra en puerto desaparece por robo, según cifras oficiales. Esa cantidad se recupera luego mediante la administración de casas de lenocinio y tráfico de estupefacientes. El 90% restante se dispersa por el Ensanche como las aguas del Nilo por su inmenso delta, e irriga centenares de venas comerciales, cada una de las cuales chupa una parte minúscula del caudal, a gran velocidad, mientras dura el fluido. Finalmente va a dar a manos de la gente del norte por medio de la oscura red bancaria, tan oculta como la circulación sanguínea, y, por lo mismo, solo visible cuando se produce una herida.

Con sideral intuición, los munícipes han ido bautizando las calles de el Ensanche con nombres de lugares: calle de Aragón, de Córcega, de Valencia, de Mallorca... reconociendo de ese modo la ambición intelectual del barrio que quiere ser lugar de todos los lugares, mapa del mundo a escala doméstica. Es un último brote del caduco

tronco renacentista, vástago carcamal, pero de buen linaje.

En esta microciudad platónica hay bares cuyo alcohol produce, efectos ilustrados; sensaciones de meditación cartesiana al amor de la estufa; borrachos que se tambalean con un teodolito o un pie de rey en las manos. En las escasísimas noches serenas de junio, cuando se ha disipado la nube de gases y el calor tropical no entenebrece la atmósfera, se ven, desde el Ensanche, los giros severos y armónicos que Newton impuso a nuestros sueños. En esas noches es posible olvidar la carnicería que vino luego. De ahí que en los días lluviosos rehuya el descenso y me remanse en este purgatorio de almas chatas, como un globo apesado por dos vientos locos.

21 de enero

¡Así es! Hoy, tras leer el diario y fumar el primer cigarrillo (el día es de color verde), lo he comprendido con una sola imagen. Abreviando: mi vida se reduce a una sola pasión, por incapacidad para gestionar más de una. ¡Poseer dos pasiones, tres pasiones! ¡CUATRO PASIONES! Acojonante. Con una tengo más que de sobras. He conocido, sin embargo, individuos multipasionales. Uno de ellos, mejicano, solía convulsionarse, arrebatado por la ira, a la vista de su novia, una muchacha de Valencia de carácter vacuno; pero en el instante mismo de alzar la manaza para golpear a la pobre criatura, quedaba pasmado, los ojos desorbitados, dejaba caer los brazos, abría las manos, hincaba las rodillas y se abrazaba a las piernas de la muchacha gritando, hija de la chingada, hija de la chingada. La amaba —nos decía— pero sin esperanza; una mujer siempre destroza la vida de un artista. Pero todavía de hinojos observaba que Amparo no se había desprendido de la sortija regalada por un antiguo rival. Entonces le asaltaba un nuevo y más furioso ataque de ira. Con un tremendo bofetón la arrojaba al suelo. Tratábamos de sujetarle, y ya estaba tranquilo; sus ojos expresaban una serenidad beatífica: no se me enojen, no se me enojen, nos decía mirando hacia la ventana en donde se apagaba la luz de la tarde. Caía fulminado junto a Amparo, la abrazaba llorando y riendo: así es la fe en Dios —gritaba— y la redención, ¿ves?, la mía pero también la tuya, es un fármaco... En aquellos trascendentales momentos se le veía resplandecer a la manera de una pintura alegórica de la Caridad. Yo le envidiaba profundamente.

También he conocido lo que suele llamarse «una biografía arrasada por las pasiones». Amigos míos han sido santos, criminales, héroes y traidores, sin que dejaran en ningún momento de ser reconocibles. Se les veía a través de cada transformación como el monte tras la gasa de niebla, la espesa nube, el sol de mediodía y la cortina de lluvia. Su unidad admitía la pluralidad. La mía no. Yo me he reducido a una sola pasión y la voy trabajando con paciencia, sin mucha curiosidad hacia los resultados. Es una pasión que carece de nombres, pero no de calificativos, es una pasión rencorosa, hosca, huraña; no tiene ninguna gracia. Es, desde luego, una

pasión moderna y urbana, sin el adorno de la tradición clásica. Una pasión seca, hispida, con el color de la luz industrial, la luminosidad del neón, la luz muerta cuyo brillo manifiesta un alma mercantil; una luz, por lo tanto, MALIGNA, porque fue creada con el fin de que hubiera falsas noches, noches del hombre que no son noches del animal ni de la planta. En mis paseos y divagaciones me asalta un ahogo sexual cada vez que caigo bajo el haz de luz muerta de los neones.

22 de enero

El más grande invento de todos los tiempos es el «apartamento alquilado», un lugar repugnante en donde puede maltratarse el ajuar, los muebles y la mecánica electrodoméstica porque nos importan una higa; no son propiedad nuestra y sin embargo pagamos por ellos una cantidad escandalosa. En cuanto al mío, es un nicho que forma parte del Edificio de Apartamentos Ovidi (está en la calle Ovidi) destinado a parejas en tránsito, adulterios estables y prostitución no sometida. Un lugar en el que nadie está dispuesto a quedarse. Por capricho del especulador, el inmueble ha crecido en un exiguo solar pentagonal, de manera que en mi apartamento no hay un solo ángulo recto; las paredes siempre llegan a la arista de un modo casual, como en aquellas chekas donde tantos desgraciados tuvieron tiempo para pensar en sí mismos. Para mí, la horda roja sigue actuando, y se llama Ovidi. Cuando me despierto con resaca tardo mucho en desenganchar la pesadilla y durante un buen rato continúo haciendo inútiles esfuerzos para poner las paredes rectas.

La razón por la que permanezco atado a *esta* cheka es que me estimula. Por la mañana no puedo permanecer mucho rato en la cama, haya caído en el sueño a la hora que sea, ya que me despierta un monumental estruendo de bocinazos y blasfemias; mi única ventana da sobre un callejón (la calle Ovidi) que se atasca todas las mañanas, tardes y noches. Es del todo intransitable a partir de las siete y media de la mañana, cuando miles de empleados motorizados se cruzan con miles de madres motorizadas, las cuales tratan de deponer a sus hijos en los colegios del barrio de San Gervasio y la Bonanova, auténtico hervidero de la pedagogía catalana, en donde se han acumulado cientos y miles de centros, aprovechando los bajos precios, las ventajas fiscales, las herencias piadosas, las más descaradas estafas, y, en fin, todo aquello que rodea una buena educación católica. En consecuencia, entre las siete y las ocho de la mañana cientos de miles de católicos se disputan a bocinazos su derecho a la tortura. Y lo hacen debajo de mi ventana.

La sala es también comedor y dormitorio, y no es retrete de milagro, lo que unifica las funciones con un considerable ahorro de calificación. En el sobre de la mesa hay diarios en abundancia, casi todos ellos *El País*; una caja de leche ATO agria; bolígrafos Bic con y sin capuchón; un paquete de Bimbo seco con ribetes verdes; calcetines, un llavero sin llaves de la casa Renault, el volumen de poesías

completas de Jules Laforgue, la factura de la lavandería, varias botellas compradas a última hora de la noche como puede adivinarse por las etiquetas (*Gin Torero*, *Vodka Pujol*), un estuche de cortaúñas, un cartón de autobuses expedido por el excelentísimo ayuntamiento, tres sobres de Alka Seltzer... Eso en la mesa. El suelo está más ornamentado.

El apartotel —así se llama— cuenta con una brigada de limpieza, con pañuelo a la cabeza y delantal a rayas verdes, que actúa entre diez y doce, pero por el motivo antes aducido, a esas horas ya he regresado de mi paseo matutino y estoy durmiendo, o redactando estas notas, de manera que nadie ha entrado a limpiar en los últimos veinte días, con lo que el apartamento va tomando el aspecto que a mí me gusta. Por no hablar del lavabo (uso el bidet) y de la así llamada *kitchenette*.

Nunca podré dejar este lugar. Coincide exactamente con mis intereses. Mantiene muy alto mi nivel de adrenalina, no me permite descansar una sola noche, y si me quedo en él más de tres horas corro el peligro de volverme totalmente loco. Así que estoy sometido a un ritmo de vida moderno y español. Ahora mismo, esto es un cromo: el estruendo de los bocinazos, mi acidez de estómago, el alambre que me atraviesa la cabeza y las inestables entregas de la habitación me producen un entusiasmo enajenado. Oigo por la ventana: «*malaïts siguin els sacraments!*» Camino hasta el bidet; me lavo la cara; me pongo la ropa de ayer, de antes de ayer, de antes de antes de ayer y así hasta siete; y salgo a comprar tabaco, pues siempre se me acaba antes de dormir.

23 de enero

La miseria de las grandes ciudades tiene, en ocasiones, la grandeza de los imperios desaparecidos. Hoy he visto a un viejo de aspecto carcomido, pero digno, sentado en la entrada de la inagotable estación de metro Cataluña/Ramblas, con un cartel escrito a lápiz en el que podía leerse: «se atan cordones.» Al lado, la boina. Este es un emperador de la miseria. Solo le quedan los dedos y una habilidad, la de atar cordones, desgraciadamente muy extendida. Recuerdo haber visto en Estambul un caso similar, de una majestad sobrecogedora. Sentado en cuclillas, frente a una moderna balanza de baño algo tronada un anciano vendía EL PESO. Nadie, mientras me detuve a curiosear por el zoco, tuvo necesidad de pesarse. Al cabo de unas horas tomó la balanza bajo el brazo y se fue calle arriba en equilibrio inestable. Pero al menos aquel anciano turco poseía una máquina; era mendigo INSTRUMENTAL, en igualdad jerárquica con los guitarristas y acordeonistas. También en México vi ejemplos magníficos: indios embozados frente a un trapo extendido, y sobre el trapo dos cerillas, un peine sin púas y una cajita de aspirinas vacía. Así y todo, por diminuto que fuera su comercio, ya era algo en que apoyarse para el definitivo salto a

la riqueza.

Las ciudades cristianas, cuando llegue el gran día, ofrecerán espectáculos de miseria muy superiores a los de Bombay o Puerto Príncipe. Ya casi hemos olvidado sus colmillos, pero la madre Naturaleza nos espera a la vuelta de la esquina, cuando el gran ídolo democrático se desmorone y los lobos sean separados de los corderos por algo más que un voto. Uno de mis amigos de juventud, llamado Bartolo, se desvió hacia la miseria. Llegaron a verle revolviendo cubos de basura y mojando en charcos de lluvia los mendrugos que encontraba. Yo hablé con él en las etapas terminales de su descenso. Era algo muy notable. Estaba convencido de que lo suyo era una experiencia intelectual.

24 de enero

Para no resbalar sobre las dudas, me contesto a la pregunta: «¿por qué escribo este diario?» no menos de tres veces a la semana. En cada ocasión la respuesta es nueva, distinta y acumulativa. Poseo en la actualidad un auténtico arsenal de NECESIDADES que solo puedo satisfacer escribiendo este diario. Consecuencia: a saber, que escribir este diario es mi única obligación o debe convertirse en mi única obligación; es la única obligación de un hombre banal. Así por ejemplo en la presente semana mi respuesta a la pregunta: «¿por qué escribo este diario?» va a permitirme seguir escribiéndolo no menos de seis días más.

Por lo general (hagamos concesiones, seamos benévolos) hay una tendencia moderna a responder del siguiente modo: «escribo este diario porque escribo para mí mismo en perfecta libertad.» Por lo menos durante la presente semana, mi caso es el opuesto: no solo no lo escribo para mí mismo, sino que escribo este diario con el fin de que ninguno de los múltiples Mimismos que me habitan sobresalga, me tiranice. La gran empresa es impedir el monopolio de una sección efímera del alma que acabaría por hacer de mí un hombre «de carácter fuerte». Así pues, respuesta de esta semana: escribo este diario porque no tengo nada que decirme, ni maldita la falta que me hace.

25 de enero

Ahora voy a explicar por qué detesto la poesía. Aparto los paquetes de cigarrillos y aparecen los espíritus libres. Me rasco la barba de dos días y recuerdo a los Grandes Artistas como corsarios de opereta blandiendo espadas de latón. ¿Eran todos así? ¿Alguien logró, con gigantesco esfuerzo, elevarse por encima de esta ciudad de tranvías y coñac? Sí, sin duda. Alguno hubo cuya espada podía matar; pero siempre

estuvo convencido de jugar a piratas. La hoja desnuda silbaba sobre las cabezas sin que le cupiera la más remota sospecha de que podía decapitar. Eso sí, poseía un carácter de hierro sustentado en un físico catastrófico. A causa de un larguísimo cuello y una nariz palestina, fue siempre conocido como el Buitre, excepto en un período primerizo (Jesuitas) durante el cual fue apodado el Quebrantahuesos. Era hijo de un aparejador que había hecho fortuna con el alcalde Porcioles, construyendo jaulas para familias numerosas con materiales de vertedero. Suyos son muchos de los edificios que arrasan a esta ciudad dándole el definitivo aspecto de buey condecorado por Franco que aún tiene. Aquellos ascensos desde cualquier intendencia cuartelera al consejo de administración de una Caja de Ahorros fueron cosa corriente durante los años cincuenta.

Yo conocí a el Buitre robando libros. Formaba pareja con el Sabio, hombre también extraordinario de quien no me apetece hablar ahora. Nos encontrábamos, ellos y yo, en la apacible librería del señor Daroca, libros viejos y de ocasión. El bisoñé del señor Daroca era conocido por todos los ladrones de libros matriculados en la universidad, a escasas travesías del establecimiento. A lo largo de numerosísimos y tediosos años el señor Daroca había producido una cosmología filosófica en la cual lo explicaba absolutamente todo mediante dos principios: a) la velocidad con que se desplaza la Tierra por el universo; velocidad calculada a mano en fenomenales ristras de números, y b) la mezcla de sangre e hibridación de razas, elemento vigorizador de las culturas. El señor Daroca tenía debilidad por explicar su cosmología a todo aquel que caía en sus garras, y la había editado bajo nombre fingido y a sus expensas, con la intención de entremezclar algunos ejemplares a los habitualmente amontonados sobre sus mesas. De vez en cuando simulaba reparar en un ejemplar y exclamaba: «¡caramba, pero si es la cosmología filosófica de Aníbal Asdrúbal (este era el pseudónimo), un ejemplar di-fi-ci-lí-si-mo de encontrar!» El comprador o el simple curioso que no conociera al señor Daroca, fácilmente caía en la trampa y así se iban vendiendo las ediciones, una tras otra, desde hacía más de quince años.

Pero el león caza gacelas mediante un artificio delicioso: es la leona quien se encarga de asustarlas, y cuando ellas creen huir de su verdugo, se precipitan en las fauces del león que las espera cómodamente tumbado entre los cañizares y tarareando. Del mismo modo, mientras el Buitre discutía con el señor Daroca la posible vigorización que produciría el cruce de una negra pigmea y un payés del Ampurdán, posibilidad que años más tarde se mostraría perfectamente real, el Sabio distraía un gigantesco ejemplar de *La Ilustración Española e Hispanoamericana* encuadernado en tela con secos de purpurina. El Sabio había logrado introducir el álbum bajo su gabardina de plástico azul marca Piuma D'Oro, pero por desdicha le quedaba remangada la parte trasera a modo de cola sin que fuera consciente de ello. El señor Daroca no podía ser engañado con la misma impunidad que una gacela. El Buitre se despidió con exquisita urbanidad del señor Daroca y comenzó a caminar hacia la puerta dando ligerísimos toques a un montón de novelas del Coyote, mirando

como por acaso una Historia de España, en fin, disimulando. Yo me encontraba en el lado opuesto de las mesas cubiertas de libros y podía ver e incluso relacionar el escandaloso culo de el Sabio y la mueca feroz que iba cubriendo el rostro y el bisoñé del señor Daroca. Cuando el librero gritó su característico: ¡ey, *malparit!*, el Buitre y el Sabio emprendieron veloz carrera, y yo me uní por simple espíritu de cuerpo. Una vez doblada la esquina de la calle Aragón, Buitre y Sabio miraron hacia atrás sin dejar de correr, pero nada más verme aceleraron como bólidos. Les di alcance a la altura de la Ronda Universidad, no porque yo corriera más, sino porque el Sabio, extenuado por el peso de *La Ilustración Española e Hispanoamericana*, se la enredó entre las piernas y cayó cuan largo era. Parecía un jamón envuelto en periódicos. Yo era entonces muy joven y solo se me ocurrió aquella frase mítica: no temáis, soy de los vuestros, a lo que el Buitre respondió cogiéndome por el cuello con unos dedos como tenazas. Me habría machacado —era muy fuerte y un pionero de las artes marciales en España— de no ser por las quejas de el Sabio, incapaz de levantarse por sí solo.

A mí me causaba gran estupefacción la naturaleza del objeto robado. ¿Qué oscuro designio impulsaba a la pareja tras aquel mamotreto? ¿Por qué no robaban libros de Camus, de Pratolini, de Franz Fanon, como todo el mundo? He tardado muchos años en comprender la maquinaria transformadora de la poesía, ese milagro que se produce a partir de elementos insignificantes —un pedazo de corbata, un sello de correos, el olor de una tintorería— y que devuelve la vida a lo muerto. Pero tanto el Buitre como el Sabio eran ya poetas, aunque por entonces lo ignoraban. Años más tarde, en el tránsito de los sesenta a los setenta, el Sabio adquiriría esa conciencia y la explotaría con la terquedad de un ingeniero de minas. Pero el Buitre no; el Buitre jamás.

La razón de ser de aquella *Ilustración Española e Hispanoamericana* era precisamente la razón poética; tan disparatada y tiránica como la razón científica, e igualmente inútil. En aquellas páginas cubiertas de absurdos grabados en las que limitaban alegremente una cosechadora del ingenio azucarero Mendoza y la boda de un coronel de la Casa Real, la máquina de dar vida trabajaba al máximo rendimiento. Los escuálidos indígenas agrupados en torno al explorador belga, de punta en blanco, eran como una bola de opio que tumbaba de espaldas al vicioso y le permitía viajar por el universo del dolor y del arbitrio; el zoológico histórico de Dios Padre. Aquel rostro monjil y borriquero de una señorita Pallarés casada con el abogado del Estado Gómez Tortajada, saltaba de su olvido al infinito ámbito del recuerdo —recuerdo, por otra parte, de alguien que nunca existió— y se embellecía con bailes en capitania y muertes de parto. Desde su inexistencia, la señorita Gómez Tortajada, *née* Pallarés, volvía a la vida en los cerebros intoxicados de dos energúmenos catalanes. De ese modo los residuos de la historia, el basurero de la memoria colectiva, se convertía en la materia prima de un arte desesperado y amoral.

El Buitre ejercía de maestro de ceremonias; el Sabio y yo nos iniciábamos. Aprendimos enseñanzas distintas pues la verdadera pedagogía, aquella que utiliza el

ejemplo y no la demostración, tiene las virtudes del agua: fecunda lo que ya está enterrado en la sementera, pero resbala sobre el pedregal. Nosotros aprendíamos a comer observando a un devorador. Sentados en un bar próximo a la plaza Letamendi, compuesto por dos mesas de hierro despintado, varios toneles y un calendario de Transportes Mateu en el que figuraba una aguadora canaria de muslos africanos y teta gallega, el Buitre comenzó a mostrarme las venas de mineral oculto bajo el asfalto. Nunca olvidaré sus carcajadas cuando me vio con un libro de Jorge Guillén, poeta de mucho predicamento por aquellos años gracias a su condición de exiliado. También me prohibió la lectura de *Lorca* («esa vendedora de peinetas»), la de Alberti («un buhonero»), la de Neruda («infame decorador»), León Felipe («un voceras»), Unamuno («se atragantó con una sotana»), Ortega y Gasset («prostíbulo con olor a cocido madrileño») y en fin la totalidad de la literatura española de 1680 en adelante. A los autores extranjeros prefería derribarlos con citas autorizadas: «Tolstoi es un sátiro hundido por el peso de la Cruz»; «el auténtico ideólogo del III Reich es Kafka», y así sucesivamente.

En cierta ocasión interrumpí su delirio iconoclasta con un tímido: «¿y Proust?», al que conocía gracias a un amigo del colegio llamado Cucurella, quien me había pasado el primer volumen de la traducción de Salinas con una enorme mancha de huevo que transparentaba hasta la página 648. Entonces el Buitre profirió una tremenda expresión: «¡Cero!», subrayada con un gesto augusto que habría requerido un anfiteatro para producir todo su efecto. La categoría opuesta a «Cero», la que solo se aplicaba a las más estupendas obras del genio era «Dios». En el hotel de los inmortales, muy por encima de los valores de tráfico común, se encontraba Guido da Verona. Había que leer a Guido da Verona. Cada vez que sonaba este nombre, el Sabio, que llevaba un adelanto de varias lecciones, confirmaba: sí, sí, es Dios, es Dios.

Leer a Guido da Verona no era tarea sencilla; por muy Dios que fuera solo se encontraban ejemplares en las pilas de los libreros de lance, pero no los ubicados en la calle Aribau, aristocracia de la ocasión, sino los que regentaban un sombrajo en el puerto; la hez del departamento. Generalmente sobrevivían sin portada, descuartizados. Pero a el Buitre eso le parecía un detalle prescindible; las portadas eran para las revistas femeninas. El primero que encontré casi completo se titulaba *El libro de mi sueño errante*. Una locomotora cruzaba de izquierda a derecha la cubierta; bajo las ruedas de hierro, una muchacha muerta daba nacimiento a un rosal sobre su vientre. La solapilla comenzaba así: «Algo de la fiebre que domina en torno de los tapetes verdes brilla en sus ojos.» Y concluía con una frase extraordinaria: «No es de esos escritores miserables que no reintegran el dinero arriesgado en ellos; es un capital viviente.» Firmaba el editor. Más tarde conseguí sucesivas obras maestras: *El hombre que fue dos*; *Suéltate la trenza, María Magdalena*; *La mujer encontrada en un tren*, y otras.

A inmensa distancia de Guido da Verona, teníamos permiso para leer alguna

traducción peruana del *Ossian* de Macpherson, tratados de zoología teratológica, folletines de Hoyos y Vinent, poesía de Herrera y Reissig, las memorias de un empleado de correos cuyo nombre he olvidado, *El peregrino de la estrella polar* de London (pero solo esa), algún D'Annunzio muy bien elegido como *Quizás sí, quizás no. Novela de aviación...* Esta última tenía un comienzo inolvidable que solo cabe emparentar con los primeros acordes de alguna sinfonía heroica: «—Quizás — contestaba la dama, tendiendo casi la sonrisa contra el viento heroico de la velocidad, en la palpitación de su gran velo, gris unas veces y plateado otras como los sauces de la llanura fugitiva.» Eran lecturas que dejaban sin aliento.

Frente a la voluntad de poder que apestaba en la obra de los severos intelectuales y artistas de la posguerra, el Buitre había elegido la derrota, y nosotros nos precipitamos tras ella con auténtico ardor guerrero. Luego he ido conociendo más poetas, y en todos ellos he creído redescubrir ese juego abismal y desolado. Diez años más tarde, por ejemplo, trabé amistad con el poeta filipino Leónidas Melilla. Este hombre leía únicamente viejos volúmenes comprados por un chelín en los cajones exteriores de las librerías de Charing Cross, donde se expone una mercancía que nadie quiere ni robar. Todavía recuerdo dos títulos, ambos excelentes: la historia de la banana y un manual de usos prácticos de la nevera de refrigeración. Los libros de historia son solo la historia de una destrucción; nada dicen acerca de lo destruido, la quién le importa? Pues bien, esa es la pasión poética: restituir lo destruido y burlar a quienes solo reconocen a los vencedores. Esto incluye a Dios. Otro ejemplo de lo mismo es Bartolo Maderas, el poeta que eligió la destrucción; nunca le vi leer otra cosa que *La cocina esotérica* de Cuatrecases, o *El ombligo de Salomón* de Azancot. Estas vilezas se transmutaban en vida caliente, con solo pasar por el cedazo de su cerebro. Así también la historia de la banana, dirigida, en su tiempo, a especuladores, horticultores y mercaderes, tomaba su verdadero significado al caer en manos de un hombre a quien no estaba destinada. Y este hombre ya no veía en sus páginas nada útil, práctico o moral, sino una broma disparatada del Absoluto: ¡La banana! ¡La banana como tomadura de pelo de un Dios loco! Hoy me bebo el Orinoco. ¡Señor! ¡Qué ripio!

26 de enero

Días monótonos. Cuando llueve, sobre todo si llueve poco, sobresale la miseria. Tengo que cuidar mi aspecto. Hoy me he sorprendido en el espejo de unos urinarios. Se me había caído al suelo un bolígrafo Bic y al incorporarme he tropezado con mi propia mirada. Sin embargo, he tardado en reconocirme. Hace ya muchos días que no me aseo: unos salpicones en el bidet, unas raspadas de cepillo sin dentífrico... Entre la forma de mi cabeza y la barba entrecana y erizada, parezco una eflorescencia del desierto. Este habría sido mi aspecto de haber nacido yo en cuna humilde, ah, ah.

También podría ser el profesor Unrat a los pocos meses de gozar con la espléndida Lola-Lola. Pero no deseo tener este aspecto. Es solo un efecto de la primera euforia; descuidos de principiante. Mañana mismo acudiré al droguero, compraré hojas de afeitar, jabón y brocha. O mejor, al barbero, el más humano de los establecimientos públicos. Que me corte, que me rasque, que me lave, que me enjuague y friccione, que me perfume y engomine. ¡Sentir la cabeza como un trasto peludo y ajeno en manos de un niño! ¡Saberse soberano y decapitado, monarca francés a mediodía! Hojear una revista pornográfica, estudiar los zapatos de los ministros, los escotes de sus mujeres, los cuartos de baño de las grandes amazonas, los jardines de los magnates condecorados..., ese es el substrato ontológico de la peluquería, conservado, en la actualidad, en su forma más rebajada: el papel *couché*. Todas las grandes culturas, desde la Roma Imperial a las Monarquías absolutas, han mimado a sus peluqueros. Es un signo inequívoco de grandeza moral y opresión victoriosa.

Pero todavía no. Unos días más al calor de esta barba, de esta mugre, como si me arrojara en aquel que pude ser. En aquel que puedo ser en cuanto me lo proponga.

27 de enero

Horas muertas en diversos cafés. Especialísima referencia al Velódromo. No para de llover. Cuando veo las calles mojadas siento una nostalgia impetuosa de las campanas. El tiempo bajo su aspecto musical. Las gentes por aquí observan una peculiar medida del tiempo, por causa de sus campanas. Lo calculan a hora vencida, con una terca precipitación hacia *la* siguiente. A saber, cuando en Torredonjimeno son las diez y cuarto, es aquí un cuarto de once; y cuando allí son las once menos cuarto, aquí tres cuartos de once. La predilección por las fracciones, por los cuartos y medias, que preceden a la hora en lugar de acompañarla, desintegra y hace barroca la existencia. Una conciencia de la finitud hermana del Islam. Es preciso tener en cuenta que los habitantes de esta ciudad permanecieron noventa años, de 1773 a 1865, sin reloj de horas, castigados por sus señores castellanos. Durante noventa años decisivos —años de expansión urbana, de cohesión social, de constitución anímica de la ciudad— calcularon los cuartos y las medias sin apoyo oficial. El sobresalto fue tan fuerte que quizás nunca podamos ya calcular de otro modo.

¡Qué bien define este castigo la sequedad brutal de los feudales! ¡Privar a un pueblo del sonido de sus horas! El castigo vino impuesto tras un desordenado redoble de la campana Honorata, el cuatro de mayo de mil setecientos setenta y tres. Un redoble insolente y subversivo que resultó intolerable para los hirsutos funcionarios de la corona. A partir de entonces el tiempo se descuartzó. Para cuando volvió a levantarse una campana de horas (la campana Eulalia, el día de Difuntos de mil ochocientos sesenta y cinco), ya no había necesidad de ella. Todo aquel para quien la hora pudiera tener alguna importancia era ya propietario de un reloj portátil; lo que

entonces se llamaba «una repetición». De otra parte, el alma de la ciudad estaba ya crecida y llevaba con ella, para siempre, un tiempo triturado.

Pregunto la hora, en la calle, como comprobación. El transeúnte duda, perplejo: mira su reloj, cavila, no sabe por cuál medida derrumbarse. Por fin se limita a mostrar el cuadrante con el dedo índice, mirándome a los ojos, como quien enseña, a regañadientes, un defecto corporal con gesto de ahí te las compongas.

28 de enero

Abrumado por el clima plúmbeo, antipático e inhumano, continúo mis memorias de la banalidad y convoco, de nuevo, a el Buitre, el cual no tenía dinero, pero sí, en cambio, medios. Así es como se decía, a saber: «un chico con MEDIOS.» Si por el contrario se decía «*un chico con DINERO*», el sujeto era sospechoso de haber contraído la riqueza mediante su propio esfuerzo, lo que equivalía a la espantosa calificación de «nuevo rico». Así pues, no resulta en absoluto fácil explicar la singular opulencia de el Buitre si no se comprende con extremada claridad que en los años sesenta solo trabajaban los obreros. Y lo que es aún más grave: si uno mismo no era obrero era de todo punto imposible que viera a un obrero verdadero. Llegaban a verlos, pero en gran número y (por decirlo de un modo sencillo) elevados a un exponencial de abstracción muy elevado, los capataces, los aparejadores, los médicos del seguro, dos o tres eclesiásticos, un puñado de cuadros políticos clandestinos..., en fin, muy poca gente. Gente, de otra parte, incapaz de dar explicaciones rigurosas. O bien resumían su experiencia de un modo sucinto asegurando que los obreros eran una verdadera lata, o bien la adonizaban asegurando con rutilantes apoyos artísticos que desde la muerte de Cristo en la Cruz nunca se había visto gente tan buena e incomprensible.

Así pues, dado lo reducido y mezquino del mundo en que vivíamos, era relativamente fácil adivinar el origen del dinero que cada cual podía gastar. Pero el Buitre no tenía dinero, es decir, no pertenecía al orden de los gastos pagados, y sin embargo gastaba. Esa fue la incógnita durante un cierto tiempo; incógnita que me asaltaba entre Guido da Verona y Guido da Verona, y que comentaba con el Sabio, sumido, también él, en la mayor consternación. Hasta que por fin averiguamos dónde lo conseguía. Lo ganaba jugando al póquer.

Un hombre que todavía no ha cumplido los veinte años, lee a Guido da Verona, y gana su dinero de bolsillo jugando al póquer, es un respetable peligro. La influencia que ejerció sobre el Sabio y sobre mí mismo fue arrasadora, babilónica. Supe que jugaba al póquer el día en que me ganó dos mil pesetas que tenía yo para pasar el mes. Y simultáneamente supe que hacía trampas. En aquella ocasión utilizó de comparsa a Silvano Cafetti. Este no era su verdadero nombre, sino un apodo que le había caído por su doble afición al café y a las carreras automovilísticas. No era

frecuente que a los muchachos les gustara el café, pero Cafetti lo ingería por litros. También pasaba muchas horas haciendo ruidos con la boca y moviendo los brazos como si cambiara de marcha y sostuviera un volante.

Aun cuando, una vez manifiesta su condición de tahúr, nunca me devolvió las dos mil pesetas, en lugar de indignarme le rogué que me enseñara a hacer trampas. La juventud tiene esta inmensa virtud: ante el señorío, carece de pundonor y se avasalla boquiabierta. El Buitre era lo más noble que yo había conocido en aquella ciudad de estraperlistas y, para mi fortuna, reaccionó favorablemente. A lo largo de tres excelsos meses veraniegos dejamos en la más completa ruina y desesperación a Tote Romeu, Pep Fontanella, Jordi Loberdos, Quim Vilaplana, Andrés Pantaleoni y Nani Puig Xicoy, todos ellos propietarios de Seiscientos. Fueron partidas agotadoras, gloriosas, en las que yo hacía de Silvano Cafetti sin olvidar las frases lapidarias de los héroes de Guido da Verona. Debo reconocer que el Buitre ganaba incluso sin necesidad de hacer trampas, por lo que luego era muy difícil convencerle de que me diera mi parte.

Cuando se reinició el curso universitario dejamos de vernos, pero a primeros de octubre fuimos convocados a concilio por el Sabio. Su astucia y tenacidad, dones que emplearía más tarde con arte soberano, le habían franqueado la entrada como jurado en el premio de poesía «Maresme» (nunca llamado de otro modo que «Marasmo» en nuestras conversaciones); premio financiado por José Félix Guardiola, director de una editorial en la que publicaba sus propios libros. Según el Sabio, había llegado el momento de hacerse con ocho mil pesetas. Por formar parte del jurado, no podía presentarse él mismo, aunque la cuestión fue sometida a minucioso análisis dado que el Sabio ha sido siempre un hombre atento a las posibilidades aparentemente imposibles. Yo no me veía con fuerza para presentar mis papeles, opinión compartida rápida y rotundamente por mis secuaces. Pero el Buitre solo había escrito UN poema, ya que jamás le había pasado por la imaginación que para ser poeta hubiera que escribir versos. Ocho mil pesetas eran ocho mil pesetas, de modo que el Buitre decidió escribir un libro de poemas aquella misma noche y presentarlo al día siguiente. La verdad es que nos quedamos algo aturdidos, pero no dudamos ni un segundo de que hablara en serio. El Sabio informó tímidamente de que no era preciso entregarlo antes de veinte días, pero el Buitre se negó a malgastar más de una noche en asunto tan baladí. Al mediodía siguiente nos daba a leer un libro de poemas titulado *Criminal y Marcial*; allí estaban los poemas, sobre una mesa del bar Boliche. Lo leímos allí mismo, con unas patatas fritas y una cerveza San Miguel. Nos gustó enormemente. Era Dios. Si ganaba el premio, dijo el Buitre, se quedaría con cinco mil pesetas, y cada uno de nosotros recibiría mil quinientas. El Sabio protestó. Al fin y al cabo, tan importante era que hubiese libro como que hubiese jurado, ambos eran imprescindibles y por lo tanto no aceptaba cobrar menos que el Buitre. Llegaron al siguiente acuerdo: cuatro mil para el Buitre por haber escrito el libro, tres mil para el Sabio por darle el premio, y mil para mí si lo pasaba a máquina. Nadie dudaba de que

íbamos a ganar. Con una intuición notable, el Buitre aseveró que en estos certámenes siempre vencen los solteros, de modo que el Sabio debía cuidar que a la selección final solo accedieran poetas casados. Y efectivamente, así fue. En noviembre nos repartíamos el dinero y al cabo de un año se editaba el libro con una preciosa portada azul cobalto. En el último minuto el Buitre había cambiado el título «por razones comerciales»; ahora se llamaba *La novia enana*. Todavía se ven ejemplares, de cuando en cuando, por las librerías de viejo. Es un libro tan soberbio y enigmático como *La divina comedia*, aunque más corto.

El Buitre decidió que aquellas ocho mil pesetas eran solo el principio y que con semejante fondo podríamos arriesgarnos a «una partida de mayores», es decir, una timba con beneficios superiores a las veinte mil pesetas. Eligió como objetivo el casino de Sitges, local frecuentado por mercaderes enriquecidos con la guerra civil y guardias municipales corruptos. Consideré que mi formación todavía no había alcanzado el grado de perfección necesaria para jugársela entre chacales y me negué a acompañarle. De otra parte, mi tío Braulio, un desequilibrado que firmó más de cien fusilamientos en 1939, se jugaba allí cuanto podía robarle a su mujer. Aquellos fueron momentos que habrían entusiasmado a Guido da Verona. El Buitre partió como un traficante de armas hacia la estación de ferrocarril con ocho mil pesetas en un bolsillo y un libro de Jean-Jacques Pauvert lleno de mujeres desnudas en el otro. Sus últimas palabras fueron: es posible que llegue a las cincuenta mil. Y luego, mirando a el Sabio: en cuyo caso, cuenta con *Las mil y una noches* de Cansinos.

Pasarían muchos años antes de que volviéramos a verle. Ignoro los detalles, pero le sorprendieron dándose la carta de abajo cuando le tocaba servir. Una comprensible arrogancia debió de empujarle al desastre; engañar con la más burda trampa a los grandes tiburones era una tentación difícil de combatir. Por fortuna la sociedad ilegal es mucho más benévola que la sociedad legal; cada transgresión tiene su tribunal y su pena, pero contando con las diferencias debidas entre un golfo y un potentado. A el Buitre le cayó una multa de trescientas mil pesetas y la prohibición de todos los tapetes de Cataluña. Evidentemente el Buitre no podía pagar semejante cantidad; un retraso significaba el apremio por vía física en sucesivos avisos que concluían en una caída cerca de la curva por la que saltaron mis padres al mar. Quiso el Cielo que una tía suya, propietaria de un comercio de papelería y objetos de escritorio, mujer pansida y beata, acorazada en un amor patético por su sobrino como es frecuente entre gentes sin descendencia, perteneciera al Opus Dei. Por mediación de un sacerdote de la Residencia Virgen de Padua, logró colocar a el Buitre en un refugio de alta montaña que la orden posee en el pirineo oscense; centro oficialmente dedicado a la investigación biológica, pero posible laboratorio bioquímico clandestino. Oculto en aquel remoto lugar escapó el Buitre a sus perseguidores. Y allí fue donde amaneció a la que iba a ser su pasión predominante durante el resto de su corta existencia: la ornitología. Años más tarde contrajo matrimonio con una viuda acomodada de Zaragoza, y se estableció en una vecindad sita a tres quilómetros de Egea de los

Caballeros. Llevó una vida apacible, jugó suaves partidas en el Centro Cultural de los Ejércitos, estudió el biotopo pirenaico y fundó la Asociación para la Protección de los Carroñeros mediante sucesivos acuerdos con el leona y el Ministerio de la Gobernación. A principios de 1980 lo hallaron muerto en un comedero de buitres próximo a Calaceite. Al parecer se había despeñado, aunque era una zona que se conocía como el patio de su casa.

Este hombre, de gratísima memoria, se libró por los pelos de convertirse en un artista y en un intelectual. Para mí siempre será la encarnación NATURAL de la poesía. Por su parte el Sabio, como las hembras de los relatos clásicos, sacrificó su vida para dar encarnadura a las intuiciones de el Buitre. Su primera obra editada, la que le lanzaría a las últimas páginas de los diarios, fue un libro de poemas titulado *Guía de Verona*, brillante, rico en imágenes sorprendentes e insólita música, hasta el punto de parecer cosa de guitarrista. Era, a grandes rasgos, un homenaje a Errol Flynn, figura esencial del panteón de el Buitre. También publicó una antología de D'Annunzio en cuyo prólogo ensalzaba la poesía de Ramón de Bastera y la de Agustín de Foxá, lo que levantó una montaña de indignación entre los versolaris de extrema izquierda, tanto más indigesta cuanto que no podían publicar ni una sola línea en la prensa franquista, y si lo lograban se veían en la obligación de usar tal cantidad de eufemismos y simular tan grande número de reverencias y arrumacos que acababan por asemejarse a Ramón de Bastera y Agustín de Foxá. Durante meses se les vio dar saltos inconexos en sus escondrijos del Ministerio de Información y Turismo, como escarabajos sobre una sartén.

Impulsado por la memoria de el Buitre, la carrera de el Sabio fue meteórica. En sus primeras entrevistas solo habló de oscuros poetas mejicanos y juró no leer otra cosa que poesía japonesa del siglo XVI, dando muestras tempranas de un talento extremo para la zancadilla. En dos años había desbancado a Gabriel Celaya, Pureza Canelo, Mario Ángel Marrodán, la totalidad de los premios Adonáis, a los poetas editados o recensados por *Ínsula*, por *El Ciervo*, por *Índice*, por *Poesía Española*, por cualquier publicación ministerial o paraministerial, episcopal o paraepiscopal, y comenzaba a asediar las ciudadelas del poetazgo universitario. Creció hasta dar la medida de su inteligencia. Cuando lo creyó oportuno, tomó distancias respecto de sus orígenes pirotécnicos; se empuñó a sí mismo como quien empuña una espada, renegó de cuanto había escrito, publicó un trabajo de teología negativa y fue inmediatamente propuesto para una Cátedra en la Universidad Autónoma de Bellaterra, localidad próxima a San Cugat del Vallés.

Últimamente, en mis desordenados paseos matutinos huyendo del bocinazo, le veo encaminarse a la estación de metro del Tibidabo. Él no me reconoce ya, pero no ha cambiado apenas. Conserva el noble cráneo de entonces y el cabello lacio y sedoso que desborda los hombros a la manera de aquellos vates románticos cuya máxima ilusión era un acta de diputado. Todo cuanto publica tiene un enorme interés. Es el diploma notarial de una culpabilidad en perpetuo monólogo, legislando como

Segismundo en su ergástula. Lamento profundamente que ya no se ocupe de poesía; lo último que salió a la luz, allá por el año de 1973 con el título de *Ser Deserto*, constaba de una sola y arrebatada escena: la luz fría de los muertos ilumina un sórdido saloncito burgués; sobre una cómoda isabelina hay un crucifijo sin figura, apoyado en un cartón de Ducados; por la ventana penetra la borrosa luminosidad del amanecer; en la puerta, de espaldas al narrador, el Sabio forcejea con el picaporte; no puede salir pero le espanta mirar por la ventana; trata entonces de abrir la puerta utilizando de palanca el crucifijo. En ese momento suena una voz. El libro termina ahí, cuando suena la voz y el Sabio se pregunta en una aguda crisis de terror: ¿Bomboncito? ¿Ha dicho bomboncito? Es un poema filosófico cuya deslumbrante riqueza metafórica brilla contra un fondo oscuro, como los peces tropicales sobre un muro de negra laca.

31 de enero

Hace veinte minutos que contemplo la cubierta del volumen olvidado por aquella moza que dijo estudiar idiomas. O, mejor dicho, estudiar IDIOMA. No quiero ni pensar que me apetezca leerlo. No, no me apetece. Se trata de la edición completa (¡*Poésies completes*, ah, ah!), la que lo contiene todo... y eso siempre inquieta. En la cubierta, junto al nombre del autor (Jules Laforgue, la *forca*, la horca, los apellidos condenan) figuran unos versos escritos a mano y dibujos caricaturescos del propio Laforgue. El primer verso del libro es tan francés que da risa: *nous nous aimions comme deux fous*. La toma de la Bastilla dejó a los franceses, para siempre, en manos del *coeur Ecoeurant!* Yo leí a Laforgue hace muchos años, tras las enseñanzas buitreras. Lo recuerdo como un Baudelaire en harapos. Más terminal que Baudelaire. Andrajo, crispación y rencor, frente a lujo, calma y voluptuosidad.

Los libros son enemigos poderosos. Los libros de poemas son los enemigos MÁS PODEROSOS. Alargas la mano, lo abres, lees, *tout m'ennuie aujourd'hui. J'ecarte mon rideau*, y ya te puedes despedir de la tarea durante horas y quizás días. Pero lo cierro como los pastores protestantes cierran su Biblia, con un seco golpe, una vez condenada la víctima. Que lo hurguen otros. Mujeres y libros. Demasiado caro me ha costado ese binomio.

2 de febrero

Tremenda resaca. Un hilo de metal rojo me entra por la nuca y sale por la coronilla; dedos invisibles lo mueven arriba y abajo, mientras en el estómago se disuelve una bola de alquitrán. Cuando se alza la arcada, todo cuanto veo se quema

con un chisporroteo y dejo escapar un chorro de color gris perla sobre la mesa de baquelita. Sin embargo, no debo atribuir esta lamentable condición al exceso en la bebida, ni mucho menos; este dolor hay que atribuirlo a la insensatez comercial, fuente de inmensas penas, aún mayores que las producidas por la reclusión en asilo, hospital o prisión. ¡Trementina le ponen, con el fin de dar cuerpo al licor! Miles de modestos bebedores de ambos sexos caen en espantosas cegueras, o mueren retorciéndose como gusanos gracias a este pequeño ahorro del ramo de la hostelería. En nuestra todavía islamizada sociedad los ciudadanos somos criaturas destinadas a la muerte, y resistirse es un vicio muy mal tolerado.

Anduve ayer por los pequeños bares de la zona conocida como el Raval, hasta llegar a las inmediaciones de Santa María del Mar. Comencé, sin embargo, por La Boa, esa reliquia de la colonización latina, más grandiosa que las termas de Caracalla. La viuda servía combinados, protegida por el casco centelleante de su peluca. No es coquetería, sin duda, es calvicie. Se comenta que, en trance de copular, la viuda deposita la peluca sobre una fraustina y en la penumbra roja la inquietante mirada de madera se clava en la espina dorsal del seductor, produciéndole una impotencia imborrable. Pero allí solo bebí dos Martinis, de una honradez labriega.

Bajé luego, tropezando con vendedores de ligas, tabaco, drogas, condones, periódicos (todos ellos atrasados), calcetines, peinetas de cuero repujado, qué sé yo, hasta un pequeño almacén de licores, acondicionado para servir consumición mediante el ingenioso sistema de disponer un tablón sobre unos caballetes. Es local de contrabandistas no muy alejado del antiguo mercado de el Borne, y tiene un aura asilvestrada que me fascina como el recuerdo de aquellos catalanes antropófagos que andaban por el monte con un trabuco y solo se alimentaban de crucifijos remojados en los fríos torrentes de la Cerdaña. En cualquier momento puede aparecer un tipo de enormes brazos tatuados por el pintor Sert y mandar a la calle a todo el mundo. En ocasiones está abierto; otras, cerrado, sin la menor explicación. Solo se bebe lo que hay, aunque siempre es de la mejor calidad y a un precio ridículo. Ayer, por ejemplo, tocaba *champagne*, pero no ese Moët nivelado para filisteos, sino un caldo seco de reptil, servido a temperatura de cerveza. Partidas robadas en el muelle o trocadas por otras mercancías igualmente ilegales. Bajo las tres bombillas que cuelgan de sus hilos, desnudas como judíos de foto, los botellones sin etiqueta bailaban la polca de las camisas pardas. Los borrachos habituales, duros bebedores de orujo o de keroseno, arrugaban la nariz. Un anciano que flotaba en el interior de unos andrajos barrocos, con un esparadrapo en la oreja (es interesante la abundancia de desorden que suele acumular un vagabundo en la oreja), clamaba en alta voz: dentro de poco ya no se podrá venir por aquí, solo tenéis bebidas de puta. A su lado un gigante con cuello de gallina, acromegálico venido de la honda panza andaluza, sostenía en su manaza un vaso minúsculo con la delicadeza de un entomólogo. Su cabeza de cartón asentía fraternalmente con los ojos cerrados y un mohín en los labios. ¡Y el jueves fue Calisay!, añadió a modo de acabóse. ¡No queda ya espíritu humano!

El fondo del local, pésimamente iluminado, es un muro con apliques de cerámica que me parecieron antiguos; losetas con motivos gremiales o cualquier otra bobada gótica de las que abundan en este lugar. Pero cuando me acerqué, no tanto a mirar cuanto a distraer las piernas entumecidas, dos mozos morenos, muy repeinados, muy guapos, me cortaron el paso sin decir palabra, ni falta que les hacía. Descubrí entonces que más allá del improvisado mostrador hay una especie de despachito, a la manera de las covachuelas burocráticas coloniales. Sentado en su aura heredada de Fenicia, presidía un asiático. Nuestras miradas se cruzaron y debo reconocer que sentí una profunda impresión. Debía de tratarse, digo yo, de algún funcionario de la delincuencia. Con un gesto elegantísimo, como si apartara un mal pensamiento o se acomodara las fluidas mangas de seda, signo de su mandarinato, indicó a los chulos que se retiraran. Solo quería ver las cerámicas, dije yo. Y de inmediato me arrepentí. ¿Por qué le daba yo explicaciones? ¿Por qué estaba pidiendo perdón? ¿De qué recuerdo esclavo me salía aquella repugnante sumisión? Miré con más calma (falsa calma) a mi alrededor, adueñándome de la situación, pero lo único que logré fue comprobar que no era asiático; solo la atmósfera que creaba a su alrededor lo era. En aquel equilibrio inestable, disfrazado de valiente, simulé observar las cerámicas y aún estuve en un tris de sonreír o cometer cualquier baja. Lenta y sudorosamente regresé a la barra, como aquellos hidalgos grotescos del Toledo comido de piojos. Pagué con parsimonia y salí al aire libre con la sensación de haber pinzado entre los dedos un cable de alta tensión.

Me encontraba francamente mal. Contemplaba el desorden de mi espíritu, respetuoso, vil, ruin, como un garabato; y, en frente, la geometría rigurosa de aquel hampón firme, magnífico. No es el respeto a la vida, es la vileza lo que me paraliza la mano, pensaba yo, y me imaginaba con una faca de resorte enfrentado a los chulos. Y si fuera pistola, tampoco dispararía, pero no por bondad de corazón, sino por falta de ganas, como el pobre Babel con el cosaco destripado a sus pies. Me di tal rabia que regresé a el Raval y bebí atolondradamente en Establecimientos Casa Ginés, local también conocido por El Mengele. Aquello era envenenarse, pero necesitaba ese veneno como triaca del otro. El otro era, claro, el deseo de regresar al almacén de bebidas, con esa violencia que hace de nosotros, los cobardes, fácilmente chulos.

9 de febrero

Tanto he tardado en acudir a la barbería que poco ha faltado para que me impidieran la entrada, no sin antes dejarme un duro en la mano. Mi insistencia, sin embargo, debía de tener algo de amenazador porque el peluquero ha retrocedido un paso y señalado uno de los sillones vacíos, estupenda máquina de émbolo con cabecera regulable. No me ha servido él mismo sino un empleado más joven y enjuto, de envidiables patillas color café con leche y abundante collaría de oro con signos

pacifistas, hebreos, amorosos y místicos, tras hacerme esperar y cambiar de lugar tres veces mediante suaves codazos, mientras arrastraba con el escobón las matas de cabello desparramadas por el suelo de hidráulico verde. Y sin embargo nos hemos entendido; el resultado ha sido eficaz. Los dedos huesudos han pulsado la tijera, la navaja y el peine como palillos de tamborilero, y entre chasquido y chasquido he dormitado con placidez. Sería el aroma a polvos de talco o el azaroso cruce de perfumes, champú, abrótano, colonia, brillantina, fijapelo, lo que le daba a la atmósfera su calidad levantina y estupefaciente. Una vez concluido el trabajo y tras exhibir mi occipucio en un espejo portátil, ha sacudido los delantales con un punto de coquetería torera. He pagado con gran satisfacción y entonces ha sucedido lo imprevisto.

Este salón se encuentra ubicado junto a un mayorista de electrodomésticos en una de las primeras calles de las Ramblas, la de Tallers. Es una caja de vidrio forrada de espejo, con perchas vienasas en las paredes y un paragüero de latón a la entrada. Para salir es preciso tirar de una hoja de vidrio, la cual solo tiene movimiento hacia el interior, por lo que es muy frecuente el encontronazo. Sobre la manilla hay un letrero que dice «tirar», pero he comprobado a lo largo de muchos años la incapacidad de los ciudadanos para reaccionar a tiempo ante la sutil diferencia entre «tirar» y «empujar». Yo, por mi parte, he empujado. Y habría seguido empujando de no ser porque, aun antes de que el peluquero se precipitara en mi ayuda, otro cliente se había ya situado frente a mí, al otro lado del cristal. Ambos nos hemos quedado quietos, esperando a que alguien resolviera el dilema. Pero mi quietud estaba determinada por otra causa; el cliente plantado frente a mí como un buzón de correos, era el falso asiático que conocí la semana pasada en el almacén de bebidas. Podía verle con claridad, y de nuevo me asaltó una vaga inquietud. ¿Qué irritante peculiaridad tenían aquellos ojos delgados como cejas? Entonces me percaté de algo extraordinario. Llevaba gafas. Unas gafas de acero, circulares, claras, evidentes, pero tan integradas a la estructura del cráneo que me habían pasado inadvertidas como los orificios de la nariz o los cinco dedos de la mano.

Yo no sé el tiempo que habría tardado en reaccionar, sumido en la contemplación de aquel rostro QUE EN REALIDAD NO VEÍA. Al poco sentí una presión suave pero decidida, y comencé a retroceder, no sin oponer resistencia. Estaba abriéndose la puerta desde fuera, a pesar de que yo continuaba asido a la manilla. Pero el hombre no manifestó ningún esfuerzo; entró despacio, me saludó con una inclinación de cabeza y pasó al sillón vacante. Una vez en las Ramblas me dije que yo conocía a aquel hombre desde mucho antes de nuestro primer encuentro. Quizás solo conocía su fenotipo, pero sabía muy bien a qué atenerme, del mismo modo que los conejos no necesitan conocer PERSONALMENTE a todos los zorros, sino que les basta con uno. No por eso ha disminuido el deseo de acudir al almacén de bebidas. Es el vanidoso prurito de recomponer mi figura, de borrar un mal gesto como si la historia diera marcha atrás, como si verdaderamente yo pudiera mirar los azulejos la próxima vez,

habiendo apartado a los chulos con una sola mano. Pero es imposible, no solo porque los chulos ya saben cómo las gasto, sino porque no tengo categoría.

14 de febrero

Miro por el rabillo del ojo el volumen de Jules Laforgue como si en cualquier momento fuera a saltarme al cuello. Una lamprea capaz de vaciarme de toda substancia para engordar su propio cuerpo. ¡Así crecen las reputaciones! ¡Dejan en los huesos a sus admiradores! No tengo fuerzas para eliminar de mi vista el volumen, pero dejo que los diarios lo sepulsen y procuro que alguna brasa de cigarro y alguna salpicadura de ginebra llegue hasta él y lo corrompa lentamente. Sin embargo, sé que está ahí, acechando desde su escondrijo. Yo tengo un miedo cervical, o, mejor, CERVICAL, a los libros. ¿Y por qué razón son enemigos temibles, los libros? Porque una de las convicciones, es decir, IDEAS (pero hay que entender la palabra «idea» en su acepción sensible, como el rincón olvidado de una terraza que de pronto cobra sentido cuando recordamos haber besado allí, muchos años atrás, a nuestra prima) que separa tajantemente a la juventud de la madurez es la que calibra el resultado de la lectura sobre un ciudadano instruido.

En opinión de un hombre hecho y derecho, por mucho saber que adquiriera una conciencia, su poseedor sigue siendo bobo y malvado si el terreno sobre el cual sembró era ácido o espinoso. Ningún nombre estúpido ha dejado de serlo gracias a un libro. Infinidad de hombres estúpidos han leído toneladas de libros. Por el contrario, durante la juventud se deposita una fe africana en los libros; se leen con exaltación de monja salmantina, llegando incluso a la penitencia, afligiéndose sublimes tratados sin comprender una palabra, por el mero ritual de haberlos deglutido. Los jóvenes (incluidos aquellos cuya edad supera el límite de la jubilación) creen que los escritos son fármacos capaces de transformar las condiciones químicas del alma, produciendo un precipitado benéfico para lo que comúnmente conocen como «inteligencia». Y, de hecho, ES ASÍ. He ahí el enorme peligro que representan. Enorme. Enorme.

La lectura es como el estiércol, solo excita un crecimiento ya de por sí vivo y autónomo. Aumentando la cantidad de fertilizante puede incrementarse la producción natural hasta cierto punto, si son cantidades DISCRETAS; pero el exceso quema los brotes y asfixia la libre circulación de minerales. Un aumento de abono a partir del punto crítico significa el arrasamiento. Hay frecuentes casos de cerebros, como el de Unamuno, convertidos en eriales por su imprudente optimismo sobre la cantidad de fertilizante que creyeron poder soportar.

Los jóvenes confían en aumentar indefinidamente la capacidad de su conciencia mediante una ascética gimnasia cerebral, con lo que no consiguen sino atrofiar y abortar el ridículo tallo o semilla que les había sido concedido. De ahí la abundancia

de necesidad entre los profesores (eternos jóvenes sujetos a los más dolorosos sarpullidos), obligados como están a pasar toda la vida tragando estiércol. Conocer con exactitud los límites de nuestra conciencia es la condición imprescindible para aprender a leer. Pero la adulación es el sistema total del planeta, de modo que se ha impuesto el sistema contrario. Resultado: un mundo repleto de enanos que llevan sobre sus hombros el cadáver de un gigante creyendo, de ese modo, haber ganado altura.

Cuando yo dejé de leer, por ejemplo, ya era demasiado tarde. Había destruido todos los gérmenes capaces de fructificar mi espíritu. Estaba hecho un lago de sal, podrido de fertilizantes que habían estrujado mi alma hasta asfixiarla. ¡Y yo tenía aquella esterilidad en gran estima! Así y todo, cuando dejé de leer, cuando dejé de ampliar conocimientos, como se dice, experimenté la paz de quien se arranca una espina *con* la que ha convivido tanto tiempo que ya la tenía olvidada. Simultáneamente dejé de tratarme con gentes cultivadas y de fuerte personalidad. Comprendí que me había hecho viejo y que, una vez superada la inflexión, como los ancianos en el banco del parque soleado y oloroso de orines, ya solo encontraría consuelo en los animales y en las criaturas, a los cuales vería evolucionar en la distancia y con los que no podría establecer mejor contacto que un puñado de migas arrojado al aire.

Me viene ahora a la cabeza el recuerdo de un gran filósofo, amigo mío de la juventud, hombre que en toda su vida solo ha leído un libro —pero de descomunal importancia—, con tal intensidad que ha logrado sustituir sus engranajes cerebrales de nacimiento por los del autor del mencionado libro, como quien cambia los dientes de leche por otros más adecuados a la vida de un carnívoro adulto. En la actualidad su cabeza funciona con la regularidad postiza de aquella otra cabeza, aunque manteniendo algunas peculiaridades contemporáneas. Y así como, sin duda, podría resolver cualquier problema de orden metafísico adecuado a las preocupaciones de un habitante de cualquier pequeño burgo prusiano del ochocientos, está en cambio sólidamente incapacitado para los problemas que diariamente se le presentan. Ello no ha impedido ni su felicidad ni su infelicidad. Verbigracia: logra evadir impuestos con cierta maña, pero conduce su automóvil a la manera de las tartanas, agarrando el volante como si fueran riendas y usando de látigo el acelerador. Habla con el coche, como los boyeros con sus piezas, le anima, le ríe y le golpea el guardabarros; adapta la velocidad no al tipo de vía en que se encuentre, ni a la densidad del tráfico, sino a la discusión que inevitablemente mantiene consigo mismo, o más bien con la cabeza impostada del Gran Muerto. Si la polémica tiende a excitarle o a sacarle de quicio —lo que sucede con sospechosa frecuencia, como si ambas cabezas no hubieran acabado de ensamblarse— el automóvil avanza a toda velocidad, sacudido por impetuosos frenazos y dejando un rastro de peatones aterrorizados; pero si, mediando un hondo suspiro, especula sobre el brillo dorado de la creación, no pasa de los treinta, provoca notables atascos, y atronan la atmósfera unos espantosos bocinazos

que al filósofo se le antojan mugir de bueyes y repique de cencerros.

Introducir en el alma una ortopedia completa no puede sino conducir a la ruina. Pero lo contrario es imposible, YA QUE NADIE TIENE NADA DENTRO, antes de meter algo. Así que, entre la herencia que aplasta y la miseria impotente, solo queda el camino — o calvario— de heredar con el fin de despilfarrar. Primero atiborrar el cráneo; luego vaciarlo como una muñeca de serrín con una buena perforación por donde escape el líquido podrido. Mientras quede algo por olvidar, hay esperanza. Todos los días, eliminar algo de la memoria. Esta es la célebre acción conocida con el nombre de *Mente Borradora*. Método, sistema y dispositivo capaz de adecuarnos a la desmembración. Des-mem-bra-ción. Toda ella, por dentro y también por fuera. Aquel que no se desmiembre, aquel que se mantenga junto y apretado, carecerá de otra alternativa que la puramente sociológica.

Para explicarme la actual desmembración acudo a una excusa: la historia carece de imaginación y a falta de buenas ideas ha decidido repetir un drama por el que siente apego. Vivimos de nuevo en el inmenso bostezo de 1850. Unos pocos creyentes navegan a la deriva con aspecto de popes ortodoxos y su inconfundible aroma a sardina podrida. A la manera de los desengañados de la Comuna, también estos miran de reojo a la muchedumbre, es decir, a «todos los que no son como yo». Los más astutos se retrancan en madrigueras de retaguardia con el fin de administrarse una vida estéril y barata. Los menos listos, los coriáceos, se arruinan con majestad; son buques cuyas calderas estallaron en un descuido del maquinista.

A veces, por la calle, en el metro, en la cola del DNI, se encuentran dos viejos granaderos; uno de ellos es ahora MAMPORRERO, el otro es un TERMINAL. Ambos sin embargo están acabados a la edad en que se demuestran las hipótesis del pasado, para evitar el riesgo de que SOLO SEAN HIPÓTESIS. El Mamporrero resume al Terminal con un sucinto juicio: me va a pedir algo. El Terminal no es menos implacable con el Mamporrero, de quien opina que siempre fue un imbécil. Ahora les da asco verse. Con un poco de suerte todavía podrían vengar su fracaso SOBRE el otro. Su vieja disputa era, hoy lo ven claro, una rencilla entre clanes. Creyeron estar unidos en la necesidad, pero era sospechoso que todo lo hicieran POR LOS DEMÁS, dado que ambos habían superado —así lo dicen, «superado»— el cristianismo y sabían que todo sacrificio es el innoble disfraz de un egoísmo todavía más insidioso. Durante unos años se pavonearon trágicamente sobre el filo de la libertad, pero ahora, atemorizados, reconstruyen la trampa que *los* empujó al mundo.

Entramos en un bostezo universal; los débiles serán aplastados, como siempre, pero un poco más que siempre. Los menos débiles serán amordazados, como siempre, pero un poco más que siempre. Hoy como siempre son necesarios los fuertes, y no puede haber fuertes sin débiles, como siempre. Los antiguos compañeros asisten al reparto atados de pies y manos. La muchedumbre colabora en el reparto, agradecida por la reaparición de los amos y de los señores capaces de poner las cosas en su sitio. El resto se queda sin aliento al comprobar que ya solo se les enfrenta un enemigo: el

amigo. La partida eterna se ha recompuesto y el cosmos se rasca una comezón insignificante.

Pero estoy generalizando. Mi propia cárcel me impide ver los barrotes. El primer paso hacia la recomposición del reparto es querer ver con claridad. En eso consiste la condena, en mi separación de «los que no son como yo», es decir, aquellos que no necesitan ver con claridad, aquellos que prescinden de cualquier averiguación, pues ellos son la evidencia misma.

Cualquiera que trate de ver con claridad es un enemigo, un lacayo del oro clerical que trata de encontrar soluciones (¡soluciones!, ah, ah, ah), a sabiendas de que las así llamadas soluciones solo consisten en la especulación de una nueva fortaleza, de una nueva diferencia frente a «todos los que no son como yo», los evidentes.

Estoy exagerando. La noche es interminable. Es mejor beber. Me asfixia el rencor. Todos somos abstractos al principio, es decir, inocentes; no se puede vivir de la sátira del inocente; el satírico es un gusano que precisa cadáveres, pero hay muertos que todavía brillan en la noche del mundo, mientras que ningún gusano nos ilumina.

También debo contar con los que nunca se equivocan, con los que nunca pierden por cuenta propia, los que saben lo que hay que saber desde su más tierna —nunca la tuvieron tierna— edad. Estos tomaron de sus padres la capucha negra y el hacha, se acomodaron junto al tocón de madera y gritaron jubilosamente: ¡que pase el siguiente! Estos son los fuertes y contra ellos no hay argumento.

Debo mantener la sangre fría si quiero, en verdad, llegar a la banalidad. A la pregunta de «¿cómo es posible vivir en tiempos de ABSOLUTA miseria?» debo responder sin hurtar ni un solo dato. Así pues —y haciendo uso de informaciones INESTIMABLES— hoy respondo que nuestra obligación primordial, si queremos alcanzar la dignidad de los banales, y mientras dure la luz del mundo, es dejar en buen lugar al reino animal.

El volumen de Laforgue respira debajo de los *Países* amontonados, se alimenta de las mojaduras de ginebra y café con leche. Es una vejiga cargada de ácidos, disfrazada de pastorcilla. Con admirable inocencia miles de adolescentes se inyectan esas rimas en el pensamiento y se adormecen sobre el regazo de un ogro. Una vez infectados, se reproducen.

15 de febrero

En una calleja de negro pavimento que serpentea junto al ábside de Santa María del Mar y apoyado en un comercio que regentan viejos romeros de Tailandia cuyos largos cabellos y barbas en las caras cerúleas, sobre los flaquísimos hombros, parecen arrancados del mismísimo portal gótico, se encuentra el almacén de bebidas. Los

místicos buhoneros venden muñecos de cartón, máscaras de carnaval, artículos de escritorio, figuras de titiritero..., en fin, mercaderías inocentes como sus almas consumidas por el opio. Alguno de ellos tocó la flauta en Kampala aún no hace diez años y las notas han quedado petrificadas en su corazón, no sin antes exudar hacia el exterior un arcaico atuendo de color amarillo, con sus cintas, sedas y estampados baratos. Allí, en un apartadísimo rincón asiático, cristalizó su alma, y allí ha quedado muerta para siempre. Los muñecos son como los dueños, o bien extraordinariamente delgados, o bien extraordinariamente gordas, pues son las hembras las que sufren este inflamamiento glandular que sucede al giro budista. Todos ellos, muñecos y humanos, tienen un aire mongol. Los he ido mirando uno a uno detenidamente, pero no he comprado ninguno, lo que a ellos, muñecos y dueños, les tiene sin cuidado. Lo cierto es que solo me encontraba allí matando el tiempo a la espera de que alzaran la cortina del almacén de bebidas. Horas antes había estudiado minuciosamente la gran nave gótica; los sillares, las finas columnas, los arcos; y, en el exterior, los contrafuertes, las figuras de la arquivolta, todos y cada uno de los acantos, el rosetón, las palomas repugnantes que blanquean el relieve gris, las grecas, las lágrimas, las metopas, ¡los nitroglifos!..., en fin, que me estaba aburriendo soberanamente.

De tanto mirarla, la basílica acabó por parecerme una cochera. Una cochera de automóviles. Alemana, para ser más exacto; seguramente de la Bauhaus. En realidad no hay tanta diferencia entre este gótico ascético y económico, y la construcción industrial, una vez se le arranca el alma. Si a los hangares, estaciones de metro, garajes, terminales de autobús y talleres mecánicos se les recorta un rosetón en la fachada, prácticamente tenemos gótico catalán para toda la vida. En estos pensamientos me enfrascaba con tal de aguantar hasta la apertura del local.

A las seis de la tarde un hombre gordo, alto, rubio, un titán, alza la pesada cortina con ayuda de una percha. Enciende las luces y trajina en el interior disponiendo taburetes, toneles —hacen función de mesa— y vasos en línea sobre la barra. A las siete hay ya media docena de clientes y yo tiritito de frío. Con el fin de no helarme doy vueltas a la iglesia, pero muy aceleradas pues temo que en una de ellas se me escape la entrada del falso asiático. A las ocho estoy medio loco de impaciencia, cansancio, hastío y hambre, de modo que entro en el almacén y pido lo del día: una ginebra turbia y espesa. Nunca había probado nada igual; es tan viscosa que se pega al vidrio como si fuera leche. Y entonces veo al falso asiático exactamente en el mismo lugar que la primera vez, al fondo, sentado a la manera de un escriba egipcio. Ha debido de entrar en uno de mis giros góticos y no he podido sorprenderle. Quizás lleva horas ahí sentado.

Voy hacia él y esta vez no me asaltan los chulos, ah, ah. Es posible que mi gesto seguro, firme, raudo, les haya confiado. Con altísima frecuencia los encargados de la defensa toman al enemigo por colega, tan sutil es la muga que separa al delincuente de su policía, y viceversa. Me sitúo frente al desconocido y saludo sin prisas. Me responde cortésmente. Según parece, hace un buen rato que observan mis vueltas,

¿acaso busco a alguien? Como no respondo, me pregunta si frecuento la barbería de la calle Tallers. Sigo sin responder porque, de verdad, no sé qué decir, ni lo que estoy haciendo allí plantado como un *estaquiro*. Sería largo y posiblemente ineficaz explicarle que no tengo nada que hacer en todo el día excepto seguir la pista de los signos que se me cruzan en el camino. ¿No me reconoce?, dice ahora. Sí, claro, de la barbería. Pues tiene usted mala memoria, ¿no recuerda a Cucurella, o a Podiol?

De eso hacía treinta años. Podiol, Cucurella y yo habíamos sido compañeros de bachillerato, en la misma clase y grupo, durante once años. Podiol era un chico tranquilo, introvertido, con tendencia a rascarse, siempre a las órdenes de Cucurella. De Podiol yo no había sabido nada desde que dejamos la escuela. El caso de Cucurella es distinto. Aun opuesto. Brillante, agresivo, predador, con un punto de locura contenida, como de epiléptico ruso, era un cabecilla ecuánime y duro. A Cucurella sí seguí viéndole tras el ingreso en la universidad. Su comportamiento, a los dieciocho años, era ya el de un adulto con clara inclinación hacia el crimen, único ámbito en el que podía dar rentabilidad a una inteligencia poco adaptable al sistema legal; quiero decir, a cualquier sistema legal. Una de sus salvajadas, el robo sistemático de todos los ciegos de la ONCE que rondaban su barrio, acabó por trascender y su familia determinó recluirle en una propiedad rural próxima a Martorell, con el fin de obligarle a un examen de conciencia y un pacto. Durante los meses de invierno, encerrado entre libros y leños —era muy entusiasta de Rudyard Kipling, de Curzio Malaparte, de Luys Santa Marina, de Folch y Torras, de cosas, la verdad, un poco pintorescas— Cucurella se fue cargando como una caldera. Entrenó a su perro —un mastín al que llamaba Chamberlain— con un guante de asbesto y un garrote, hasta convertirlo en una fiera imprevisible con una mirada desviada y labriega. En enero salió a cazar y disparó contra todo lo que se movía hasta agotar dos docenas de cajas con munición que el padre había almacenado tras la guerra civil. Mató incluso cucarachas, con aquellos cartuchos de máuser. Creo que estaba completamente loco.

En abril su padre acudió a la finca para conversar con Cucurella y negociar una salida diplomática; o bien seguir los estudios de ingeniería, o bien disponerse a trabajar en una empresa de transportes que el industrial había montado con sobrantes de dos ejércitos para la zona del Campo de Tarragona. No contemplaba una tercera opción. Y nunca sabremos cuál habría sido el resultado pues no pudieron cruzar palabra. Nada más alzar el madero de entrada para dejar paso al Dodge, el padre de Cucurella pudo oír con toda claridad a su hijo azuzando a Chamberlain. Luego vio una masa de color plomo saltándole al cuello. Hombre criado en el campo, fornido y habituado a las peores brutalidades, tuvo fuerzas para agarrar la cabeza del animal, abrir sus mandíbulas y aplastarlo contra el suelo a patadas. Con la garganta abierta y las manos mutiladas, regresó al automóvil y pudo llegar hasta Martorell, en donde detuvieron la hemorragia.

La familia, una de esas tribus cerradas y espinosas que tanto abundaban en la

época de Franco, prohibió a Cucurella acercarse al hospital donde convalecía su padre, amenazando con la prisión si osaba desobedecer. Con lo cual los tres hermanos Cucurella se aseguraban la eliminatoria en la herencia. Pero el padre no murió. Había quedado eso sí, prácticamente mudo; sin embargo el mastín no había tenido tiempo de segar ninguna de las interesantes venas y arterias que suben y bajan por el cuello. Como era de esperar, Cucurella se presentó en el hospital. La madre, repitiendo la escena del mastín, se lanzó de uñas sobre él, con una violencia que solo es posible admirar en las madres; Cucurella tuvo que agarrarla por la cintura y lanzarla sobre una silla como si fuera un fardo. Luego se aproximó a la cama donde su padre jadeaba tratando de blasfemar, congestionado de ira, y le mostró un requerimiento con matasellos de Capitanía General. Solo quería despedirme de vosotros, dijo; me voy a África. Más tarde corrió la noticia de que había desertado y también la de que regentaba un prostíbulo masculino en Melilla.

Durante diez años no supe nada de él. Un buen día recibí una llamada de teléfono. Era Cucurella, pero no reconocí su voz, la cual no solo sonaba hueca y abandonada, sino que parecía producto de un dispositivo eléctrico. Fue una conversación concisa, sin efusión. Me citó en la cafetería Monza, en la parte alta de la Rambla de Cataluña. Allí le esperé más de una hora sin acabar de creer lo que estaba sucediendo. Cuando me harté ya había anochecido. Iba yo a tomar el metro en la boca de Provenza cuando me pareció ver a un hombre que guardaba cierta semejanza con Cucurella bajando el bulevar. ¡Habían transcurrido diez años! Me quedé quieto y algo atemorizado. Al pasar por mi lado, el hombre me miró de reojo. Entonces se señaló la garganta con un gesto sardónico que me heló la sangre. Luego siguió calle abajo y no hice nada por detenerle. Todavía hoy no puedo asegurar que fuera él. Es una escena confusa. Dos días más tarde pensé que toda la historia era en exceso absurda, de manera que llamé a sus padres para averiguar si tenían noticias suyas. Me respondió al teléfono uno de sus hermanos, el menor, si no ando equivocado, un hombre audaz que ha acabado por destruir a sus competidores dentro y fuera de la familia, propietario de la casa familiar en donde todavía vegeta recluido, como en una prisión, el padre mudo. Me dijo que Cucurella había muerto en Tánger hacía dos meses. Ante mi desconcierto, añadió: ha sido un cáncer de garganta, una cosa rápida, a ver que se le ocurre hacer ahora en el infierno.

Siempre he tenido el convencimiento de que el propio Cucurella inventó el engaño de su falsa muerte, con el fin de castigar a su familia, o de preparar el terreno para una aparición en el momento adecuado, o con la más inocente intención de escapar de la justicia. Supongo que yo debía de formar parte del plan. Cucurella, de eso estoy seguro, había perdido la razón mucho antes de desertar, si es que lo hizo alguna vez.

Entonces, ¿conoce usted a Cucurella?, le pregunté al desconocido. Sí, llegue a conocerle muy bien; íntimamente. Dónde, ¿en África? El falso asiático sonrió suavemente, movió la mano con aquel gesto de espantar moscas, y añadió: en más de

un continente. Aquella era una respuesta pedante y pensé que debía abandonar la conversación, pues de nuevo estaba siendo humillado. Pero no había terminado de hablar: también a usted le conozco, y usted a mí. La situación se me hacía insostenible; hice un gesto de despedida pero no con la necesaria energía, sino de un modo blando, sudado. El hombre sonrió: venga usted por aquí más a menudo y si no me encuentra pregunte por mí. ¿Por quién? Pregunte usted por el Chino; buenas noches, amigo mío, no hace falta que pague su consumición.

Evidentemente, es el Chino. Y evidentemente no debo acercarme por allí ni una noche más. Sin embargo, una parte importante de mi actual trabajo consiste en no aserrar rama ninguna del árbol de la ciencia, pues en cualquiera de ellas puede madurar el fruto, o el ahorcado. Y de otra parte insistí demasiado en pagar la consumición, insistencia que solo consiguió poner de manifiesto la debilidad de mi carácter. No sonreír. No pedir perdón. No ser obsequioso. ¡Dios mío, todavía quiero ser mejor de lo que soy!

16 de febrero

Una variante de la Mente Borradora puede ilustrarse mediante el par de opuestos: atesorar-despilfarrar. O bien la riqueza es gasto, o bien es acumulación. Así por ejemplo, mi tío Enrique, rodeado por sus volúmenes de bolsillo encuadernados, es un hombre temido por su acumulación, pero no puede decirse que sea rico. En realidad nadie sabe si lo es. La ley de los acumuladores es mantener el secreto de la cantidad acumulada con el fin de conseguir empréstitos garantizados por el tesoro oculto. De ahí la frecuencia de la ESTAFA entre los acumuladores, cuando no logran mantener la fe en sus acreedores o se divulga el monto real de lo acumulado, es decir, NADA. Por el contrario, Virgilio Muelas, antiguo militante de bares, ya desaparecido, gastó la totalidad de su patrimonio en un par de noches, durante las cuales, naturalmente, NO FALTO DE NADA. Aun cuando solo fueron dos noches, es el único caso de riqueza real que yo he conocido. Es enteramente falso que pueda haber riqueza sin despilfarro.

Acumular saberes, como acumular riquezas, es corromper la riqueza con el fin de convertirla en MERO SENTIMIENTO DE PODER. Pero la intimidación solo procura un alivio provisional. Cuando se ha llegado al límite de la estupidez, como yo he llegado, ya solo importa hacer música con el entendimiento, sin preocuparse de las partituras. En una hoja de periódico abandonada sobre un banco resplandece el mismo enigma que en la Crítica de la Razón Pura. A veces basta con una sola palabra para que el espíritu, tenso como un violín, la INTERPRETE. Yo he dejado de acumular hace tiempo y tiempo. Ahora trato de despilfarrar. Me paso el día tocando el cerebro como el concertista su piano. Eso sí, no quiero dárme las de virtuoso: toco de oído.

17 de febrero

Una sensación común a todos cuantos nos apretamos en los desfiladeros de la ciudad es la angustiosa imposibilidad de cambiar de tiempo. La necesidad de escapar al tiempo propio, de introducirse provisionalmente en un tiempo DE CONTRASTE, es vital para evitar caer una y otra vez en la ofuscación y la locura. Ese cambio de tiempo requiere lugares específicos, espacios privilegiados, pero en esta ciudad no hay tales lugares. En Londres los Terminales se refugian en los parques y las iglesias. Allí se recogen en sentido estricto, a saber, recogen sus pedazos dispersos y consiguen soportar unos días más, antes de matarse. En esta ciudad, sin embargo, no hay parques o iglesias que posean la virtud del recogimiento. Los parques son pedazos económicamente náufragos con los que nadie sabe qué hacer; aquí un objeto casual llamado «escultura», a su lado un cacto enano llamado «humanización del paisaje urbano», más allá un rectángulo de tierra impregnada de orines, todo azaroso, todo, y esto es lo importante, A LA VISTA. Tampoco los templos permiten el recogimiento y el contraste de tiempo. La mayoría son templos mercenarios, alquilados con fines de religiosidad administrativa. Los templos históricos, como Santa María del Mar, parecen no haber sido jamás el refugio del dolor y el ansia de la población, sino tan solo un signo de ostentación. Lo innombrable ha preferido dar un rodeo, desconfiado del servicio que recibiría. En esto consiste, sin embargo, la modernidad de la ciudad, en el sentido antiguo de la palabra, cuando se aplicaba a capitales como Chicago o Montreal: no posee ningún espacio que escape al tiempo moderno.

Lo mismo sucede en ciudades trituradas por la última guerra europea, ciudades como Rotterdam o Frankfurt que perdieron sus espacios sagrados, en cuyos solares se alzan ahora todo tipo de volúmenes mercenarios. También aquí han desaparecido los espacios del recogimiento, pero sin que ninguna guerra los destruyera; los ha arrasado la libre voluntad de los ciudadanos, o de ALGUNOS ciudadanos, por definición los más importantes, ya que la forma de la ciudad es un reflejo de su espíritu. Aquí todo el espacio está sometido a la presión del tiempo presente y es pura exterioridad clínica. En ocasiones de enorme tensión es posible intuir, por elevación exponencial, lo que fueron esos espacios en las naves de algunas estaciones subterráneas, como la de Plaza Cataluña, inmenso espacio invertido, rayado de cables grasientos, con una luz gris escalofriante, el gris de la muerte mecanizada, el gris de los mataderos.

Imagino el barro que pisaban los judíos antes de entrar en la cámara de gas; barro de calidad lanosa y funcional. Así también los Terminales tumbados en las estaciones subterráneas. Raza y amoníaco. Pero no debo desesperar. Es posible que ese espacio exista y yo no haya sabido encontrarlo. Es posible que huya de mí hasta el día en que no perdona ya nada; el día en que deje de contemporizar.

18 de febrero

Hoy, aprovechando la lluvia que acharola el pavimento, visito calles ruines, a la derecha de las Ramblas. En la calidad grasienta del adoquinado y los muros se manifiesta una vida familiar, doméstica; la vida de los pucheros calentados con leña, de la ropa tendida en girones, de las matronas que fisgan desde la penumbra del umbral, envueltas en su bata guateada, como híbridos de colcha y lechuza.

Cada cien metros hay un bar contrahecho; muchos se llaman ahora «cafeterías», pero conservan la oscuridad, el serrín vomitado, la pila de agua tallada en una piedra caliza, la vieja barra de cinc abollada, las moscas suspendidas en el aire como diminutos sistemas solares en movimiento. En cada uno de ellos bebo ginebra tras ginebra espoleado por la curiosidad. Querría conocerlos todos, distinguir en cada uno de ellos su historia particular, su biografía y su necesidad. En la Cafetería Barcelona Galicia Restaurante, una mujer de sesenta o setenta años le sirve un cortado a un hombre joven, muy trajeado. Sobre la mesa hay un sombrero de fieltro gris con cinta marrón. El muchacho es muy pálido, de cejas albinas, y se mantiene crispado, con las rodillas juntas, como el condenado en la silla eléctrica. Ambos me miran sin verme. Al fondo de la sala se entorna una puerta; por un momento creo ver un rostro haciendo muecas, pero la oscuridad me impide juzgar si se trata de un pariente idiota o de alguna insinuación. En todo caso, estoy excitado. La atmósfera del local es de parálisis. La mujer no se ha movido de su sitio y el hombre no ha tocado su café. Creo estar viviendo en el mundo detenido de la Bella Durmiente.

Más tarde me sorprenden unos portalones de madera entreabiertos; los aparto, cruzo el viejo patio de caballerías y subo por una escalera sin luz, de peldaños muy cortos. En el primer piso golpeo con los nudillos; no puedo retener la curiosidad de ver quién vive ahí. La puerta se abre, pero solo el espacio de una mano. Veo borrosamente los ojos de alguien sin sexo ni edad. Solo puedo adivinar el cansancio. Aunque he preparado una excusa, guardamos silencio. Desde una habitación trasera alguien grita: ¿es él?, ¿es él, bomboncito? Yo no puedo hablar, la voz me ha congelado; sigo mirando fijamente los ojos mudos y cansados que flotan en el entresijo de la puerta. La persona que ha chillado desde el interior debe de ser un viejo, o un niño, o un imitador. No sé el tiempo que transcurre, pero la puerta se cierra muy despacio, como en sueños.

Al bajar la escalera me golpeo contra el pomo de la barandilla, debo de estar algo atontado por la ginebra. El brazo me ha quedado paralizado, muerto, y en la cabeza me repica un carillón. Al llegar a la calle, echo a correr. Estoy asustado. En el juego de puertas que hoy se me han ido abriendo (sin que en ningún caso me franquearan entrada alguna), se insinúa una amenaza. No consigo entender este tipo de signos porque hasta hace muy poco no les prestaba atención; vivía yo distraído con las sólidas apariencias. Ahora puedo tardar años en descifrarlos. A tal extremo me ha conducido el menosprecio de la ciencia.

Ponerle remedio, aunque sea inútil.

22 de febrero

Por tercera vez consecutiva he acabado la noche en el almacén de bebidas, habiendo decidido todo lo contrario en el momento de abandonar mi apartamento. Clásico movimiento de caballo, dos saltos adelante y uno en diagonal. Los primeros dos saltos me llevan sin remedio a La Boa, donde tengo la dicha de sentirme enjaulado con animales de mi misma especie. Allí la fantasía del cruce no se emborriona con la amenaza de la esterilidad. A veces no sé si me explico, ah, ah. Una coneja, verbigracia, no se cruza con un hurón. Y si no lo hace no es por falta de ganas —los animales son incapaces de entrar en este tipo de consideraciones—, sino porque un cruce semejante no puede dar como resultado un conejo, un hurón, o un huronejo. Los cruces entre especies distintas son estériles. Y los cruces entre especies muy próximas, caso de dar algún fruto, es un fruto a su vez estéril; así, el mulo. Hombres malvados y de apetito desmesurado han cohabitado con chimpancesas, movidos —según dijeron en el momento de ser apresados— por una vocación científica, sin conseguir el menor embarazo. Lo mismo sucedió en el desesperado amor de una maestra que vivía en la calle Aribau con su perro alsaciano. La maestra solo alcanzó la deshonra pública al ser descendida en camilla por la escalera de la finca, con el alsaciano (se llamaba «Artículo» en honor a la disciplina gramatical) firmemente hincado entre las piernas. Pues bien, yo en La Boa tengo la seguridad de encontrarme con los de MI especie. Sé que cualquier cruce va a ser genitivo, aun cuando no se haya producido todavía.

Pero entonces interviene el salto en diagonal. Alguno o alguna de los o las clientes de La Boa infecta mi moderado beber con una frase, oída a tientas, que trae a mi memoria la existencia de poetas, artistas e intelectuales. Así, por ejemplo, puedo oír (es un invento, pero ANALÓGICO) que alguien dice «eran las cinco en punto de la tarde», o bien «puedo escribir los versos más tristes esta noche», o cualquier obsequiosa sublimidad de ese calibre, con lo que se me corta la ginebra y salgo del bar hundido en ásperas reflexiones sobre los animales degenerados que son los artistas, los poetas y los intelectuales, cuyo destino, francamente, es fastidioso.

Ya está. La noche se desvía; entra en barrena. Bebo con ansiedad mientras me aproximo a la fatídica Vía Layetana. Cruzo sin fuerzas esa ridícula arteria, aborto de un patriciado aldeano, para caer AL OTRO LADO. De un modo inevitable, nadie que cruce la Vía Layetana puede impedir que Santa María del Mar lo atraiga como una sirena de piedra, vidrio y plomo. De ese modo llego con todos los sentidos triturados hasta el establecimiento de bebidas, diciéndome —pero es una mentira piadosa— que allí por fin podré beber un vaso no excesivamente cortado con lejía.

Esto ha sucedido ya tres veces y las tres veces he sido acogido con fría educación por el Chino; las tres veces he provocado altercados con otros clientes, casi siempre por defender la valentía guerrera de los italianos, y en especial de los *bersaglieri*; las tres veces he sufrido la humillación de ser acompañado hasta un taxi; las tres veces me he jurado no volver a poner los pies en el almacén de bebidas NUNCA JAMAS. Pero es algo fatal, es una sentencia; sucesivamente vuelvo a creer que soy capaz de borrar la ridícula impresión que he causado el día anterior. De ese modo me voy hundiendo.

Quizás debiera invertir el proceso; comenzar por el almacén y luego dar el salto en diagonal hacia La Boa. Esto es sumamente difícil. La ciudad impone un sentido natural a la noche; imposición sedimentada a lo largo de casi mil años. MIL AÑOS, desde que los moros se paseaban por aquí, arrasando exactamente en la misma dirección. Nadie, como no sea una víctima del fascismo turístico, puede comenzar la noche del otro lado de las Ramblas. Sería absurdo, sería ridículo, sería charnego. Únicamente se admite, como excepción, al administrativo subvencionado capaz de cenar con una mujer —administrativa o no administrativa— en alguno de los incalificables restaurantes del entorno, con el fin de salir luego disparado hacia los locales del norte, donde podrá frotarse contra su pareja hasta que ella se trague el chicle. Ahora bien, un bebedor, JAMAS.

23 de febrero

¿Cómo es el Chino? Todos tenemos un rasgo distintivo por el cual somos conocidos desde la infancia; ese rasgo es el origen de todas las humillaciones y de todos los moteos, que son nuestros nombres VERDADEROS, así como el Tortuga, el Longines o la Kriptonita. También es el origen de los breves instantes de pasión y dolor que proporciona el calor animal. En el caso de el Chino la característica esencial, aquella por la cual se nos califica de un solo vistazo, es que es bajito. Pero no por escasez; dudo que el Chino haya considerado nunca su estatura como una escasez. El debe de suponer que los demás le distinguimos por OTRA peculiaridad. La de llevar gafas, sin ir más lejos. Y es cierto que las lleva; incluso cuando se las quita. Es como si mirara a través de espejos. Siempre está parapetado, siempre anda protegido. Las gafas le proporcionan un doble sentido, una corrección, la visión ene más uno. Gasta monturas de acero que subrayan la pupila azul tangente al párpado. Pues bien, a pesar del notable influjo que esa mirada ha tenido en su vida, no es ella lo determinante. Lo irremediable, su destino, es que es bajito, pequeño de cuerpo, más ancho que largo. En fin, que no es proporcionado por falta de espacio; está comprimido. Así y todo, de haber sido más alto —un tercio más, como mínimo— habría dado en cabezón. Por un fenómeno geométrico frecuente en el Mediterráneo, la pequeñez de tronco y miembros disimula la hipertrofia capital.

Sus manos, por el contrario, son exquisitas, de uñas pequeñas en punta de lanza, muy distintas de esas uñas cuadradas y estriadas cuya abundancia abrumba. Tiene muñecas quebradizas y huesudas. Manos de simio lírico. Aunque no he visto sus pies, estoy convencido de que son también pura miniatura, ya que tengo la certeza de un súbito derrumbamiento de el Chino *por los extremos*. Solo está seguro y firme cuando el centro de gravedad de su cuerpo coincide con el centro de gravedad de su alma. De ahí el pánico hacia todo lo manual y deportivo; su terror a las excursiones, su desprecio por la alfarería. De ahí también algunos aspectos afirmativos de su personalidad —la peluquería, los naipes, la pesca con caña—; actividades sedentarias, pero pasionales, propias del mandarinato.

En cuanto al cabello, es abundante —puedo añadir, espeso— y al mismo tiempo, muerto. Podría tratarse de una escultura flexible de gran calidad. Todos sus rasgos son infantiles y avejentados, pero el cabello parece hundirle bajo su peso (inapreciable a simple vista, como las chorreras de encaje talladas en mármol) en una orgía de grietas y arrugas que en cualquier momento pueden cuartear el rostro como un pan mal horneado. ¡Atención! Esto no ha sucedido **TODAVÍA**. Solo digo que **PUEDE** suceder en cualquier momento.

También hay que decir que es hombre de gestos pausados, sin llegar a elegantes, pues rehuye el exceso con una medida pedante. Todo lo cual no impide una inquietante sensación de estafa, como si de pronto y sin previo aviso pudiera hurgarse la nariz sin el menor rubor. De suceder, el observador exclamaría: ¡me lo estaba esperando!

He aquí un conjunto de propiedades capaces de proporcionar el éxito en las riberas del Río Amarillo, hace quinientos años, cuando los grandes guerreros apenas veían diferencia entre una buena acuarela y un empalamiento con todas las de la ley. El Chino, sin duda, es capaz de hacer bien ambas cosas.

26 de febrero

En un local no muy apartado del almacén de bebidas —local cuyo rótulo es una luna de neón cruzada por la leyenda «Barbas de plata»— me encuentro con un viejo conocido. Apenas ha cambiado. Una fantasía de católico belga le ha inducido a dejarse crecer una línea de pelo negro a lo largo de la mandíbula, con lo que aún subraya más incisivamente su aspecto sarraceno. Es hombre de cabello escaso pero crespo y duro como cepillo de establo; aunque lo más africano de su persona son las largas pestañas y el brillo húmedo de los ojos, dos cubos de alquitrán. Ni falta hace decir que es balear, de Felanitx.

Años atrás, cuando tuvimos cierto trato, hablaba siempre de abandonarlo todo. Así decía, «abandonarlo todo». No había nada que abandonar, pero eran épocas en que fascinaba mucho el uso de palabras como «todo», «nada» o la sempiterna

«ellos». Nos referíamos con especial predilección al abandono «del trabajo», pero nadie trabajaba todavía. Y al abandono de «compromisos y seguridades», perfectamente inexistentes. Queríamos vivir en la miseria y ocupar casas deshabitadas descerrajando la puerta a puntapiés. Mi amigo tenía un especial talento para resumir nuestros deseos en frases contundentes, dichas con el fascinante acento paleolítico de las islas; solo mucho más tarde supimos que eran copias literales de Hölderlin. Otras veces eran de cosecha propia; así, la última vez que le vi, ensoñó el futuro que nos esperaba en cuanto nadáramos en la miseria con una frase célebre: *quins poemes escriviriam!* Los baleares dicen *excrivirgioem*, con el timbre de un bajo soviético. Ese mismo día decidí no escribir ni un solo verso más y comencé mis investigaciones sobre la banalidad. Bien es verdad que todavía me faltaban medios y experiencias, pero la vocación había despertado y se la debía al bardo de Felanitx.

Este es el hombre a quien ahora veo sentado junto a una muchacha de expresión concentrada, en una de las mesas que dan a la ventana. Cuando el rótulo se enciende, su expresión es bárbara y monoteísta; cuando se apaga parece un archimandrita. Observo desde la barra, mientras sorbo mi ginebra, el ritual de su proselitismo sexual. ¡Cómo reconozco esa convicción grave, ese giro sublime de la mano, esa mirada repentinamente ausente en el paraíso de la lírica! ¡Qué apoteósico prestidigitador! ¡Cómo teje su maraña en torno a la mosca, atrayéndola con sus grasas erres y sus citas de manual!

Mi propia atención acaba por despertar la suya. Primero me mira con desconfianza; es muy corto de vista, pero no usa gafas cuando está con mujeres. Luego alza un brazo y me invita a acercarme. Se encuentra en el estadio eufórico, no del todo borracho; el momento perfecto para compartirlo todo antes del supino aburrimiento. Ahora veo mejor a la muchacha, una alumna, sin lugar a dudas, ataviada con medio quilo de latón y varios metros cuadrados de tela negra, entonada con los labios pintados de hígado. Sería atractiva si uno olvidara el futuro que le espera a esa nariz ya bulbosa y sudada. La piel, en cambio, es muy blanca, salpicada de pecas. Un modelo de mujer que solo sobrevivirá a los veinticinco si puede costearse un Perú de cosméticos. De momento participa en las orgías líricas del balear por un montante aproximado de cuatro mil pesetas. Él nunca paga; sería humillante para ELLA.

El balear combina la gloria —escribe poesía, todavía— con el poder —es profesor de filología en un instituto— y aprovecha la ausencia de un público más numeroso, el cual desgraciadamente está esperando su muerte con el loable fin de reconocerle, para transmitir sus composiciones por vía oral, generalmente a sus alumnas. Esta, desde luego, lo es. Laura, me dice ella misma, ya que el balear, con el fin de aparecer más autónomo, más ligero de cargas, compromisos y responsabilidades, jamás presenta a sus parejas. Y eso que hoy está entusiasmado, y es que, verás, Laura posee una sensibilidad hiperestésica, algo inaudito en una persona sin educación —esto complace a Laura, que asiente con la cabeza, como

reconociendo una virtud sin mérito— quizás porque ella TAMBIÉN es Acuario, ¿recuerdas?, Luisa, Luisa era Acuario, absolutamente genial, antes de matarse, pero matarse no fue digno de su destino, y ella lo sabía, «sin mi consentimiento» dejó escrito en un papel, junto al cenicero, una frase absolutamente genial, los Acuario tienen una potencia ABISAL, iluminan las tinieblas aun cuando no haya ojos que puedan ver esa luz, pues allí, en las simas, donde crece el peligro, todos son ciegos (dice *cecs* y suena *sexs*, como un palmetazo), ¿te das cuenta?, todos ciegos, yo mismo ciego, tú lo sabes bien, los poetas SOMOS siempre ciegos, Homero, Borges (duda), M... ¿Milton?, ¿no era ciego Milton?, pero de pronto Laura, un pez abisal con luces que nadie puede ver, se me aproxima (le pasa el brazo por los hombros y la mano queda distraídamente posada sobre el pecho izquierdo) y así comprendo que hay otros como yo, no necesariamente poetas, pero también ciegos, vagando con una luz colgada de la cabeza, ¡y no la podemos ver!, o sea, no podemos verla EN nosotros mismos, pero sí EN los otros, ¿eh?, ¿comprendes?

Yo no comprendo muy bien, sobre todo porque según afirma esas luces no puede verlas nadie, y encima dice que son ciegos, pero Laura sí lo ha comprendido, ella vive estas cosas con naturalidad, para ella esto es *natural*, siempre ha sido así, desde que era niña ha VISTO así, de pronto, entre la gente, una luz EN alguien, y nunca se ha equivocado, cuando ha visto esa luz, nunca pero es que nunca, se ha equivocado, al primer golpe de vista sabe si una persona tiene o no tiene esa luz, es un don que algunos reciben al nacer, y a ella, al nacer se le concedió ese don, que ve la luz en aquellos que la tienen, pero solo si la tienen, y entonces ella la ve, así, evidente. ¡Exacto!, interrumpe el balear rompiendo la fascinante noria, porque TU TAMBIÉN LA TIENES, ¿comprendes?, y eso te permite ver, porque tú ves con tu propia luz, que es faro y antorcha, pero no espejo de espejos, ¿comprendes?

Yo ya no comprendo nada y hago un movimiento para levantarme, pero el balear me sujeta con su garra peluda, la libre. ¿Sabes?, voy a matar un dragón, dice con expresión trascendental, seguramente abisal, y se queda arrebatado, esperando el carro de fuego. La situación es embarazosa. No puedo dejarle así, como un profeta sin empleo, de modo que sin sentarme le pregunto: ¿cómo sabes que puedes matar un dragón? El balear sufre un acceso de perplejidad: pues no lo sé, ni siquiera sé si puedo ENCONTRARLO; en realidad creo que tendrá que buscarme él mismo (dice *ell mateix*, suena como un estornudo).

Ambos estamos desconcertados porque lo que decimos no lo decimos exactamente nosotros. Es más bien como si citáramos. Nuestra boca no es nuestra. Vuelvo a sentarme. No es que yo sepa mucho de dragones, digo, pero tengo entendido que los dragones no buscan, los dragones encuentran a la gente. Eso es, dice al balear, en consecuencia, hay que moverse para ser encontrado. Me entra frío en el cerebro, sin duda abisal, y sin alzar la voz, como si hablara con una aparición casual y sagrada, planteo con firmeza la pregunta que de verdad me importa, la que

puede cambiar mi vida: también te encontraría sí te estuvieras quieto, ¿no? Y escucho con estupor la respuesta: sí, pero podría suponer que le desprecio; debe encontrarme en movimiento, es esencial que al menos *parezca* que le estoy buscando. Ambos quedamos consternados; bebemos de los altos vasos cubiertos de vaho. Laura no sabe qué hacer, pero intuye que no debe abrir la boca; reconoce a la antigua máscara paticabruna haciendo guiños desde su húmeda gruta, y se está quieta como un ciervo. Seguimos así durante unos minutos, hasta que el balear, inseguro, pregunta, ¿era esto, no? Absolutamente... Entonces me levanto y salgo sin despedirme.

Los oráculos arrancan a las voces de sus cuerpos y aparece el fondo siniestro y disolutorio de la boca del Señor que todo lo nivela para dejar flotando sobre nuestro cadáver un verbo en monólogo con un cosmos muerto. Inevitablemente acabo, una vez más, con el Chino. La conversación, sin embargo, es más serena que otras veces. Hablamos de dragones, y, en particular, de dragones chinos. Consigo no provocar altercados con la clientela, a pesar de alguna insinuación inaceptable sobre el comportamiento de los moros y los oficiales jóvenes durante la guerra civil.

28 de febrero

Todavía me ronda como un tábano el encuentro con la voz de Felanitx, y es que el mundo previo a la banalidad, mundo preparatorio pero en el cual es preciso iniciarse como a un ritual tedioso, está dirigido por artistas e intelectuales. Este es un principio aplicable a la totalidad del occidente cristiano. Aquellos que tienen la fortuna de haber nacido en el mundo del trabajo; aquellos cuyos padres y abuelos han sido triturados en talleres y factorías, o cuyas familias se trasladaron desde un gélido agujero en la parte de Teruel hasta otro gélido agujero del barrio de la Perona, esos nunca se han visto en la obligación de acceder a la banalidad. Se han liberado de una culpa original por el mero hecho de pertenecer, por nacimiento, a la comunión de las almas. ¡Cuánto he sufrido ese agravio comparativo, que se llama! Las masas trabajadoras poseen privilegios inconmensurables; muy superiores a los del estamento feudal de la Edad Oscura. Sobre todos ellos, uno: ser considerados, primero desde fuera y luego desde dentro, una unidad.

El mundo de la banalidad, por el contrario, es desgarrador porque no forma unidad de ningún tipo. A nadie le preocupa ese tejido deshilachado. Esta es la razón por la que se produce el peculiarísimo fenómeno de los artistas e intelectuales, caudillos de un fragmento de población atolondrada. Nunca su jefatura es duradera; apenas unos meses, pocos años. Pero su caída no altera la relación de dominio. Hoy son unos, mañana otros; siempre los hay. He aquí la herencia del Terror, auténtica matriz de ese mundo ambiguo que no pertenece a la esfera de quienes toman decisiones, ni a la de los esclavos, pero que puede alzarse al dominio universal, siempre mediante el terror. Cuando eso sucede, ¡tiembla el propio Dios! Intelectuales

y artistas han sido los constructores de toda maquinaria carnicera. Los máximos artistas e intelectuales del mundo previo a la banalidad han sido: un pintor austríaco, ejecutor de acuarelas poco cotizadas; un lingüista georgiano aficionado al cinematógrafo; un exbibliotecario de la Universidad de Pekín que leía francés; todos ellos artistas e intelectuales en grado sumo y por esta razón convencidos de que la gran obra del siglo veinte no es una acuarela, ni un tratado de lingüística, ni un ideograma, sino la construcción de un mundo que sea él mismo una obra de arte, el arte ya no tiene sentido en domicilios privados y en yertos museos. El arte ya solo se legitima si trabaja directamente SOBRE LA CARNE HUMANA. Así se cierra el ciclo del arte que comenzó con los tatuajes. En su comienzo, las señales artísticas se inscribían sobre la carne del cuerpo privilegiado. En su final, esa misma carne se amontona en los mataderos, inmensos monumentos fúnebres elevados a mayor gloria de los intelectuales y artistas. La historia del arte: desde el tatuaje de un polinesio, hasta la colina de dientes postizos de Auschwitz. Y todavía nuevos diseños planetarios se preparan para la carne actual. Corre mucho poeta por el mundo.

Yo, claro está, nunca tuve acceso al último piso de los intelectuales y artistas, solo he conocido lo que da de sí esta ruin tierra nuestra, sobre la que también diseñó artísticamente un pintor de paisajes con ciervo. Recuerdo mi estupor (y la semilla de mi futuro aprendizaje de la banalidad), mientras cumplía mis deberes con la Patria en el gabinete de prensa de Capitanía General, cada vez que hojeaba *El Ángel de la Guardia*, revista de la Guardia Civil. Buena parte de la misma la ocupaban poemas que el lucero del alba inspiraba a las parejas encapotadas, mientras marchaban entre alcornoqueras y rastros, fusil al hombro. Mucho, mucho poeta queda por el mundo.

Así y todo, en esa pomposa charca nadan por confusión seres preciosos, únicos, caídos del azar como estrellas en la gusanera. La totalidad de esos seres son mujeres, sobre cuyo aparato reproductivo el mundo intelectual y artístico ejerce una incomprensible influencia. Algunas sucumben y acaban citando con la misma naturalidad que el bardo de Felanitx; otras muchas son conyugalizadas por arquitectos, especie intermedia que tiene acceso al mundo de las decisiones, sin por ello haber perdido la cédula de caza mayor en los pastos de la artísticidad. Unas pocas, las de naturaleza realmente superior, resisten la tentación. De hecho, ni siquiera *comprenden* la tentación; como si el diablo tentara con chuletas a un San Jerónimo vegetariano. Y no la comprenden porque carecen de órgano para la dominación. Aman y asienten y se agotan en amar y asentir. Una superioridad tan evidente, somete a crueles humillaciones. Más de un artista e intelectual ha sido reducido a escombros por una de estas criaturas. Naturalmente ellas ignoran el daño que causan y prosiguen la destrucción como apisonadoras confiadas a una fuerza externa y descomunal. Son siempre altas y nunca altivas.

Así por ejemplo, una de las antiguas capturas del poeta balear, cuando era más joven y podía atacar piezas de notable entidad; pienso ahora en una Laura prehistórica y mejor horneada. Pues bien, no se vio satisfecho hasta que la muchacha

leyó *La Ilíada*, utensilio indispensable para el ornamento de un lírico mediterráneo. Se trataba de una alumna de tercero con bronceado; un auténtico bronceado acuático con marquetería de sal y yodo. Su primer —y último— comentario público, azuzada por el poeta a dar su opinión, fue que Ajax le había recordado mucho a Peralta, un chico del colegio que le pegaba a todo el mundo y que era, oj, un bestia. Fue archivada por el poeta y profesor, sin que me diera tiempo a reengancharla. Hice lo imposible, pero había escapado sin un rasguño y contraído un noviazgo instantáneo con un diseñador de muebles. Antes de que tal cosa sucediera, el poeta y profesor solía excusarla asegurándonos que la chica le leía mucho y que trataba de recuperar el tiempo perdido en playas y discotecas. Yo la miraba como quien mira el hogar desde el exilio y la amaba con pasión africana. Ella sonreía, sonreía en general; sonreía a uno; sonreía a otro; bajaba los ojos con modestia, como diciendo ¿lo estoy haciendo bien? Se llamaba Luisa y no es cierto que se matara, aunque para el caso...

Segunda parte.
Los peligros de la banalidad

3 de marzo

Aun cuando me lo esperaba, no por ello me ha sorprendido menos. Hete aquí que trabajo para el Chino. En realidad mal puedo llamarlo «trabajo», pues dudo que se me remunere; quizás fuera mejor decir «simbiosis». ¿En qué me ocupo, y, sobre todo, para qué? Lo ignoro. Desde el primer momento adiviné un campo de juegos entre ambos y en la actualidad ese campo de juegos es oficial, ha sido aceptado como quien desdobra un tapete de gamuza verde y lo posa sobre un cajón de naranjas. Ahora bien, todavía no sé a qué juego estoy jugando.

No es extraño que todo ocurriera de un modo casual, banal, a la manera de los animales inferiores cuyos cruces se producen por rozadura, cuando las corrientes marinas los empujan unos contra otros. Sucedió ayer o antes de ayer. No; con toda exactitud, antes de ayer. Me confunde la trabazón de las noches y el vacío de los días. Estaba yo, como es mi obligación, en La Boa, haciendo tiempo antes de cenar en el Egipto, un local que ofrece sardinas rellenas. Mi lugar favorito de La Boa es el recodo final de la barra, allí donde guardan el teléfono; esquina apenas iluminada que me permite mirar a la clientela sin andar desviando los ojos cada vez que alguien repara en mi curiosidad.

Les vi entrar con ese porte inconfundible de los hombres seguros de cuerpo, pero incómodos de traje. Reconocí de inmediato los pómulos prominentes, el color tuberculoso de la piel, el cabello de aspecto asfáltico. Me atemorizaban sus relojes de oro, sus anillos de oro, sus pulseras de oro, tan vivas a la luz de neón. Bajo las chaquetas de hilo crudo, bajo los pantalones de café con leche, se ocultaba el corazón de los matarifes, sin plumas ni coturnos, pero con puntiagudos zapatos en doble piel y pañuelos multicolores sobresaliendo del bolsillo. Descendientes de antropófagos, que aún conservan en la sangre una pasión común a la guitarra y el cuchillo.

A mi lado se pusieron, ellos y sus daiquiris, hablando despacio, siseando con la fatiga de numerosas generaciones de esclavos a la espalda. En ocasiones, las impecables dentaduras destellaban como estrellas. Hablaban y hablaban con su acento de altiplano asfixiado por un rudimentario comercio de panochas, cestería, cántaros, alpaca repicada y alcohol de lagarto. Yo podía oír perfectamente cuanto se decían, porque nadie hubiera deducido el menor sentido de sus palabras. Nadie que no conociera la clave del jeroglífico. Y yo la conocía. Así que hablaban con toda inocencia, como solemos hacer en el metro de Londres, sin imaginar que algún viajero del vagón puede conocer nuestro idioma.

Cuando pagaron, pagué. Cuando salieron, salí. Yo era un hombre vulgar, para ellos, un hombre cualquiera imposible de recordar, y por eso no me habían reconocido; ¿pero cómo iba yo a olvidarles, si habían sido mis ángeles guardianes? Sabía hacía dónde caminaban, así que, sencillamente, apreté el paso.

Creo de la mayor importancia dejar bien sentado que mí decisión, en aquel

preciso instante, fue BANAL. Esto lo considero un triunfo y uno de los primeros resultados de mi nueva vida, por lo que me apresuro a anotarlo. No me detuve a pensar, no cavilé, nadie me inspiró piedad ni interés. Actué movido por la más perfecta indiferencia; una cena o un crimen, es lo mismo. En ningún momento pensé que «iba a ayudar» a alguien, ni muchísimo menos que «alguien podía pagarlo muy caro». Juicios complicados sobre «la raza» o «la sexualidad» me arrancan carcajadas. Habría actuado exactamente igual de haberse tratado de dos canónigos aragoneses conspirando contra el vicario general castrense. Resumiendo, para mí, lo más importante era, por encima de todo, NO HABER REACCIONADO CON SIMPATÍA ante dos asesinos.

Cuando llegué al almacén de bebidas el corazón me latía como en época de exámenes. Tantos años sin sentir aquella emoción son signo fatal de abandono; solo si el corazón avisa, tenemos pruebas de pertenecer, todavía, a la zona viva del árbol. Avancé con mucha tranquilidad, como si fuera (de hecho lo era) un *habitué*; pasé de largo la teoría de derelictos que sorbían vasos de malta doce años como si fuera Rioja, no sin escuchar que el presidente Tarradellas era nativo de La Alcarria, dicho con ánimo provocativo por uno de mis innumerables contrincantes. No caí en tan burda trampa. Al fondo, el Chino, con su halo de seminarista tibetano, atendía las explicaciones del gigantesco regente arremangado.

A punto estuve de cometer una tontería que hubiera destruido mi escena, pues me asaltó la tentación de cuadrarme, pero dominé la jovialidad —aunque era difícil retener la alegría— y conté lo que había oído, a saber, que los matones se dirigían al almacén. Esto provocó un malentendido, pues era perfectamente normal que los matones acudieran a la faena, pero el regente de ojos porcinos ya había tenido, al parecer, algún recelo. ¿Pero son tan idiotas como para hablar de eso a gritos?, me preguntó el Chino. Uno de ellos, le contesté, el más amarillo, el de la muñequera trenzada, no estaba de acuerdo. Hablaban de «hacerlo» y de que «no había más remedio que hacerlo», pero el de la muñequera insistía «hazlo tú, hazlo tú», como si fuera el otro quien tuviera verdadero interés. Puede que me equivoque, pero... en fin, también decían que alguien les iba a romper el culo, si no lo hacían. ¿O era el coño?

El regente se mostraba más nervioso que el Chino; desde mi segunda o tercera frase repetía en voz baja, ya te lo decía yo, ya te lo decía yo, y se balanceaba como un oso, con las manos a la espalda, gesto que he observado en los futbolistas profesionales. El Chino seguía impertérrito, mirándome con cierta displicencia. Luego guiñó los ojos y comenzó a agitarse. A pesar de su aspecto frágil, similar al de mamíferos como el hurón o la comadreja, se movía con una agilidad admirable. Cambió de lugar la mesita donde amontonaba sus misteriosas facturas, ordenó al regente que vigilara la puerta desde la barra, me empujó hacia una cortina de bayeta que tapaba el retrete, tomó algo semejante a una pistola oculta bajo un montón de diarios deportivos, me la puso en la mano y acabó por embutirme en aquel agujero queapestaba a lejía y amoníaco.

No era la primera pistola que tomaba en mi mano, pero esta vez era diferente ya que no obedecía a razones ornamentales o instructivas, sino al único fin de cumplir una tarea concreta, es decir, mi parte en un acuerdo según el cual aquella pistola, en determinadas circunstancias, debía dispararse contra alguien vivo. Me extrañaba haber aceptado cumplir esa parte del contrato con tanta resignación, como si hubiera adivinado, tiempo atrás, que fatalmente iba a presentarse tal condición tarde o temprano. Aquella pistola llegaba a mí, desde un futuro lejanísimo, como en una película proyectada a la inversa. Yo podía matar a alguien en los próximos minutos y a partir de ese momento yo sería una persona que ha matado a alguien, es decir, un tipo de persona muy especial con la que juegan, a su vez, unos poderes muy especiales. ¡Qué curioso!

Con la cortina de bayeta aguantada en una mano, el Chino señaló un botón estriado, a la izquierda de la culata. Esto es el seguro; no se te ocurra quitarlo. Pones el dedo en el gatillo y con eso basta. Cuando les veas entrar estáte atento a Diego, en la barra, y si pone ambas manos, pero *ambas manos*, sobre la madera, entonces sales de aquí y les apuntas. No digas nada; haz algún ruido para que te vean. ¿Un ruido? Sí, un ruido, un estornudo, una tos, un eructo, ¿vale? Ponte así. Así. Has de mirar por el resquicio. El Chino me movía el brazo, me hacía girar la cabeza, como si estuviera en el sastre. La situación había perdido dramatismo. ¿No puedo matarles? ¿Ni siquiera a uno de ellos? Pero el Chino estaba trabajando y le faltaba humor para apreciar las bravatas. Seguía dándome instrucciones con gran paciencia, como a un niño tonto: apartas un poco la cortina por este lado, con el cañón. Así. Ellos te darán la espalda. Solo utilizan navajas, de manera que no hay ningún problema. Lo más probable es que traten de pincharme cuando cerremos, así que estáte alerta, pero tranquilo. Pregunté si podía beber algo y señaló un cajón de botellas apoyado en la pared del retrete.

Por fatuidad juvenil, yo siempre había juzgado a la gente de armas como una clase subalterna; semejante opinión se desmoronaba desde que me encontraba empuñando una pistola que no iba a regresar al armario. En ningún momento pensé seriamente en disparar; sin embargo ahora soy consciente de la frágil barrera que nos mantiene milagrosamente a salvo de un destino catastrófico que nos espera agazapado en nuestro propio pijama. Sospecho que, de un modo sutil, apenas consciente, yo me sentía más completo con aquella prótesis de hierro, la cual llenaba un vacío que hasta entonces no me había incomodado; ya se sabe que los ingenios mecánicos modifican la naturaleza de sus inventores. Algo similar debía de sucederles a las personas desposeídas y humilladas a quienes un azar sitúa en trabajos que llevan pareja la obligación del uniforme. Una vez protegidos bajo la gorra y la guerrera se percatan de la espantosa desnudez en que vivieron hasta entonces, y a partir de este sobresalto olvidan que alguna vez fueron hombres y ya nunca serán otra cosa que un trapo. La experiencia del poder puro, sin embargo, tiene un inconveniente: en cualquier instante es preciso abandonar la comfortable ensoñación

plástica de uno mismo, para poner en práctica la función. Es preciso dejar de ser un bonito trapo y pasar a ser una máquina eficaz. Y ahí se acabó todo.

Yo miraba por la rendija de vez en cuando y comprobaba que la vida seguía más o menos igual; el robusto Diego servía a la clientela, el Chino manipulaba sus papeles... Alcancé una botella; sin etiqueta, como es norma en esta casa. A pesar del color ambarino, no era *whisky*; me engañó la luz y la forma del envase. Era orujo. Me rascó la totalidad del laberinto intestinal, de entrada a salida. Yo nunca he sentido un odio suficientemente sólido como para proponerme la muerte de alguien CONCRETO; solo vagarosas venganzas en general, a saber, «contra ellos». He admirado siempre esas figuras, por lo general femeninas, que saltan al cuello del enemigo o le hincan un picahielos en los riñones, pero la máxima perfección que yo he logrado alcanzar en esa especialidad es una cólera sin consecuencias, cólera blanca por causas morales, nada duradero. Tras un acceso de cólera blanca se queda uno muy insatisfecho, inerme y fatigado, con la resaca de un furor podrido. Algo muy diferente de la volcánica satisfacción que da el odio y la venganza realizados en caliente. Reflexiones que dan sed.

El paso de las horas estaba disipando el impulso de violenta salud con que todo había comenzado; ahora el orujo producía efectos *cristianos*. Me estaba atacando una compasión morbosa; veía a los matones como víctimas; hombrecillos subterráneos, nacidos en los pudrideros de una mina de estaño, alzados por milagro al traje de hilo. El tiempo lo mata todo. Abrí de golpe la cortina, decidido a dejarlo todo, harto; una vez más, humillado. El Chino me detuvo con una mano, como un guardia urbano de la clasicidad. Luego, balanceando el índice, me ordenó que volviera adentro. Y volví. Pero poco después, desde detrás de la cortina, grité, ¡me voy! Ni siquiera me contestó. Aparté la bayeta con el cañón; la culata estaba sudada. Diego, desde la barra, me sonreía con sorna de plantígrado. Seguí bebiendo orujo. Ahora me sentía ridículo. Guardé la pistola en el bolsillo de la americana y me senté en el retrete. El hastío estaba minando mi sistema nervioso. Es el ciclo que conduce de la exaltación a la atonía, tan conocido por todos aquellos que han amado, han logrado una cita salvando mil obstáculos, han acudido tensos como arcos, y han esperado horas y más horas, vació el cerebro, congelado el ánimo, hasta que, por fin, cuando se presenta aquella que creíamos amar, nos parece una foca. Así me sentía yo y por tal razón fui invadido de un calor, una paz doméstica, hogareña, y me quedé dormido. Esta es la pura verdad.

Un veterano de la RAF me contó que, en Londres, durante los bombardeos alemanes, ancianos, mujeres y niños dormían plácidamente bajo tierra, en refugios estremecidos por el fragor de las explosiones. También, según parece, los condenados a muerte duermen sin sobresalto horas antes de su ejecución. Un delicado mecanismo nos protege de la desesperación en los momentos de mayor peligro, desconectando la conciencia y soltando las amarras del cuerpo a fin de que flote al paio. Yo mismo, siendo muy joven, tuve un desengaño amoroso seguido de fiebres altas y accesos

suicidas. La noche prevista para mi inmolación, con los tubos de Metadona sobre la mesa, junto a una botella de agua mineral sin gas Font del Regàs, me dormí de puro aburrimiento. Desperté sobresaltado por el teléfono. Un compañero de clase me invitaba a pasar el fin de semana en Palamós. Ya luego se me olvidó matarme.

Esta es una benevolencia del animal que solo actúa cuando el alma exige demasiado y amenaza quedarse con todo. Son los animales del cuerpo, nuestros salvadores, a saber, el hígado, los pulmones, el corazón, el estómago, los riñones, el páncreas, los sesos y un buen surtido de glándulas quienes se aúnan con el fin de proteger esa cosa intangible e invisible que garantiza su vida y cohesión. Cuando el alma, maldita y desesperada, harta de sí, quiere suprimirse (lo que le sucede con suma frecuencia), entonces se forma un puño de animales con un solo propósito común, sobrevivir; y la conciencia maldita que ya comenzaba a abandonarles es anclada, atornillada, e incluso sosegada con toda suerte de buenos jugos y humores.

Los animales no saben hablar; los animales son mudos y benéficos, así que solo aciertan a adormecer aquello sutil, la conciencia, para darle reposo y evitar el incordio, al menos por unas horas. El hígado, los riñones, el páncreas, los sesos, siguen trabajando, pues vida y trabajo en ellos no se distinguen; filtran sangre, disuelven los alimentos con buenos chorros de ácido, oxigenan, sueñan... pero aquello invisible que los une y garantiza su supervivencia, duerme. ¿Quién o qué, exactamente, duerme en esos momentos? Yo no lo sé. Una sola cosa he aprendido: hay preguntas que son, ellas mismas, la respuesta. De modo que si alguien me pregunta seriamente: señor, ¿qué es lo que duerme en un cuerpo sin conciencia?, es que en cierto modo ya sabe la respuesta, ah, ah, ah.

En esta particular ocasión que me estoy contando, lo que me despertó fue una sacudida. No había yo soñado nada. Me dolía, eso sí, la cabeza. El Chino se afanaba con sus papeles; Diego empujaba a los últimos clientes hacia la puerta, escobándolos con sus manazas como si barrera virutas o serrín. El más recalcitrante, un escomendrijo de orejas transparentes, trataba de retrasar la salida intrigando al regente: pues a mí, señor Diego, con los mozos de escuadra me ha ocurrido un sucedido... Pero el regente lo arrastraba con la pértiga como si fuera un atún. Los matones no se habían presentado y yo estaba muy mareado. La media botella de orujo gorgoteaba en un estómago vacío, el cual, a su vez, se sostenía sobre dos piernas entumecidas por horas de quietud en el retrete. Mi obsesión era, uno, no parecer un borracho, y dos, no avergonzarme de nada; pero caminaba con mucha dificultad (se me habían dormido ambos pies y parecía la sirenita de Andersen) y me sentía más ridículo que nunca. Jamás lograría borrar mi humillación; cada día que pasaba conseguía aumentarla geométricamente. Para mi sorpresa, el Chino mostraba un aire de satisfacción contenida, como un tendero con buena caja. También Diego se aproximó sonriendo, percha en ristre, como un Lancelot tabernario. Vamos a cerrar, dijo jovialmente. Palpé mis bolsillos para confirmar lo que ya me decía el peso; no llevaba la pistola. El Chino me preguntó si tenía hambre. Yo estaba muy mareado; yo

tenía que comer algo. Eran las dos y media de la madrugada.

El pavimento estaba mojado y el brillo fresco me sentó estupendamente. Una moderna farola de glóbulo dispersaba su luz acetilena sobre la esquina de la plaza de el Borne; un pedazo de luna. El Chino caminaba detrás de mí. Tengo el coche allí, dijo señalando un lugar incierto en voz exageradamente alta. Diego nos seguía, algo retrasado. Yo no había comprendido hacia dónde debía caminar, y así lo dije, pero el Chino me hizo signo de caminar en silencio. Estaba tenso como una ballesta. Señaló *con* un dedo y movió la palma de la mano con gesto de séptimo de caballería; al instante, Diego acertó la distancia. De pronto lo comprendí todo. Los matones no habían acudido, LUEGO yo tenía razón. Me sentí inmensamente aliviado; algo, en verdad, paradójico, habida cuenta de que el peligro comenzaba en aquel preciso momento; los matones acechaban y yo ya no tenía la pistola. Además, era la calle, y la calle siempre ha sido de los matones. Pero la conciencia había tomado de nuevo la iniciativa y los animales abandonaban el mando, confiados y benevolentes. Respiré con fuerza el aire húmedo; se me había escarolado el pelo como a los flamencos. El Chino, siempre en voz muy alta, insistía en que no tropezara con el adoquinado, que aquella era zona así dispuesta por las autoridades para cargarse los amortiguadores de los camiones, ya que una de las más importantes factorías de amortiguadores para camiones era propiedad del consejero de cultura de la Generalidad, y así sucesivamente.

Aunque las piernas seguían doliéndome, yo me encontraba la mar de bien. Seguíamos ahora el rosario de camiones aparcados en la avenida de el Borne, especie de muelle seco iluminado por farolas amarillas cuyo aspecto quimérico subrayan, en noches muy húmedas, los iris que giran en torno a cada resistencia. A la derecha, el antiguo mercado, hoy desafectado, continúa atrayendo a los transportistas, gente escandalosamente conservadora en razón de su movilidad, con la inercia de aquellos paganos que seguían acudiendo a sus templos tras ser arrasados por la milicia cristiana.

Es este un panorama nocturno imponente pues, a pesar de lo ancho de la calzada, rara vez pueden verse noctámbulos; solo camiones, remolques, capitonés y maquinaria en procesión interminable a ambos lados de la playa peatonal. Rompen la atmósfera de azufre los gatos zurcidos que infestan el puerto.

Justo cuando caminaba pegado a un TIR holandés de ocho ruedas, todo él cubierto de lona gris con hermosa tipografía valona, sentí que se me cruzaba una sombra. La velocidad de los movimientos, durante la noche e incluso justo antes del alba, tiende a decrecer. Era uno de los matones, en efecto, y no salió del morro del remolque, sino por debajo, largando una cuchillada circular que silbó como un látigo. Por puro sobresalto moví el brazo derecho en molinete con tanta fortuna que le di un golpe tremendo en los ojos. Yo ni sabía lo que estaba sucediendo. Fue como si apartara una avispa mientras conducía. Ahora entiendo que el Chino me llevaba delante a modo de escudo; y que mientras el matón trataba de alcanzarle a él, yo le

había derribado de puro susto. Es muy triste, pero el matón había tratado de esquivarme para rajar a el Chino, con fatales consecuencias para él. Así estaban las cosas: el Chino puso la rodilla sobre el cuello del caído, mientras Diego corría detrás del remolque buscando al otro. La navaja brillaba sobre el asfalto como un pez muerto.

¡Qué agradecida es la vida subterránea que llevamos dentro! ¡El saquito de esparto con los huesos de los ancestros! El peligroso asesino era ahora, de nuevo, un esclavo; estaba vencido y semejava un perro que, por instinto, sabe cuándo es inútil malgastar las fuerzas. Diego regresó con la noticia de que aquel desgraciado había actuado solo; así dijo: «actuado». Luego, sin que el Chino levantara la rodilla, Diego puso el pie, aproximadamente un cuarenta y siete, sobre la cara del infeliz. Se oyó un ruido de madera seca. Yo creo que le aplastó la nariz. Pero el indio no dejó escapar un grito; solo un suave lamento femenino; muy sexual. Estaba desmayado. Diego lo apartó a puntapiés hasta hundirlo bajo el remolque holandés.

El Chino se alejó caminando con las manos en los bolsillos y yo comencé a vomitar hasta que me colgaron unos hilos de la boca y los ojos se me llenaron de lágrimas; tampoco podía sacar nada más que un jugo verde espinaca. Reapareció al volante de un Citroën. Entre Diego y él arrastraron al indio y lo tumbaron en el suelo del asiento trasero. Luego nos mandó subir; yo delante, Diego detrás, sin dejar de pisarle el cuello al infeliz. Mientras subíamos por Vía Layetana pude ver los ojos amarillos flotando sobre un amasijo de carne y sangre. A la luz de los neones la preciosa chaqueta de hilo se había convertido en un estampado de grandes flores azules.

No se resistió en ningún momento, aun cuando un semáforo nos detuvo frente a la comisaría de Layetana, en donde siempre hay agentes fumando y pegando la hebra mientras a su alrededor la gente se cose a navajazos. Le rendía el fatalismo de los pueblos secularmente humillados, incapaces de rehacerse cuando algo costoso sale torcido. Es tanta la energía que precisan para tomar una decisión violenta, que si esta se malogra quedan arrasados por decenios.

Más de media hora tardamos en llegar a nuestro destino. Ni nosotros hablamos, ni el indio se quejó. El Chino vigilaba a Diego por el retrovisor. Tengo grabado el trayecto como si me lo hubieran marcado al fuego. Cruzamos la ciudad de mar a montaña por Urquinaona, Lauria, Diagonal, Vía Augusta, Balmes y Paseo Bonanova; una ruta clásica para el traslado de presas del sur hacia los refugios del norte, tan confirmada por la historia como las rutas de navegación del Atlántico Norte. Era como viajar en una galera de los Güell con cargamento de esclavos. El coche se detuvo delante de un chalet moderno, en una calle próxima a los Jesuitas de Sarriá. Era la casa de el Chino; o quizá una de las casas de el Chino. No puedo seguir escribiendo. Me duelen los dedos.

7 de marzo

Ha sido un día sereno, cargado de instancias infantiles, como aquel mar «lleno de instancias masculinas» que tanto le gustaba a el Buitre; Leopoldo Lugones venía inmediatamente después de Herrera y Reisig, seguido de cerca por Valencia, pero no Guillermo o Luis Valencia, sino Valencia, la ciudad de Valencia, en su totalidad. No llegaba a ser Dios vivo, pero casi Dios, como también Oliverio Girondo, autor de uno de los más afamados versos del siglo: «el pentotal, ¿pa qué?»

En este preciso momento estoy recién lavado y planchado; solo me faltan los guantes blancos para sentirme de primera comunión. Incluso he ordenado que me cambien las sábanas. Por una grieta de la satisfacción ha penetrado el enano Mime y me ha inyectado el deseo de volver a leer versos despampanantes de Lugones, sentado en una terraza de café. Me asalta la memoria de otro verso inmortal, en esta ocasión de la poetisa Sarah Bollo, a la que nadie ha concedido jamás importancia debido a su nombre, frecuentemente citado en la juventud artística e intelectual: «y su clámide roja, cayendo desde el hombro/ parecía dos alas replegadas. ¡Oh asombro!» He reaccionado, sin embargo; en algún lugar de esta cheka continúa respirando trabajosamente el volumen de Laforgue.

El día es soleado y muy fresco, de manera que he subido hasta la estación del Funicular por la Avenida del Doctor Andreu, una auténtica ruina. Aquí se edificaron las más sólidas mansiones de Cataluña. Las que todavía resisten en pie han sido transformadas en clínicas, parvularios, colegios alemanes y residencias caninas. Solo algunos fósiles mantienen su palacio gélido y mohoso con el único fin de amargarles la vida a los ricos de Pedralbes, manchados por la acusación de haberse enriquecido con el estraperlo. Están todos medio locos. Hace un año la policía descubrió que un patricio superviviente se había comido a su cocinera.

Mi intención era la de visitar los autómatas del Tibidabo. Años atrás, en la década de los cincuenta, miles de niños hicieron obligadamente la misma experiencia. A partir de mayo, todos los sábados o domingos eran expedidos con o sin compañía mercenaria al así llamado Parque de Atracciones. Yo conservo asociado el Tibidabo con el descubrimiento del petróleo. Un acompañante mofletudo, estudiante de químicas, que nos conducía a cambio de veinticinco pesetas por tarde, nos explicó a mi primo y a mí, tras ver la película «Dallas ciudad fronteriza», lo que realmente era el petróleo. Desde entonces tuve el convencimiento de que la montaña del Tibidabo estaba rellena de dinosaurios y helechos gigantes, pudriéndose a la espera de que alguien perforara sus entrañas. ¿Sería quizás por la similitud de la Atalaya con una torre de extracción?

La Atalaya y la Montaña Rusa eran las dos diversiones prohibidas. De manera que siempre comenzábamos por la Atalaya y la Montaña Rusa. Luego le tocaba el turno al bocadillo de Frankfurt y la Coca-Cola, elementos aparecidos, como extraordinaria novedad, en la Feria de Muestras de Montjuich. Después, el Castillo

Encantado, que nos conocíamos de memoria, de tal manera que siempre nos asustábamos en los mismos lugares. A continuación, el Laberinto, en donde era muy difícil perderse y había que poner gran energía y empeño. Por fin, cuando la tarde declinaba y cabía el peligro de que reflexionáramos acerca de nuestra miseria infantil, entrábamos en la sala de los Automatas.

Eran estos unos ingenios mecánicos de abrumadora simplicidad técnica, contruidos en las más diversas fechas. Los más antiguos —la Moños, el Poeta se duerme, Orquesta de Simios— eran modelos de porcelana, con ojos brillantes y sonrisa griega, concebidos con la lírica del positivismo. Calculo yo que serían de importación francesa y no más viejos que la *drôle de guerre*. Otros, más modernos, estaban armados de trapo y figuraban como homenaje de los nacionales catalanes al general Franco; así, por ejemplo, una Verbena Madrileña de los años cuarenta que ponía la nota estilística de Capitanía General.

Pero a nosotros, es decir, a mi primo y a mí, no nos interesaba ni la podrida herencia de Verlaine, ni la fritanga cuartelera. Lo que a nosotros, como hermosos vástagos de Cataluña que éramos, nos interesaba, era la representación de Lo Moderno, muy especialmente los llamados «El Taller Mecánico» (una factoría del pleistoceno), y «Los Bomberos apagando un incendio». Fuera de concurso y por razones explicables, nos fascinaba «El Infierno», por lo mucho que habíamos oído hablar de él. «El Infierno» nos satisfacía lo indecible. Podíamos agotar las reservas de diez céntimos y la paciencia del futuro químico delante de «El Infierno». Las ánimas, movidas por cintas neumáticas invisibles, se precipitaban en un mar de llamas, rodeadas de diablos agitando sus bieldos. De entonces me vino una marcada predilección por el arte sienés y florentino del trescientos, de la cual hoy abomino. Que los niños sientan grandísima afición por el infierno y bostecen ante las visiones celestiales, no es solo la demostración del inmenso fracaso de la Iglesia, sino un signo inequívoco de nuestra verdadera naturaleza, por mucho que la filosofía occidental haya tratado de disimularlo con toses y carraspeos capaces de llegar a tal virtuosismo que más bien parece competir con esa abominación que es la ópera italiana.

Pues bien, todos seguían allí. Ahora, como corresponde a la época de decadencia en que ha entrado la ciudad, convertidos en objeto de museo. No han cambiado mucho. Los muñecos más deteriorados han sido sustituidos por modelos hechos a máquina, lo que produce la impresión de una perdigonada en un bizcocho. Pero todos seguían allí y seguramente allí seguirán cuando mis ojos sean una gusanera.

También he salido a la terraza, cuya vista panorámica es muy notable, con el fin de aprovechar la última luz de la tarde. La ciudad era una lápida de mármol gris, cubierta de inscripciones y cuadrículada en celdillas, como una necrópolis a la que los pinos dan el toque romano. Sobre el conjunto flota un humo en hilachas de un amarillo letal; si algún ave se aventura a cruzar esos rizos mercuriales, cae fulminada sobre la cabeza de los ciudadanos. Es una cubierta protectora que impide el paso de la vida.

Casi de noche —esa clara noche de la nada que tanto dignifica— de nuevo el Funicular, de nuevo el Tranvía Azul, de nuevo la atribulada plaza con el mamotreto de La Rotonda, símbolo heráldico de la ciudad. Como la clase dirigente, este edificio es una masa gaseosa petrificada en el sótano de la conciencia; los ringorrangos son incapaces de contener la erupción que amenaza continuamente. Un sombrero por aquí, un «como está usted» por allá, un paisaje de la escuela olotina, un piano de cola, y, sin previo aviso, el ataque de cólera ciega, el energúmeno, tabuco en mano, la tripa anegada de priorato, se come vivos a sus hijos. Hoy, por fortuna, las cosas han cambiado. Hay mucha mezcla.

No pienso dedicar la noche a La Boa. Ni mucho menos a el Chino. Concluiré mis notas, sobre los sucesos de hace cuatro días, pues me quedaba por anotar lo que fue de aquel infeliz. Bien, pues nada más entrar en la casa, Diego comenzó a zurrarle para averiguar quién les estaba financiando. Lo molesto es que el muchacho no podía hablar; se le había hinchado la cara hasta cerrarle los ojos. Por entre los labios amoratados sobresalían las encías. Pero Diego no se percataba del problema y continuaba golpeando con un mortero en las zonas más tumefactas; golpes breves y secos. Debo confesar que mi ataque de salud se había venido abajo y estaba de nuevo del lado de la víctima; mi corazón pedía a gritos ser devuelto a su comfortable lecho cristiano. Ya nada me importaba, e incluso había olvidado la responsabilidad que me cabía. Lo que allí quedaba del indio era un montón de carne dolorida, temblando sobre un taburete como si le atravesaran corrientes eléctricas, tratando de gritar un nombre, sin conseguirlo. Tampoco podía yo pedirle a el Chino que lo dejara marchar, pues se jugaba la vida, de manera que me retiré al salón, elegí un sofá tapizado con una pana de color burdeos, y traté de dormir.

Durante horas me pareció escuchar las preguntas de Diego, pero pudo ser un efecto del sueño, pues también oía los golpes secos y regulares, imposibles de resistir. En ocasiones despertaba sobresaltado por el silencio. Cuando el sol comenzó a entrar en la galería del salón, me asomé a la terraza. Daba sobre un jardín profesional cuyos rosales, macizos de hortensias, setos de boj, y pimenteros, mostraban a las claras una labor más técnica que amorosa. En las mimosas comenzaba a prevalecer el verde sobre el amarillo. Los gorriones escandalizaban tratando de ahuyentar a los potentes mirlos. El Chino asomó su cabeza de cera para preguntar si quería café. ¿Cómo está?, le dije. Regular; ese bestia de Diego no se dio cuenta de que el tipo estaba sin habla; le dejé descansar un poco y luego me escribió todo el asunto con un rotulador; ahora se está limpiando. ¡Parece mentira lo que aguanta esta gente! Con la mitad, tú y yo estaríamos muertos.

Llevaba puestas las gafas y se las quitó con un gesto barroco. Supongo que comprendes lo sucedido; de no ser por ti me habría hecho daño. Yo no sospechaba nada, el lugar era muy bueno, y este chico no es nada flojo; es incluso sobresaliente para estas cosas. Si falló fue por no darte a ti, ¿entiendes? Tenía que apartarte para alcanzarme, y el gesto no le salió. No es nada sencillo, ni siquiera a oscuras. Yo

escuchaba con indiferencia. Indio muerto, Chino vivo; Chino muerto, indio vivo. Estaba muy cansado. Desde luego no sé por qué me avisaste; no sé nada de ti; a lo mejor lo hiciste por aburrimiento, pero no te hagas ilusiones; esto, para mí, es un accidente laboral. Voy a por el café.

Diego me tranquilizó sobre la suerte que iba a correr el matón. Le consideraban inofensivo; más peligroso ahora para quien hizo el encargo que para ellos. Y, aún más curioso, iban a ponerle a salvo de su propio cliente; así se habían comprometido. Y no debía de ser mentira, porque allí estábamos los tres tomando café, mientras el indio tosía y hacía buches en la habitación contigua.

El Chino tomó el teléfono y marcó un número de memoria. Preguntó por un tal Chicharro, «de parte del secretario del señor obispo». ¿Alberto?, perdona que te moleste a estas horas por una tontería; el caso es que anoche trataron de entrar en casa dos hombres, pero Diego los oyó y alcanzó a uno de ellos, un sudaca. El otro se escapó. ¿Serías tan amable de recoger al que tenemos aquí? ¡Hombre, muchas gracias! No es preciso hacerle nada, no voy a presentar denuncia, tú ya me entiendes. Aplicadle lo habitual.

Diego sirvió más café. Las tazas eran diminutas, casi transparentes, y las cucharillas tenían una filigrana en el mango que me recordó a mi abuela y por poco me echo a reír. ¿Quién es el secretario del obispo?, le pregunté a el Chino cuando volvió a sentarse. Me miró con un aburrimiento indescriptible. Yo mismo, naturalmente; escucha, ¿tienes algo que hacer dentro de un par de días? Yo estoy bastante ocupado, pero me gusta hablar mientras trabajo; pásate a última hora, cualquier noche y podemos cenar juntos. Aunque supongo que no necesitas nada, añadió; pero dime si te hace falta algo.

Medía hora más tarde repicó el timbre. Diego regresó con dos hombres muy jóvenes, casi infantiles, vestidos de americana y corbata; sonrientes, recién peinados. El Chino llamó al indio. Daba pena ver a aquel chico tan guapo con la cara hinchada, los labios llenos de cortes y los ojos como dos ciruelas con ojal. No me haga usted nada, farfulló; parecía hablar con la boca llena. Te van a llevar a casa, ya te lo he dicho. El indio no se movía y los hombres dieron un paso hacia él. Está bien; gracias señor, dijo con una arrogancia graciosa. Entonces le tendió la mano. El Chino se la estrechó y aun le deseó buena suerte.

Sorbí dos tazas más de café por pura pereza. Deduje, por los comentarios de Diego, que el segundo matón seguiría trabajando para el Chino. El sol me calentaba las piernas, tenía mucho sueño, y quería irme al apartamento. Antes de salir recibí paternales recomendaciones: descansa esta semana, toma mucha vitamina B y Fosglutén, pásate por el almacén el lunes o el martes próximo, y cómprate un traje. Una vez en el taxi abrí con curiosidad el sobre de estraza. Contenía trescientas mil pesetas.

14 de marzo

En mis primeros días de colaboración con el Chino he podido comprobar que utiliza el almacén como secretaría general. Allí van acudiendo los asociados, clientes, acreedores, arbitristas y hombres de mano. No es un gentío, apenas dos o tres por noche, pero siempre variados. Algunos pertenecen al ámbito de la bacteria. Hoy despachó con un vagabundo seco, esquivo, barbado, torero, abrigado con el uniforme de la miseria: zapatos de reluciente charol sin calcetines, pantalones sobre el tobillo delgado como un lápiz, americana de solapa fina con el escudo de Nitrato de Chile, y sombrero. Ya solo veo sombrero entre los pordioseros, gente mucho más conservadora de lo que comúnmente se supone. Traía bajo el brazo un atadizo de papeles que el Chino ha ido deshojando como si se tratara de un rollo de Qum Rahm, con un cuidado exquisito, pues cada papel era de distinta calidad, folios El galgo, tira de máquina calculadora, cintas de teletipo, pijamas, banda perforada... El Chino le ha pagado veinticinco mil pesetas. No he podido reprimir un gesto brusco y tras la salida del *dandy* me he interesado en el comercio de basura. Ni un solo centímetro cúbico de desperdicios carece de valor. Algunos saben leer en las basuras lo que jamás escribirán los periodistas. Al parecer, aquel hombre se había jugado la vida reuniendo los retales.

Los depredadores se orientan por el olor de los excrementos. La mejor información de esta ciudad se encuentra en las heces del poder. Había allí basura de la Cros, de la Bolsa, de Asland, de varias hidroeléctricas, del domicilio de un tal Ferrer, de dos despachos de abogados afines a March, de la Modelo, de Banesto, del Gobierno Civil, en fin, un Gotha de basuras.

No es una tarea demasiado alejada de la de el Buitre, cuidando carroñeros por barrancas y despeñaderos, esforzándose en mantener con vida las pocas familias que aún no habían decidido largarse de este país. Pero en una tonalidad distinta; al fin y al cabo los buitres giran a gran altura con las alas desplegadas, dibujando lentos y astrales círculos. El Chino, en cambio, alimenta buitres urbanos, carroñeros de superficie.

Las cenas son silenciosas. No veo con claridad cuál es mi situación; carezco de obligaciones, pero no quiero preguntar. En cierto modo he borrado la antigua humillación, a menos que el Chino crea mantenerme por *agradecimiento*. Esto sería fastidioso, pues, si llegara a comprobarlo, tendría que pegarme con él. De momento, espero.

Me fascina la inercia monstruosa con que ritualiza todos sus actos, como si hubiera aceptado las constricciones burocráticas de una administración oscura y negativa. Así, por ejemplo, imposible saber qué medidas piensa tomar contra quien financió su asesinato. Pero no oculta nada en mí presencia, habla con Diego como si yo no existiera. De hecho, no existo. Sobre el instigador del ataque solo dice que «hay que trasladarlo», o bien, «hay que llevarlo a casa». No parece inquietarle

demasiado y la causa eficiente fue, supongo, «que se enteró de lo de las eléctricas». Ni remota idea del contenido de la frase: ¿un paquete de acciones?, ¿unas coristas? Diego pregunta, ¿esperamos a la semana próxima? Y el Chino responde, correcto. Suele emplear esa palabra «correcto», y yo me pongo frenético; procuro no preguntar jamás de manera que me pueda contestar «correcto». Sufro, al oírlo, con tanta intensidad como cuando alguien dice «hacer las delicias del público» o «estar de rechupete» o cosas similares. ¿Lo llevo a casa? No, espera a ver lo que pasa. Podríamos mandarle al otro. No, no, vamos a esperar un poco y luego lo llevamos a casa. ¿No te da pena? ¿Y si lo dejamos en paz? El Chino pone gesto de cansancio y con un timbre amenazador añade, la semana próxima te lo llevas a casa, ¿entendido? Lo que tú digas, lo que tú digas, a mí rai.

Diego no parece muy convencido, sin embargo he descubierto rasgos desconcertantes en Diego. Aparenta ser la sumisión en persona, pero pertenece a un grupo de feroces nacionalistas, violentos y clandestinos. No habla una sola palabra de catalán, se limita a emplear algunos giros (*guaita, la mare que el va parir, s'acabat el bróquil* y así sucesivamente) y a utilizar un llavero con la señora. Pero su argumentación es petardista. Si alguien menciona la aduana de Port Bou, pongamos por caso, lo que sucede con cierta frecuencia pues tienen allí un enlace, un número de la benemérita que a veces nos visita sin bajar del Volvo, sufre una transformación; se hincha hasta semejar un odre de color púrpura y en sus ojos destella la locura de los degüellos sicilianos. No le cabe ninguna duda de que los españoles han forzado un cambio en el clima de Cataluña, por el costoso medio de quemar bosques y desforestar, con el fin de invadir el principado de conejos. En mi barrio, asegura con rotunda convicción, ya han muerto tres catalanes de mixomatosis; a este ritmo no quedará un solo patriota al sur de Perpignan en menos de diez años.

Algunas noches acuden a visitarle selectos secuaces de célula. El grupo se autodenomina *La Farem Petar* (LFP) y tiene muy buenas conexiones con los centros excursionistas (que aprovechan para el contrabando de electrodomésticos andorranos) y con la Patronal. Los secuaces suelen ser de dos tipos; los hay rechonchos, sonrosados, de cabellos muy finos y algodonosos; y los hay entecos, en forma de zanahoria (uno de ellos se llama El Pastanaga), renegridos, patilludos y con marcado acento extremeño. Siempre que acuden llaman la atención por el continuo giro de cabezas, ojos, cejas y orejas; recelan de todo y miran sin descanso por encima del hombro. Hablan mucho del estupendo tiempo que tuvieron durante los entrenamientos de tiro en una granja avícola de Igualada. El Pastanaga entró ayer cubriéndose la cara con un periódico (el *Ya*) y se dio de bruces contra la pilastra. ¡Menstruación de la Virgen!, gritó dolorido, y un contertulio, hombre cojo, sevillano de profundísimas convicciones católicas, propietario de una estampa de la Virgen del Rocío bordada en seda que lleva siempre consigo en el interior de la Cartilla Militar, le partió el bastón en la boca. Tras los ocho puntos que le dieron en la casa de socorro, más que a una zanahoria se asemejaba a un conejo. Pues bien, no solo no fue

defendido por su líder, sino que Diego decidió expulsarle de la milicia por haberse dejado sorprender y malherir Por un charnego de raza inferior. Luego le perdonó, benevolente.

20 de marzo

Gran afición de el Chino por las matemáticas. En realidad sería más riguroso decir que les tiene afición a *los números*. La compasión de algunos pintores con los pigmentos, en los cuales ven matices tan apurados que a los demás nos hacen sentir ciegos (así, por ejemplo, Cézanne llegó a clasificar ciento ocho matices de verde en un limón maduro), eso es lo que siente el Chino hacía los números. Es un gusto sensual; posiblemente el único que posea. Consume varias horas de la tarde dibujando interminables hileras de ecuaciones con una escritura apretada; vástago estéril del estéril señor Daroca. No anda a la caza de nada, ni trata de resolver problema alguno; ni siquiera desarrolla y verifica hipótesis. Actúa como el músico que juega a improvisar sobre el piano, dejando en libertad a los dedos, sin domeñarlos, hasta dar con un acorde seductor; entonces insiste sobre ese acorde buscando lateralmente, hacia arriba, hacia abajo, hasta topar con algo emparentado o complementario. Al cabo de las horas ya no siente el cansancio de las articulaciones, las manos no son manos del cuerpo sino injertos móviles de la imaginación, y allí se inicia un delirio melódico de números y ecuaciones en cuya embriaguez ve levantarse edificios que luego se disuelven en nubes cuyas formas son nuevas arquitecturas reflejadas sobre un quieto estanque, cuya figura invertida proporciona, de ese modo, otra combinación en negativo que se superpone a las anteriores con una armonía ya muy compleja, la cual, sin embargo, no impide introducirse en el laberinto fugado de la misma y comenzar un viaje por las tripas de esos conjuntos maclados en busca de una salida que puede ser un nuevo comienzo, y así sucesivamente. Entra en trance y se le produce una feroz bizquera.

Mientras duran los *impromptus*, el Chino es una figura estupefacta cuya mano avanza sobre el papel con la neutralidad de una aguja de sismógrafo, inconsciente de señalar la calma o la catástrofe. Su pensamiento no le pertenece, es universal, cósmico, y, a pesar de todo, insignificante. Vaga por las líneas maestras del universo, inclinándose a la derecha o a la izquierda en las mismas encrucijadas donde temblaron Edipo y Orfeo. Pero en las hojas y en los cuadernos, como en el piano una vez cerrada la tapa, no queda nada. En ocasiones las recojo del suelo, pues van cayendo de la mesa a medida que se cubren de guarismos, y las miro; parecen lápidas surcadas de oscuros garabatos desenterradas por labradores cretenses. Nada. La indescifrable sordera del cosmos, el encefalograma de Dios. Nada. Nada de nada.

¿Cuál sería el juicio *técnico* de un profesional, si tuviera ocasión de examinar estos cuadernos? El dictamen más probable sería: BANALIDAD, pues también esta es

una forma de matar el tiempo; pero nunca podré averiguarlo porque, invariablemente, el Chino reúne los papeles a media noche y los rompe en pedazos siguiendo un orden inflexible: primero una mitad, luego la mitad de esa mitad, y así hasta que el grosor del paquete le impide seguir. Con ello termina la gimnasia vespertina y se produce una metamorfosis; todo él, en cuerpo y alma, se transubstancia al entregarse a las facturas, las letras de cambio, los pagarés, la contabilidad. Lo que antes fue improvisación lírica cristaliza ahora en SU VERDAD, de igual manera que el sutil dibujo de un arquitecto se transforma luego en la máquina donde mueren y son triturados sus habitantes. Así se lo he dicho, pero ya lo sabía: porque esta que tú ves ahora, pontifica, es la zona animal, y por lo tanto está expuesta a toda suerte de enfermedades, amputaciones y podredumbres; en cambio, aquí no hay lugar para la desdicha, y se golpea la cabeza con el dedo índice.

Yo supongo que para él cada número es una *especie*, con su propio comportamiento, con su morfología, con su fichero de instintos; tiene esa capacidad de los músicos para distinguir las figuras sensibles, carnales, de un mi sostenido menor y un la bemol, tan apartados el uno del otro como el oso de la cigüeña; o de los literatos obligados a decidir entre un pretérito perfecto, imperfecto, pluscuamperfecto, indefinido, o anterior, pues cada uno de ellos les conduce a un destino distinto. Esto lo deduzco de algún comentario suyo, como, por ejemplo, su antipatía hacia el nueve; lo considera un número decepcionante y en trance de extinción.

También he comentado con él mi primera impresión, cuando se me apareció a la manera del escriba egipcio, oficiando sobre facturas e impagados. Si ya entonces había cierto secreto en su figura —que yo tomé por oriental, pues todo jeroglífico parece venido de oriente—, ahora, tras comprobar que además de las facturas, lleva también una contabilidad libre del tiempo y del espacio, el secreto corre el peligro de fracasar y convertirse en mera paradoja.

No hay tal, no hay tal, me contesta; tengo la certeza, desde los tiempos de Cucurella de que ya no nos queda más alimento que los números; son nuestros últimos aliados. Todo ha sido destruido, las virtudes y los vicios, las iglesias, las naciones, las artes, las letras, el honor, la dignidad, todo, incluso la guerra, ha sido destruido; nos hemos quedado con la kantidad. Y muestra con la mano el mar de papeles esparcidos por el suelo. Siempre que utiliza la palabra «cantidad», apoya con cierto desprecio la primera sílaba, como si dijera «kantidad»; estoy convencido de que esta abominación de la cantidad se cruza, en su espesa memoria, con los resultados igualitarios de la revolución francesa. Tras la imposición planetaria de la nivelación, añade mirando al techo, todas las estrategias políticas son numerales, ¡la moral es pura kantidad! Pero nadie se ocupa en averiguar qué son los números, qué piensan, qué sienten, adonde nos llevan, y con qué fin...

Para mí estas elucubraciones son mero disparate, pero las dice con un énfasis sacerdotal que hacía mucho no escuchaba; posiblemente desde la muerte de Pío XII.

Tú crees que una factura tiene *sentido*; está claro, se debe tanto, alguien le debe a otro un dinero, etcétera, etcétera; y en cambio una kantidad puesta al azar te parece insignificante, sin sentido. Por ejemplo, si escribo aquí, sin premeditación, uno, quinientos once, ciento dieciocho mil noventa y siete... parecen signos opacos, arbitrarios, mudos. Y sin embargo entre ellos se establecen hormigueros de relaciones y leyes; hay máximos, hay múltiplos, hay potencias, hay series que solo pueden verse si se presta una atención extrema. Están ahí como una bomba de relojería, a la espera de que alguien la desactive, o, por el contrario, haga uso privado de ella. El célebre matemático Charles De Mora se volvió loco antes de poder dar al mundo el secreto de los números primos; se le APARECIÓ una noche y le voló la cabeza; no tuvo tiempo ni de garabatear una despedida. Mira, en este caso, la serie responde a la sucesión exponencial dos por ene a la octava potencia menos uno. ¡Qué curioso! ¿No?

Posa los brazos sobre la mesa como grandes láminas de seda cayendo en vaivén. Los nítidos cristales de sus gafas lanzan un destello siniestro. Sí, le digo, pero todo se transforma en cuanto te inclinas sobre las facturas; lo anterior parece más bien un entrenamiento de afilador; cuando ya tienes el bisturí a punto... Hace una mueca de desprecio que le arruga toda la cara, hundida bajo el peso del cabello. Cuando tú miras una factura, dice, eres como el labriego que repasa sus propiedades: ve la kantidad de árboles, de ovejas, de estiércol o de hijos que posee o precisa, solo ve dinero. Pero un pintor vería algo muy diferente, vería la necesidad de que cada cosa ESTÉ EN SU SITIO, en un lugar preciso, con un color, un volumen y una disposición inexorables. ¿Cuál de los dos está más cerca de lo que tú llamas «sentido»? Al campesino le es indiferente que la vaca sea gorda o flaca, blanca o marrón; aceptaría una vaca verde y sin patas, si esta le proporciona la kantidad de leche que codicia. Por eso acepta mecanizarlo todo e incluso él mismo podría ser mecanizado, ya que su espíritu es una delgadísima capa gaseosa. Todo lo que ve son fantasmas con un precio. El sentido de los fantasmas es intercambiable; puede trocar una vaca por una máquina de coser, sin conciencia de pérdida. Por el contrario, los que prestamos atención, comprendemos el peligro que acecha detrás de cada cambio, y nos vamos preparando para lo que se avecina. Yo veo los números como mi propiedad; mi propiedad es simbólica; su rendimiento no depende de la kantidad.

Aunque me gusta verle oficiar con esos modales remotos, pomposos, desconfío de él y de sus números. ¿Cómo van a decir nada unos animales que se reproducen infinitamente y sin embargo mueren y nacen del y con el cero? Todas las calaveras son iguales, pero cada rostro es una perdición. Los números son puro hueso. Es la frialdad consubstancial a el Chino lo que le induce a ser simpático con los números. En cuanto abandona los arpegios y se pone a la contabilidad, cambia de aspecto, se le contrae la boca, aparece un ceño seco sobre las gafas, en el cuello se le dibuja una gruesa vena. Es la imagen letal del bancario. Amputa, cercena, aplasta, arruina, con un simple cálculo. Mueve cuerpos vivos de un lugar a otro restando y sumando, como la peste bubónica mata a distancia, conducida por la mano invisible del aire.

29 de marzo

Otra noche acogido a las Ramblas. Soy un corcho que flota sobre un mar de ginebra. Los transatlánticos se hunden, blancos y pedantes, pero los corchos flotan. Hoy flotaban corchos de todos los calibres; escoria dorada y patibularia. Porque las Ramblas eran la primera selva, la primera tierra de nadie. En la antigua ciudad, quedaban a pie de muralla, merodeada ya entonces por el candidato a la horca. Y allí siguieron hasta que se derrumbó la muralla hacia 1820 sin que un solo obús la dañara. La arruinó el progreso de la artillería y de la balística, que hizo innecesario el muro de protección. Cayeron, pues, los nobles sillares sin que sonara un cañonazo; bastó *la idea* de un cañonazo. ¡Más fuertes las ideas, arrasando murallas por toda Europa, como un viento impetuoso, que los cañones! Pero hasta el momento de la idea-de-cañonazo, las Ramblas eran lo exterior, lo de fuera, lo inseguro, el campo sin puertas.

De modo que, para quienes todavía no han llegado a la Idea, caminar por las Ramblas sigue siendo caminar extramuros, allí donde pervive lo incivil, lo que no admite la constricción frailuna. Y en lo incivil flotaban hoy los corchos de cinco continentes. Es aquí donde la infección venérea alcanza la cota más elevada del Mediterráneo; los puertos de Marsella, Génova o La Goleta son clínicas suizas comparados con nuestro charco blenofílico. La Afrodita catalana cabalgaba esta noche a lomos de una llama andina por cuya cloaca han pasado dos generaciones de porquerizos al servicio de la Corona. Esta noche todas las sonrisas (esta noche TODOS sonreían) eran muestras dentales del sector agrícola y ganadero. El hedor de la gasolina tenía ramalazos de estiércol. Un payés borracho enarbolaba su gigantesco garrote y cantaba a voz en grito el himno de Riego, hasta cruzarse con los municipales; desde el suelo, con la cabeza abierta, aún gritaba «*bon cop de samaler al bisbe*»; uno de los municipales le ha metido la porra en la boca y lo ha acallado.

He discutido precios con una argentina sumamente delgada. Carecía de talento para el regateo y había un regusto universitario en su modo de decir «amor», como si acabara de leer a Paul Gerald. En el mismo instante en que aceptaba mis condiciones me ha producido un asco insoportable, como si estuviera en tratos con el Instituto Nacional de Estadística. Me he alejado deprisa para no vomitarle encima, pero me he manchado. Todavía huelo. Mi estómago resiste ya muy poco. Acabaré perdiendo el gusto por estos rastreos e investigaciones. Si no me engaño, es pura nostalgia del establecimiento de bebidas; del *aburrimiento* del establecimiento de bebidas. Nada nos ata más que el tedio. De ahí el éxito del vínculo matrimonial.

4 de abril

Las cenas tienen lugar en un restaurante con pretensiones, el restaurante

Peratallada, sito en las proximidades de la Vía Layetana; un local en donde se maljuntan los rasgos folklóricos (bóvedas ibicencas, vigas del Maresme, muros de tocho) con los actuales reclamos arquitectónicos basados, todos ellos, en lo chistoso y los tonos apastelados. Aun cuando nos sentamos a la mesa los tres, casi siempre hablamos el Chino y yo; Diego es un hombre de gran dignidad, a pesar de su chifladura, y rara vez abre la boca, como no sea para preguntar si los pimientos son de Castellón de la Plana y las peras de la huerta leridana. No acepta nada foráneo, pero, por fortuna, su ideología imperialista le permite incluir la totalidad de la península, con la excepción comprensible de ambas Castillas y Andalucía; se infla de Rioja porque el País Vasco es una nacionalidad hermana. Si hay en el Chino huellas del Oriente maligno cuyo emblema es Fu Man Chu, Diego conserva las inclinaciones del Oriente benigno: las hembras grasientas siempre dormidas en lasciva desnudez sobre almohadones, la mercadería perfumada con un té de albahaca, la conversación masculina sobre el uso de la cimitarra para el rebanamiento de cabezas.

Pero las conversaciones están carcomidas de interrupciones, no solo con el fin de hacer un hueco a las *escalibadas*, las *espardeñas*, las *esqueixadas* y los *empedrats*, sino también para permitir que el Chino mantenga seis o siete apartes con individuos que se le aproximan, como si fuera esta una segunda sede administrativa de mayor entidad y boato. Aquí la clientela es homogénea; hombres jóvenes con traje de buen paño, sin corbata, anchos pantalones y americanas de exagerada hombrera. Imagino que cubren el amplio espectro del medio millón mensual; los gestores de la herencia franquista, segmento por el que siento la mayor simpatía: se han alejado de la retórica sin por ello renunciar a la falta de escrúpulos. Los canallas son más fáciles de soportar sin aditamentos líricos. Siempre que les veo agrupados procuro adivinar quién de entre ellos será el próximo verdugo.

Durante los oasis de calma, el Chino seguía hablando de números, pero ha dicho algo que suena como una amenaza. Yo he sido el culpable, pues me he burlado de las matemáticas: las matemáticas, he dicho, desde el punto de vista del poder, son un minúsculo ornamento del ordenamiento jurídico. No sé muy bien por qué lo he dicho, ni cuál era el profundísimo sentido que yo le veía a la frase, pero el Chino se ha contraído como un resorte y con voz muy aflautada me ha respondido que para los hombres realmente poderosos era preciso elegir entre el mundo y la vida eterna. Tú, seguramente, crees que se puede vivir sin elegir, pero no elegir es resignarse, y solo se resignan los esclavos.

Me irrita extraordinariamente su pedantería y a veces no puedo contenerme, en especial frente a una escalibada. Hago mal, porque es mejor dejarle hablar. Un hombre excitado deja de ser verosímil. Sin embargo, la excitación ha sido hoy la causa de su enigmática amenaza. Yo le he argumentado que los animales viven en el mundo y no hay razones para suponer una clara superioridad de la vida eterna. Las hay, aunque tú no las conozcas; animales y siervos viven en el mundo, pero los amos viven en la vida eterna. Pues no veo en qué consiste la desgracia de animales y

siervos, digo. El Chino ha esbozado un signo de compasión, como el comisario que concibe las razones poderosas que han impulsado al carterista, pero no tiene más remedio que aplicar la ley y someterlo a su destino. Todavía prefieres a los animales y a los siervos porque todavía vives en la nostalgia del amor a las víctimas; estás infectado de cristianismo y de honor a la vida, que es eterna, pero supongo que no eres tan cándido como para creer que todos los hombres estamos igualmente vivos...

Tiene la habilidad de paralizar el rostro hasta dejarlo plano e inexpresivo. Es una máscara que se coloca para intimidar; se hace el muerto, como los cocodrilos cuando se aproxima la presa. El aumento de la tensión interna es tan fuerte que en tales ocasiones, sobre su corola, aparece un triángulo equilátero y en sus ojos se suceden hileras de números fosforescentes. Al cabo de unos segundos suena una campanilla y vuelve en sí.

Diego, en cambio, se lo mira con sorna: yo soy tan animal que solo me entiendo con estos, y señala los platos de habas, de pies de cerdo, de llobarro; por ahora me los meto en la tripa, pero luego ellos se me comerán hasta las cejas. A el Chino le hace mucha gracia: ¿lo ves? Y añade con un silbido amenazador: pero Diego no es suficiente animal, un día de estos te voy a enseñar un animal.

Muy bien, pues un día de estos me va a enseñar un animal. ¿Y qué?

10 de abril

En la plazuela de Santa María del Pino, frente a la cuchillería, en días de fiesta y con buen tiempo, levanta su tenderete una compañía de títeres. Es una modesta red tendida por pescadores humildes, con el fin de atrapar alguna moneda que rebosa del bolsillo feligrés. La cuchillería gozó de gran prestigio antes del descrédito de la calidad. En estos últimos años parece un museo. Me compro una preciosa navaja de resorte en forma de pierna femenina, con su zapato de latón dorado a modo de contera, para regalársela a Diego.

Considerado entre los cuchillos, las podaderas, las limas, los alicates, las tijeras del escaparate, y la fachada de Santa María, este teatrillo de aficionados conserva la fluidez gótica, el tiempo remansado que ya ha desaparecido. Me detengo un buen rato, con las manos a la espalda, que es la postura canónica del mirón. Del espantajo. Los muñecos se agitan y construyen esquemas de gran sencillez, la gramática más simple de nuestra fatua supervivencia.

El éxito del espectáculo tiene como condición la invisibilidad de los cuerpos y las manos que sostienen los títeres. Los verdaderos protagonistas están obligados a permanecer invisibles. Si el cuerpo verdadero fuera visible, el público se dispersaría. Un intento razonado de poner a la vista el cuerpo, provocaría reacciones despectivas y aun violentas. ¿Cómo es posible imaginar un drama que admita la presencia descarada del que mueve los hilos?

A pesar de lo que dice el Chino, no merece la pena ser titiritero; no merece la pena hacer de legislador, oculto bajo su ley. Se trabaja a oscuras y en cuclillas. Antes que vivir en cuclillas, a cuatro patas, como dice Diego. Hombre simpático. En los ratos libres me pide (y anota cuidadosamente en un bloc Henry) expresiones convincentes de catalanidad, como ahora, «hemos bebido aceite» o «es una acelga soleada», Está afilando las armas retóricas del secuaz sonrosado con el fin de infiltrarlo en los Mozos de Escuadra.

30 de abril

Me consumo de aburrimiento. Esto es muy estúpido, por mi parte; como si no supiera que la rutina es, precisamente, lo que permite separar al tiempo muerto del tiempo vivo. Yo me empecino en que TODO el tiempo sea tiempo vivo, y, como es de suponer, solo recojo cenizas. La bebida me hace ahora mayor efecto. No debe uno disminuir el caudal de alcohol, luego es muy doloroso volver a alcanzarlo. Las variaciones juveniles sobre la pureza (dejar de fumar, ducharse con agua fría, levantarse al alba, leer a Popper) son comprensibles como preparación a la vejez, pero en un hombre corrupto son repugnantes. ¿Qué lección pretenden dar, esos conservadores de sí mismos? A propósito, me aburre el Chino con toda su pureza. También me aburre Diego, ensimismado en el diccionario de Pompeyo Fabra.

Ayer compareció el segundo matón. Vino como resucitado y se incorporó al trabajo sin decir palabra. Solo me saludó a mí, con exquisita educación (buenas noches, ¿cómo le va? Muy bien, gracias, ¿y usted? *Tirandito, no pueo queharme*. Me alegro. Pues se lo *agradesco*), antes de desplegar un diario deportivo. Los zapatos negros brillaban como azabaches pulidos, en competencia con el cabello petrolero. No ha sucedido nada; si algo sucedió, es irremediable y por lo tanto no merece un comentario. Todo lo resume su pregunta, antes de cerrar el local: usted dispense, ¿*pueo* cobrar el mes? El Chino le ha mirado con su máscara de yeso. Son tan opuestos que ambos parecen compartir el mismo suelo a ambos lados de la Tierra, con las suelas pegadas por la planta del pie. Tres semanas, ha contestado el Chino.

Porque, eso sí, en este dúo de lobos y corderos hay una racionalidad que nunca desaparece por completo: la jornada laboral. Es una fantasía, pero les conviene a ambos para no tener que dirimir sus jerarquías a navajazos. Para mí esto es asombroso; tanto como el pago de las deudas a los banqueros, una vez terminada la guerra que financiaron. Pero no habría civilización sin banqueros. Así también esta vida semidelictiva o patibularia es mera burocracia, Todo es puro cuartel; el almacén hiede a cuartel, refleja la luz átona del cuartel; excita la apatía y la ruina y la sordidez y las letrinas con dibujos obscenos. Este es un núcleo de abyección como los barracones, las estaciones de ferrocarril, las sacristías, los hangares..., lugares en donde los charcos de sangre pueden limpiarse con cuatro bayetazos. Aquí la vida está

en coma.

Pues, ¿en qué consiste la actividad de el Chino? En complementar la administración estatal. Así como algunas *aves* limpian los dientes de los cocodrilos, así también hay hombres que limpian las manos de los VERDADEROS CRIMINALES. Estos subalternos viven en la zona oscura de sus amos; son su injerto afable.

Bueno, pero ¿qué hace? Lo normal: financia chantajes, supongo; compra mercancías, las adultera y las revende; expende falsos permisos de conducir, trafica adopciones, encubre huidos; regenta locales en nombre ajeno o propio; administra influencias, rifa informes, controla subastas, distribuye productos, ¿qué importancia tiene el nombre de la actividad? No aprecio diferencia con las actividades toleradas del comercio, la industria y la administración. ¿Quién decidió que puede venderse la aspirina, pero no la dinamita? ¿Y por qué la aspirina solo la venden *unos pocos*? ¿Dónde se compra wolframio? El Chino se limita a cumplir un servicio público. Hace fluidas las operaciones normalmente trabadas por la hipocresía democrático-niveladora. Es INOCENTE.

Solo una idea separa el día de la noche, ya que no son sustancias distintas; son la misma sustancia percibida por un animal obsesionado en diferenciarla, en dividirla por dos. ¿Por qué entonces no aceptar el valor social de la ilegalidad? ¿Por qué no concederle a el Chino la misma contribución al imperio de la muerte que la concedida a un obispo o a un agente de cambio y bolsa? No voy a encontrar aquí nada que no conozca. ¡Putrefacción! Delincuentes y notables están de acuerdo en MANTENER la ley. ¿Cómo pude ser tan ingenuo, hace unos años, cuando creía ver cierta nobleza en el pistolero? ¡Malentendido! Solo hay beneficio fuera de la ley; el hombre emprendedor NECESITA al delincuente. La historia del mundo es la historia de la colaboración entre delincuentes y legisladores. Pero esta delicada verdad debe permanecer alejada del oído inocente. Hitler trató de poner las cosas en claro, y así le fue. El delincuente ha de permanecer en su lugar; en las sombras, como las ratas; pero siempre alerta para rendir servicio.

2 de mayo

¡Escena grotesca! Atónitos que estábamos, empantanados en los *llobarros* y las *escalibadas*, mascando mortecinos, hartos, cuando, de repente, ¡gran bullicio! Gritos del *maître* a la puerta del restaurante Peratallada, movimiento de camareros, expresión inquieta de los comensales. No es posible, no me lo puedo creer; el señor Torras, los noventa y tres años del señor Torras, luchan a brazo partido con el director del local, el cual, en un desesperado intento por impedirle la entrada, lo mantiene agarrado por una manga de la americana. Los camareros no osan intervenir; miran alelados como madrileños ante un accidente de circulación. El señor Torras emite

chillidos de rata y da saltos con ambos pies sobre el suelo. *Deixim anar, recony!*, se le oye exclamar. El *maître* no se emplea a fondo, temeroso de quebrar alguno de los fragilísimos huesos del fantasma. Por fin, el señor Torras se escurre como una anguila y el director se queda con la chaqueta colgando de la mano, desconcertado. La agilidad del señor Torras es asombrosa; va de mesa en mesa a la velocidad de una liebre, escrutando a los comensales y mostrando unos tirantes de esparto que mantienen sus pantalones a la altura del esternón. La camisa, como ya sospechaba, carece de mangas, con lo que la corbata pende del cuello como un tercer miembro del mismo color amarillo huevo, igual textura y similar diámetro que ambos brazos. Dos camareros tratan de cortarles el paso, pero el señor Torras los esquiva con bella técnica torera mientras prosigue su inspección de la clientela; la cual, todo hay que decirlo, retrocede espantada cada vez que el señor Torras derriba sus ojos para clavarlos a cinco centímetros del individuo, ya que a mayor distancia no distingue un perro de un búfalo.

Como es fácil de entender, luchaba yo en mi interior por darme —o no— a conocer, convencido como estaba de que, por extraordinario milagro o poder sobrenatural, el señor Torras no solo me buscaba a mí, sino que incluso sabía dónde encontrarme a tan avanzada hora. Cuál no sería mi sorpresa cuando, una vez llegado a nuestra mesa (llegada en la que coincidió con uno de los camareros, el cual trató de bloquearlo como si el señor Torras fuera un vulgar balón de rugby, yendo a darse de narices contra una pilastra), en lugar de reconocermelo a mí, o a mi padre, o a mi abuelo, se dirigió a el Chino con una sonrisa sobrecogedora, y chilló: *ara sí que t'he enxampat, mal parit!*, en tanto parecía rascarse los lomos sometido a súbita desazón.

No se rascaba los lomos. Buscaba algo en los bolsillos de la americana. Pero los bolsillos de la americana continuaban cosidos a la americana, y la americana del señor Torras como una bandera republicana en poder del fascio seguía colgando de la mano del *maître*. Desesperado, el señor Torras giraba la calavera en diversas direcciones maldiciendo en tonos sobreagudos: *m'han fotut la jaqueta! m'han fotut la jaqueta! lladres! policia! me cago en la mare que els va parir!*, y así sucesivamente, hasta que el director le ha devuelto el harapo, convencido de que es mejor abandonarse en brazos del destino que luchar contra un poder desatado de la naturaleza, sobre todo en etapa juvenil.

Reconfortado, el señor Torras ha llorado unas lagrimillas (*molt agrait, senyor, no sé pas com li ho hauria explicat al meu pare: la jaqueta és seva, sap?*) y finalmente ha producido, a la vista del distinguido, un sobre arrugado, maltrecho, con una mancha de sardina en aceite, y lo ha tendido amablemente, con un punto de cortesía dieciochesca, a el Chino.

Vostè és el paio que li diuen el Xino, oi? Doncs tingui, de la part del señor Enrique, i que li aprofiti! Ni un ápice temblaba el sobre, colgado de los dedos sarmentosos. El Chino lo ha cogido, y, sin abrir la boca ni mucho menos el sobre, se lo ha metido en el bolsillo de la cartera. Luego, al *maître*, cuya innecesaria presencia

ponía muy nervioso al señor Torras, pues no parecía estar muy asegurado de que no se tratara de un ladrón de chaquetas, le ha rogado que acompañara al anciano (eso ha dicho, «anciano», ah, ah!) hasta la salida. Y ofrézcale una bebida, por favor, ha añadido majestuosamente. *Això sí que no! Si fos una dona, encara, pero d'alcohol, jo, ni gota.* Bueno, pues ofrécele una mujer, Diego, qué le vamos a hacer. *Home, moltes gràcies! Mira quin noi més trempat! Gràcies, maco!* Y más contento que unas Pascuas, el señor Torras ha salido, escoltado por Diego, camino de algún burdel. Oiga abuelo, he oído decir a Diego, ¿usted conoció, de joven, a Prat de la Riba? *Un putero, aquell sí que ho era, de putero!*

He dominado mi curiosidad, porque sospecho que el Chino conoce perfectamente cuál es mi parentesco con «el señor Enrique». Por su parte, solo ha sentenciado: ¡qué viejo tan repugnante! ¡Mira que comer sardinas de lata!

15 de mayo

Reblandecido por la mecánica repetición a que me obliga mi *ocupación vacante*, regreso a la patria alcohólica sin la menor prudencia y de inmediato obtengo premio. Ha sido en el curioso local Malvaloca, sede de la más alta y sublime tradición artística y lírica de esta ciudad; un hangar con bombillas vivas colgando de sus grasientos filamentos, en cuya pista de baile se exhiben ancianos de ambos sexos semidesnudos, no solo acuciados por la miseria —eso sería demasiado natural para los gustos de la población—, sino intoxicados por la GLORIA, lo que se constata en un brillo de sagrada locura que baila en los ojos de los artistas. Una vanidad satánica anida en estos cerebros de estropajo, y aflora en los rostros como una mosca verde relampagueando sobre una sabrosa deposición. El espectáculo forma parte de la iniciación ética juvenil; nadie que haya visto cimbrearse, contonearse, insinuarse, a una hembra octogenaria de cuya boca desdentada escapa la copla «me llamaban la Tomates porque vengo de Orihuela» vuelve a mirar a su abuela con los mismos ojos. Las abuelas son una cosa muy seria para esta etnia.

Pues en semejante local y sin duda a causa de sus connotaciones, sobre un taburete de plástico verde y en animada charla con un moro, resplandecía ayer noche mi antiguo profesor y amigo, el viejo y querido Leandro Bonet. No estaba tan viejo como yo imaginaba, tras cinco o seis años de mutua ignorancia, ni muchísimo menos; aunque a esa juventud perdurable contribuía un largo vaso lleno de Coca-Cola que luego resultó ser coñac. Conserva intacta su larga cabellera, prendida a la nuca con vistosa peineta de cuero repujado; exuberante cascada color pelo de rata, surcada por innumerables hilos blancos que le proporcionan un nimbo electrónico de gran efecto. Sus ropas son un amasijo ornamental reunido en los más dispares mercadillos; un resumen de la historia de la vestimenta occidental. Desde el siglo IV antes de Cristo,

representado por los potentes coturnos de doble suela que le elevan majestuosamente como a un trágico del Peloponeso, hasta el estilo *incroyable* de finales del XVIII, incorporado por un chaleco floreado color nata y limón, y un chal de lentejuelas, todos y cada uno de los avatares de la moda europea de los últimos veinte siglos encuentran un rincón sobre este cuerpo acogedor.

Ahora que ya han pasado aquellos tiempos en que los muchachos y las muchachas se decoraban y floreaban de arriba abajo, mientras se dejaban el brazo como un queso de Gruyère, la visión de Leandro Bonet vuelve a provocar la airada mirada del salchichero, y la simpatía del adolescente, reacciones ambas especialmente queridas y mimadas por el filósofo y poeta. Así, por ejemplo, el magrebí, un joven de veintitantos años, había abandonado la venta de relojes y condones para, con los ojos como platos, resolver algunos problemas elementales. ¿Pero es verdad, tú *dises*, que es Alá menos Dios que Dios?

Leandro ha dedicado toda su vida a una pedagogía batalladora (que imparte con abundante movimiento de cuerpo, aspaviento de brazo, mohín de boca, retorcimiento de cadera y flexibilidad de miembro), herencia de aquellos severos anarquistas que practicaban el nudismo y el amor a la lechuga entre aromas de trilita. En la cima de su apilación vestimentaria, la cabeza seguía despidiendo pensamientos más emplumados que los salvajes cuyas lanzas zumban sobre el esmirriado colonizador de puntiagudas rodillas. ¡Pues claro!, es menos que Dios, porque llegó más tarde; y cuanto más Tiempo pasa, menos Dios es Dios. El moro se rasca el cogote con una mano de chocolate.

Leandro Bonet fue mi guía durante los años de aprendizaje, una vez desprendido de el Buitre, de el Sabio, de Cucurella, de los grandes hombres de antaño. Ejerció su magisterio con arrojo y vehemencia, pero en la actualidad, destruida la generación que él modeló con manos de alfarero, se ha visto reducido a un medio extraño en el cual cada vez es más difícil distinguir al discípulo del primavera que financia una copa, una comida o una visita al burdel. Tengo la certeza de que morirá con la palabra en los labios, la insolente mirada velazqueña intacta, y la pasión sin haber echado aún su primera columna de humo; ascua pura. Yo le he oído argumentar con la habilidad de un esgrimista barroco, pendiente de descalabrar al contrario no cuando es POSIBLE, sino cuando es CONVENIENTE, una técnica que ya nadie domina; y he visto a los potentados de la inteligencia temblar de espanto y caer de hinojos ante uno de sus sofismas.

Nada más reconocirme, y aunque es enemigo cerril de toda expansión sentimental, me ha abrazado contra su pecho y he constatado con dolorosa nitidez cómo se me incrustaba el conjunto de collares y dientes de tiburón que cuelgan de su cuello hinchado de venas verdes. Ha olvidado por completo al islámico, cuya expresión era tan perpleja que la más leve brisa habría hecho volar sus ojos, cejas, bigote, labios, nariz, dejando al descubierto una bola lironda; ha liquidado en dos tragos su vaso de coñac; ¿qué hora es?, le ha preguntado al moro, consultando uno de

sus relojes y atádoselo a la muñeca sin más consideraciones; ¡tengo un hambre de lobo!, ha añadido, y me ha sacado a empellones hasta la calle.

Estoy recordando a un hombre de naturaleza barroca, afectado hasta la crispación, retorcido como la sacristía de Granada, que nunca emprende las cuestiones por orden —o en el orden que un largo hábito nos hace concebir como el único posible— sino desde el punto de partida contrario, de manera que sus ataques suelen tener como objetivo la defensa de aquello que ataca. Si, por ejemplo, comienza una diatriba contra la permanencia de la autoridad religiosa entre las gentes sencillas, lo que suele sucederle en cuanto oye cantar flamenco, como era el caso, lo hace con el fin de demostrar de un modo inexorable la maravillosa presencia del deseo incluso entre aquellas personas a las que una miseria cotidiana y feroz impide toda reflexión y por lo tanto jamás han podido concebir el carácter divino de los mortales. Ahí los tienes, viviendo vicariamente en las amatistas de sus prelados, auténticos ecónomos de la Muerte, los cuales administran con habilidad ese fantasma nacido de la más noble aspiración, ¿entramos aquí?

Siempre a empujones, pues cuando camina va dando codazos sin dejar de hablar un segundo, me ha llevado hasta una cafetería de rótulo en plástico rosa, sobre cuyo escaparate podía leerse, escrita con cal, una serie de exquisitas posibilidades alimenticias, monopolizadas por lo avícola y lo porcino. Nos sentamos a una mesa de baquelita con grandes charcos de cerveza y encargamos una ginebra para mí, y un plato combinado de nombre «Ipanema» (cuarto de pollo, ensalada, croquetas, huevo duro con mayonesa, anchoas y aceitunas) para él.

No me ha preguntado por los amigos comunes, como es natural. Un hombre entregado a desentrañar las razones de nuestra ignorancia no puede distraerse con sucedáneos, y ya se sabe que la amistad es uno de los más insidiosos disfraces de la pereza; una distracción que mata el tiempo con la misma eficacia que los naipes y el billar. Por el contrario, Leandro Bonet se lanza a analizar un *anuncio* de salchichas impreso sobre el servilletero, con la maestría de un cirujano cuyo bisturí separa elementos a simple vista indiscernibles. El versátil talento de Leandro cobra un brillo satánico aplicado a cuestiones lingüísticas. Una de sus más celebradas disertaciones analizaba un bando de la alcaldía de Madrid, dictado por un notorio alcalde de pretensiones ateas, con el fin de demostrar que el uso de algunas peculiaridades sintácticas denunciaba sin lugar a dudas una fe inconsciente del redactor en la hipóstasis eucarística.

La vida de Leandro se ha evaporado en la difusión de valientes mensajes, cuyo efecto solo sería perceptible si fueran comprendidos por enormes masas de ciudadanos, a los que por principio se dirige. Sin embargo, la extraordinaria elegancia de la demostración da a sus mensajes una forma lujosa, alejandrina, inasequible a quien no posea el completo saber del imperio. La incalculable fortaleza de su pensamiento solo puede ser eficaz con el apoyo de toda la humanidad desheredada, pero esa humanidad es inocentemente incapaz de comprenderle. De ahí que sus

seguidores no sean otra cosa que un puñado de parias privilegiados, incapaces de poner en práctica la más simple de sus ideas morales.

No es, sin embargo, un idealista a la manera de Don Quijote o Fermín Salvochea, derrotado por esa cruda estupidez que llaman realismo, ya que Leandro no predica, de hecho, cambio alguno, sino la pura aceptación de lo que hay; pero una aceptación llevada, eso sí, con Enorme Rebeldía. Tan singular doctrina jamás puede llegar a las masas, de las cuales es Leandro auténtico jefe y guía, pero da lo mismo, pues de haber llegado hasta ellas nada habría cambiado. Lo cual es el contenido mismo de la doctrina.

Muy distinto es, sin embargo, su efecto sobre la lumpenhidalguía que le sigue, dado que si se toma la doctrina desde un punto de vista individual —aplicada a MI y no a la MASA—, sus efectos son catastróficos, del mismo modo que la sal en el océano permite la vida de las bestias marinas, pero concentrada en una charca produce espantosa devastación. La rebelión total en favor de la permanencia de lo que hay, aplicada individualmente, ha provocado innumerables casos de suicidio, imbecilidad y catatonia. A veces, las tres cosas juntas.

Bien es verdad que Leandro es del todo inocente, pues siempre se dirige al mundo en general y no a tal o cual individuo —algo baladí—; pero nosotros, sus seguidores, incapaces de concebir que el maestro y amigo no hiciera referencia directa a nuestro peculiar caso y problema, nos intoxicamos respirando en casa lo que debía ser administrado en un estadio de fútbol y a una multitud. Con lo cual, al cabo de los años, la doctrina de Leandro ha logrado el siguiente doble resultado, a saber, de un lado es acatada por las masas sin que hayan tenido de ella noticia; de otro, es traicionada por aquellos que resultan inmediatamente destruidos por comprenderla. Así pues, solo se benefician de su doctrina quienes la ignoran del todo.

A todas estas, Leandro devoraba el pollo, las croquetas, la ensalada, el huevo duro, con tal voracidad, y sin dejar de analizar el anuncio de cervezas, que me sentí conmovido. Era tanta su energía, era tan admirable ese manotear desenfrenado con los fantasmas del pensamiento material y la realidad invisible que comprendí, de golpe, cuál es la verdadera importancia de una pedagogía como la suya: EL ESPECTÁCULO. A saber, el espectáculo de la fe y de la confianza apasionada. Es indiferente que esa fe y esa pasión tengan por objeto un concepto, un estado, el universo, la gloria o un equipo de baloncesto. Del maestro solo se aprende a amar la lucha. Todo lo demás es indiferente. Verle agitarse sobre un escenario, blandiendo su espada de madera, a sabiendas de la potencia que sobrevuela su cabeza para triturarle en un instante de capricho, ese era el contenido de la enseñanza.

Dejé caer, en un inesperado instante de silencio, que trabajaba en una oficina del crimen. ¡Ay, trabajo!, exclamó. ¡Esa, esa es toda la teología que subsiste! ¡No hay ya otro Dios que la Tarea, ni otro Tiempo que la Hora-Salario! Cuando veo esas cabezucas de ajófar prendidas a la infame cadena de la Producción; esas teticas de natilla sometidas al Progreso de la Muerte, me pregunto si no era mejor aquel otro

Señor que al menos amenazaba con su Cólera y su Destrucción, que este novedoso oscurecido por el Beneficio y el Progreso, pues aquel no hacía promesas y los mozos y las mozas jodían al sol de la Primavera y bailaban sobre sus propias tumbas, porque también la Muerte sustentaba sus danzas, como una Madrastra, ¡pero ahora ya ni joden ni bailan, ocupados como están en construir el Paraíso, y ya no hay Muerte que valga que la tienen entre todos atada a los tubos y a los electrodos del Hospital hecho a imagen y semejanza de la Fábrica y el Cinematógrafo! ¡Pues qué, si el Estado es ahora el Paraíso! ¡Ahí los tienes, que siendo, como son, Lo Mismo, votan Lo Otro, y siguen igual progresando, que en esto ya nadie detiene al Progreso, ni mirtos, ni tirsos, ni Troya, ni leches!

En los últimos tiempos, Leandro ha desarrollado un vocabulario que él cree popular, en el cual abundan las mayúsculas, los diminutivos y el léxico rural de hacia 1898. Mediante tan simple subterfugio literario está convencido de alcanzar el corazón de las masas con asombrosa facilidad. Las masas, sin embargo, ya no saben lo que es un aporcador, o el astil de una guadaña, y los diminutivos les suenan a convento de clarisas, pero ello no provoca el desánimo de Leandro.

El crimen ya no es lo que era, Leandro, le digo. Si quieres llevar a cabo un asesinato, primero has de pedir un crédito a la Caja de Ahorros. La semana pasada enviaron a un tipo a Bayona, para el tiro al vasco, y hubo que suscribirle una póliza de seguro porque, sin ella, se negaba. Y eso que se trataba de un auténtico delincuente, un verdadero asesino a sueldo; pero en la actualidad pesa más la parte de sueldo que la de asesino. Con decirte que por un momento cavilaron si no resultaría más rentable enviar a otro que se ofrecía para liquidar al vasco gratis, si le garantizaban una plaza de ujier que salía a concurso en el ayuntamiento de Vilanova... Los grandes criminales han desaparecido, Leandro; solo quedan burócratas. Pero Leandro masca a cámara rápida un flan con nata. Deja la guinda en un borde del plato, y luego se la come como si fuera una aceituna. Suspira hondo. Produce suspiros babilónicos, bíblicos. Entonces me sermonea. ¡Ay, cabecita loca! Hablas del pasado como si hubiera futuro, pero no hay más que Actualidad. ¡Yerto anda el Tiempo y contrito con su relojillo de arena que ya nadie le pone a la hora! ¿Y crees tú, cuerpecito serrano, que los Dígitos del Reloj del Estado, esos que mueve el Progreso y el Futuro de la Muerte, van a permitir la existencia de individuos con su pistolita y su canesú? ¡Empleadillos de la Contabilidad del Señor, que son! ¿Tomamos una copa?

Así pasamos juntos la noche, como náufragos sin costa que no saben hacia dónde nadar para encontrarla, si es que alguna vez la hubo, entregados, ambos, a la corriente marina, conscientes de que lo más probable es que nos aleje aún más de la salvación. Pero buscar la salvación es perderse y condenarse, dice Leandro, siguiendo la célebre conclusión de Guillermo Brown sobre sus propios padres: «Si nos encuentran, estamos perdidos.»

El amanecer nos ha pillado en la Plaza Cataluña, afirmados hombro con hombro,

para evitar el severo escoramiento de las mañanas. Pero la luz verdosa nos ha envenenado de frío y hastío. Evitando los taxis antropófagos, le he conducido del brazo hasta la pensión de la calle Pelayo donde tiene alquilado un cuarto interior. ¡Y todavía lanzaba miradas de halcón buscando un bar abierto! Este anciano conserva la fortaleza de un búfalo.

Al despedirnos me he sentido como un gran murciélago que emprende el vuelo batiendo sus membranas veteadas de hueso. Su última frase, sin duda producto de la fatiga, ha sido: ¿sueles venir por este barrio a menudo? Había en ella una pudorosa petición de auxilio, acuciada por el ancestral terror de verse muerto en una esquina, cualquier día, sin una mano conocida a la que agarrarse. Era una petición digna, pero esencialmente contraria a la Doctrina. No, le he contestado. Casi nunca.

16 de mayo

El Chino me despierta a las cuatro de la tarde. Embrutecido por la fatiga, al principio confundo el timbre del teléfono con los bocinazos, luego derribo ceniceros repletos de colillas y diarios viejos hasta alcanzar el aparato. Me cita en su casa, lo antes posible, y en mí aturdimiento ni siquiera advierto que jamás le he dado mi número de teléfono, ni le he dicho dónde vivo. Al verme en el espejo siento una profunda repulsión de mí mismo, de mi cuerpo, de mi suciedad. Salgo a toda prisa.

Me recibe con una agresión de afabilidad y nos sentamos en las butaquitas de cuero de la terraza. Sobre la mesa, los sempiternos papeles cubiertos de cifras; sobre los papeles, el diminuto juego de café. Cabeceo adormilado, y si no caigo dormido es por la náusea de la resaca. Ni siquiera me he afeitado; tengo el cabello pegajoso, la ropa sudada, las manos hinchadas. Él, en cambio, reluce como la cafetera de plata que, por cierto, ignoro quién abrillanta. ¿Diego? Sería gracioso que Diego cumpliera también con las labores domésticas. El café me abrasa el paladar, despellejado por el alcohol y el tabaco.

No puedo prestarle mucha atención, y él lo intuye, de manera que habla despacio, llenando las minúsculas tazas en cuanto se vacían. Parece hurgar en algo que no comprendo, algo personal, aunque no me está pidiendo la opinión. No entiendo lo que dice, quizás por el abandono de los últimos días. ¿O se refiere *directamente* a mí? Porque finalmente me pregunta, ¿cómo crees tú que puede aguantar la vida un hombre sin dignidad? Es una pregunta de patio de colegio, así que respondo, de mala gana, que con mucha afición. No mueve un músculo y me sigue mirando, invitándome a buscar una respuesta más satisfactoria. ¡Qué sé yo lo que es eso de la dignidad! Incluso para matarse hace falta voluntad y decisión, y a mí me parece que es darse demasiada importancia; yo imito a los animales, que se hacen pequeños cuando corren peligro. Correcto, dice el Chino con su más odiosa suavidad, pero los animales no se matan. En eso te equivocas, no es que no se maten, es que no toman

decisiones y por eso nos parece a nosotros que los animales SOLO matan. El Chino hace un gesto característico; eleva su mano delgada y la agita con los dedos abiertos mientras cabecea con majestad. Tengo la inquietante sensación de estar sufriendo un examen; pero yo soy muy bueno en los exámenes.

Para matar hacen falta enemigos, ¿tú sabes ganarte enemigos? Nunca he tenido ninguno pero si me cruzo con uno creo que sabré reconocerle. ¡Por instinto animal, supongo! No puede decirse que el Chino sonría, pero en determinadas ocasiones, como la presente, es capaz de producir una imitación bastante aproximada. La verdad es que no siento nada contra él, solo irritación. Muy bien, es cierto, no sé ganarme enemigos, ¿es esa la causa de mi indignidad? ¿Tienes que humillarme una y otra vez? El oso hormiguero no deja pasar una sola hormiga; el gato no deja pasar una rata; pero por delante de mis narices aún no ha pasado NADA NI NADIE que me despierte el apetito, de manera que aún no sé si soy un oso hormiguero o un gato; no tengo remedio. ¡Ah, te veo muy envanecido, para haberte humillado!, replica, porque te olvidas de una posibilidad: que no seas ni el oso ni el gato, sino la hormiga o la rata; has tenido suerte de que nadie se te haya comido todavía...

Entonces, definitivamente, me he sentido vejado. Porque el Chino tenía toda la razón; en mi frívola vanidad aún me creía yo un cazador, cuando, si algo soy, es una presa; una ridícula presa de algún animalucho sin porte ni altura. ¿Qué habría hecho yo con la pistola en la mano y el matón delante? ¿No es cierto que me habría sentido más NATURAL en una situación inversa, el matón apuntándome con la pistola y yo alicaído? ¿No he nacido yo para ser el aperitivo de alguien más poderoso? La resaca me abrumaba con gases malignos, mortificantes. Por fin, colérico, he gritado: pues si alguien me caza, espero que se envenene.

Creo que es la primera vez que oigo reír a el Chino. Ha sido toda una experiencia. Primero produce un silbido, como de globo que se deshinchaba, y luego cacarea muy despacio. Es siniestro. Vamos a visitar el zoo; creo que eso te calmará los nervios, dice. ¿Al zoo ahora? Sí, al zoo; tengo que arreglar un asunto. Está de un humor excelente y yo voy despertando de mi autocompasión, a medida que bajamos por la calle Balmes.

El jardín zoológico está incluido dentro del recinto de la Ciudadela, muy próximo a los muelles del norte y a la Estación de Francia. Es un rincón de la ciudad sin apenas relación con el resto; una zona casi civilizada que ha sobrevivido, de puro milagro, a las sucesivas generaciones de especuladores patrióticos. Sus orígenes son característicos e instructivos: el ejército español arrasó más de un millar de casas en esta zona, como represalia contra los ciudadanos por haber tenido la veleidad de elegir el bando del archiduque austríaco. Un castigo *corporal*, como quien dice, que es el grado superior de inteligencia al que llega la milicia nacional. En el solar, una vez despejadas las ruinas, se edificó una ciudadela, es decir, una fortaleza, para que los catalanes se enteraran de quién corta el bacalao. Más tarde la fortaleza dejó paso a los jardines. Ya no era necesaria. Se habían enterado. Resulta un tanto cómico que el

único parque de cierta entidad esté habitado por animales, pero así es; se han quedado con lo mejor de la capital. Aquí cualquier gorila supera en acomodo al mismísimo alcalde.

Entramos en el parque por la Avenida de los Tilos, y aparcamos frente al Museo de Historia Natural. Después de todo, no vamos a ver el zoo anunciado por el Chino, sino su forma taxidérmica. Se dirige a una puerta lateral pintada de verde inglés, en cuyo centro hay un timbre en forma de pezón y un rótulo administrativo. Nos abre, al poco de llamar, un individuo redondo —iba a escribir «esférico»—, de unos treinta años, lampiño, sonriente, obsequioso, melifluo, de mano blanda y sudada. Sufre una leve cojera, la de Byron; la tremenda suela de corcho del zapato izquierdo me trae a la memoria, de inmediato, a la amante de Mussolini.

Le seguimos por un pasillo que da a la planta baja, inmensa nave, ahora a oscuras pues por la tarde el museo está cerrado al público, y pasamos junto al mamut. El Chino se detiene; la pieza apenas se distingue en la oscuridad; es una sombra inmensa y peluda. ¿También a este lo habéis restaurado hueso a hueso?, pregunta. El cojo afirma con la cabeza, pero luego se enmienda: bien, no es cosa nuestra, es un montaje francés; todo inventado, creo yo, vete a saber... Y luego sostiene una teoría disparatada: según su parecer científico, los animales prehistóricos están reconstruidos a partir de fósiles dispares y con absoluta desvergüenza; se van uniendo los huesos y los restos según aparecen, sin el menor respeto; una cabeza de reptil, un costillar de mamífero, una cola de saurio, da igual, lo que se encuentre; y luego se bautiza lo que sale. ¡Un monstruo! ¿Cómo van a tener esa cabeza los diplodocus? Esa es una cabeza de culebra pegada a un cuerpo de dragón. Pues así todos los animales de los museos. Pura explotación de la inocencia infantil. Un timo. Lo que yo hago, es algo *completamente* distinto, concluye con dramática entonación.

Llegamos luego a una escalerilla con pasamanos de hierro. Obra chapucera y provisional, pero con todo el aspecto de llevar allí provisionalmente desde Primo de Rivera. En el primer piso hay un gabinete repleto de libros de anatomía comparada; alguno abierto por las grandes láminas grabadas al acero. Hay también un retorcido flexo y un taburete, donde es fácil imaginar al cojo repasando los dibujos como si se tratara de material pornográfico. El cojo abre una puerta de contrachapado sin pintar, al fondo del gabinete, y nos encontramos con una sala repleta de huesos. Parece un hallazgo fúnebre; una catacumba siciliana o el pudridero de un monasterio trapense, con la diferencia de que aquí los huesos están guardados, etiquetados y ordenados en cajas de cartón de diversos tamaños que van desde la medida de un pie hasta el de un tonel de sidra.

En la esquina, a la izquierda de la entrada, cuelga de un clavo la piel apergaminada y polvorienta de un cocodrilo. El cojo, muy ufano, se la presenta al Chino. ¿Eh, qué le parece? El Chino la examina sin tocarla. Huele a formol y el brillo amarillento de la bombilla que cuelga del techo la riñe con reflejos diabólicos. El Chino saca cinco mil pesetas del bolsillo y se las va dando al cojo billete a billete.

Los ojos del cojo no se apartan de los billetes, pero parece sufrir una decepción cuando, una vez llegado al quinto, se detiene el surtido. Hombre, esto es poco..., esto es una miseria; de ahí pueden salir cuatro retales de bolso, a lo menos; eso no baja del medio millón, y de medio quilo a cinco mil pesetas... Pero el Chino le corta: no te estoy pagando la piel, sino otras cosas que tú ya sabes; anda, enséñale los esqueletos a mi amigo. El cojo duda, no está conforme, pero tiene miedo. Sonríe con obsequiosidad y tras una mueca sumisa se embolsa los billetes. Luego me hace señas de que le siga.

El segundo piso es un espacio desnudo de suelo arcilloso, con un gran ventanal abierto sobre el parque, para airear e iluminar el ambiente. La sala, grande como un garaje, está arbolada de esqueletos armados con alambre; algunos completos, otros a medio montar. Un oso, un ciervo, un jabalí, dos caballos, una vicuña..., también otros más pequeños, quizás mustélidos. El cojo sonríe de satisfacción mientras nos los va nombrando; pasea entre los esqueletos como un capataz en Dachau, con las manos dentro del pantalón y los pulgares sobre el cinturón. ¿Qué les parece? ¡Sin ninguna ayuda! ¡Y autodidacta! Tengo el Cuvier entero aquí dentro —y se golpea la frente abombada con tanta fuerza que las gafas saltan como una rana—. Y ahora ya me quedan pocos, que es temporada; si hubieran visto hace dos meses... ¡Y lo que me falta por articular! ¡Todas las cajas de ahí abajo! ¡No doy abasto!

El Chino le mira directamente, dime la verdad, ¿los matas con tus propias manos? El cojo se asusta, manotea, abre y cierra la boca de pez, grita con voz de tiple, ¡pero qué dice, señor Chino! ¡Se mueren, se mueren de viejos, y de lo que les tira la gente, tornillos, clavos, bolas de pan con tuercas escondidas, tubos de pegamento, a la gente le encanta envenenar animales porque cuando agonizan se mueven mucho, en lugar de estarse quietos, semidormidos, aburridos, que es lo normal! ¡Qué voy yo a matarlos, ni falta que me hace! Bueno, pero, una vez muertos ¿los despellejas tú mismo? De nuevo sonríe, tranquilizado y ufano; vuelve a meter las manos en la rendija del pantalón y se empina en las puntas de los pies. ¡Nada de despellejarlos! ¡Solo hay un medio de hacerlo bien, solo hay un SISTEMA! ¡Un sistema científico!

No nos dice cuál es; nos mira con sorna. Ahora va a enseñarnos algo magnífico, algo que muy pocos han visto. Nos conduce a través de la sala hasta un rellano. Señala con el índice un cerrojo. ¿Qué? ¿Lo abro? El cerrojo cierra una compuerta basculante que sin duda debe de conducir a la terraza, ya que el museo es de cubierta plana, lo que se advierte en las numerosas manchas de humedad, huellas de antediluvianas goteras. Pero cuando el cojo levanta la compuerta y asomamos la cabeza, un zumbido penetrante y súbito nos sobresalta. Alcanzo a ver una espesa nube negra que se eleva como una alfombra mágica; gira sobre sí misma, se dilata, se concentra, creo ver visiones, en dos segundos ha desaparecido de nuestra vista. ¡Moscas! ¡Lo mejor, lo más CIENTÍFICO! ¡Moscas de carne! ¡Se lo comen todo y me lo dejan más limpio que una patena! Ahora veo, esparcidos por el suelo, los cadáveres medio descompuestos de tres animales irreconocibles. Son dromedarios, dice, la

madre los parió ya muertos. El amasijo de piel está reventado por puñados de larvas blancas que se mueven frenéticamente, como dedos de violinista. Un tufo ocre, dulzón, me da en plena cara. Retrocedo asqueado. Me ha dado tiempo de ver los agujeros de los ojos, atraído inconscientemente por el rosario de larvas. Tengo arcadas. ¡Bah!, dice el Chino, pues no he visto veces esta porquería en África... ¡Y aún conozco métodos mejores!

El cojo cierra la compuerta y bajamos por la escalerilla. Yo me tengo que agarrar varias veces al pasamanos; lo veo todo blanco y estoy empapado de sudor. Antes de salir el Chino comenta sosegadamente, ¿y ya lo saben en Sanidad? El cojo da un salto; boquea; si pudiera palidecer, lo haría, pero es imposible porque tiene la piel como la tripa de una raya. Pues ándate con ojo; si alguien te denuncia, lo puedes pasar pero que muy mal. Por cierto, cuando se te muera un oso, avisa, ya me va haciendo falta un abrigo.

Mientras el Chino me conduce a casa, comienzo a tiritar como si tuviera fiebre. Me siento aún más sucio y me espantan imaginarios zumbidos de moscas. Me conduce al edificio de apartamentos, pero ni siquiera tengo fuerzas para preguntarle cómo ha averiguado mi dirección; no tengo estómago; soy un hombre débil. La piel de cocodrilo deja escapar unos crujidos siniestros en el asiento trasero. ¿Lo ves?, me dice. Nunca se sabe quién acaba con quién. Cuando creemos que ya ha terminado todo, entonces empiezan las moscas. Un día de estos voy a enseñarte un animal extraordinario, uno de los más notables del universo. Y lo que resulta aún más curioso: es mío, es de mi exclusiva propiedad.

Me apeo muy mareado. ¿Tienes billetero?, me pregunta. No, no tengo billetero. Me despido con un movimiento del brazo y cierro de golpe la puerta del Citroën. Alcanzo a oírle decir que mañana tenemos trabajo. Es indudable que a el Chino le es visceralmente antipática mi banalidad y que quiere darme una lección. Con ese exclusivo fin me mantiene controlado; quiere humillarme. Pero su Pedagogía es corrupta; ni siquiera utiliza el miedo, solo el ASCO. Compadezco al animal que haya caído en sus manos. En este hombre todo es experimento; el mundo ha sido creado con el único fin de surtirle cobayas.

17 de mayo

Obedeciendo sus órdenes, me he presentado en el almacén a la hora de alzar la persiana. Pero no ha sucedido nada digno de mención. Ni mucho menos algo parecido al «trabajo» que ayer anunció. La noche ha transcurrido con sosiego y pocas interrupciones. Seguimos hablando de animales, animales, animales. De todos modos, las interrupciones son, en ocasiones, cómicas. Hoy ha comparecido un miembro de las fuerzas del orden, con su uniforme color tabaco, su pistola al cinto, su gorra y un par de galones en la guerrera. En lugar de alarmarse, Diego le ha palmeado

la espalda (¡cuánto tiempo sin verte por aquí! ¡qué alegría! ¿cómo está la Amparo?) y han brindado con una de las botellas de malta que aún quedan. El Chino ha despachado con él largo rato, sin que a ninguno de los dos inquietara lo más mínimo mi presencia.

Este notabilísimo funcionario trabaja en sociedad con un par de confidentes en el desvalijado profesional de aquellas fincas que contratan su protección o la de alguna empresa de seguridad privada. La operación es elegante y rentable, ya que solo piden vigilancia aquellos ciudadanos que guardan bienes de cierto valor en sus «residencias secundarias», como las llama él mismo. Había dejado una camioneta aparcada junto al establecimiento y mientras liquidaba con el Chino, los dos ayudantes han descargado media docena de televisores, otros tantos equipos de alta fidelidad, alfombras, dos telescopios, aparatos de vídeo, de radiofonía, antenas parabólicas, abrigos de pieles..., en fin, la basura corriente de los ricos. En cuanto a joyas y divisas, el Chino no las trabaja; debe de ser otro departamento. Por la carga completa ha pagado seiscientas mil pesetas.

A mí me ha encantado la corrección del funcionario público y mientras el Chino acomodaba la carga y la inspeccionaba, he cruzado con él algunas palabras. Según me cuenta, la idea partió de los cuerpos de seguridad franceses que actúan en la Costa Azul. Allí se han hecho fortunas fabulosas; lo de aquí, claro, está en la medida de todo lo nuestro, algo esquinado. La Costa Brava no es Montecarlo. Le he preguntado si también requisaban pinturas, pero asegura que son de muy mala salida porque los ricos de esta parte son gente de escasa cultura y todo lo que se ve por las paredes son saldos de la Sala Parés. ¡No puede usted imaginar el mal gusto de los empresarios! ¡Se ve cada cosa! Hombre, yo no digo que si alguna vez me tropiezo con un Morandi lo vaya a dejar allí, pero, por lo general, aquí lo máximo que se ve es alguna mala imitación de Dalí, de esas que venden los libreros del Sena. Al principio me acompañaba mi mujer, la Amparo, que es licenciada en historia del arte, para echarme una mano; fíjese qué ilusos... ¿Y no ha encontrado usted alguna estilográfica Mont Blanch, de esas negras, grandes? Me hace mucha falta. Pues cuente usted con ella, si me cruzo con una; está usted en lo cierto, nunca reparamos en los detalles y luego son lo que da mayor satisfacción. El otro día, no se lo va a creer, fuimos a desmontar un Telefax que se ha instalado un diputado en su chalet, no se sabe muy bien para qué, porque es autónomo; pues mire, lo que más ilusión me hizo es un libro de Stevenson, *La isla del tesoro*, ¿lo conoce?, encuadernado en cuero azul, precioso; yo es que le tengo apego a esa novela desde la infancia.

Es muy probable que la lectura juvenil de Stevenson haya inclinado la carrera de este sujeto a la busca permanente de tesoros, sin que él tenga la más remota idea. Un hombre encantador; alto, robusto, de unos treinta y cinco años, con una cabeza enérgica, de moneda florentina. ¡La más exquisita educación! Ha cursado la carrera de derecho, lee francés e inglés, y solo ingresó en la policía cuando tuvo el primer hijo, para ganar un poco de dinero. Ya a solas, el Chino ha correspondido a mis

elogios: ¡un gran profesional!, ha dicho. Es la primera vez que le oigo alabar a uno de sus empleados.

Luego, en efecto, hemos seguido hablando de animales. No sé por qué, solo se habla de animales, últimamente. Lo de hoy era la caza. Yo, desde luego, nunca he cazado nada, y así lo he confesado. Me falta salud moral para andar por el campo reventando conejos y perdices a perdigonadas. Pero el Chino no se interesa por ese género de caza; lo interesante, dice, es cazar animales vivos, enteros, con el fin de iniciar un INTERCAMBIO. Los animales en cautividad adoptan un comportamiento artificioso; a mí me interesa apoderarme del animal tal cual es, sin pérdida; que se entregue por sí mismo, sin forzarlo; ¡eso es cazar! Lo más intrincado y arduo es convencer al animal de que acepte entregarse, ya que no es posible ofrecerle ventajas sobre su estado natural. La argucia consiste en hacerle saber que posee algo muy valioso, que él mismo ignora poseer, y seducirle hasta que lo entrega libre y gratuitamente. Como era de esperar, esta clase de caza solo tiene como presa a un animal muy especial, un animal fuera de lo común. ¿Y tú has cazado uno de esos animales? le pregunto. Correcto, yo he cazado uno de esos animales; mi animal favorito. De nuevo la promesa de que pronto me lo va a mostrar.

No entiendo muy bien esa caza que no destruye la pieza. Un verano, en Ibiza, logré establecer una sólida amistad con los lagartos, que son la principal —si no la única— riqueza de la isla. Eran de muy diversas especies; los había de color verde malaquita con la tripa rosa, otros tenían la piel de moaré; algunos eran de gran tamaño, saurios polvorientos con incrustaciones de grafito, los más abundantes no pasaban de simple lagartija, con su cabeza siempre alzada y husmeadora; no faltaban los lagartos altivos con pretensiones de iguana, perezosos residuos del carbonífero; todos sin excepción acudían a que les diera de comer y beber en mi refugio, una choza encalada, fresca y oscura, en pleno monte. Todo lo comían; albaricoques podridos o restos de macarrón con tomate. Me duchaba con cubos de agua para aliviar el calor palestino, y los lagartos se amontonaban a mis pies, lamiendo los charcos con sus lenguas de piedra pómez. Superaban en fidelidad a los perros; verbigracia, al atardecer me trepaban por el cuerpo mientras leía o escribía, y aunque escapaban disparados al menor gesto brusco (lo que me obligaba a volver las páginas con una lentitud que, por fortuna, me hacía olvidar completamente lo que había leído en la página anterior), una vez satisfecho su instinto de conservación, regresaban a dormitar en mis piernas o en mis brazos hasta que se alzaba la luna. Los campesinos los chafan a golpe de azada.

Desde entonces he desarrollado una afición por los lagartos, imposible de satisfacer en esta ciudad. Son altamente decorativos, sin comparación con canarios, periquitos, ardillas o peces tropicales; su carne es muy sabrosa, mucho más que la de las gallinas, a quienes superan en el arte de poner huevos. Sin duda la técnica ancestral de domesticación ha estado en manos de idiotas; ha sido una domesticación sin fantasía, labriega y parroquial. ¿A quién se le ocurre domesticar gallinas y cerdos,

teniendo los lagartos tan a la mano? Es inconcebible. Para colmo, hay lagartos nocturnos y diurnos, lo que no sucede con las gallinas ni con los cerdos. Así por ejemplo, el geco, ese animalito de ojos abultados y ventosas en las patas que ronda las farolas por la noche en busca de insectos; ¡un ser superior! No tiene arriba ni abajo; camina en vertical, en horizontal, por el suelo, por la pared, por el techo, y siempre está DE PIE. ¡Nunca está debajo de nada! ¡No pueden HUMILLARLE! Carece de un color definido; puede ser gris o blanco, o simplemente sucio. Su color es la ausencia de color; el color de la tierra tal y como la imagina un ciego.

Si el antepasado obsesionado con la gallina y con el cerdo, que tan innumerables desastres han traído consigo (¿cuántas muertes violentas no ha provocado el insulto «cerdo», «guarro», «cochino», «puerco», ¡MARRANO?, ¿cuántas matanzas? ¿Y la opinión mayoritaria, en España, acerca de la proximidad biológica entre mujeres y gallinas?), hubiera, en su lugar, domesticado al lagarto, no habría perecido de paludismo y no habría infectado su vida con cerdos y gallinas, que son competidores natos del hombre. ¡Ah, pero domesticar un lagarto no es tan sencillo, tan infantil, como domesticar a un estúpido cerdo y a una gallina imbécil! Requiere talento, admiración, COMPROMISO. Hay que aceptarlos tal como son. Esa, digo yo, sería una caza que no le gustaría en absoluto a el Chino; lagartos y humanos compartiendo los riesgos y venturas de la vida con mutua y fraternal curiosidad...

18 de mayo

Lo he estado pensando y es muy cierto: yo no sé ganarme enemigos. Esta falta de talento, que comparto con la totalidad de mi generación, me ha conducido a la banalidad como único refugio de mi humillación. ¡Gran contraste con las excepciones! Cucurella, por ejemplo, no solo construía a sus enemigos con notable inventiva, sino que llegó al grado supremo del arte: trató de asesinar a su padre, no con una pistola, un cuchillo o cianuro, sino mediante un accidente NATURAL, el cruce casual del cuello paterno y las mandíbulas de un perro. Grandioso. Su memoria está salvada, cualquiera que haya sido su destino. Así actuaban los antiguos. El gran Bertran de Born azuzó al hijo contra el padre; lanzó a SU perro, a su animal, contra el buen enemigo. Por esta razón lo cita Dante en su Comedia, que no por los versos, aspecto secundario que solo puede interesar en una época humillada como la nuestra.

Cucurella o el Buitre eran hombres clásicos, supervivientes de la Edad de Oro. Yo, por el contrario, soy un contemporáneo; encarno decisivamente mi propio tiempo. Y este es un tiempo de humillación y ruina. Yo he conocido los helados sin nombre; aquellos que vendían por la calle unos artesanos secundados por un borrico. De pronto aparecieron unos helados con nombre propio; unos helados llamados «Frigio». Aquello fue un escándalo. Quedamos desconcertados, ¿cómo iban a tener

nombre propio los helados? Era como bautizar las manzanas o el agua, a la que, por cierto, no tardaron en bautizar. Pero al año siguiente vino el pasmo. No solo los helados ya no se llamaban helados, sino «Frigo»; ahora había otros helados, igualmente helados, pero de nombre «Camay». Esto era intolerable. Que un río se llame Ter o Miño era comprensible; pero que un helado tuviera más de un nombre propio era imposible. Ahora que todo tiene nombre, es decir, ahora que todo es PROPIEDAD PRIVADA, comprendo que mis contemporáneos nacieron de aquel espantoso choque. De Caín y Abel hasta nosotros no había habido ruptura; canicas y pistolas hechas con pinzas de la ropa. Pero a partir de la multiplicación de nombres propios para cada cosa, un abismo infinito se abrió a nuestros pies.

Las gentes humilladas son reconocibles al primer golpe de vista; tenemos la mirada hastiada y ciceroniana de quienes han visto hundirse el universo sin que suene un solo disparo. La antigua Tierra es ahora una guía telefónica, a saber, un libro que no dice absolutamente nada pero facilita una charlatanería cósmica. Y muy cara. Carísima.

22 de mayo

He vivido un pequeño suceso de fatales consecuencias. Ahora me encuentro más hastiado y sucio que nunca. El estómago triturado. Derrumbe moral. Basta una distracción para amargarte la vida. Inocente de mí, voy a La Boa con el ánimo jubiloso y confiado porque ya comienzan a verse turistas en las Ramblas; espectáculo excelente. Durante varios meses el número de españoles desciende a la mitad con relación a los extranjeros; espléndido programa. Posibilidad de que algún día DESAPAREZCAN LOS ESPAÑOLES; demasiado hermoso para pensarlo. Al cuarto Martini veo a la chica de Málaga acompañada por un apuesto jovencito; magnífica oportunidad, estoy en el punto exacto de la fraternidad. Envío un saludo humano, pero es recibido con augusta indiferencia, así que me acerco a ellos y compruebo que la muchacha, o no quedó satisfecha, o exigía una atención posterior que en mi estupidez no supe comprender, porque le dice a su acompañante, mira, este es el que te conté que se hace pasar por policía para ligar. Hielo en mi espalda. El hombre me observa con gesto inconfundible, eterno. Esa señal pauloviana que dispara en los ciudadanos la irreprimible necesidad de mostrar la documentación. Es algo inequívoco. Este hombre es de la profesión; un auténtico. De todos modos me defiendo: yo no dije que fuera policía, lo dijiste tú. ¡Vaya que no, si seré sorda! Mueve los dedos como si tocara la guitarra. El policía no parece tener muchas ganas de complicarse la noche; con un poco de suerte puedo incluso ganar un amigo, así que me dirijo a la malagueña en tono extremadamente respetuoso; solo quería preguntarte el nombre de la academia, para una amiga mía, que es francesa y busca

trabajo; pensaba que a lo mejor en tu academia faltaban profesores... El joven, muy formal, se ve en la obligación de intervenir. ¿Ya tiene permiso de trabajo expedido en los debidos términos? Bueno, todavía no; lo está tramitando, como es natural, pero como no expenden (ah, ah) permisos de trabajo si no presentas contrato laboral y no puedes contratar un trabajo si no tienes permiso de trabajo pues de momento está estudiando lógica simbólica (ah, ah). No entiende nada, el pobre. Que se ande con ojo, que ahora eso está muy controlado; hay mucho paro y los extranjeros nos quitan el poco trabajo que hay. Este hombre es un patriota; todo corazón. Miro a la malagueña como si me fuera la vida en su capacidad informativa. No creo que le den trabajo allí, hay montones de profesores, que busque en otro sitio. Bueno, pero lo puede intentar, ¿no? Pues es la academia... «Lenguas». ¿«Lenguas»? Sí, «Lenguas», ¿eres sordo? De pronto está como distraída, busca el mechero, no lo encuentra, su amigo no me quita ojo. ¿Y dónde está la academia «Lenguas»? Pues por allí, por Balmes, no, por Vía Augusta, por Gala Placidia. Y entonces cometo un error. Un error nacido del rencor. Pues muchas gracias; oye, tengo que devolverte el libro, está un poco manchado. ¿Qué libro? (Esto lo preguntan los dos al mismo tiempo; empieza la zarzuela.) El que te olvidaste en casa, el *papabortif*. ¿Pero de qué me estás hablando, qué casa ni casa? Los nervios son contagiosos; ella está nerviosa, yo estoy nervioso pensando en lo nervioso que se está poniendo su amigo. Bueno, adiós. ¡Oiga, espere un momento (¿documentación?), eh! No se le ocurra hacerse el gracioso, y que no le vea por aquí o tendremos un disgusto. Déjalo, Víctor, que se vaya. Solo se lo aviso, si vuelve a hacerse el gracioso le rompo el alma. Déjalo Víctor, hombre. Pero es muy difícil detener a un héroe en su papel estelar; Víctor se bate los flancos. Así que ya lo sabes (el paso al tuteo es un verdadero Rubicón), a la próxima te acuerdas de mí; y a esta, ni mirarla. Y entonces segundo error; en lugar de caminar por la vida con la imaginación puesta en el infinito, a veces nos entretenemos en matar una cucaracha o comprar sellos, y es nuestra perdición, Gracias por el consejo, Víctor, buenas noches. ¡Oye! ¿Qué quieres decir? ¡Eh, tú! Yo ya estaba de espaldas y supuse que no me seguiría fuera del bar; no había juzgado adecuadamente su virilidad. Si te pones chulo va a ser peor, ¿me oyes?, mira que te rompo el culo ahora mismo, ¿me oyes?, a mí no me contesta ni dios, ¿te enteras? Gente que se arremolina, calle estrecha, me tiene agarrado por el brazo. Hazle caso, Víctor. ¿Cómo que le haga caso? ¿No te ha dicho que me dejes en paz?, pues déjame en paz. Tú a mí no me tuteas, tío. Se añade la malagueña. Escena del maestro Quintero. Déjalo ya, Víctor, ven para adentro, que llamas la atención. ¿Lo ves? ¡Tú de mí no te ríes! ¡Déjalo ya, Víctor, por el amor de Dios! ¡A este tipo me lo cargo! ¡Vámonos Víctor! ¡Déjame, coño! ¡Suelta ya! Y así sucesivamente.

Somos pura parodia; las camareras imitan a las camareras, los guardias a los guardias, las víctimas a las víctimas, los negros a los negros. Al número le faltaba aceite y buñuelos, música de organillo, y un mico. No brillaron las navajas de resorte, no relucieron los charoles beneméritos, nadie se murió de perfil, no pasó nada. Nada.

Los bufidos se deshincharon, la adrenalina se diluyó, las gónadas se aquietaron, las plumas rojas y gualda se convirtieron en el pellejo de un rocín matado de moscas. La bella se retiró con un hipo de mandíbula y flotó en el aire el hedor de España. ¡Ya te encontraré! gritaba fuera de sí el guardián de la paz.

Ni todos los turistas de esta bendita tierra podían remontarme la noche. Continué bebiendo en los malos lugares, tratando de evitar el almacén, asqueado de mí mismo. ¡Tantos meses de rigurosa y CIENTÍFICA banalidad para caer como un insensato a la primera ocasión! ¡Un chulo! ¡Un chulo con pasodobles en el cerebro! ¡Un cobarde y por lo tanto un chulo! Ahora tengo que borrar La Boa de mis recorridos, porque la próxima vez Víctor me hinca un abrelatas en la columna, sin poder evitarlo; es su naturaleza.

Llevo tres días en la deyección. Nunca había dormido en una cama vomitada. Acabarán por echarme incluso de aquí. Pues me alegro. Grotesco. Soy grotesco. Y estoy engordando.

25 de mayo

La tarde se detiene y el atardecer cristaliza; el pimentero brilla con la luz interna de un matojo de aparición santa. Sobre la mesa, el diminuto juego de café se ha ido empequeñeciendo hasta rondar el tamaño de un capricho de muñeca. Ambos sabemos que se está deshinchando el tejido por falta de riego, por inanición, y que en pocos días deben aflorar las verdaderas razones de este intercambio laboral. Hemos avanzado lo suficiente el uno en el otro como para que las repeticiones resulten molestas; pero no hemos avanzado lo suficiente —ni seguramente lo conseguiremos jamás— como para que las repeticiones nos diviertan. Es el inexorable punto de hervor, el segundo sagrado que decide la destrucción y el olvido. El Chino se ha ido petrificando sobre el sillón de estampado inglés con motivos ornitológicos. Su crispación vaticina un ataque de epilepsia en algún remoto futuro. Creo escuchar el chirrido de sus articulaciones porque ahora, como un autómatas, comienza a inclinar el tronco con una lentitud exasperante, mientras las manos aprietan el quicio de los apoyabrazos. La intensidad del esfuerzo pinta de blanco los nudillos y produce un temblor sísmico que hace tintinear la cucharilla de plata de mi servicio. Sin embargo la cabeza se mantiene perpendicular al suelo, con los ojos dirigidos en línea recta, como una cobra. ¿Qué oculta llave está atornillando su cerebro? Me preparo para una descarga, pero antes de que comience la perorata observo que los pájaros, hasta ese momento escandalosos, han enmudecido; el aire que movía las ramas del pimentero ha dejado de soplar; la luz del crepúsculo cesa de oscurecerse mientras el Chino habla; todo el planeta se pone en guardia y hasta el curso solar queda estático frente a los brazos abiertos del profeta. Es un rumor monótono, de cantilena maronita, doloroso y espeso. Nada es ahora humano, sino más bien «humano», como si nada

más quedara la institución seca, a la manera de la astrología, que mantiene el ritual y la clientela cuando los astros son solo piedras muertas; muy pocos están dispuestos a creerlo, pero eso no lo hace menos cierto; unos pocos hemos decidido poner en práctica lo evidente; solo un puñado se LO puede confesar; que el pensamiento que piensa en el hombre humano ha sido exterminado, es un campo arrasado por exceso de estiércol; galopamos de regreso a la vida biológica (con la ayuda del azote de Asia) y volverán los tiranos sagrados y las monstruosas familias de múltiples cabezas; la frontera se nos ha venido encima a tan fantástica velocidad que estamos pasmados de lo rápido que ha sucedido LO QUE YA SABÍAMOS; las fuerzas atadas durante milenios están sudando fuego y sangre; cuando revienten las costuras, una erupción de poder material borrará lo humano de lo humano; en tiempos como estos, de paralización, los mejores hemos matado la herencia materna; con el vientre hinchado de sangre, la bestia democrática duerme plácidamente su digestión; Hitler es ahora el mundo entero; los obispos urden asesinatos, los jueces roban la propiedad de su clientela, los médicos violan a sus pacientes, los ministros practican el chantaje, las monjas venden recién nacidos, los generales administran el tráfico de estupefacientes, los magistrados regentan locales de prostitución, los jefes sindicales financian secuestros, los directores de hospital venden fetos, los presidentes de consorcios financieros explotan garitos, los comisarios roban los cadáveres de sus torturados; las autoridades, los altos cargos, las representaciones, subsisten como mampara de protección de sus empleados, los ladrones, los chantajistas, los asesinos, los violadores, los secuestradores, ¿cómo podrían dedicarse a tales ocupaciones, sin el aura protectora de la AUTORIDAD? Quienes practican el crimen sin protección, los aficionados, los trepadores, esos hinchan las cárceles y los cementerios; sirven de distracción a la cólera de la masa embrutecida; pero la auténtica vida social, la decisiva, es CRIMINAL y está por encima de la ley, por encima de la mesa electoral, por encima de la justicia, de la patria, del amor fraterno, del futuro para los hijos, del ascenso por el esfuerzo, de todo ese circo inventado para la carroña; jamás será encarcelado un magnate que no haya sido denunciado por otro magnate; nunca se ha juzgado a un banquero sin el consentimiento de otro banquero; es imposible juzgar a un militar al que no hayan denunciado otros militares; ningún obispo cae si no hay otro obispo codiciando su puesto; solo la policía se denuncia entre sí; y aun cuando fueran juzgados, jamás serían condenados, a menos de que su condena fuera indispensable para mantener la vida de la sociedad criminal, es decir, de la sociedad; no hay nada humano en lo social, nada social en lo humano; los humanos son bestias demasiado numerosas que entorpecen su propia carnicería por exceso de apreturas; y finalmente la destrucción, la tortura, la humillación, para nada; para nada en absoluto; nada de nada; alimentos de la fugacidad; excitantes para asesinos de largos dedos que han preferido matar a tocar el piano; juguetes para niños moribundos; el suicidio universal sería un descanso; pero es imposible.

No me parece correcto interrumpirle porque su expresión es cada vez más

concentrada, como un globo que en lugar de hincharse se ensombreciera, de manera que al decir la palabra «imposible» había alcanzado el ciruela profundo; sin embargo la posición de brazos y piernas no ha variado desde el inicio; los brazos rectos sobre el sillón, el cuerpo algo inclinado hacia adelante, los ojos fijos al frente; un reo atado al garrote. La palabra «imposible» ha estallado en su boca como una pompa de jabón que deja en el aire una invisible miríada de puntos luminosos. No he podido resistir el deseo: al principio has dicho «lo que ya sabíamos», ¿quiénes lo sabíamos? No ha respondido. Lentamente su columna ha regresado al respaldo del sillón, y las manos, agarradas al borde de los apoyos, han ido perdiendo presa. Me ha mirado con una dulzura agrícola, esa mirada que, de niños, agradecíamos en la Virgen de Lourdes. La cabeza (que emitía un zumbido intenso desde hacía unos minutos) se ha inclinado con suavidad a la manera de un trompo antes de perder inercia y rodar por el suelo con una última pirueta; una sonrisa leonardesca iluminaba sus palabras: sabes muy bien quiénes lo sabíamos, quiénes lo sabemos, quiénes lo han sabido siempre, por mucho que tú no quieras tomar en serio las consecuencias y responsabilidades de saberlo. ¿Pero a quiénes te refieres? A los cristianos, naturalmente; aquellos que, como tú, aceptan la carnicería sin mancharse de sangre; olvidáis la frase más importante que dijo; la que os espanta pensar, la que os anula y pone al margen, la que os convierte en carroña, la que os pone a *nuestra* merced. ¿Pero qué frase que dijo quién? Ya ni lo recuerdas; ¡al tibio lo arrojaré de mi boca!

¿Será posible que en ese mismo instante yo haya visto sobre su cabeza una corona de espinas? Pero era la orla del cabello que dibuja pequeños vértices de pelo lacio, formando un zigzag de sombras sobre la piel cerúlea. Y así, nada más callarse, ha caído la noche con el estruendo de una losa.

30 de mayo

Cada vez peor. De puro aburrimiento hace ya días que comparto con Diego el servicio de barra. Ayudo a servir y aún me queda tiempo par dar un barrido y un fregado. Si veo algo curioso me acerco a la mesa de el Chino, pero le voy detestando cada día con mayor determinación y prefiero liarme con los parroquianos. Acaban llevándome a casa como un saco de patatas, por mi desagradable hábito de brindar con la clientela por el éxito del ejército italiano en la campaña de África; lo cierto es que últimamente dos o tres copas me tumban. Y los cargamentos son crecientemente estrafalarios. Hoy tocaba Calisay; así acabaremos por echar a perder el negocio. ¿Qué importa? Los más fieles arrugan la nariz pero siguen bebiendo. ¿Quién les va a ofrecer medio litro de Calisay por trescientas pesetas? ¿Y quién expende el vaso de lo que sea —Chinchón, Malta, Parfait Amour, Mumm— a ciento cincuenta pesetas? ¿Un vaso tipo horchata? ¿Ciento cincuenta pesetas? Es una clientela incombustible. Podríamos darles de beber engrudo.

Diego me mira mal. ¿Se habría hecho ideas sobre mi amor a la patria? Todo se viene abajo. Días atrás incluso me hablaba de su madre, a la que acompaña algunas tardes al Bingo. Suele gastarse todo lo que Diego le da; y mejor es que pierda, porque cuando gana le entra la locura de que es un día señalado y solemne y se endeuda comprando resmas de lotería, de ciegos, de primitiva, de loto, de quinielas, hasta dejar las últimas monedas en los tragaperras. La práctica generalidad de las mujeres españolas, a partir de los cuarenta años, se arruinan con el juego. Vicio islámico. La madre de Diego vive sola y sostiene conversaciones con su perro, un viejísimo pequinés; el animal tiene una enfermedad nerviosa que le tuerce el hocico con un temblor parkinsoniano, como si hablara. La vieja le comprende «leyendo en sus labios», y en ocasiones se irrita porque el perro vota a los socialistas.

En pleno delirio de Calisay —por cierto, algo más negro y pastoso de lo habitual— entra un hombre maduro vestido con una impecable chaqueta de vicuña y un sombrero tirolés. Un patricio sonriente y afable. Oigo que despacha con el Chino un embrollo sobre las eléctricas. Está viniendo mucho personal con la cuestión de las eléctricas. Parece que el Chino tiene eléctricas y todo el mundo quiere eléctricas. Debe de ser el único modo de invertir en bombas atómicas. Noto algo raro a través de la cortina de Calisay. El Chino se ha puesto en pie. El patricio se ha puesto en pie. ¿Se lo has dado a Guardiola? ¿Pero cómo te atreves? ¡Ese hombre tiene ahora toda mi deuda! El Chino no alza la voz y deja que el patricio, de color púrpura, se alivie. ¡No tienes palabra! ¡Eres una rata! Lo de rata no le ha gustado a el Chino. Un leve gesto de las gafas pone en movimiento al indio. Pero el patricio es mucho patricio; lleva por lo menos tres generaciones con servicio doméstico, lo único que distingue a un caballero, en este país. ¡Te la estás jugando! ¡Hablaré con Alegrete! El indio coge un brazo del patricio, pero este se suelta de un codazo brioso. Entonces llega la bofetada, con la mano abierta, en plena cara. El patricio da un traspiés, pero está más sorprendido que asustado. Se apoya en la barra mirando al indio como si hubiera descubierto a su mujer comiendo el huevo frito con cuchillo. El indio le golpea en el vientre. Lo tengo muy cerca; es un hombre mayor, con una calva sonrosada estampada en marrón y así, doblado en dos, parece que vaya a vomitar sobre el sombrero tirolés. El indio lo levanta por una oreja y lo arrastra hacia la puerta mientras el Chino da una patada al sombrero. El patricio mira desde la calle con ojos llorosos. ¿Qué les va a decir a los de la Caja? ¿O a su mujer? ¿O a un hijo poliomiélico? ¿O al consejo de administración? ¿Que le han engañado? ¿Cincuenta millones? ¿Cuarenta? ¿Setenta y cinco? Debe de estar contándolo con la imaginación, porque no se va. Trata de entrar nuevamente, ahora con aspecto suplicante. ¡Por favor! ¡Escúchame! ¡No me hagas esto! Los parroquianos observamos la escena con el *Calisay* en la mano. Es entretenido. Es divertido. Este hombre ha sido feliz toda su vida. ¿Qué va a hacer ahora? ¡Te lo pido por Dios, no me hagas esto! El indio le coge por el cuello y mientras lo arrastra, el patricio chilla como una mujer histérica. Luego recibe una patada en las piernas y cae al húmedo suelo cubierto de basura. Los

parroquianos se vuelven de nuevo hacia la barra y comentan festivamente el asunto. ¡Qué plomo! ¡Vaya humos! ¿Todavía está ahí? Sí, ahí afuera, llorando. ¡Que le den un kleenex! ¡Lo que hay es mucha falta de ignorancia!

Siento una curiosa sensación. El Calisay produce emociones de costurera. Lo cierto es que el patricio me recuerda a mi padre, que también se cubría con un sombrero de loden, los días de lluvia. Y es que esta gente no está hecha a la humillación. Son viles, pero no saben humillarse. Salgo a la calle un poco torcido, no sin antes constatar la sonrisa sardónica de el Chino. El patricio se apoya ahora contra la pared. Tiene un pañuelo desplegado en la mano, pero no lo usa. Mira, absorto, el suelo. A mí me asalta el genio dramático, no lo puedo evitar. ¿Precisa usted ayuda, caballero? Me mira desde muy lejos, se endereza, guarda con gran cuidado el pañuelo y sorbe ruidosamente los mocos. ¡Charnegos!, grita de repente. Me mira sin verme, pero advierto que se le está concentrando una cólera tórrida en el cerebro. Me alarmo. Como le oiga Diego... Váyase a su casa, buen hombre. ¡Indeseable!, vuelve a gritar, fuera de sí, ¡rata de cloaca! Da un paso adelante con el brazo alzado y trata de golpearme. ¡Trata de golpearme sin saber quién soy ni lo que quiero de él! Nos enredamos y caemos al suelo de la manera más grotesca. Los parroquianos se asoman a mirar. Ayudo a levantarse al caballero, antes de que salga el Pastanaga, pero se libera de mi ayuda a sacudidas y huye calle abajo, cojeando hasta perderse en la húmeda oscuridad.

Sigo bebiendo Calisay hasta que casi no veo los vasos. Supongo que el Chino se me acerca porque alguien susurra en mi oreja: ¡rata de cloaca! No sé si es una broma, pero por si acaso le cojo de las solapas, o quizás es que me coge él para que no me caiga. ¿Te crees un hombre?, grito sin saber a quién, pues entérate de que el hombre es la boca del Señor; ¡la boca del Señor, nada menos! ¿Y las ratas de cloaca?, oigo antes de hundirme en un sueño marrón, de melaza, del que no despierto hasta hoy. Las ratas de cloaca son la boca del señor Guardiola, trato de contestar; pero solo consigo decírmelo a mí mismo. O al menos, eso me parece a mí.

2 de junio

¿Con el riñón bien cubierto? ¡Claro, muy cómodo! ¡Estupendo! No. Seamos sinceros, brutalmente sinceros: la investigación solo cumple con TODOS los requisitos científicos si se lleva a cabo sin red, a saber, sin un duro, en cueros vivos. ¿Riesgos de la banalidad? ¿Pero disfrutando de unas rentitas? ¡Eso es petardismo de salón! ¡Eso es radicalismo de eyaculación precoz! De modo que, tras noble reflexión, decido renunciar a mis rentas (abandónalo todo y sígueme), decido quitar la red, decido vivir a pelo mi banalidad. Tanta sublimidad iba a costarme muy cara.

En buena medida, no lo niego, aspiraba a magnificarme, ennoblecerme, limpiar las humillaciones sufridas en un medio ambiente considerablemente duro, mediante

el sencillo procedimiento de aplastar al tío Enrique con un gesto imperial, colosal, de martirologio. En mi fantasía aquello iba a ser algo equivalente al PAGO DE UN RESCATE. Así deliraba yo: voy, y le digo al tío Enrique, ¡no quiero mi dinero!; el tío Enrique se queda pasmado, perlático, cae de rodillas, grita; ¡oh, noble carne y espíritu mirífico! ¡Menuda lección me has dado! ¡Me dejas de piedra! ¡Qué fortaleza espiritual...! Fantasías.

Pero no me dirigí a la oficina de Layetana; opté por un asalto sorpresa en su domicilio particular, durante la hora de la cena. De ese modo me ahorraba la siempre tonificante visión del señor Torras, y de paso, a lo mejor, averiguaba algún detalle del tráfico que se trata con el Chino. Así que, tan ligero de alma como de ideas, a las ocho y media de la noche de ayer pulsaba yo el timbre de Paseo San Gervasio, tras ensayar por el camino un buen comienzo de discurso: ¡no quiero mi dinero! Estoy ahora investigando las más severas simas del espíritu, incompatibles con la seguridad y el romo destino del rentista, así que haz con mi dinero lo que quieras: dónalo al Domund, a la Cruz Roja, al Hospital de San Pablo, o quédatelo, que para el caso es lo mismo. ¡Cuánta ingenuidad, Jesús mío!

No me abrió el tío Enrique sino la tía Belén, una dama en torno a los ochenta quilos, con dos ojos como repollos, impregnada de *Arpège* a lo largo de tantísimos años que incluso ahora, tras ocho de no ponerse ni una gota, aún despide nubes de asfixiante hedor parisino. Junto a la tía Belén hace su aparición, como un relámpago, el primo Toni, nuestro único retrasado mental OFICIAL de la familia, a quien no veía desde la infancia. Mis tíos lo mantienen oculto a las miradas maliciosas, es decir, católicas, las cuales atribuyen semejante desgracia a la sífilis, el alcoholismo y la depravación de los padres. El primo Toni, a modo de salutación, me recibe con su célebre pregunta: ¿ya es jueves?

Toda la familia sabe, desde hace un montón de años, que al primo Toni, cuyo cuarenta aniversario se celebró hace dos, le pagan una profesional todos los jueves, con la comprensible finalidad de mantenerle tranquilo el resto de la semana. En el transcurso de los años, la Conchi ha entrado a formar parte de la familia; es muy cariñosa, les hace los recados —cómprame unos supositorios de parafina, Conchi, que a mí me da no sé qué; tráeme un poco de queso manchego, Conchi, que tú sí sabes distinguirlo; mira de encontrar un botón como este, Conchi, que en este barrio no hay de nada—, y mantiene la misma tarifa desde 1970, añadiendo tan solo el Incremento de Precios al Consumo (IPC) tras religiosa consulta del Boletín Oficial del Estado (BOE). El nene está estupendamente y todos tan contentos. Lo que no han conseguido ni la Conchi, ni los padres del primo Toni, es eliminar una frase, ansiosamente presente en los labios del infeliz cada dos o tres minutos, a saber, esta: ¿ya es jueves?, musitada en los más diversos tiempos del *andante grave* al *allegro con fuoco*.

¡Cállate ya, Toni! ¡Qué va a ser jueves! ¡Vaya niño más pesado! Anda, vete a jugar con la Barbie y déjanos en paz a tu primo y a mí. ¿Y qué te trae por aquí,

querido? ¿Quieres ver al tío Enric? Pues no sé... Creo que sí está, pero no puedo asegurártelo; en fin, tengo mis dudas de que esté, ¿sabes? Últimamente no se encuentra muy católico; dolores musculares, decaimiento, la edad, la edad, y claro, cuando se encuentra así, pues no está; vaya, que sí que está, pero como si no estuviera. Bueno, pasa, pasa, ¿has engordado, verdad? Lo mejor será que te sientes ahí mientras le pregunto si está. ¿Quieres el *Hola*? Bueno, pues ahora voy, ahora voy... Oye, ¿quieres verle para algo? ¡Qué tonta soy, claro que quieres verle para algo!, ¿le digo para qué quieres verle, si es que está? ¿Ah, no? ¡Mira que sois raros en esta familia! ¡Eres igual que tu madre y que el tío Enric! ¡Más raros que un perro verde! Nosotros, los Balaguer, somos completamente distintos, pero com-ple-ta-mente... sí, sí, ya voy, ya voy.

No le da tiempo de ir. El tío Enrique aparece en el recibidor empujando de mala manera a un caballero impecablemente vestido, tocado con un gracioso sombrero tirolés. Al parecer este caballero consigue que le trate a patadas la totalidad del espectro social, porque el tío Enrique le está despidiendo como a una criada: ¡pues te vas a hacer puñetas! ¡*Me n'importa una figa* tu familia y la madre que te parió! Si has sido tan *pocasolta* como yo, pues aguanta, que también a mí me ha costado una fortuna; y si te crees que voy a gastarme otra para que sigas comprándote sombreros, un *bé negre amb potes rosses*!

La perorata del tío Enrique, admirable en un hombre consumido por el dolor muscular y el decaimiento, se ve interrumpida por la presencia de mi notable primo, quien, con una luz de esperanza en la mirada, acude a preguntarle si ya es jueves. ¿Jueves? ¿Jueves? ¡Me ne cago en la luz divina! ¡Te voy a dar yo a ti jueves, hijo de la gran puta! Y le empuja con tanto vigor que consigue derribarlo sobre el sofá color caramelo. Una vez eliminado el pequeño obstáculo, procede a suprimir el de tamaño natural. ¡Y tú, largo de aquí, que no vuelva a verte nunca más, so gilipollas! Y aunque el patricio continúa amenazando con decírselo a Alegrete, el tío Enrique se carcajea hasta toparse con la tía Belén y conmigo mismo. ¡Vaya hombre, la familia entera! ¿Y ahora qué pasa? ¿Qué *coño* quiere este vago?

Este vago guarda un digno silencio y la tía Belén, acostumbrada al estilo de negociar del tío Enrique, abre la puerta de la calle para dar salida a la clientela, con éxito relativo, porque solo el patricio, en continua evocación de Alegrete, emprende la huida. ¿Y este? ¿Y este por qué no toca el dos? La tía Belén que tiene un fondo tierno y vacuno, de mujer con hijo y marido únicos, me mira intrigada, como preguntándose, en efecto, por qué no toco el dos, si es lo mejor que puedo hacer.

Querido tío, ataco con gran resolución, molesto de no poder colocar mi muy ensayado discurso, ¡no quiero mi dinero! El tío Enrique me interrumpe violentamente, cruzándose de brazos y dando cabezazos cargados de razón, ¡hombre, qué bien!, ¡no quiere su dinero!, ¡pues muchísimo mejor, porque no pienso darte un duro!, ¡vaya, es que no tienes un duro, así que mejor que no lo quieras! ¿Cómo que no tengo un duro?, pregunto yo desconcertado. Pues eso, que no tienes ni un duro. Un

amago de intervención por parte del primo Toni nos desplaza a todos hacia el salón, donde su padre parece decidido a reducirlo con fines estratégicos. ¡Que sí, nene, que ya es jueves, que ya es jueves!, y en cuanto lo tiene acorralado en el armario ropero, con una hábil maniobra solo comparable a los mejores trucos de Frégoli, lo sumerge entre gabanes y gabardinas, y lo encierra bajo llave. ¡Bueno, ya nos hemos librado de dos! ¡Santísima Virgen de Lleide! ¡Vamos a por el tercero! ¿Así que no quieres el dinero, eh? Pues ven aquí, que te vas a enterar de lo que vale un peine.

Sentados en el comedor, lejos del lastimero aullido que desde el armario sigue recordándonos que algún día será jueves para todos los hombres de la tierra, el tío Enrique, la tía Belén y yo procedemos a mirarnos a los ojos. ¿Un vasito de Dry Sack?, pregunta la adorable tía Belén, siempre alerta para hacer feliz a todo el mundo. También tenemos garnacha..., susurra modestamente como consuelo de mi silencio y la furibunda mirada de su marido. Ea, os dejo solos y me llevo al nene para que podáis hablar más tranquilos entre hombres; las mujeres no entendemos de estas cosas, lo nuestro es el hogar, el cariño, los sentim... Ya me voy, ya me voy.

¡Querido sobrino, aquí la palmamos todos!, comienza animadamente el tío Enrique. Debes saber que el día del cumpleaños de la Conchi estábamos comiendo el *tortell* con sorpresa, y la sorpresa me la dio un tipo de aspecto agitanado o sudamericano, untado con fijapelo, en fin, un chorizo, que se presenta aquí y me aconseja, como amigo, que asegure mis fletes, convencido, supongo, de que yo me chupo el dedo. ¿Cómo sabía lo del «Sanfaina»? Lo ignoro, pero estaba al corriente de todo: que la carga era de papel higiénico, alta corsetería, porcelanas de Lladró, madelmans, trajes de baño de El Corte Inglés, jabón de tocador..., en fin todas esas monsergas; que ya estaba en el muelle, bien estibado y listo para zarpar; que se dirigía a los Emiratos árabes, donde se vuelven locos con estas chucherías; y que calculábamos unos beneficios de veinticinco millones, duro más duro menos. Lo más probable es que tuvieran la información a través de ese imbécil de Gomis, ¿tú entiendes que alguien lleve sombrero en junio? Seguro que no se lo quita ni en la ducha. ¿Y con quién tengo yo que asegurarme?, le pregunto al individuo. Conmigo, me responde; yo le resolveré todos los problemas, como representante de la firma aseguradora. ¿Y cuánto va a costarme a mí este segurito?, me intereso. Cinco millones, me informa el honrado representante. Como si yo fuera memo. Ya puedes imaginar que lo saqué de casa como al estúpido de Gomis, a patadas en el culo. Bueno, pues al día siguiente me detienen al capitán del «Sanfaina» por escándalo público en la estación del metro de Liceo; el comisario me asegura que el capitán se paseaba desnudo, con barretina, y gritando insultos contra la señora del señor presidente de la Generalidad, a la salida de «II Tabarro»; luego me anuncian una inspección del cuerpo de aduanas; luego encuentran una partida de jamones de bellota en mal estado (¡para los moros!) e interviene Sanidad... En fin, yo me quedo quieto, como puedes suponer; muevo a la gente que tengo en comandancia y que me cuesta un Congo, muevo a la gente que tengo en Gobierno Civil, muevo a la gente de

Fomento, nuevo cielos y tierra y consigo que el «Sanfaina» zarpe y se aleje de esta cueva de ladrones. Pues bien, nada más amarrar en Génova, las autoridades portuarias decomisan la carga. ¡Está bien, hombre! ¡Yo sé cuándo hay que rendirse! ¡Yo sé pactar! Y cuando el sudamericano vuelve a visitarme sin que nadie le hubiera llamado, con el fin de hacerme saber que el seguro ha subido de cinco a diez millones porque en Génova los gastos son muy elevados, etcétera, yo le ofrezco un pacto: tres millones si se carga al asegurador. El sudaca me mira, ¿dice usted tres millones? Que sí, que te doy tres millones si te cargas a tu jefe. Da media vuelta y se va.

A estas alturas del relato yo me encontraba sobre ascuas. Remotamente comenzaba a intuir la secreta relación existente entre los fletes de mi tío, la carrera administrativa de los chulos del Chino, y la herencia de mis pobres padres. No pude ocultarme a mí mismo un movimiento de admiración y respeto hacia la iniciativa privada. En toda justicia, tres millones por un navajazo era un pago generoso, a la vista de los precios de mercado.

No supe nada más hasta que de pronto, varias noches más tarde, me visita OTRO sudamericano o gitano o chorizo, idéntico al anterior, pero distinto, y me dice que su colega y amigo (eso dijo) había sufrido un accidente y que ahora el seguro había subido a veinte millones. ¡Veinte millones! De manera que hago mis cálculos y me digo; Enric, la has cagado; Enric, estos no son unos aficionados; Enric, si les das los veinte aún te quedan cinco, pero si no les das los veinte, te rajan el pellejo por haber tratado de cargarte al jefe; Enric, este es un país pactista. ¡Muy bien! ¡Trato hecho! Quedamos en que el señor Torras le entregará un cheque en el restaurante Peratallada, ¿lo conoces?, ¿cerca de Santa María del Mar?, unas *galtas de porc* cojonudas, tal día y tal hora. Y así fue. Todos cumplimos con nuestra parte del compromiso y en la actualidad el «Sanfaina» navega con rumbo a Kuwait, más contento que unas Pascuas.

Mi tío juntó las manos como para iniciar una plegaria a Nuestro Señor Jesucristo, pero en su lugar produjo un craquido de artejos que me heló la médula. Ahora es cuando entra en materia, pensé, ahora es cuando aprieta los tornillos. Y en efecto: ¡querido sobrino!, dijo. El mundo de los negocios, del que tú todo lo ignoras, aunque no te disguste recoger las rentas a lo fino, sin mojarte, sin mancharte, con la conciencia más limpia que una patena, es un mundo de hijos de puta. Sí, sí. No me importa reconocerlo, con perdón de la abuela, yo soy un hombre de negocios, *ergo* yo soy un hijo de puta. Ponte en mi lugar. A mí me habían birlado veinte sólidos millones de pesetas, y yo no podía permitírmelo. Ponte en mi lugar. Piensa que si yo me permito una pérdida de veinte millones es que soy tan cretino como Gomis, y en consecuencia, en cuanto se entere la gente de la patronal, me esclafan y me hacen acabar como a Gomis. ¡Pero yo no voy a acabar como Gomis! ¡Ni hablar del peluquín! Yo recupero mis veinte millones o reviento. Y los he recuperado. ¿Quieres una copita de Dry Sack? Sí, hombre sí, estas cosas hay que hacerlas amistosamente, voy a decirle a la Belén que nos lleve una copitas de Dry Sack. ¡Belén!

La tía Belén aparece como por ensalmo, redondita y sonriente; una auténtica bombilla. ¡Ay, Enric, qué susto nos has dado al nene y a mí con ese grito! ¿De verdad os apetece una copita? Pues ahora mismo os la voy a servir, ¡Cómo me alegro de que os entendáis, a veces tengo un miedo...! ¿Queréis también unos kikos? Y sale por los aires, como si la hubiese aventado la horrorosa blasfemia proferida por su marido.

Mira hijo, me dice paternalmente el tío Enrique, cuando firmaste aquellos papeles, firmaste también unos poderes según los cuales me cedías el usufructo de tu patrimonio con fines especulativos, en el bien entendido de que íbamos a un tercio de los beneficios y la totalidad de las pérdidas. ¡Es muy fácil, hombre! Eso quiere decir que yo me comprometía a entregarte una tercera parte de los beneficios, pero que tú corrías con las pérdidas, si las había. ¡Ya lo sé, ya lo sé! Pero normalmente no tiene por qué haber pérdidas... Además, todo es culpa tuya, ¡hay que mirar lo que se firma! ¡Hay que leer con lupa lo que se firma! ¡Es que es muy fácil, *redéu*, firmar y tan contentos! ¡Muy fácil que los demás se mojen y se manchen con tu dinero y luego tú, como un señor, hala, a recoger los beneficios! ¡Pues no! ¡El dinero es de quien lo trabaja, me cago en San Cristo!

No hables así, no hables así, Enric, no te vaya a oír el nene, que luego se lo repite a la Conchita. Aquí tenéis las copas, y la botella, y los kikos, que no es bueno beber con el estómago vacío. ¿Todo va bien? ¿Os ponéis de acuerdo? Sobre todo, tened presente que la familia es lo único que nos queda en este mundo de terroristas y drogadictos. Nosotros, los Balaguer, que tenemos una rama valenciana de apellido Borjasot, de los Borgia de Florencia, hemos llegado a reunir hasta ciento setenta comensales en las bodas de oro de mis... Pero se queda paralizada al coincidir con los ojos del tío Enrique, cuya expresión plácida, serena, acogedora, benévola, recuerda vagamente a la de Hitler cada vez que se cruzaba por la calle con Isaac Sharon.

Total y resumiendo: que tú y nadie más que tú ha financiado toda la operación del «Sanfaina», en la que yo no he sido sino un testaferro. Tú has comprado la mercancía, tú has pagado el flete, tú has consignado, tú has asegurado, y tú recogerás los beneficios cuando los haya. Los negocios son así; unas veces buenos y otras veces malos. Esta vez has hecho un negocio, hombre, más bien mediocre, lo que no es de extrañar dada tu escasa experiencia, pero nada te asegura que en el próximo no te vayas a hacer rico. ¡Ah!, y no se te ocurra ponerme una denuncia; ya puedes suponer que los poderes son notariales; tengo yo lo menos seis notarios que jurarían por la santísima Virgen que...

Renuncio a escuchar más. Renuncio también a explicarle al tío Enrique la diferencia entre gastos de financiación y beneficios. ¿No había acudido yo con la intención de renunciar a mi dinero? ¿Era distinto regalarlo *después* de que te lo robaran? Me encontraba suficientemente confuso como para no entrar en consideraciones morales. ¿No quería ser pobre? Pues ya lo era. ¿Qué beneficios calculas tú que voy a obtener con este negocio, querido tío Enrique?, pregunté con

tranquilidad. Hombre, si todo va bien, como yo me imagino, pues pon... a, ver, a ver, unos cinco millones de los cuales un tercio es para ti, pues pon... algo así como millón y medio. ¿Eso es todo lo que me queda? ¡No! ¡Ni soñarlo! ¡Todavía no lo tienes...!

Me levanté de la butaca más cansado que en un desfile. Sentía una total indiferencia hacia el dinero perdido —o, mejor dicho, trasladado a las arcas de el Chino— y una cálida simpatía por el tío Enrique, tanto más digno, tanto más noble, tanto más arriesgado, tanto más *clásico*, ¿verdad?, que mi expoliador indirecto. Así se lo dije: ha sido un placer hacer negocios contigo, tío Enrique. Y nos despedimos como buenos amigos. ¡La próxima vez visítanos en jueves!, me ruega la tía Belén desde la puerta. ¡El nene está tan simpático los jueves!

4 de junio

Regreso del excelente profesional con una montaña de aparatos; la totalidad de la moderna electrónica; síndrome andorrano en el local; entretenimientos con un diccionario que no solo traduce en bellas letras eléctricas de color verde, sino que incluso habla. ¡Pregúntale cómo se dice, en inglés, bistec!, ruega un parroquiano famélico y destartalado. Cuando todo ha sido convenientemente estibado, saludo al funcionario. ¿Qué tal tu mujer? ¡Hombre, caramba, muy bien, muy agradecido! Por cierto, que me he acordado de ti. ¿Ah, sí? Mira, mira. Y saca del bolsillo una estupenda Mont Blanch. ¿Qué te parece? ¿Para mí? ¡Para ti! Pues ¿cuánto te debo? Ni hablar, esto es personal, entre tú y yo. ¿Y te ha costado mucho encontrarla? Más de lo que supones; en cuanto decides buscar una cosa determinada, desaparece; si te fijas en algo, se esfuma. Lo menos he trabajado una docena de residencias, todas ellas propiedad de notarios, dentistas, síndicos de bolsa, jefes de personal, fabricantes de aerosoles... pues nada; los que más, Parker; casi todos, de cartucho; y todos sin excepción esas plumas francesas, como... ¿Cómo de puta? Eso mismo, de puta. ¿Diseño? Eso mismo, diseño; plata, oro, todo falso, laca china (¡laca china!), lapislázuli..., no me hagas reír. ¿Ni una Mont Blanc? ¡Ni una!, pero por fin, ¡ah!, una casa... ¡qué casa! ¡Un señor de los de antes! Nada de moqueta, nada de Dalí, nada de latón, nada de mármol rosa... ¿Un señor de verdad? ¡De verdad! Su escritorio, su espejo en el techo, sus lamparitas rojas, la Bernat Metge, en fin, ¡un señor! ¡Y qué tapizados! ¿Nada de Subirachs? ¡Ni uno! ¿Nada de Miró? ¿Pero qué te has creído?, ¡todo de primera, hasta el piano! No me lo he traído de milagro. Mira si inspiraba respeto que solo me llevé la pluma y un volumen de Calderón para mi chica, que ahora está dando Siglo de Oro. ¿Nada más? ¡Te lo juro! Encima del buró tenía una bandera del Español, y como yo soy del Español..., es el primer piso que hago de un socio. Cuando entro en uno del Barça no dejo ni los ceniceros. Pues no se lo digas a Diego. ¿Ah, no? ¿Por qué? Déjalo, da lo mismo; ¿puedo invitarte a una copa? Otro

día, ahora tengo que firmar los albaranes; ya me dirás si te rinde.

Tras firmar los albaranes, el excelente profesional me ha saludado desde la puerta agitando un puñado de billetes. Es el primer regalo que recibo desde que terminé el bachillerato, pero, como salta a la vista, sigo empleando el bolígrafo. No he podido reunir fuerzas para comprar un tintero. Comprar un tintero requiere una enorme cantidad de esperanza; es un acto reservado para espíritus sosegados con muchos años por delante y un lugar para cada cosa. Es un acto de potentado. Un acto con aroma a café y puro.

Consumo el novedoso material suministrado por Diego. Puro aceite, aroma de Sherezade. Ha sido amasado en el ombligo de una bayadera gorda y almizclera. Practico una cura SUSTITUTORIA del alcohol. Así los tejidos más ulcerados se dan un respiro. De otra parte veo con mayor claridad lo que tratan de ocultarme. ¡Lo más oculto salta a la vista! Así, por ejemplo, desde el puente de Vallcarca, una visión BOLIVIANA: el amasijo de construcciones trepando por la colina es un arrabal de La Paz, aun cuando los inquilinos crean estar viviendo en una ZONA RESIDENCIAL, ah, ah. La estación del metro, inaugurada hace menos de un mes *por* presidentes, alcaldes y eclesiásticos con los bolsillos reventando de facturas, impagados y anónimos amenazadores, ya se ha convertido en una caverna. Las goteras inundan de agua unas escaleras mecánicas paralizadas desde el primer día; la encargada de taquilla cubre de serrín algún tramo, como en los bares vomitados, provocando un barrizal de viruta. En los rincones oscuros, bandas de desharrapados asaltan a los escolares para robarles los lápices, los zapatos y las camisetas. ¡Estación de Vallcarca, frente a un arrabal facineroso cruzado de cables, postes, bidones oxidados, tendidos eléctricos derrumbados...! Un grupo de mujeres, ataviadas con el típico bombín andino, llenan cubos de plástico verde en los vertederos.

Bajo hasta la entraña del puente; allí se pudre un extraño taxi sin matrícula ni ruedas, montado sobre ladrillos. El improbable dueño frota con una gamuza la carrocería. Supongo yo que este enfermo mental abandona su carcasa para ir a dormir a la estación del metro, y al día siguiente insiste con la gamuza sobre el esqueleto de taxi. El novedoso material de Diego me permite ver mejor lo que ya siempre veo: LA BOMBA ATÓMICA. Pero cuando se termina el efecto también me siento más abyecto de lo normal. Si no hubiera roto, PERO ROTO, con el Chino, le diría que nuestra kantidad de visión es fija; si la superamos, hemos de pagarlo en horas y días de estupidez.

Hoy estoy soberanamente estúpido. Puedo ir al establecimiento cuando me dé la gana. Puedo entrar allí CUANDO YO LO DIGA. Ahora ya soy un habitual. Veo a Diego, le saludo, hola qué tal, no saludo en absoluto A QUIEN YO ME SE, le pido a Diego con muchísima educación si le queda material, me vuelvo a casa sin despedirme DE QUIEN YA SABEMOS, y deambulo por mi barrio, abajo de República Argentina, sin pisar la infame plaza Lesseps, antes muerto. Vuelvo al Barrio Residencial de Vallcarca, ah, ah; las mujeres con su bombín y su cubo de plástico llevan ahora un hijo atado a la

espalda. Detalle. Un hijo como un montón de trapos. Y cóndores. Los cóndores dibujan círculos muy extensos. A veces llegan hasta la antena del Tibidabo. Esencial. Una piedra azul incrustada sobre el pico turco. Me voy a visitar a mi amigo, BUEN AMIGO, Diego, a ver si me deja barrer el local.

6 de junio

Descubro con desbordante alegría al poeta de Felanitx, esta vez en severa soledad, acodado a una mesita del «Barbas de Plata». Empujado por una sociabilidad esencialmente pánfila, deseo tomar mis copas en compañía. ¡Nunca lo hiciera! Está inclinado sobre su bebida, absorto, con el rostro anguloso picado en piedra, la barba de cura belga, las pestañas negras como la antracita, en sombría meditación. ¡Siniestra imagen, para un poeta lírico! Solo le falta la calavera y el velón con la columna de humo ennegreciendo el techo. Voy hacia él, pero no se percata de mi presencia. Entonces, ¡sorpresa!, ¡inmensa perplejidad! ¡Está llorando! Sus pestañas no SON húmedas, ESTÁN mojadas y forman curiosos pincelitos, como si en Felanitx habitara una actriz del cine mudo.

Por desdicha no me recobro a tiempo de retirarme (he perdido reflejos, he perdido visión, he perdido), alza la cabeza con violencia, se sobresalta, y... ¡Amigo! (*amik*) ¡Ven! ¡Siéntate un momento, por favor! Me hace mucho bien tu compañía; no creas que es la bebida, es algo más íntimo, una desgracia (*dissort*); es la luz, la luz se me ha hecho pensamiento y me he quedado ciego (*sek*). ¿Quieres beber algo? ¿Puedes comprender a un ciego que habla? Escucha; la mía ya no es una vida HUMANA, ¿comprendes? Yo creí que lo era hasta ayer o antes de ayer. Yo he construido mi vida como una catedral de la palabra (*mot*) hasta ayer o antes de ayer, pero ahora es una ruina, sin remedio; la catedral era un féretro (*taút*); yo me he equivocado desde el principio, y ahora ya no hay remedio; yo me he creído a mí mismo; yo he sido un serventesio y una sextina, pero no he sido HUMANO; una vida de formas, una vida baldía, después de tantos años... los más elevados pensamientos, la más alta poesía; desde la juventud sacrificado por el arte; desde los catorce años consagrado —un verdadero sacerdocio— a las artes y las letras; sin amigos, sin familia, ¡sin hijos!, ¿comprendes?, sin descendencia. Yo soy mi propio muerto. Torturado por la perfección, el ritmo, la respiración de la lengua, su corazón sonoro, sus desconcertantes TIEMPOS, lo más alto, lo más noble... Así, treinta años. ¡Treinta años! Obras como *El cuervo y el pozo*. De pronto conozco a Rosa Sadurní y descubro el otro lado del espejo, ¿que qué espejo?, así es la frase, «el otro lado del espejo»... Amo de una manera absoluta y TOTAL, supero primitivas suspicacias, ¿entorpecerá mi obra?, ¿será el enemigo a quien tanto tememos los que nos sacrificamos por el arte y el pensamiento? ¡Ah, descubro que no! ¡Muy al contrario! ¡Es la ventana al infinito!

Pues claro, espejo y ventana. Y sigo. Es el ojo que ve por detrás de la oscuridad; yo veo en su propia mirada UN NUEVO MUNDO, y escribo *La esquina moderna*, ¡Premio Jiménez!, beca del ministerio... Nos instalamos a vivir en Palop, primavera eterna, los más encendidos sentimientos, una sensibilidad DE MUERTE, el mar sube al cerebro, lo anega de vida intelectual y poética MEDITERRÁNEA. Luego traduzco para Edicions 62, ¡aportación personal a la literatura nacional! Mi estilo varía, mi pensamiento permanece junto al mar eterno. Oposiciones a instituto. El pensamiento más alto que nunca. Así durante dos años, ¡dos años empleados en cincelar el abismo! Y ahora, de pronto, me separo de Rosa Sadurní, más hermosa que nunca, mejor plantada, odalisca, amo con tanta hondura como dolor... ¡Ultima entrevista! Nos citamos en mi casa; yo, temblando de emoción contenida, escribiendo ya mis versos de despedida (*acomiadament*); conozco la espantosa soledad que me espera, pero estoy feliz POR ELLA, por su realización matrimonial y maternal —va a tener un hijo del Pep Junqueras, ¿no lo sabías?—, por su SALVACIÓN. Llega a las ocho de la noche (*nit*), viste un traje negro de punto, atado con una cinta dorada. ¡Eva! ¡Pandora! Me siento hundido, hundido, pero me rehago POR ELLA; mantengo la conversación... ¡Oh, ella está brillante, está espléndida! ¡Tierra, aire, fuego, piedra! ¿Agua? Pues agua. ¡Bellísima! (*maquíssima*) ¡La mejor! Pasan dos horas. ¡Increíble conversación entre dos hermanos gemelos del espíritu! Y al fin, la despedida. Ya no la volverás a ver, pienso, me digo, ya nunca más veré a Rosa, para ti es como si se muriera ahora mismo, aquí delante, qué crueldad. Muy emocionado, mucho. Entonces, en un movimiento del alma de abrumadora ternura, pero NATURAL, le ruego que se lleve un recuerdo de NUESTRA casa, un regalo de bodas para sus nuevas bodas, lo que quiera, algo impregnado con los recuerdos de estos años, un pedazo de nuestra historia... ¡Ah! Rosa me mira sorprendida, ¿comprendes?, ¡perpleja! Pasea sus ojos por la habitación, «pues como no me lleve el Coraminas...», dice. Entonces caigo; pero caigo como una torre sin fundamento, A TIERRA. ¿Comprendes? Allí no había nada, ¡allí no había nada de nada! Rosa lo había sacrificado todo por mi arte, ¡alma superior!, ¿qué se iba a llevar? Libros, eso sí, por toneladas, por océanos, un desierto de libros, sillas viejas, un sofá, la mesa de trabajo cubierta por mis obras de creación, el baño, mi máquina de afeitar, ¿comprendes? ABSOLUTAMENTE NADA, basura, nada de nada, yo no tenía nada para dar NI COMO RECUERDO. Así que me derrumbo sobre mí mismo, un elefante muerto, una ballena muerta, y Rosa se levanta, me da un beso y sale por la puerta. Desde entonces, baldío, bola de billar, ni una inspiración, vida necia... Le ofrecí el Mediterráneo, pero ya estaba en el ascensor.

Tiene el llanto sonoro, un poco rebuznero, y los clientes nos miran con curiosidad. Me avergüenza pensar que me avergüenza que piensen en mí como la causa de su llanto, así que le pregunto en voz muy alta, ¿y no has vuelto a verLA?, remarcando el LA; pero ni me contesta, sigue sorbiendo mocos. ¿Y Laura?, aventuro. ¿Quién? Laura, ¿no recuerdas? Aquella chica, aquí, la última vez que coincidimos, la

de las antenas abisales. No recuerda a Laura, pero yo sí la recuerdo, artesanal y modesta, escuchando los más altos pensamientos y la más alta poesía de esta torre derrumbada y ballena muerta. Era Acuario, añado con cierta crueldad, y tú decidiste matar un dragón. ¡Calla, calla! ¿Cómo he podido ser tan INHUMANO? Ahora, ni un soneto, no me sale (*surt*) nada... Y vuelve a llorar escandalosamente.

Decido ir a la barra a por una bebida, pero luego me lo vuelvo a pensar y ya no regreso; salgo a la calle y respiro la noche saturada de humedad y gasolina.

7 de junio

Ahora yo también guardo un secreto: en mi habitación hay una rata de cloaca con fines de observación científica; similitudes, diferencias, fraternidad... Debe de ser muy vieja porque está tuerta y cosida a mordiscos. La encontré tirada junto a la tintorería de la calle Lucano, a dos pasos de mi apartamento, y me la he traído envuelta en *El País*. Hay en la ciudad millones de ratas nadando en las cloacas; más de una rata por habitante.

La observo con detenimiento por si esconde algún secreto que me permita ampliar el juicio que me voy haciendo de el Chino; pero la verdad es que, una vez muertas, las ratas pierden toda su gracia. ¡Exquisito verlas correr, atacar o chillar mostrando sus colmillitos! En el barrio de la Mina un hombre fue mordido por una inmensa rata pelona. El animal, asustado por los escobazos, comenzó a trepar pantalón arriba, o, mejor dicho, pierna arriba, tras confundir la pernera con un desagüe. El hombre pateaba aterrado pero la rata seguía subiendo, bien agarrada a la carne. Al fin tuvo que golpearla repetidas veces con una botella de Coca-Cola, con celosa contundencia, hasta que el bulto quedó quieto. En el hospital apreciaron un rosario de manchitas negras en forma de media luna, como si fueran pinchazos de jeringuilla, cerca de la ingle. A los veintiún días moría de peste, con un grueso bubón bajo la axila. Nadie lo había diagnosticado porque ningún médico conoce ya los bubones pestíferos. Un ayudante de limpieza, de raza negra, que casualmente vio el cadáver, arrojó la fregona y nadie ha vuelto a verle. Las autoridades sanitarias silenciaron el hecho con la excusa del pánico ciudadano, la seguridad ciudadana, y así sucesivamente.

Las ratas se esconden en agujeros, grietas, o bajo los muebles, si son descubiertas y amenazadas. Las mujeres de la antigüedad vestían amplios faldones hasta el suelo; con harta frecuencia las ratas corrían a esconderse bajo aquellos simulacros de mesa camilla, trepaban por las piernas, e incluso se introducían por el conducto vaginal provocando muertes que la Iglesia se negaba a santificar. De donde la costumbre femenina de saltar sobre una silla en presencia de las ratas. ¡Tenerlo presente! Método científico para averiguar si el Chino es una rata de cloaca: averiguar si, en su presencia, las mujeres saltan sobre una silla.

He visto ratas tremendas entre las bolsas de basura del barrio de San Gervasio. En barrios menos opulentos las ratas devoran a los recién nacidos en cuanto su madre sale a comprar detergente. Doy suaves puntapiés a la rata, que todavía está blanda. Los ojos de la rata son dos botones negros; expresión de horror pánico. La cojo por el rabo y la guardo en la nevera. Volveré sobre ella en busca de sabiduría y confortación. Ejemplar de primera.

8 de junio

Esto se va llenando de animales. La cabeza, untada con miel, sobresale de la arena, y las hormigas se la comen. Sí, también, también hay hormigas; y cucarachas, y seres fetales que taconeán sobre miles de patas como un tablado flamenco militarizado. Pero sobre todo hay lagartos. Ahora mismo, ahora mismo, cosa increíble, tengo uno delante de los ojos, avanzando con sumo cuidado sobre la mesa.

Me acerco con la intención de leer sus manchas y estampados. ¡Dicen que es la escritura de Dios en su forma PLANA! Hay otra escritura, bidimensional, en las Tablas de la Ley. Quiero aprender la lengua del lagarto y pongo mi oreja junto a su hocico. El lagarto abre la boca desdentada —carácter senil muy acusado en todo superviviente, comprobado en Auschwitz y Dachau, ni un judío con dentadura, ni una dentadura—, y habla. Cosa increíble. Es una voz rotunda, aunque diminuta. Produce un sonido PEQUEÑO, como las radios japonesas calculadas para oídos reducidos; su potencia puede ser muy grande (¡ensordecidora!), pero en cualquier caso es una pequeñez potente. *Otros casos:* la hormiga forzuda, superratón, Terry y restantes metáforas de la fisión atómica. Lo muy pequeño con muchísimo ruido.

¡Es hora ya de que nos entendamos!, dice el lagarto, o dice el cerebro del lagarto, que es un gusano blanco en forma de huso. La voz es tan pequeña que, aunque atruena, no es posible entender LAS LETRAS, casi invisibles, *así* que me acerco todavía más. Mi oreja roza la punta de su hocico. Entonces se transforma en una bala, se dispara, y me atraviesa el cráneo.

Amanezco con un coágulo de sangre sobre la almohada. ¿De dónde ha salido? ¿Me ha manado la oreja? ¿Me he herido? ¿Y con qué? Oigo bien.

(fecha ilegible)

Por el puerto, bastantes horas. Eso es seguro. Digo, por el vaho, la humedad, empapado, calcetines mojados... En un recodo, visión pascual de un callejón alfombrado con flores. ¿Corpus Christi? ¿Sitges? Pero no son flores; son papeles forrados de escamas, pescateros, brillan como lentejuelas a la luz de la farola. Hundo

los pies en los papeles, los arrastro entre hojas de plátano secas, es otoño, voy al colegio. Los gatos saltan erizados y se ocultan entre basuras, como ratas panzudas. Ojos de espejo.

Un hombre me detiene. No, no me detiene; solo señala con el dedo. Dificultades para recordar. No estoy bien. ¿Un tubo? ¿Un termómetro? No puedo quitarle la vista; si me distraigo me morderá el cuello. ¡Lo entiendo! ¡Es porque tiene los dientes FUERA DE LA BOCA! Creo que ya es la hora; en realidad estoy muerto. Pero soy un hombre muy ocupado, extraordinariamente ocupado, no tengo tiempo que perder, sigo adelante, no le hago el menor caso; mi diario, he de escribir esto en el diario. Sigo adelante SIN MOVERME, pongo cara de seguir adelante, intensa expresión de seguir adelante. En el aire flota la dentadura de aquel hombre. Camino sin moverme de mi sitio, y la dentadura me persigue batiendo alas que suenan como fichas de dominó. Va a morderme de un momento a otro. Utilizo el conocido movimiento TRIUNFAL: giro bruscamente para darle un manotazo por sorpresa. Me derrumbo entre papeles y gatos. Estoy cubierto de basura. Sobre mi cabeza brilla una luz nacarada que EN REALIDAD es el carnaval de Venecia interpretado al acordeón por Annie Cordy. A la luz de la música la dentadura baila un vals como una gran mariposa amarilla. Dibuja dos espirales, una ascendente, la otra descendente, va a morderme aprovechando mi desvalimiento, pero estalla con una carcajada de estrellas.

Ahora me siento mucho mejor, recordarlo, no olvidarlo. Puedo llegar hasta las Ramblas y tomar un taxi. Intenso olor a pescado. En las Ramblas, un grupo de negros con los labios pintados de carmín miran absortos a una cerillera. Cruzo la ciudad en taxi, un submarino de cristal. La ciudad, sumergida en líquido verde y dorado. Floto entre grandes globos opalinos, color moneda.

En casa. Me miro los dientes en el espejo. Extraordinario. Son conejitos clavados en una sandía. Me asalta la imperiosa necesidad de llevar moño, de sentir toda la cara estirada y ATADA A LA ESPALDA. No, no es eso: quiero una cabeza REDUCIDA. Tiro del pelo con todas mis fuerzas. ¿Debo seguir siempre así? ¿Con la cara delante? ¿Como si mirara algo? ¿Y mi rata? Abro la nevera. No está la rata. ¡Me han robado la rata! *Lladres!* Policía! Busco por el suelo, a gatas. Miro en la cama. ¡Ah! ¡Qué alivio! Está debajo de la almohada. Me encuentro mucho mejor. Dormimos juntos y despierto al primer bocinazo. Anoto deprisa; cada día olvido más. ¡Obligación! ¿Si no estoy aquí, dónde estoy? ¿Eres tú? ¿Eres tú, bomboncito?

(sin fecha)

¡Literatura! ¡Littttteratttura! El cafetín es una caja de humo SONORO cuyas volutas y espirales son palabras que —por milagro, intervención divina, espíritu santo— veo en su forma FÍSICA real, a saber, como el sonido de un órgano cuya más exacta

definición es la de «catedral sumergida», aunque, sin duda, opaca; mar opalino y pizarroso (¡Opalino y Pizarroso! ¡Bertoldino y Cacaseno! ¡Tapbioles y Pirretas!) de los días que preceden a la tormenta. Una de las espirales de humo se me enrosca al cuello y entonces oigo la voz cremosa, sacerdotal, de Leandro Bonet, el bueno y amable Leandro Bonet, hablándole a un rudo y torvo animal. Pagué la cena, digo, pagué la cena. Insisto una y otra vez, te juro que pagué la cena, lloro ruidosamente. Las carcajadas de Leandro surgen de una boca enorme y desdentada, boca de saurio, boca de SUPERVIVIENTE. ¡Fue espléndida, dice, todavía conservo algunos pedazos de tortilla! Y me muestra siete fotografías pornográficas color huevo frito, abiertas en abanico a la manera de los prestidigitadores. Me intereso mucho por una de ellas en la que figura un ahogado, flotando entre dos corrientes, de cuyos oídos sale espuma de cerveza. Al instante, y como viene siendo habitual, vomito sobre el chaleco verde limón de Leandro Bonet. ¡Literatura!; grita, ¡littttterattttura! Búscame en el café, carita de malvarrosa, pero esto ya no lo dice Leandro, porque me despierto con una barba postiza entre las manos y al sentir el tacto rasposo de los pelos, creo tener una rata en la boca y vuelvo a vomitar.

Parece como si ahora fuese de día. No sé... Creo que mis ojos, en la actualidad, ven lo mismo de día que de noche. Luz de lana cruda.

(sin fecha)

El poeta de Felanitx se ha suicidado. Recordarlo bien. La luz de los municipales. La gorda, a mi lado: quina bruticia!, dice. Bajo las ruedas. Su lengua gorda y morada: una rata en la boca. Lo mismo. Recordarlo bien. Camión holandés de hermosa tipofábrica. Las ruedas resbalan sobre el charco de tripas. Es un moro, dice el municipal. Yo me río tanto que me da con la porra en los riñones, ¡largo de aquí, hijo de puta! ¡Un moro! Recordarlo. *Quins poemes escrigvigiaoem!* Me da risa. No lo puedes evitar.

(fecha imposible; 26 de febrero)

Señor juez:

Aprovechando un mejoramiento general de mi estado físico y químico, y en memoria de un lírico a quien segó la vida un transporte público, incluso municipal, y habida cuenta (¡habida cuenta!) de la compasión que siento por los chopos, cuya raquílica existencia ESPIRITUAL viene determinada por su ser rama, que no árbol, aun cuando todo el mundo cree lo contrario (¡destino extraordinario, verdad, vivir como rama cuando todos te toman por árbol!), a lo que se añade la ausencia de semillas, de

frutos, de flores, en fin, todo lo que no sea pura RAMA, cortada de otra rama que a su vez fue cortada de otra rama, y así hasta el chopo primigenio, el Urchopo, del cual todos los restantes chopos descienden EN TANTO QUE RAMAS, expongo a su consideración el caso del ESPERMATOZOIDE, único ente del que puede decirse verdaderamente que es un hombre, ya que solo el espermatozoide permanece mientras los efímeros seres humanos (¡seres humanos!) se suceden el uno al otro trasladando su carga de espermatozoides de uno al otro con el fin de que el Espermatozoide sobreviva en uno, en otro, y así sucesivamente, en tanto que cada uno y otro, portadores ACCIDENTALES del Espermatozoide, nos trituramos de dolor y de humillación para tener contento a ese imbécil de Espermatozoide que está dispuesto a acabar con todos nosotros con tal de seguir saltando de uno a otro, y así lleva, cómodamente, desde Adán; y eso que no tengo el menor interés en saber de dónde saltó el primer espermatozoide (Urespermatozoide) cuando se instaló en aquella protuberancia zoológica del Edén, me tiene sin cuidado que saltara de un macaco con pretensiones, de un marciano, o de un gesto humorístico de la Providencia, pero en todo caso creo llegado el momento de poner coto a tan infernal animalejo, por lo que paso a exponer y EXPONGO que habiendo conocido por la prensa la existencia de bancos de esperma con fines industriales de mi máxima consideración, creo ahora posible trasladar la TOTALIDAD DE LOS ESPERMATOZOIDES a un banco o múltiples bancos, de manera que, distraído por una subsistencia sintética y hasta hoy técnicamente imposible, nos den tiempo para vaciar en su totalidad todos y cada uno de los cuerpos así llamados viriles, pues una vez encerrados todos los espermatozoides en uno o múltiples bancos, sin tiempo para reflexionar o reaccionar en su autodefensa, será sumamente fácil acabar con ellos, y tengo para mí (¡tengo para mí!) que de ese modo pasaremos los últimos días de la así llamada humanidad en perfecta felicidad y sosiego, compulsivamente determinados a celebrar el último acto, gaitas, serpentinas, carreras de sacos, Torrebruno, la tómbola, la piñata.

Es gracia que espera alcanzar... sería de todo punto inútil ampliar mi propuesta al óvulo, aunque me he permitido respetar ese departamento (por mera incompetencia), y tengo el convencimiento de que haría usted bien en procurarse un modelo alternativo (¡modelo alternativo!) que proponga soluciones administrativas a los óvulos solteros, ya que, al parecer, carecen de capacidad hibernatoria; yo, en este momento, ando demasiado ocupado como para dedicar ni un minuto a algo que no me concierna DIRECTAMENTE, lo cual no impide que el día de mañana, cuando ya me encuentre restablecido y todo esto haya pasado, cuando me encuentre más sosegado, tranquilo, ¡Dios mío, qué bien se está tranquilo!, ¡hace un siglo que no estoy tranquilo!, ya no sé ni qué decirme, agarrado a la mesa, al papel, porque si me suelto ya no me vuelvo a encontrar, la alfombra voladora, ay que ya vuelve, me estoy quedando sin cabeza, pero ¿quién?...

(sin fecha)

¿Qué es esto?

Tercera parte.
Matar un dragón

29 de junio

Aquí estoy otra vez, querido Diario. Encontrarme en el viejo cuaderno es una sensación espantosamente agradable; vertiginosa, como el encogimiento sexual que produce el descenso acelerado del columpio. Cuando el goce es intenso parece que escapan del cuerpo todos los líquidos: lágrimas, mocos, saliva, orina, semen, sudor, todos escapan del ardor privado y placentero.

Quedan atrás muchos días; tantas cosas han cambiado... Ahora, escudado en el bolígrafo, me recojo en el sosiego que regalan todos los regresos. He vuelto a mí, y esto que escribo es hijo de aquello que escribí, de manera que aparece un simulacro de orden, allí en donde, verdaderamente, solo hay azar y confusión. Escribir en este cuaderno me reúne; es mi Iglesia, mi tiempo detenido.

Ahora entiendo mejor a quienes ocupan su vida con este oficio de escribir. Ya no les odio. Muchas cosas han cambiado. Ya no les odio. Necesariamente es gente, la que escribe, que teme perder su identidad, o la perdió en un descuido; o quizás sabe que carecemos de identidad, mientras los demás viven en la más temeraria inconsciencia, creyéndose ALGUIEN. Es, en verdad, tan misterioso que el hombre de ayer sea también el hombre de hoy; que el de mañana no se transforme en un extraño que busca sobre su hombro la figura lejana, desconocida, quizás enemiga, de quien fue él mismo hace solo unos días, unos meses... Aquí me vuelvo a encontrar y algún sentido quedará por encima o por debajo de mis fabulaciones.

Soy yo, de nuevo, quien escribe. Es indudable. Y por ser yo quien escribe, la página de la semana pasada, la del mes pasado, se vuelven verosímiles. Es como si, al prender la luz de mi dormitorio antes de acostarme, se encendieran simultáneamente las múltiples luces que hasta aquí me han traído; farolas de las calles caminadas, focos de autobuses y taxis, lámparas de bares y tabernas; pistas de luz que dibujan el complicado mapa de una jornada, de una vida entera, retorcida como un garabato. Pudieron ser otras farolas, otros focos, otras lámparas, las que se encendieran a mi paso, pero fueron estas precisamente, y ahora ya es irreparable.

Antes he escrito «mi dormitorio», lo que puede conducir a un equívoco. No estoy ahora en mi dormitorio, ni siquiera en mi apartamento trapezoidal. Ahora vivo en casa ajena. Ayer instalé aquí mis cosas, o, mejor dicho, me las instalaron; entre ellas este cuaderno y un libro de Laforgue que me mira como prueba pericial de todo lo sucedido. No vivo ya en mi antigua casa, pero tampoco muy lejos de ella, solo un discreto número de calles más arriba, en dirección al Tibidabo. Siento, sin embargo, que esta es más «mi casa» que aquella otra de antes porque en todo momento nos construimos el espacio adecuado para la próxima pesadilla, y a ese proyecto lo llamamos «propiedad». La gran importancia que tiene en nuestra vida el tiempo dedicado al sueño hace que confundamos con suma facilidad el lugar donde deseamos soñar y el lugar donde deseamos morir.

Yo, al menos en la actualidad más actual, deseo morir aquí, aun sintiéndome extraño a esta habitación que no es la mía; pero quisiera suprimir lo más rápidamente posible la distancia que nos separa, aunque tenga que transformarme de arriba abajo para adaptarme a ella. En realidad estoy llamando «dormitorio» y «habitación» a algo simultáneamente mucho más amplio y menos grande. Más amplio porque, en resumidas cuentas, me he instalado en otra de las casas de el Chino y la ocupo por completo; es un chaletito con jardín interior, sito en una de las calles paralelas a Doctor Andreu; barrio tranquilo y perfumado por las acacias de flor. Desconozco la función de este refugio, en la estrategia china, pero lo imagino.

Cuando digo que lo imagino quiero decir, hablando claro, que lo supongo, dado el *carácter* esencialmente femenino de algunos detalles domésticos; verbigracia, en lo que hace a dispositivos de aseo predomina el color rosa, el muestrario aromático, los jabones y champús infantiloides, los albornoces lujosos, los gorros de baño con guirnalda, las esponjas, algodones, borlas, talcos, cremas, pomos, jugos, colonias... Pero aun cuando hubiera ignorado el tesoro del cuerpo femenino, el aroma de las casas habitadas por mujeres es inconfundible.

A pesar de todo, lo anterior es mera inferencia pues no he visto todavía mujer alguna por la casa, y no puedo evitar un escalofrío cuando imagino que, con toda probabilidad, ella ignora mi presencia. Cabe dentro de lo posible, e incluso de lo inevitable, que el Chino no le haya dicho nada. Sería muy propio. Antes he escrito que era «más amplio», y creo haberlo aclarado: pero también «menos grande»; ello es debido a ciertas insinuaciones de el Chino que me hacen suponer que en esta casa también vive el célebre animal que prometió mostrarme, y albergo la sospecha de que ambos inquilinos, mujer y animal, coincidan, lo cual sería de una grosería insoportable y destruiría todas mis expectativas, rebajando la amenaza de el Chino a una broma de cuartel. Esta posibilidad me entristece, y en consecuencia aguza mi deseo de conocer por fin a la inquilina.

Quizás exagero. Bien pudiera ser que el Chino, tras instalarme en este cuarto, hubiera trasladado a su amiga a la casa de Escuelas Pías, con lo cual yo ocuparía, ahora, el lugar de ella... o del animal. Sería otra jugada barata. No, no puede ser. Al fin y al cabo, lo que me ha traído hasta aquí no ha sido un designio de el Chino (el solo ha intervenido en uno de los encadenamientos), sino el conjunto de causas y efectos a las que él ha dado una conclusión provisional. Cada suceso de los últimos días, por sí solo, carece de sentido, pero todos unidos adquieren coherencia una vez establecida la conclusión; no de otro modo sucederá con este cuaderno.

Lo cierto es que yo andaba, días atrás, algo confuso. Creo que llegué a estar un poco chiflado. En esa confusión o chifladura intervenía de modo decisivo la impaciencia. ¿He querido concluir con la humillación y la banalidad de un modo PRECIPITADO? ¿La misma palabra «caída», como si se tratara de un campo magnético, ha estado ordenando los movimientos? Yo no lo sé, y aun cuando he releído lo escrito en días anteriores (e incluso he arrancado algunas páginas), ahora ya no comprendo

mi crispación. Creo que antes lo he insinuado: puedo comprender lo acaecido, a partir de lo que ahora estoy escribiendo, pero nada más, ni una palabra más. De las estrellas puede también decirse lo mismo: que son un puñado arbitrario de cristales, hasta que alguien dibuja con ellas, y en perfecta libertad, las figuras del Escorpión, de los Gemelos, y así sucesivamente.

Durante mi período de ofuscación visité con frecuencia La Boa sin protegerme del peligro al que allí me exponía, o quizás por esa misma razón. ¿Por qué no? Ahora ya no me comportaría de ese modo, pero en aquel trance buscaba a tientas poder confiar en manos ajenas la solución del nudo que me asfixiaba. Sin duda la bebida y la química de Diego corrían una cortina sobre mi conservación, cuya virtud, como la de todas las cortinas, era unir lo separado y separar lo unido. Tras diez o doce vasos y un par de pastillas aquello que nos destruye es también capaz de mantenernos con vida; o al menos EN la vida. Al igual que sucede durante las representaciones teatrales, el actor que habla EN el espíritu de otro, enteramente hundido en un alma ajena, consigue, en virtud de semejante artificio, una SEGUNDA MENTE que le permite observar el escenario, el apuntador, timarse con alguien del público, con un despego y una frialdad de los que sería incapaz si solo tuviera UN alma.

A medida que concluía la noche, y siempre en compañía de otros borrachuzos imposibles de individualizar, yo me disolvía en palabras que ya no eran mías, cumpliendo así con mi divisa. Hablaba como el enamorado cuya pareja acaba de morir en un accidente súbito y estúpido, con la contención de quien soporta el trance, pero sin olvidar ni un solo instante que lo peor no hace sino comenzar. Y lo más curioso es que el muerto en accidente súbito y estúpido era yo.

Imposible saber cuántas noches acabé durmiendo en los pasillos del metro, caído en el quicio de unos almacenes, sobre un banco del Paseo Marítimo, sobresaltado por los guardias, por el dolor, la humedad, o la resaca, la espantosa resaca. Creo que llegué a estar francamente mal. Solo en raras ocasiones lograba llegar al apartamento, no tanto por la dificultad mecánica del proceso, sino por la satisfacción que me producía mi lamentable estado, pues la voluptuosidad de la destrucción posee una fuerza muy superior a la voluptuosidad del crecimiento.

Que mi aspecto era repugnante lo comprobaba con satánica alegría en las reacciones de compasión y asco que provocaba entre los ciudadanos. Cuando se pide limosna, una segunda visión más fría y subjetiva, como la del actor arriba mencionado, nos permite ver a las gentes de un modo insólito. Tras el repertorio de gestos —cólera, fatuidad, rechazo, indiferencia, sumisión— aparece el honrado ciudadano crispado por el terror. La pobreza produce terror entre los cristianos. Hay pánico tras los gestos de piedad, de amor universal, de bondad filantrópica, y no es de extrañar que sea la Iglesia la institución más obsesionada por la ganancia económica. Todos los que dan limosna, todos los benéficos, viven espantados ante la pobreza. Los muy pocos que se liberan de este pánico son gentes que han conocido el horror y actúan con la mayor naturalidad; dan limosna como quien compra un diario.

Pero estos entretenimientos solo ocupaban el día. Al llegar la noche me juntaba con los de mi condición, los que respetan la ley. Y comenzaba la representación. Incluso las agresiones eran convencionales. Como los mandriles, que nunca llegan a dañarse pues antes de que tal cosa suceda uno de ellos indefectiblemente ya ha dado signos de rendición, así también los derelictos nos comportábamos según un sistema pautado con suma precisión. El mismo arte dramático que es preciso poner en práctica para pedir limosna, permite salir expulsado de un local con dignidad. Quien nunca lo haya probado no sabe de lo que hablo.

Si durante el día la representación exige hacerse casi invisible (solo ha de ser visible la mano sobre la que cae la moneda, o la pierna contrahecha que justifica el acto de caridad), pues es imprescindible PEDIR PERDÓN por hallarse uno en situación tan desgraciada, durante la noche el arte impone lo contrario: hay que hacerse escandalosamente conspicuo, saltar por las calles con un botellón en la mano, importunar a los clientes de las tabernas y de los mesones, abrirse la bragueta ante un grupo de señoritas, gritar obscenidades contra el gobierno..., es la ley.

Pero yo no era un verdadero profesional de la abyección y me comportaba con torpeza por falta de práctica; no es de extrañar, por tanto, que alguna noche recibiera golpes malvados cuando mendigaba algo de comer en una cafetería, o fuera derribado por un camarero del tercer turno, recién llegado, fresco, con ganas de hacer méritos, cosa que nunca sucede con los verdaderos profesionales de la miseria. Eran minucias y las soportaba con regocijo, tratando de aprender un papel al que no estaba habituado. Sin embargo estaba de Dios que aquel no era mi camino. Pocos días más tarde demostré carecer del talento necesario para una rápida corrupción y un final súbito.

Mis deseos de poner punto final a la investigación mediante el hambre, la cirrosis o el infarto, en cualquier callejón, como un perro, se truncaron de mala manera la noche en que —estaba escrito— volví a encontrarme a la malagueña y a Víctor, en La Boa. Era inevitable. No les reconocí, o no les vi, pues andaba yo pidiendo una copa de balde y esquivando al camarero, así que fueron ellos quienes me encontraron: es el dragón el que encuentra a su cazador. Estoy en condiciones de afirmar que Víctor sufrió un acceso de compasión al contemplar mi estado y deducir la intensidad de la humillación. Pero no lo pudo evitar. Dejádmelo a mí, dijo a los camareros. Estaba en su naturaleza y se entregó con lujuria al rencor.

Recuerdo perfectamente las protestas de la malagueña. De hecho me intrigaban mucho más que la garra que me sujetaba por el cuello. Había en aquellas protestas (¡ay, pobrecito, no le hagas daño!) un exceso, más allá del mero interés egoísta por evitar que Víctor se metiera en un lío, o no cumpliera esa noche; lo que había en ellas era el bálsamo que la Virgen María emplea con las víctimas del Purgatorio. Yo alargué la mano tratando de alcanzar aquel rosario que pendía sobre las llamas, pero Víctor me arrastró fuera del local hasta ponerme de espaldas contra un coche rojo aparcado en doble fila. Allí me dio el primer golpe, no muy fuerte, en el hígado, o

quizás un poco más abajo; abrió la puerta y me introdujo de un empujón. Yo ignoraba adonde me llevaba pero me era indiferente. Sentía un pinchazo en el costado cada vez que aspiraba aire, lo que solo podía hacer mediante breves y espaciados jadeos. Esta ocupación agotaba todas mis fuerzas. Mientras circulábamos, Víctor me vigilaba por el rabillo del ojo. Precaución infantil, pues yo carecía del más mínimo asomo de voluntad, por lo que se me escapó una risa imbécil que, digo yo, debió de enfurecerle.

Aparcó en una curva de Montjuich, detrás del viejo estadio; salió del coche y encendió un cigarrillo. Así esperamos un buen rato. Se apoyaba en el capó, fumaba, caminaba unos pasos, regresaba. La luminosidad amarillenta de la ciudad construía un tablado de marionetas sobre la línea de cipreses que orlaba el arcén. Una vez apagada la colilla, abrió la puerta y me arrastró vigorosamente por los pelos, mis largos cabellos rubios. Caí de rodillas y allí mismo recibí el primer puntapié, de nuevo en el costado. Ya en el suelo, continuó dándome patadas pero yo me protegía con los brazos. Veía fogonazos, relámpagos, y sentía el vómito salirme por la boca. Alguna patada me alcanzó en la cara. También recuerdo, por tenerlo muy cerca, uno de sus mocasines, apoyado en el parachoques; lo estaba limpiando de sangre con una gamuza. Luego se incorporó a la tarea y siguió dándome patadas. Yo quería dormir y creo que en verdad me dormí, o al menos esa parte nuestra que nos mantiene unidos salió a dar un paseo para no ser testigo de la carnicería. Pero desperté de nuevo desorbitado por un navajazo ruin que ascendía a lo largo de mi cuerpo como si me estuvieran abriendo en canal. La pobre conciencia que había regresado a toda prisa consideró lo que estaba ocurriendo. La mano de Víctor, tras desabrocharla, había penetrado por mi bragueta como una serpiente en la madriguera del conejo, y me estrujaba los testículos con su anillo. Este es un dolor eléctrico y profundo que no afecta a los músculos sino a los nervios, corta el fuelle de los pulmones y encharca la sangre en la cabeza. Entre los ojos de Víctor y los míos —ambos nos mirábamos de hito en hito, creo que ambos con el mismo color púrpura tiñéndonos la cara— estalló una mancha lila que chisporroteaba con el ritmo peristáltico de mis vísceras. Sentí que se me desgarraba el esfínter anal con un crujido seco y el vaho ácido de los excrementos me arrojó como una mortaja. Es de suponer que sufrí un desvanecimiento, no sin antes alcanzar a oír la voz de Víctor repitiendo, como en una oración: maldita sea mi madre, maldita sea mi madre...

Lo siguiente fue una habitación de cemento, con bombilla en el techo, es decir, un calabozo, aunque tardara en identificarlo pues la puerta carecía de barrotes, mirilla, o cualquier otro detalle a los que nos tiene acostumbrados la fantasía cinematográfica. El dolor del costado era tan intenso que me desperté llorando sin saber por qué. Al primer movimiento se me borró la cabeza de un fogonazo que me saltó de la entrepierna como de un mosquetón. También tenía obstruida la nariz y al tocármela desprendió una arenilla negra desconcertante; algo más tarde constaté que era sangre seca, pero por un instante creí haberme convertido en un monigote de serrín que se vaciaba por algún descosido. También me costó comprender que todos los

movimientos los emprendía aullando de dolor, pero una vez comprendido guardé silencio.

Consideré mi estado con verdadera ternura hacia mí mismo. Al fin y al cabo, ¿cuánto hacía que no lloraba con tanta afición como consuelo? No lo recordaba. Era claro, en mi memoria, que ese placer de vaciarse por los lagrimales tenía uno o varios precedentes, pero los sospechaba inevitablemente causados por vaguedades amorosas perfectamente vulgares. El alivio inmenso de la compasión hacia mí mismo comenzó a producir efectos benéficos; me sentía cercano a una liberación similar a las de los grandes santos y mártires; la conversión fulminante que borra el réprobo comportamiento del pasado. San Agustín apostando en los garitos rebosantes de negros, moros y romanos de medio pelo, antes de escribir el más grande tratado de la historia cristiana. Ahora veía un futuro pánfilo y amoroso tan a mi alcance que me exaltaba de piedad universal. De nuevo fundirse apasionadamente con la eucaristía, conversar con Dios a solas, de hinojos en el banco de madera mientras los restantes colegiales acuden en silencioso recogimiento al reparto, en el altar mayor, envueltos en una partitura de Saint Saëns desgranada al órgano por el profesor de solfeo.

Concentrado en la voz interna, todopoderosa, el niño es un dios que dialoga con otro dios, algo más talludito. ¿Cuántos años habían transcurrido? ¿Cómo podía haber olvidado que en otro tiempo yo era dios? No, no lo había olvidado; precisamente era ese recuerdo olvidado lo que me había conducido hasta allí. ¡Una tierna melancolía (oscurecida por la humillación permanente) de La vida intensa, mortificante, exaltadora, voraz, absoluta, naturalmente, de un dios! ¡Nunca más recuperaría mi condición divina, aquella en la que no se piensa, sino que se vive! ¡Cuando todo lo que nos rodea es un puro SI! En vista de lo cual, no me quedaba otra alternativa que volverme loco; perderme de vista a mí mismo. Yo era el rostro de una temporada en el Paraíso. Lo que quedaba de mí era ahora un estorbo, una minucia, un cosmos de aburrimiento compungido. Por fin sabía lo que andaba buscando. Es más, lo había encontrado. La frase emblemática, mi divisa, adquiriría un nuevo sentido; hete aquí lo que dice la boca del Señor: vivirás una eternidad de humillación porque estuviste en el Edén, Y NO FUE SUFICIENTE.

Tenía que salir del calabozo a toda prisa; era de la mayor importancia que pusiera en práctica mi NUEVA naturaleza. Y entonces sucedió el milagro. Precisamente cuando había comprendido que la divinidad es FÍSICA, justamente entonces se me hizo evidente que todo cuanto acontece es milagroso y que no hay milagros que no sean materiales, e incluso MATERIALISTAS. No en vano, dicho sea de paso, los ateos reales, los científicos, niegan la existencia de los milagros. ¡Naturalmente! La ciencia es un puro empeño egoísta de acabar con la materia; de negarla, abrumarla, reprimirla y calumniarla. Toda labor científica es un retablo aldeano destinado a cegarnos la vista de la materia. Las verdades (¡verdades!) científicas son estampas tras las que se ocultan las EVIDENCIAS MATERIALES, es decir, los milagros. Resumiendo, «materia» y «milagro» son sinónimos, del mismo modo que «fuego» y «hogar» señalan al mismo

objeto, en el primer caso con la mirada y en el segundo con el corazón. A partir de ahora yo ya solo iba a vivir de milagros. ¡No de milagro, sino de milagros!

Y el primer milagro que tuvo lugar en aquel mal paso fue que alguien abrió el portalón de hierro y un hombre vestido de canela me preguntó si tendría yo la amabilidad (¡la amabilidad!) de seguirle hasta el despacho del señor comisario. Suponía yo que ahora comenzaba el calvario burocrático; la multa, las pólizas, los certificados de nacimiento (demostrar que uno ha nacido, ah, ah), las instancias, los recursos contencioso-administrativos, la espera, las togas, los bedeles, los palacios de justicia, los tribunales de segunda instancia..., pero mi estupefacción fue colosal cuando al entrar en el despacho del señor comisario ayudado por el guardia (yo apenas podía caminar y tenía que sujetarme los genitales con la mano para que no me pincharan a cada paso) me encontré con el Chino, ¿quién si no?, el Chino impávido, el Chino quizás sonriente, el Chino con los brazos cruzados, el Chino.

Me acomodaron en un sillón con asiento y respaldo de cuero repujado, uno de esos muebles de color chocolate que siempre llevan un Quijote por algún lado, y a continuación el guardia dijo que iba en busca del señor comisario. Al sentarme oí con toda claridad el crujido de mis pantalones, empapados de excremento seco. He sabido más tarde que el Chino me había estado buscando con cierto rigor por toda la ciudad, pero en aquel momento, yo creía ver la aparición del Resucitado; en cualquier momento abriría su camisa a rayas para que yo introdujera mis dedos en la llaga del costado. Eres un tarado, dijo, pero con suavidad, como se le habla al perro que vuelve de una ronda de febrero cubierto de costurones. Yo me cerraba la americana y mantenía los pies entrelazados, mientras el cuerpo, indiferente a mi gloria interior, temblaba sobre el sillón, sacudido por deliciosas descargas que hacían peligrar los machos de latón de la pasamanería.

El comisario resultó ser un hombre de gestos disciplinados, amigo de la brevedad, con amplia sotabarba y un bigote manchado de tabaco. Entró precedido por Víctor, de manera que di un imperceptible salto sobre mis deyecciones; saludó de un cabezazo nipón a la concurrencia y me dirigió un parlamento inapelable del que no esperaba respuesta alguna sino, como máximo, conformidad: este hombre, dijo señalando a Víctor con la barbilla, ha cometido con usted un incalificable atropello; digo incalificable y sin embargo es calificable, pues consta en nuestra constitución, o por lo menos en el código de los derechos humanos, o donde coño sea; pero debo aclararle que no se trata de ningún agente nuestro, quiero decir, diplomado, porque está a falta de un cursillo de judo y con la gramática colgada desde primero, disciplinas ambas, es decir, cursillo y disciplinas ambas que jamás completará porque ahora mismo le ponemos de patitas en la calle, ¡y tú te callas!, y agrádecele a este... señor que no te salga más caro, porque el... señor no va a interponer denuncia, ¿verdad usted?, no saldríamos ganando ninguno, todo molestias, y luego los jueces los sueltan al día siguiente, al fin y al cabo usted tiene la seguridad de que esta oveja perdida, o negra, nunca entrará en el rebaño, sin faltar al respeto, así que, ¡tú!, ya

puedes empezar a pedirle a este... señor excusas ahora mismo... hombre, efectivamente, tú, sí tú, y ahora mismo, y yo le ruego que excuse a este bárbaro, ¡hala, a excusarse, Morales!, ¡que te excuses, coño!

Víctor tragaba ahora el amargo orín de la humillación, pero no era mal chico. Tenía, estoy convencido, esa ingenua fortaleza que proporciona la alpargata, sobre cuyo fundamento se levantan guerras gloriosas, como la de Independencia, siempre por razones de honor. Al pobre monstruo debía de parecerle incomprensible que un borracho y un miserable hubiera de ser tratado con exquisitez. De niño, en su pueblo, había apedreado borrachos con la misma inocencia con que reventaba los ojos de los gatos recién nacidos, y ahora perdía su empleo por lo mismo que, hasta aquel momento incomprensible, le había valido el aplauso de sus superiores, a saber, dar caña, a ver si enmiendan, Su mirada me atravesaba con el mismo fuego hispano que pusieron sus abuelos en mirar a los soldados franceses, gente sin distinción que se inmescuía en los apaleamientos de mujeres y la lapidación de maricones. ¡Habla de una vez o te juro que te acordarás de mí toda la vida, Morales! Víctor levantó la cabeza, puso las manos a la espalda, y dejó escapar entre los dientes una frase corta que cayó desmayada apenas asomar a su boca. Muy bien, Morales, muy bien, ¿ves como no cuesta nada?, ya puedes irte, luego hablaremos. Pero Víctor no se iba; seguía mirándome con sus dos púas, incapaz de deglutir la injusticia de sus jefes, razonables sustitutos del abuelo, del padre, del cura rojo de vino, y del alcalde. Yo y nadie más que yo era la amarga fuente de su desgracia. El señor comisario movió la mano derecha con la palma abierta hacia arriba, a la manera de los maestros de escuela cuando animan a salir del aula a los escolares retrasados, e incluso añadió lo propio de la circunstancia: ¡hale, hale!

Pero en cuanto nos quedamos a solas, la gravedad de la púrpura cayó sobre nosotros. El señor comisario se dirigió a el Chino sin la menor cordialidad, con un punto de consternación. Ya está usted satisfecho, ¿no?, pues dígame al señor Chicharro (¿dónde había oído yo ese nombre?) que no hacía ninguna falta su aviso; habríamos actuado así de todos modos; es lo que nos dicta el honor del cuerpo, del cuerpo institucional, usted me entiende. Este chico, Morales, era un buen elemento y ahora se nos va a echar a perder; ya verá usted como acabamos por tenerle aquí de nuevo, pero al otro lado de la trinchera; no es que yo quiera justificarle, ¿eh?, ni mucho menos, pero habría que saber DE VERDAD lo que pasó entre estos dos (hacia mí) para que se pusiera de ese modo; si no llegan a rondar los municipales, lo mata; cuando le detuvieron estaba medio loco. ¡Ah!, y si fuera cierto eso de que su conocido se hacía pasar por policía, lo que no puedo admitir en una persona de honor y amigo del señor Chicharro como usted, le juro que yo mismo le rompo el culo, ¡como si no tuviéramos bastantes problemas para integrarnos en la sociedad civil esta de los cojones!

Ya desde la puerta, el señor comisario me repasó de arriba abajo con un desprecio tan olímpico que agradecía habérmelas tenido con Víctor y no con el señor comisario.

Luego, dirigiéndose a el Chino, como si yo no tuviera más importancia que un cenicero, añadió: ¡y que se limpie un poco, joder, que ha dejado esto como una cochiguera! Debo reconocer que en el conjunto de sucesos que acabo de transcribir, la figura del señor comisario brilla como un paréntesis de rectitud y bondad. Tan es así que, una vez salido a la vida, sentí como si algo íntimo se me perdiera; fue como despedirse de un padre que va a ser ingresado en la clínica, o de un abuelo abandonado en el hospicio. Me angustiaba la idea de si alguna vez sabrían aquel abuelo, aquel padre, aquel señor comisario, lo bueno que iba yo a ser y lo excelentes que serían mis notas de matemáticas a partir de entonces.

Vamos, te llevo a casa, dijo el Chino, y yo supuse que se refería a mi apartamento asimétrico, por lo que estuve en un tris de negarme a volver con mi ropa sucia, mis botellas vacías, mi lavabo atascado, el pan Bimbo, los bocinazos, la rata... ¡la rata! ¿Qué habría sido de la rata? ¿Dónde la había dejado la última vez que nos vimos? Me contuve porque esa era mi vida; la que yo había elegido libremente para mis investigaciones; mi vida de banalidad científica; y difícilmente podía ahora cambiarla por otra. Pero al llegar a la Avenida Tibidabo no torcimos por Paseo San Gervasio, sino que subimos por Doctor Andreu y entramos en el pequeño garaje de un chalet con cubierta de pizarra a dos aguas. Me acompañó hasta esta habitación en la que ahora me encuentro, y dijo: te bañas, te aseas, duermes todo el día, y mañana me lo explicas; tengo ahí fuera tus cosas, toma la llave del maletero y súbelas tú mismo; por cierto, no me dejaron llevarme la rata, pero sí te interesa puedo conseguirte otra.

Confieso que solo me lavé superficialmente; en especial, los bajos. Al sentir el contacto de las sábanas frescas contra el cuerpo, me quedé dormido como un muerto, no sin antes ser asaltado nuevamente por aquella congoja nerviosa, aquel dolor en la garganta, que me había sacudido de los pies a la cabeza en el calabozo. Pero esta vez me asaltaba por sentimientos enteramente distintos y aun opuestos, con lo que deduje que las reacciones fisiológicas no responden al contenido de la emoción, sino a su intensidad. El caso es que me oriné encima de puro gusto.

Hasta ayer no ordené mis cosas: un par de pantalones, un jersey, la máquina de afeitar... Aquí hay un armario, una mesa, una silla, un sol... Me encuentro enteramente repuesto y alerta, preparado para la vida milagrosa que me espera. Todo sería estupendo si no me rondara una angustia oscura cada vez que pienso en la mujer cuya existencia sigue siendo pura conjetura. Consideraría un auténtico fraude, una estafa inadmisibles, que esta advenediza sustituyera a *nuestro* animal, trabajosamente construido a lo largo de tantas y tan pelmazas conversaciones.

2 de julio

Yo, de aquí, no me muevo. El sol brilla contra los cristales y pone reflejos anaranjados en el techo. Se mecen los visillos con el vaivén del verano, cuando el

silencio absoluto de la siesta tiene música de fondo marino. ¡Años hacía que no estaba yo con las cosas, cerca de las cosas y EN la caricia de las cosas! El escritorio sobre el que me apoyo es de cerezo, con aguas de pálido granate. Sobre el mismo, una radio de los años cincuenta, soberbia e inútil, ostenta un mítico letrero, ¡Transoceanic! A las dos de la tarde sonaba en ella la espectacular sintonía de la BBC, con breves pero contundentes informaciones sobre la huelga de tranvías. Mis tíos y mis tías, en círculo, escuchaban la oculta verdad con el fin de poner a salvo las joyas en el caso (improbable) de que Franco no se emplease con la contundencia necesaria. ¡Habría que matarlos a todos!, gritaba fuera de sí el tío Enrique, ensoñado con un Paseo de Gracia de cuyos raquíuticos árboles colgaran en hilera todos los sindicalistas del país.

Un cúmulo de asociaciones pérfidas forma el nebuloso universo de aquellos años; los rostros crispados de la oficialidad húngara fusilada, el *pick-up* Dual de plástico blanco, la portada roja y gris de *Life*, la música de «Imágenes» sobreimpresa a un montaje germánico de atletas olímpicos, el aroma a Pegamento Imedio, las canciones de Luis Mariano, la Hoover, los asientos de tercera en el metro, la imposible decisión entre dos armarios: en uno, escondido bajo un montón de *foulards*, «Causa General», con fotografías de cadáveres numerados y espantosamente desfigurados; en el otro, bajo las cajas de zapatos, *Cinémonde*, con fotografías de Diana Dors y Mylène Demongeot. Habitaciones vacías de la infancia durante el veraneo de tíos y de primos, bajo la tutela mussoliniana del abuelo.

Observo la diferencia entre ambos fantasmas, el que yo era y el que ahora soy. Aquel que yo era miraba con fascinación la imagen de un gabinete de torturas, las chekas, en donde, según decían, murieron torturados los patricios de la ciudad, con la misma intensidad con que miraba «El Infierno» de los autómatas del Tibidabo. El que ahora soy mira esa misma imagen de la cheka aburridamente sorprendido por sus influencias suprematistas. ¿Inventó Malevitch las chekas? La distancia que media entre ambos fantasmas es fácil de resumir: la visión SE HA ENFRIADO. En el pasado, todos los detalles, por insignificantes que fueran, obedecían a un designio misterioso y augusto; se presentaban a los ojos como pura REVELACIÓN, era el mundo del milagro. En el presente, incluso lo más importante y significativo es perfunctorio. Pero las cosas siguen siendo las mismas de antes; soy yo quien se ha retirado de ellas. Solo si conservo la Visión del Calabozo, solo si tenso el nervio óptico, podré regresar al MATERIALISMO. Verbigracia, este mismo cuarto; la pequeña cama con cabezal de rejilla y el *parquet* color vainilla, antítesis de mí anterior habitación trapezoidal, mi cheka privada. ¡Imposibilidad radical de que en esta habitación viva una rata! Así pues, imposibilidad de cohabitar con animales inferiores al lagarto. O el resto de la casa.

Sin conocerla toda, pues en el segundo piso —solo muy superficialmente explorado— hay una escalerilla de caracol que conduce ¿a un desván, a un estudio, a una terraza?, toda ella digo, como el escenario del ritual femenino. Cocina

resplandeciente en tonos marfil y oliva, SIN UNA SOLA ARISTA, como la Clínica Oftalmológica del Doctor Barraquer, pero con la certeza de que no ha sido diseñada para una ciega (otras razones así lo constatan, en particular, múltiples espejos bajo liniestras rosadas: ella mirándose aquí y allá, de espaldas, ¿cae correctamente el pliegue?, de frente, ¿este lunar bajo el seno?); alfombra verde reineta con travesaños de cobre en la escalera; mesilla de noche en el dormitorio del segundo piso cuya lamparilla oculta un joyero (vacío) en madera de sándalo; batín y zapatillas de seda con estampado rosa; armario ropero perfumado, aunque casi vacío...

Busco afanosamente una foto, un álbum, un carnet de conducir, ¿un retrato al óleo? No, en absoluto. Sería fatal, fatídico. No deseo conocerla en un retrato al óleo. Recortes de revista, muchachas en faldita de tenis, blancas y cremosas, raqueta al hombro, sonriendo al fotógrafo con sus radiantes dentaduras, ¿una de ellas? Imposible. ELLA NO ES ASÍ. Nada que ver. Ninguna relación con estos presentimientos de vaca. En todo caso, concesión: la Virgen María, modelo Languedoc. Pero tampoco, tampoco es eso.

Es insoportable no poder dar un apoyo físico a esta casa; una casa encantada cuyo fantasma juega con mis fantasmas (dos) sin que yo (tres) me divierta; en consecuencia, por la noche, cuando el Chino termina su contabilidad y se deja caer por aquí para beber un vaso entre conversación animal y conversación animal, vaga un espectro femenino meciendo cortinas y eclipsando la luna como una sombra... chinesca.

Elegancia suprema de mi protector (¿por qué me protege?, mejor dicho, ¿para qué?) que jamás se ha permitido un comentario, ni mucho menos un reproche, sobre el luctuoso rescate policial. Su voz enfática, subrayada con gestos administrativos, en la terraza del jardín, se aflauta hasta confundirse con el mirlo que alborota todas las mañanas. Le veo más opaco y pedantesco que nunca, solo con un ritual novedoso, más cercano al oficio bizantino que al del mandarinato. La Sagrada Forma se oculta detrás del velo y el oficiante, con su esticarión, su epitraquelión, su epimanikión, su felonión, su camilafkión, en lanas negras y pesados oros, sugiere, alaba, insinúa, como un buhonero de la trascendencia asomado a las cortinas de su propia barba rizada y untada con aceite oloroso.

Ahora evoca con insistencia las tardes de patinaje, en domingo, por la explanada de la Diagonal, cuando era un descampado y aún se veían burros pastando. Allí apareció el primer neón de su vida, a la puerta del *cabaret* pecaminoso «Rio», propiedad de la mantenida del Capitán General. Esa luz de neón, luz más que artificial, luz falsa y refalsa, parece haber determinado su conocimiento del mundo. También, la oscura relación con Cucurella. Pero no le pregunto, no insisto, temeroso de quebrar la confianza; la cual, por cierto, ¿a qué viene y con qué designio? Sin nosotros saberlo, el Chino nos espiaba desde un rincón del patio de recreo; la sólida superioridad, la nobleza natural de Cucurella era estudiada minuciosamente por un Chino del tamaño de un guisante, con proyectos de suplantación. ¡Incluso había

patinado en la Diagonal! ¡Pero con fines imitativos! En un sobrehumano esfuerzo individual y a espaldas de su padre, abastecedor del Cuartel de Esplugas, compró sus propios patines (¿con qué dinero?, ¿primer dinero sucio de su vida?) y estudió la liturgia del patinaje por la Diagonal.

Para él, la acción de patinar no era un entretenimiento o un deporte, sino un conjuro mágico que pondría a las fuerzas del mal bajo su *mandato*. Nosotros, niños incautos con cerebro de corcho, INCLUSO NOS ABURRIAMOS patinando por la Diagonal. Ignorábamos que él comenzaba ya a atesorar experiencias extrañas que algún día le iban a ser de utilidad. Su voluntad de mimesis no debe ser comprendida como el ánimo de ostentación que conduce a una tendera hasta el palco de la ópera, donde debe aguantar un alud de idioteces en italiano para poder luego mostrar los anillos cuyos originales guarda en la caja fuerte. No. Era más bien el antropólogo fascinado por las danzas hotentotes, que aprende a danzar animado por la convicción de hacerse con la fuerza de un hotentote.

Al tiempo que su padre trepaba por la escalera de servicio, saltando sucesivamente de La Sagrera al Ensanche, de allí a La Llave de Oro, de esta a Núñez y Navarro, hasta alcanzar por fin, en los años setenta, el paraíso exquisito de las viviendas no identificables con constructoras e inmobiliarias, sino con nombres propios de arquitectos cuyas corbatas de lana verde y azul sobre camisas a finos cuadrados grises, todo ello bajo la cúpula de americanas de *tweed* imitadas en Igualada, habían dado la vuelta al pequeño mundo de la prensa catalana, haciendo el camino paralelo, pero por la vía oscura, el Chino se atareaba en el estudio del comportamiento animal, de la ZONA OCULTA, de la Ursociedad. Si su padre, el estraperlista, el capataz, el jefe de personal, el afecto al Régimen, el jefe de servicios, el director general, el consejero delegado, utilizaba en su ascenso la vía clara, los oficios diurnos que le iban entregando (derrotados tanto interiormente como exteriormente) los patricios franquistas de Cataluña, el Chino, en justa complementariedad, solo se interesaba por los oficios nocturnos, por la cloaca.

En aquellos años debió de estudiar mucho. ¿Qué crimen cimentó la barriada de Bellvitge? ¿Qué se oculta en una Jefatura Provincial de Tráfico? ¿Por qué los polos Fred Perry y no más bien cualquier otro? ¿Cuál es el imán que atrae bodas y bautizos a la parroquia de Pompeya? ¿Qué taras sexuales permitieron imponer la Ley de Sociedades Anónimas? ¿Cuál es el motivo de descrédito más temido por estos hotentotes? ¿Cuál es su hechicero? ¿A quién obedecen y porque? ¿Qué perdonan? ¿Qué les quita el sueño? La potencia de su padre se pesaba en ORO, pero el Chino conocía la escasa importancia del dinero. Su potencia solo podía pesarse en SANGRE.

Pero lo más curioso es que ha fracasado. Como su padre. Un rico actual, un poderoso, es poco más que un obrero de lujo. Del mismo modo, el Chino no tritura, no machaca, no pulveriza; simplemente, CHUPA. No es el superhombre, es el superchinche. Su trabajo no es otro que el de bedel de la muerte. Por falta de lugar para los soldados de fortuna, los *condottieri*, los jefes de partida, el Chino administra

la miseria de los poderosos. No es un ave rapaz, no es predador, es la bacteria que llega, antes de que baje el telón, para consumir lo que han despreciado incluso los carroñeros. De ahí la mueca de asco cuando descubrió las moscas carnívoras en la terraza del Museo de Historia Natural; son sus competidoras.

Hoy decía, solo captan mi atención los objetos SIN LEY. Los diamantes, por ejemplo, son repugnantes; hay en ellos una esclavitud asumida e incluso satisfecha. La gente que colecciona diamantes tiene cuerpos sometidos a *leyes bobas*, de una regularidad desértica. ¿Y las perlas? ¡Las perlas son ridículas! Esas mujeres que se las cuelgan, son perfectamente ESFÉRICAS. El ámbar, en cambio, ¡qué enigma! Lo contrahecho, lo deforme, es glorioso. Y luego, tras un bostezo, señalando vagamente hacia la noche: las estrellas son grotescas, lo único aceptable del cielo son las nubes.

5 de julio

Hoy es ya el tercer día que desayuno, como, ceno y me aburro solo. Obedeciendo a sus hábitos teatrales, el Chino se ha esfumado. Ni una nota; ninguna llamada. Silencio. En la casa todo sigue igual, si exceptuamos algunos presentimientos. No debo, sin embargo, adonizarme; los presentimientos nacen de una mala acción. Hasta ahora no había violado jamás una correspondencia. El caso es que cada mañana, a la hora del correo, llegan postales firmadas con una inicial. Las hay por decenas y la inicial es siempre la misma: «M.» Escasamente probable el Vampiro de Dusseldorf. Por el texto. Caen de la boca del buzón directamente sobre el *parquet*. Avisado por el sonoro choque las recojo, junto a las cartas, las revistas municipales, los panfletos políticos y la increíblemente abundante publicidad; las voy amontonando sobre la repisa de un radiador, pero ya corre peligro de derrumbe. El Chino no lee su correspondencia desde hace meses. Pero ayer trajeron un telegrama. Timbrado. Susto. Muchacho con un bolígrafo entre los dientes a la manera del clavel español. La firma. Sin monedas. No se preocupe. Yo buscando. Ni un duro. Le di una lata de atún que corría por la cocina y me quedé con el telegrama entre las manos. Temblaba como una hoja en otoño.

A última hora de la mañana salgo de casa y subo caminando por Doctor Andreu hasta la estación del Funicular. Una avenida de asfalto triturado, con sendos arcenes cubiertos de hierbajos y basura, pero cuyas amplias panorámicas sobre la ciudad me llenan de amor. Sí, debo confesarlo: *je t'aime, ô capitale infâme!* Para pensárselo; ¡cuánto he cambiado desde la Visión del Calabozo! Luego almuerzo alguna bobada en el restaurante que han adecentado junto a la estación del Funicular. Adecentado desde el punto de vista de la ornamentación, porque las viandas carecen de toda relación con los precios ecijanos que ahora aplican. Pero se paga el aire. Y la buganvilia; un telón lila sobre el alto muro de rejalar que seguramente plantó y regó

Gauguin antes de trasladarse a un lugar similar del Pacífico. Si se mira con fijeza y luego cierra uno los ojos, vuelan formas fosforescentes por el cerebro, encendiendo las luces de los cuartos más oscuros de la memoria.

Regreso con una deliciosa inquietud (en parte provocada, puro vicio) similar a la del colegial en época de exámenes: ¿saldrá lo de las ecuaciones de primer grado, que me lo sé?, ¿o lo del coseno de Pi, que no tengo ni idea?, ¿habrá llegado ella? No. No ha llegado ella y ha salido lo del coseno de Pi. Vuelvo a coger el telegrama. Lo sostengo en la mano. ¿Leerlo? ¿No leerlo? Esta es la cuestión. Perfectamente justificado para leerlo. Una urgencia debe resolverse con urgencia. Mira, lo abrí simplemente por si era algo urgente; para avisarte de inmediato (¿dónde?); para avisarte de inmediato en el almacén. Un telegrama DEBE abrirse de inmediato. Una urgencia. Un secreto de Estado. Sobre todo, de estado sumergido, cloacal, ratero. Por lo tanto, más frágil, más débil, más expuesto.

No tengo fuerzas para abrirlo. Lo dejo en la cima inestable. Releo algunas postales, cuya información es francamente desconcertante. «Llegué el jueves. El tiempo, psché. Besos. M.», eso en la de Ginebra, con su gran surtidor, sus cisnes, su bandera suiza tan apreciada por los hospitales, clínicas, nosocomios, asilos y fabricantes de chocolate. O también: «La catedral es de color quisquilla, pero toda la ciudad huele a salchicha. Un beso. M.», Estrasburgo. O también: «Menuda sorpresa, resulta que han abierto un FNAC. Me voy a quedar sin un céntimo. Mejor, así volveré antes. Besos. M.», Montpellier. ¿Alguna relación entre el deseo (repentino) de volver y el paso de «beso» a «besos»? ¿Buen humor transitorio? «Estoy en casa de los Gabarró. Hemos sacado la barca, pero aquí siempre sopla una tramontana u otra. La de ayer era del sur. Los Gabarró te envían un abrazo. Besos. M.», Cadaqués. De manera que volvió, pero no lo suficiente. O también: «Esto está perdido de librerías de segunda mano. He visto la última de Bergman. Volvemos a Cadaqués el lunes. Los Gabarró te envían un abrazo. M.», Toulouse. ¡Sin beso ni nada! ¡Y otra vez a Cadaqués! ¡Con la tramontana del este o del oeste! ¡¡Sol a raudales! Millones de flores. Las vacas son aquí mucho más varoniles que en Suiza. Los Gabarró quieren volver el sábado. Ya te avisaré. Besos y besazos. M.», Baqueira. ¡Resuelto! ¡Puro golpe de humor! Si buen humor «besos», si excelentísimo humor entonces «besazos», sí mal humor «beso», y sí pésimo humor, ahí te pudras. Y ahora, la definitiva: «No tengo ganas de volver, lo siento. Aquí estoy muy a gusto y creo que he recuperado el humor. Los Gabarró volverán a subir este fin de semana. Quizás baje con ellos. Ya te diré algo. M.», Baqueira. O es una idiota o es una reina, o es una idiota que se toma por una reina. No importa. Entre la primera postal y la última hay tiempo más que sobrado para reflexionar si uno quiere o no quiere volver. Esta reina reflexiona despacio. Porque será una reina, ¿o no?

7 de julio

He suprimido las salidas, los paseos hasta la estación del Funicular, las carreras al estanco en busca de Coronas. No me muevo de casa. He acumulado comida en el refrigerador y la despensa como para pasar tres meses. Para mí, ha estallado la Tercera Guerra Mundial. Vivo en un estado de aguda excitación, con la respiración jadeante de un cobrador del gas. Solo me alivia el televisor, herramienta para mí desconocida, pero de suma utilidad para medir la implacable destrucción a que está sometido el género humano. Una camada de enfermos mentales ha asumido el poder mundial y prepara su autodestrucción mediante el achicharramiento espiritual de las masas. Me gustan desordenadamente los concursos; son como interrogatorios de policía, con su tortura y todo, pero animados por un público que se ríe mucho y bate palmas. También hay una sección «informativa» muy graciosa: las imágenes siempre corresponden a otra cosa o son de varios años atrás o de paisajes alpinos o de mariposas fornicando; aparecen con frecuencia unos personajes llamados «políticos» y explican lo que han desayunado, cómo están de salud, si van a comprarse otros pantalones, y así sucesivamente. Es más instructivo que toda la filosofía moral desde el siglo XVII.

Cuando no me pasmo ante la televisión (ahora mismo está encendida y la veo por encima del bolígrafo: es el quinto niño rubio que aparece deglutiendo leche, una imagen obsesiva, de tarados sexuales), lo que cada vez es más raro, paseo arriba y abajo como un oso, incapaz de hacer nada. ¡Si habré cambiado que incluso se me ocurrió abrir algún libro! Fracaso y asco. Abrí *El Buscón*, de Quevedo, pensando en algo entretenido y gracioso; un regalo para el espíritu escéptico. Ni hablar. Es una ristra de zafios chistes cuarteleros. Y también un librito de Azorín *Las confesiones de un pequeño filósofo*, bálsamo para un cerebro apasionado. ¡Qué va! Es de una vileza intelectual solo comparable a su cursilería. ¡Y esas «prosas poéticas» de Juan Ramón Jiménez eyaculadas por un seso con boquita de piñón! ¡Basta! ¡Ni uno más! ¡Cuánta razón tenía el Buitre! ¡País de sacristanes y hartosdeajos!

Nerviosismo, el mío, comprensible si se atiende uno al contenido del telegrama, abierto por cuestiones de URGENCIA. Un texto tan escueto como el de las postales, pero MUCHO más inquietante: «Decidido. Llegaré en cualquier momento. M.», fechado hace cinco días, de manera que puede llegar en cualquier momento. Problema sobre ese ambiguo «decidido». ¿Quiere decir «ya está decidido»? ¿O quiere decir «ya estoy decidido»? En este segundo caso no se trata de una M hembra sino de una asquerosa, peluda, sudorosa, petulante y maloliente M macho. ¡Ay zozobra! ¡Ay pobre barquilla mía entre peñascos rota!

Proyectos pulverizados: la Visión del Calabozo ha desviado el sentido de mis investigaciones. Para alcanzar la verdadera banalidad es preciso carecer de voluntad; pero carecer de voluntad requiere UNA FUERZA DESCOMUNAL. Verbigracia, mientras rompía el sobre azul de la incompetente Compañía de Teléfonos, operación que duró unos doce minutos, caían sobre mi cabeza las cornisas, las vigas, los capiteles que sepultaron a Sansón. Un hombre realmente banal jamás habría abierto el telegrama,

no nos engañemos. Un hombre realmente banal está exento de deseos y proyectos, se deja llevar por el viento del instante, improvisa a favor del clima, NO PROVOCA. Y yo he caído. Yo he pecado. De nuevo, como en la impagable pelea con Víctor, en La Boa, he sido un chulo del espíritu en lugar de ser un chulo de la materia. Fracaso y humillación.

Por cierto, esta pasada noche, y tras muchos días y noches sin la menor sugerencia sexual, he vuelto a pensar en la fornicación, quizás inducido por la visión monolítica del televisor, que prácticamente no habla de otra cosa. Sin embargo ha sido una leve visita, SIN EXCITACIÓN REAL, a la manera en que regresan canciones escolares como el patio de mi casa es particular o sentadita me quedé me quedé, cuyo significado luminosamente claro después de cuarenta años de olvido nos advierte sobre el gran número de sentidos que hemos perdido con el paso del tiempo. Ahora hay una mujer en cueros que anuncia unas herramientas de jardinería, ¿a ver qué es eso?

10 de julio

Me es casi imposible dormir, ¡alma sucia! Retraso cuanto puedo la decisión de ir a la cama y logro situarla en las últimas horas de la madrugada, cuando los pájaros inician su repugnante forcejeo para quedarse con la miga más gorda. Los programas de televisión terminan con la bandera flotando sobre el himno nacional, que es algo como para quitar el sueño. Luego la pantalla se cubre de un enjambre de partículas brillantes que logra mantenerme fascinado durante media hora más. A los tres cuartos de hora es francamente insoportable porque —a mi entender, y por eso la miro tanto— es la última visión de un agonizante por tumor cerebral, siendo el tumor cerebral el motivo REAL de existencia del televisor (enorme aumento del tumor cerebral en los pueblos de alta montaña a partir de la instalación de postes repetidores de TV), es decir, destrucción sistemática del tejido. Cuando ya no puedo más de visión-tumor-cerebral, ya no sé qué hacer. Acabo por abrir algún libro, pero para cerrarlo de inmediato; así, ayer, un poco de *Fausto*, pero nada de sabiduría, nada de lirismo y olimpismo, charcutería, cerdo cervecero hinchado de grandezas marranas, chistes aún más cuarteleros que Quevedo, soez, zafio, caca, pedo, gusano disfrazado de friso ateniense, ah, ah. Lo cierro con un fastidio infinito.

Y eso que en esta casa se da una selección literaria demencial, toda ella encuadrada con cartones baratos de lindos colorines. Hay mucha novela alpargatera, Fernán Caballero, Pereda, el padre Coloma; algunos volúmenes de «pensamiento», pero con prólogos inefables; uno de ellos comienza del siguiente modo; «Descartes dio a la filosofía el hábito de plantear la pregunta: “¿De qué tenemos conciencia?”, contestando que tenemos conciencia del *contenido de nuestra*

conciencia». El subrayado es suyo, de él, del autor... Son los únicos productos de literatura humorística que van quedando. Pero me producen náuseas. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, una tercera familia de libros pertenece al género científico; etología animal, bioquímica, programación... Son muy entretenidos. Consumo un par de horas más hojeando dibujos. Verbigracia, la comparación entre los cerebros del conejo, del gato, del mono y del hombre, ¡torrente de sugerencias!, ¡ideas excelsas! La proporción del bulbo olfativo decrece con mayor insolencia cuanto más nos aproximamos al hombre, así que no es de extrañar el influjo desmesurado que tienen los olores sobre nuestra conducta. Lo que solemos llamar «pensamiento» (o «contenido del contenido del contenido de la conciencia», como diría el humorista de fascículo) es algo tan tediosamente familiar que ni reparamos en ello; pero el día en que OLEMOS una idea, nos volvemos medio locos. Lo mismo para el área somatoestética.

Hacia las cinco de la madrugada he logrado embrutecerme de un modo notable. En ese estado de estupefacción estable, voy al dormitorio procurando no hacer movimientos bruscos. La cama es un amasijo de sábanas arrugadas que desprenden el inconfundible tufo del fumador nocturno. Me entretengo un rato más escuchando el radio-despertador, del que surge una mujer enferma mental, período terminal, que dice amar a los camioneros y a los taxistas con tanto énfasis que todos comprendemos a lo que se refiere, menos los camioneros y los taxistas, que la llaman como si fuera su madre; ingenuos, siempre, los que manejan grandes máquinas; de ahí, inmenso poder de los misiles nucleares, en manos de pequeños niños mongólicos. También miro dibujos, como la calificada «secuencia de llamada oblicua larga» en dos especies de gaviotas; este es el conjunto de muecas INEVITABLES para esos pobres animalillos, si es que tienen verdaderas intenciones de sobrevivir. ¡Espantosa carga la de repetir como un disco rayado la secuencia de llamada oblicua larga, solo para alargar un poquito la caricatura, hasta la siguiente secuencia de llamada oblicua larga! Y nosotros, lo mismo, hermana gaviota, mi *semblable*, mi *frère*. Pues sí, pero eso es COSA DEL ESPÍRITU, porque en cambio la materia no repite absolutamente nada; la materia es siempre nueva, intacta, recién nacida; cada millonésima de segundo la materia vuelve a la vida. Por el contrario, el espíritu («el contenido del contenido del contenido del contenido del contenido... de la conciencia») es eterno, incommovible, descomunal, faraónico, fardo de repeticiones, tartamudo, pelmazo, borracho de fiesta mayor, «¡to er mundo e güeno!», vaticano, pero sobre todo, por encima de todo, es un inconfundible SISTEMA DE DOMINACIÓN; para impotentes, claro.

Y al fin me duermo, o me adormezco, o así lo creo. No han pasado ni dos minutos y ya me he despertado: me pica el cuello, sudo como un cerdo, toso sin ganas, me sube una pulga por la pierna... ¡Y de pronto oigo ruidos! ¡Me había dormido de verdad! ¡Estaba sólidamente dormido, y alguien ha entrado en la casa aprovechando mi torpeza! No son ladrones porque los ladrones son de otro disimulo. ¿Qué hora es?

Las nueve y media y un poco más. ¡Resulta que he dormido cuatro horas y pico! ¿Pues quién andará por la casa? El ataque de taquicardia no me impide llegar hasta el baño. Hago ruido, todo el que puedo, con tal de llamar la atención. El agua fría me resbala por el cuello; empapa el pantalón del pijama. Y entonces ME VEO. Enormes ojeras azules; no nos engañemos, son bolsas; barba de días, canosa; pelo sucio y pegajoso, amarillento, con amenazas de calvicie; definitivamente he engordado, mis manos son más pequeñas que nunca, mis caderas han adquirido la calidad verdulería fina..., me siento terriblemente viejo, tronado, bedel colillero. No puedo PRESENTARME con este aspecto. Me aseo en la medida de lo posible; elijo la única camisa decente, a cuadros negros y azules; restriego los zapatos contra la colcha. Me faltan fuerzas y el corazón sigue jugando a los bolos con mi sangre, sin la menor consideración. ¡Quieto ya; es mía; cualquier cosa te sirve para ponerte histérico! Me siento un rato en la taza del water. Por fin, salgo del baño, cruzo el pasillo, me precipito en la cocina simulando un interés inflexible hacia el desayuno, Pongo leche en un cazo totalmente chamuscado por la leche del día anterior, y el anterior, y el anterior, pero antes de que rompa a hervir escucho el inconfundible taconeo, prieto y castrense, de el Chino, dirigiéndose hacia la cocina. Buenos días, ya veo que madrugas, ¿está todo en orden? ¿Por qué has comprado diez latas de esa porquería de cocido madrileño? No tienes buen aspecto, estás como hinchado, ¿te pasa algo?

Me precipito sobre la leche, que se derrama con un silbido de locomotora; me ofrezco para preparar el desayuno. No, muchas gracias, hace horas que he desayunado, y ahora escúchame bien: posiblemente esta noche, o mañana, a más tardar, espero la llegada de la propietaria de esta casa; es una GRAN amiga mía y ya sabe que estás aquí pasando unos días. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero procura no ensuciar demasiado; detesta tener servicio y ella misma limpia la casa, hace la cocina, en fin, esas cosas a las que no estás habituado. Ahora entra Diego; me alegra verle, me gusta su cuello robusto, columna sobre la que reposa el cabezón berroqueño. Lleva unos tirantes con las cuatro barras y una camiseta de manga corta con la leyenda «DE FRAGA A MAO», que no responde a Manuel Fraga y Mao Tse Tung, sino a las fronteras catalanas (Fraga, en Aragón; Mahón, en Baleares), que algún día serán nuestras. ¡Ya está, lo he puesto donde...! Pero se calla, cortadísimo, al verme. Buenos días, Diego, ¿qué es lo que has puesto dónde? Nada, nada. Diego mita a el Chino. Nada, hemos puesto unas cosas DELICADAS en el altillo, dice el Chino, procura olvidarlas; no te acerques por allí, ni dejes que lo vea nadie. ¿Ni ella tampoco?, pregunto con astucia. No, ni hablar, ni ella; ya os lo enseñaré más adelante; de momento, os ruego que no subáis al altillo; yo vendré todas las tardes para vigilarlo. ¡Ah!, pero... ¿requiere vigilancia?, nueva prueba de astucia. ¡Correcto! Y ahora nos vamos, pero regresaré esta tarde por si aparece la dueña. Hasta luego, ¿seguro que no necesitas nada?, estás macilento (me mira mucho), estás como podrido... Bueno, pues tráeme unos *corn-flakes*. El Chino se esconde tras los redondos espejitos, como un caracol que recoge sus antenas gelatinosas, ¿*corn-*

flakes? Da unos pasos hacia el armario de bebidas, en la alacena. ¡Córcholis, no has probado ni una gota! Pues no lo dudes, cuenta con los *corn-flakes*. Y se van, y yo me digo, ¡córcholis!, ¿qué tendremos en el altillo? ¿Aceite de colza, cocaína, Aromas de Montserrat, Parabellums...?

El día se arrastra con una morosidad carcelaria. Ahora comienza a declinar la luz. Los mirlos libran su diaria batalla en el jardín; sus secuencias de llamada oblicua larga contra otras secuencias de llamada más o menos oblicua y más o menos larga. No he podido comer nada. Me oprime la doble amenaza: mercancías DELICADAS del altillo, inminente llegada de la propietaria. Por fortuna la una equilibra la otra, de la misma manera que una cefalalgia hace más llevadero un dolor de muelas.

El día muere, los ceniceros rebosan colillas, los mosquitos giran en torno al farolillo de la terraza, pero de Ella, ni rastro. He visto un programa increíble, felizmente bautizado «Usted juzga»; entrenamiento para futuros miembros de los consejos de guerra populares y sumarísimos que se nos vienen encima. Los participantes ponían cara de hacha, de sogas, de cadalso y de fusilamiento. Entusiasmo de las masas por condenar, y entusiasmo AÚN MAYOR por «salvar» y «perdonar», gesto clemente, humillación del «perdonado». Excelentes intenciones de los comisarios del pueblo.

12 de julio

Cenamos en el jardín. El Chino ha comprado la caja de *corn-flakes* e insiste en que los pruebe con leche y *whisky*, ya verás qué buenos son. Al perder la dulzura del azúcar, los cereales toman un sabor de viruta remojada mucho más sincero acerca de su propia constitución, pero asqueroso. Para hacerlos pasar por un esófago renuente el Chino me recomienda ginebra bien mezclada con vodka. La tragamos a grandes sorbos, mirándonos a los ojos con rencor. La insistencia de el Chino es una burda imitación de «Los traperos de Emaús» cuando el minero alcohólico (el único bueno, todo hay que decirlo) se precipita nuevamente en la bebida tras ser humillado por un compañero; el cura observa la escena desde la puerta de la taberna. ¡Mejor todavía! En «Río Bravo» el excomisario alcohólico coge la limosna arrojada en el interior de la escupidera; su amigo, el nuevo comisario, que es muy bueno, como el cura belga, observa la escena desde la puerta de la taberna. En fin, estos desdoblamientos de conciencia —yo como minero belga, yo como excomisario americano— son la prueba científica de que SOLO HAY UNA CONCIENCIA para todos los cuerpos. Bajo la mirada átona, opalina, de el Chino, yo mastico mis *corn-flakes* y bebo ruidosamente mi exquisito combinado de ginebra y vodka satisfecho y asqueado, sin que ninguna de ambas sensaciones predomine sobre la otra.

Insinúo el retraso de la inquilina, ¿qué es exactamente «de un momento a otro»?

No debo preocuparme, extraño que me preocupe; ella es un tanto impredecible; es de las que toman decisiones. ¿Qué quiere decir esa frase? Pues que, a veces, toma decisiones, y siendo, como parece ser, un carácter que ignora por completo la mecánica de la decisión (a saber, el inexorable drama de que toda decisión sea siempre un error, se mire por donde se mire), sus decisiones tienen la imprevisibilidad de un meteoro, el cual, de una parte es perfectamente predecible y de otra no hay fuerza en el mundo que garantice el cumplimiento de la predicción, ¿estás satisfecho? ¡Qué bien hablas, Chino, es que da justo, digo, gusto! ¡Lástima que no seas la boca del Señor! He farfullado un poco e incluso me he tropezado, es cierto, pero el Chino inclina la cabeza sobre los hielos, el líquido, el vidrio —habría que pintarle así, con esa familia de transparencias— y suelta la metralla: Mira, dice, aclaremos esta situación si te parece (¡ah, pues encantado!); a mi entender la contabilidad está equilibrada; tú me ayudaste a superar un contratiempo serio y a mí no me importan las razones que te impulsaron a hacerlo; creo haber correspondido, ¿correcto? (¡no digas esa palabra, por el amor de Dios!), digo lo que me da la gana y además estoy harto de mantener deudas con... con insolventes (¿yo insolvente?), es muy irritante tratar con personas como tú que se agarran como sanguijuelas a lo que ellos llaman «su libertad»; la verdad es que no me interesas nada; el tuyo es el género de egoísmo que más detesto: solo produce víctimas inútiles, así que por mi parte esta excursión se ha terminado (¡ah, pues muy bien!), eso no quiere decir que no sigas aquí el tiempo preciso hasta encontrar otro albergue, ni que nos tratemos como extraños, sería una cursilería (¡quién habló, que la casa honró!), ¿quieres dejar de interrumpirme como una tía?, tengo, además, la intención de mostrarte a mi animal antes de que te vayas.

Eso me deja seco. Bebo a grandes tragos. ¿Pero ya está aquí? ¿Ya ha llegado? ¡Serás necio! No va a llegar a ningún lugar; no es un animal que LLEGUE. También el Chino bebe a tragos, pero parece no afectarle. Te lo enseñaré cuando estés preparado... moralmente. ¡Ah, no! ¡Ah, no puedo permitirlo! ¡Ni una humillación más! ¡Primero los chulos, luego el dinero, luego fregando el suelo! (¡porque te daba la gana y estabas como una cuba!), luego en la comisaría, y ahora que todo era un contrato, una deuda, una contabilidad. ¿Pero qué te has creído? ¿Qué te crees tú y ese chapoteo de cloaca al que llamas «dominio», «poder» y no sé cuántas sordideces? ¡Un usurero, eso es lo que eres! (¡hombre, gracias!) y como a todos los avaros te encantaría, te encantaría reducir la naturaleza a tres o cuatro elementos simples, para poderlos atesorar mejor. Cosas verdes, blancas y rojas; nada de matices, nada de ambigüedades, nada de dudas, las cosas claras, los pies en la tierra (¡la carabina de Ambrosio, el sombrero de Gaspar!), ¿quieres dejar de interrumpirme como...?, pues no los apoyas en la tierra, los apoyas sobre carne humada, saltas de cadáver en cadáver como las moscas del zoo y vas llevando la contabilidad, un dromedario muerto, un chimpancé podrido, el señor Guardiola (¿qué señor Guardiola?), y si resbalas, te ahogas en la sangre...

Yo, la verdad, no estaba colérico; hablaba en un tono reposado e incluso me parecía estar imitando la pedantesca gesticulación de el Chino, su circunspección. Bueno, sí, le estaba imitando. Muy bien, tienes razón, soy un egoísta (¡de la peor especie!, sigue interrumpiéndome, pero no le hago el menor caso), pero yo prefiero pensar que solo el egoísta puede resolver la única y más embarazosa pregunta, cosa de vida o muerte (¿qué pregunta?), ¡ah!, no tengo ni idea, no puedo ni imaginármela, si pudiera imaginármela ya no me haría ninguna falta la respuesta, pero puedo perfectamente figurármela, matiz, figuración, darle figura (bueno, ¿cuál?), ¡ah!, tampoco tengo la menor idea, pero podríamos llamarla «el secreto del universo», tatan, antes de morir, él, que tanto se esforzó, tiene una sugerencia lateral de cuál es el secreto del universo. ¡Menuda tontería! O sea que para alcanzar una sugerencia lateral justo antes de que revientes estás obligado a pasarte la vida jugando a ser la víctima, simulando sacrificios, jurándote que renuncias a no se sabe qué, y apestando a santidad, y a ginebra, permite que te lo diga, y a veces a cosas peores, ¿y todo ese espectáculo, para, quién, si puede saberse? ¡Eres un ácaro! ¡Ni es sacrificio, ni es renuncia ni es ascesis, todo eso es lo tuyo, infame trabajador contable, aunque sea de cadáveres! ¡El secreto del *uniferso*, del universo se desvela a quien sabe HACERSE EL MUERTO; yo vivo como un muerto!

El Chino sonrío beatíficamente y me habla como una madre; como una verdadera madre, el muy cerdo: pero pobrecillo, ¿todavía no sabes que te vas a morir, que no hay garantía, que a lo mejor SABÍAS, pero que a lo mejor te equivocabas, que nunca podrás comprobarlo, que aquí nadie vuelve, que de allí no se sale? Sirve vasos grandes, de cristal estriado, sin hielo ni agua, dos partes de ginebra, una de vodka. Que nos vamos como vinimos y que por lo tanto SOLO HAY UNA VIDA POSIBLE, la de ser uno mismo el mundo entero; prescindir de todo lo que nos rodea, porque ES UNA FANTASÍA; no hay más voz que la tuya, no hay más universo y mundo que tú mismo; todo lo demás es una pesadilla; así que coge la pesadilla y dale la forma que te guste, coges el globo terráqueo y lo conviertes en tu propio retrato, las personas, las madres, las novias, los guardias civiles, todo es un invento de tu imaginación y por lo tanto DE TU EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD; que no te gustan las madres de tu pesadilla, mátalas; que te encantan los guardias civiles, pues haz para que todo el mundo use tricorno y mostacho; yo soy el mundo que me doy, y se acabó el carbón.

No, no estaba encolerizado, ni siquiera vehemente o nervioso. Ambos nos habíamos hundido en un sosiego sospechoso, monótono, adormecedor. Seguíamos bebiendo muy deprisa, ya solo vodka, porque la ginebra se había terminado. También nuestras voces se habían aproximado y no sin perplejidad advertía yo la similitud de nuestros argumentos. El uno desde fuera, el otro desde dentro, el uno desde arriba, el otro desde abajo, el uno desde la especie, el otro desde el individuo, pero ambos estábamos embelesados, bobos, contemplando, asomados, el mismo vacío vacío vacío. El Chino miraba su vaso; yo miraba a el Chino, su cabeza totalmente esférica,

sin nuca ni occipucio o lo que sea, como una bola pesada, plúmbea, en cuyo interior se agitaban unos peces tropicales de larguísima cola. Por primera vez comprendí que el Chino, contra todo pronóstico, era UNA MERCANCÍA DE LUJO, y que yo compensaba por el lado de la basura. ¡Tomar el mundo y darle la forma que te dé la gana con la escarpa y el martillo! (¡será el cañón y la carne de cañón!), es lo *mismo* (¡hombre, lo mismo...!), ese es el secreto del universo que tú dices: que el mundo sea tu retrato, la única seguridad, el único secreto, ¿qué son quinientos millones de muertos para mí, decía Stalin?, ¿y para el mundo?, ¿y para el secreto del universo?, ¡coger el mundo y estrujarlo hasta que se te parezca! Bueno, pongamos que sí, pero ¿qué pasa si no sale nada, si sale un chafarrinón, como el tuyo, si me lo permites, o nada de nada, la pura nada, sin contar los quinientos millones de puertos, de muertos? Pues entonces nada (¿cómo nada?), entonces es que ya estás muerto y que has nacido muerto, ¿en qué se diferencia de tu muerto?

Silencio. Final de una botella de vodka. A tu salud, a la tuya. Mira, la verdad, yo *frepiero*, prefiero mi egoísmo (¡que es de la peor especie!), sí, de la peor, ¿para qué voy a mirar mi retrato en el mundo si ya me da asco en el espejo? ¿Eh? Pero aparte de este pequeño detalle, ¿de verdad tú te crees que hay un mundo AHÍ FUERA, esperando a que lo peines y a que le digas unas palabritas con la escarpa y el martillo? ¡Naturalmente!, ¿o acaso yo no estoy hablando CONTIGO sino con el fantasma que ha inventado tu espíritu? Esto no lo he entendido, a ver esto: ¿un buen día la montaña dejará de ser una «montaña», así, entre comillas, y te dirá a ti, exclusivamente a ti, lo que en realidad es, eh? Esto no lo he entendido, pero ¿tú crees, de verdad, que sí te cae una maceta en la cabeza todos nos esfumamos contigo, ah? ¡Esto sí que lo he entendido, y debo decirte una cosa: TU CREES EN DIOS! ¡Pues si yo he entendido algo, tú no es que creas en Dios, sino que LO ERES, que es aún peor! ¡Meapilas! ¡Paranoico! ¡Humanista! ¡Facha! En aquel preciso momento, y como si se tratara de una representación del Teatro Nacional Subvencionado, se escuchó un ruido inconfundible, el arrastrar de una maleta demasiado pesada, a trompicones, por el suelo de *parquet*. Luego, un portazo. Poco después una voz femenina, bastante aguda. Sus palabras se posaron sobre el algodón de mi espantosa borrachera como el polluelo teñido de amarillo sobre el cajón de zapatos amorosamente preparado por el niño: ¡Hola! ¡Ya estoy aquí! ¿Hay alguien en casa? ¡Uf, qué sucio está todo!

14 de julio

Así tienen lugar los encuentros que construyen, poco a poco, eso sí, con mucha paciencia, el Secreto del Universo, a saber, por la derecha un pedazo de piedra pómez cuyo origen vagamente explosivo ha sido olvidado incluso por la propia piedra pómez; por la izquierda un flamante cometa cuya cola se arrastra por el vacío con la

arrogancia de una bata de soprano; el cometa apenas si advierte que una insignificante partícula de lodo cósmico ha quedado integrada en la estela de fuego de su trayectoria, pero ese insignificante choque con la piedra pómez ha desviado su curso una quintillonésima de milímetro. Esta desviación, mil octillones de años más tarde, le lleva, inexorablemente, a colisionar contra la estrella polar. Fin del cometa. Una fantasía que todos hemos acariciado. Pues bien, entre nosotros, lo mismo. Yo estaba en la cocina muy entretenido gracias al vaso de agua que sostenía en mi mano derecha. El surtidor de burbujas producido por la efervescencia de la aspirina me había sumido en una ensoñación marina, seguramente porque el sol entraba a raudales, avivando los matices verdosos del agua en ebullición, tan similares a la mar inacabable y a la bilis. Mi aspecto no debía de ser precisamente tranquilizador, ya que llevo dos días de perfecta dejadez, sin apenas moverme del dormitorio —que es donde mejor se oyen las risas— sin afeitarse, sin cosmetizarse, con breves escapadas para mascar fruta y beber tragos de ginebra, como si luchara A FAVOR de mi ridículo aspecto, gordo, fofo, hinchado, culón, pelipajizo, con el propósito firme de no adornar mi aspecto en absoluto, de manera que me vea tal cual soy, que vea lo peor de mí mismo, es decir, yo; que no haya malentendidos desde buen principio, y si mis piernas son flacas y si mi barriga es prominente, pues así es mi alma, esto debe quedar claro; nada tranquilizador, insisto, porque se ha quedado quieta en la puerta, iluminada frontalmente, Dios me asista, y confusa, y muda.

Absorto como estaba, no la he oído entrar, y cuando realmente la he visto, o la he conducido de los ojos al cerebro engañado por un reflejo de la ventana que da al jardín, la he confundido con un producto de menaje. Debo añadir que colgaba de su hombro una bolsa de lona roja con dos cinchas blancas y unas letras que no he podido leer o no recuerdo haber leído; otra más, de plástico color mandarina pelada, se columpiaba de su antebrazo y mostraba unos sobresalientes tallos de apio florido. Nos hemos mirado durante un buen rato, aunque estoy seguro de que nos veíamos desde universos muy distintos, universo de cometa y universo de piedra pómez; y quizás también desde juicios opuestos, pues sí yo me encontraba delante de San Jorge con falda plisada blanca y melena rubia corta, ella seguramente solo veía a un intruso de aspecto zafio, vagamente percibido dos noches atrás, antes de subir la escalera de dos en dos con el Chino en la primera nube de risas íntimas —una grosería, dicho sea de paso—; intruso que podía pertenecer al mundo sórdido de su compañero de risas o a la delincuencia de lujo, o a ambas cosas a la vez.

Con la espontaneidad que en tales ocasiones de compromiso nos permite mejorar la naturalidad de los autómatas del Tibidabo, hemos dejado, ambos a un tiempo, yo mi vaso de agua marina con burbujas en franca decadencia, y ella sus bolsas; un ritual egipcio que precede inevitablemente a la salutación. No puedo asegurar que su mirada, claramente desconfiada pero no temerosa, haya insinuado un verdadero interés hacia mí (como sin duda mostraba la mía), creo más bien que la escasa curiosidad se dirigía sobre todo al aspecto práctico de mi persona, ¿estaba allí por mi

propia voluntad, huído, invitado, escondido, de filipino?, lo cual me confirmaba algo obvio, es decir, que el Chino no le ha dicho ni una sola palabra sobre mí.

He tratado de sosegarla utilizando un tono desenvuelto y mundano, ¡caramba!, no sabía que estaba usted por llegar, ahora, quiero decir, o sea, por llegar ahora... pero la voz ha decidido irse atiplando hasta encallar en un carraspeo estrepitoso. Ella, tras inclinar la cabeza como suelen hacer los loros para mirar el suelo (ya no había sombra alguna de cautela en sus ojos, solo indiferencia y apresuramiento), ha depositado las bolsas sobre las losetas gris perla de la cocina y ha salido en dirección a la escalera no sin musitar un: encantada, más adecuado para definir su propia naturaleza que el efecto causado por mi existencia.

Con imperturbable resignación sorbo mi aspirina desoxigenada, ordeno sobre el mármol de la cocina el contenido de las bolsas —cuatro yogures, manzanas, requesón, galletas Lu, apio, cohombros, zanahoria, el festín de las mujeres atléticas y de aromática entrepierna— y me dispongo a salir con un tremendo suspiro de adiós, cuando se me enciende una MUY BUENA IDEA. Tomo el paquete de arroz La Cigala (ah, ah), lleno un cazo de agua, aplico la segunda cerilla (rompo la primera de pura excitación, como Miguel Ángel su primer mármol) y, mientras se calienta, me asomo al vano de la escalera desde donde grito con mi mejor voz viril, ocre, acordeónica: ¿le apetece una ensalada fría de apio y arroz?

Transcurren diez mortales segundos, suficientes para comprender lo ridículo de la frase, su desesperada estupidez y su humillante servidumbre; espero aterrado como el niño que, tras ver el relámpago, atiende encogido a la llegada del trueno cuyo bramido es lo que en verdad le asusta, siendo así que el peligro REAL ya ha pasado, pero de ese modo están constituidos los niños, y por fin, desde arriba, a través de varias cortinas, sosteniendo el tono agudo de la primera sílaba hasta la última, desciende sobre mí un decisivo y alegre: ¡y tanto! ¡Sapristi!, me digo en voz baja, ¡pero si es catalana!

15 de julio

Me atrevo a esbozar este primer apunte, una vez sosegado mi tumulto, mi torbellino. Debo decirme que estoy aquí, evidentemente, que me encuentro en este lugar de manera similar a la ventana que está ahí, a la silla, al cuaderno, a la Mont-Blanch que me vigila en posición horizontal mientras la engaño con este Bic, resumiendo, que me encuentro formando parte de una familia cuyos elementos poseen relaciones, cierto trato, ¡amistad!, hilos invisibles cuyas ataduras son difíciles de romper, pero aún más difíciles de definir. Esos hilos están en mi cabeza, naturalmente, reuniendo ventana, silla, Mont-Blanch y así sucesivamente, pero lo más curioso es que mi cabeza, en la actualidad, es una ruina esparcida sobre el lomo de una colina a cuatro vientos, y en consecuencia me veo muy apurado para

comprender tales ataduras, tales relaciones, en fin, lo que reúne y mantiene, como en esas pinturas de paisaje en las que la vaca no anula el arco iris sino que muestra SU NECESIDAD.

Quizás por mero prurito de desorden lo conveniente sea comenzar por el final. Así pues, ¿cuál es el secreto del pintor? ¿Cómo «pone en familia» a la vaca y al arco iris? ¡Por la tonalidad musical! Vacas y arcos iris son azares de su paleta y la paleta es sencillamente el color de su cerebro, es decir, de su cuerpo, del cuerpo del pintor. Vacas amarillas, arcos iris amarillos. O bien vacas verdes y arcos iris verdes. O bien vacas geométricas y arcos iris perfectamente geométricos. El alma, o sea el cuerpo, del pintor es una trituradora que por una boca engulle cuanto existe y por la otra despide pinturas, una tras otra, como salchichas; unificadas y monótonas como cualquier embutido. A veces alimenticias, a veces tóxicas. Pero embutidos. Pues bien, la tonalidad musical de mi cuerpo depende, indudablemente, del olfato. De manera que mi primer apunte quiere poner en familia las novedades gracias a un olor.

Recuerdo perfectamente el aroma del armario primero, aquel donde se guardaban las bolsas de cuero, las cajas de zapatos, el tabaco americano, la colonia inglesa y el *Cinémonde* con fotografías de Mylène Demongeot. También recuerdo el aroma del segundo armario, abarrotado de revistas técnicas en papel *couché*, entre las que yacía oculto el volumen de «Causa General», con su colección de cadáveres numerados. El primer aroma, esencia de virilidad y duros de plata, ha compuesto mi sistema olfativo de signo afirmativo; ha sido el dios tutelar de todas mis acciones positivas, delirios de gloria incluidos, heroicidad, sacrificio, batalla, todo revuelto, olor a pólvora, incienso y gasolina. Pero el segundo aroma, compensatorio, actuaba como memoranda de lo subterráneo, de lo que se barre bajo los tronos, las cátedras, las alfombras persas y los sillones de cuero australiano.

Ahora bien, construido sobre ambos *principios de dirección animal*, he sido totalmente sordo de olfato para lo femenino afirmativo, ¡oh macho educado para la depredación!, y nunca tuve ocasión de oler un armario o habitación femeninos que no formaran parte de la explotación viril o del servicio doméstico. En efecto, las habitaciones reservadas a criadas, doncellas, mucamas y cocineras, me son familiares, pero es un modelo de feminidad infantil y negativo. Ese aire mantecoso y chillón me transporta aún hoy al mundo feliz en el que las vírgenes de escayola tienen siempre flores silvestres a sus plantas. Muslos sudados, redondas mejillas devoradas por el acné, brazos como gansos asados en su grasa, todo eso se encerraba en cuartuchos mal ventilados cuyo único ornamento eran las fotos con festón recortado a la manera de las bandejas de repostería. ¡Así se entiende mi desviación, mi corrupción, mi perversión!, pues eran mozas propensas a todo tipo de líquidos, sin exceptuar las lágrimas, cuya salud explosiva se carbonizaba en la desolación del gineceo. Perdían el vigor como resultado de una consunción metafísica y sexual. El trabajo en una casa burguesa era algo ridículo comparado con la tremenda labor agrícola, y sin embargo aquellas muchachas siempre estaban agotadas, melancólicas,

marchitas. Sus cuerpos dóricos, abultados por toda suerte de protuberancias, se resquebrajaban horadados por la sanguijuela del vacío, un succionador nacido de la más pura NADA.

He aquí de qué retorcidos orígenes llega hasta mí la asociación de sexo y esclavitud; la mortaja sudada que nunca fue, para mí, sábana blanca; los encadenamientos irreversibles del ácido úrico, con el pachulí; de las alpargatas de talón aplastado, con los productos de belleza Myrurgia; de la carne fresca, empapada de sangre, con las manos despellejadas. He aquí también el origen de mi irresistible atracción por las camareras, las prostitutas, las empleadas de ferrocarril, las azafatas, las floristas, las charcuteras, las conductoras de taxi (¡no digamos de autobús!), y por todas las mujeres afiliadas a un sindicato.

¿Cómo he sido capaz de levantar la pesada losa que pesaba sobre mis narices desde la infancia? Gracias a la irrupción de un aroma esencialmente REVOLUCIONARIO, el cual ha producido una transformación de toda mi persona semejante a la que trajo consigo la invención del sistema de coordenadas y abscisas. Ahora ya puedo comprender ciertas metáforas poéticas, narraciones, retratos, cancioneros, costurería, religión, que antes me eran absolutamente ignotos.

Me refiero al olor del sexo AFIRMATIVO, claro está. Porque la inquilina, la verdadera inquilina de esta casa (y debía de sospecharlo yo justamente por haber hozado su cuarto y sus armarios, impregnándome inconscientemente de su olor revolucionario, de ahí el nerviosismo), huele a ocio y contemplación, a *Cinémonde* y a cadáver escrupulosamente numerado por un oficial fotógrafo del ejército español, sin por ello pertenecer al orden de *la* explotación, también llamado orden real o incluso orden real y verdadero. En ella todo es mentira y artificio y destrucción, gloria y poder sin asomo de trabajo, sin asomo de sumisión al macho. Es un olor maligno, irresistible, que abre las puertas a un fantástico viaje del cerebro.

¡Yo voy a entregar mi cerebro, es decir, mi cuerpo, a ese sueño, aunque sea lo último que haga en este mundo! He sido estafado, corrompido, explotado y humillado por una sutil providencia cuyas acciones sobre la pituitaria pasan inadvertidas. ¡Veo ahora con claridad el océano de marchitación que se oculta bajo el paso de la oca, en los gestos disparatados de los monaguillos, en la atribulada masa que se agita con oleaje cirílico a los pies del comisario político! Es el HORROR al heredero, el horror al protosuicida cuya naturalidad para abrazar la Cruz paraliza la mano del carpintero, el horror a la fortuna. ¡Por fin comprendo el siniestro chiste de San José enseñándole a su hijo cómo se clava un madero!

No muy convincente. Estoy volviendo a la literatura. ¡Estoy volviendo a la litteratttttura! Probarlo de nuevo.

16 de julio

Segundo esbozo. Pero sin littttratttura. ¿Puedo escapar de la literatura? Segundo esbozo. Paréntesis. De todos modos voy siendo cada vez más consciente de que mi núcleo está en plena fisión. Soy la bomba atómica. No solo por esta irresistible ascensión a la literatura, sino también y sobre todo por haber abandonado la confianza en los aspectos militares de mi carácter, los cuales habían conseguido —ya que no otra cosa— mantenerme con vida, estos últimos meses, afiliado a la guerrilla de la banalidad. El terrorismo gris.

Ahora mismo, casi no veo lo que escribo. ¿Y debo seguir escribiendo, deslizándome hacia la literatura? Sí, debo seguir escribiendo por una razón de mucho peso, a saber, tras la Visión del Calabozo no tengo ninguna certeza de que todo cuanto me acontece le acontezca a nadie más que a mí. Y desde luego no deseo en absoluto acabar SIENDO ELLA, del mismo modo que he acabado siendo el Chino. Por lo menos aquí nos distinguimos el uno del otro; o mejor dicho, nos distinguimos el uno AL otro.

Pues bien, ella es tal y como yo la había imaginado, pero mucho peor. En realidad es sarcásticamente peor, lo que tiene su importancia pues durante el período posterior a los doce años y anterior a los veinticinco este producto aparece completamente diferenciado, siendo su concepto (o el conjunto orgánico de sus elementos) una singularidad tan solo antes de admitir la inteligencia moral, la inteligencia teórica y la inteligencia creativa. Me refiero, claro está, a las muchachas y, por reducción, a ESTA muchacha. Aquello que hace de una mujer adulta un ser humano sumamente agradable es lo mismo que hace de un hombre, joven o adulto, un ser humano sumamente agradable; pero las muchachas poseen una diferencia específica que solo en ellas se manifiesta y que está ausente en los muchachos, quienes, desde su nacimiento, se muestran dóciles y comprensivos hacia el mundo adulto por el que se dejan agasajar y corromper, en tanto que las muchachas son su verdadera negación y destrucción y solo pueden ser comparadas a algunos mitos antiguos en los que ciertos dioses y diosas viven aislados, cazan, y carecen del más mínimo talento para la vida social. Son auténticos animales, pero sin esa desagradable sensación de GENERALIDAD que producen los animales en sentido estricto. Algo así como si cada perro, cada gato, cada búfalo, cada erizo de mar, tuviera algo propio, personal e íntimo que decirme EXCLUSIVAMENTE a mí. ¡El Paraíso es pobre comparado con un internado femenino!

Y sin embargo hay que andarse con cuidado; poco conscientes de su fuerza animal, estas bestias destruyen por capricho creyendo hacer un favor; y aburren soberanamente cuando tratan de ser malvadas. Es imposible, de otra parte, distinguir su idiotez de la sublimidad más excelsa; cada acto sería de una altura admirable de haber sido ejecutado por un adulto, pero ejecutado por una muchacha es tan estúpido como el contoneo de un ganso. E igualmente inevitable. Es su equilibrio.

Aun cuando estoy subrayando con trazos agitados y groseros el aspecto aparentemente numérico del producto, no se trata en absoluto de una cantidad. Daré un ejemplo, un ejemplo rutilante: desde que la he conocido, también yo tengo su

misma edad, y me he convertido parcialmente en un adolescente, ah, ah, ah, ya que la estoy sometiendo a mi «clave musical unificadora» (CMU) y la estoy «poniendo en familia» (*domesticating*), por cuya razón también yo participo de su cuerpo, es decir, de su alma. Prueba científica: ¿cómo, si no, iba a saber yo tanto sobre ella? Porque, vaya, es que lo sé TODO.

20 de julio

Salgo de casa a las diez de la mañana, cuando el sol es todavía soportable gracias a ese divertido invento de atrasar y adelantar el reloj cuando lo manda la autoridad. Las acacias —unas raquílicas, las otras enfermas, todas retorcidas como débiles imitaciones de olivo— tiemblan por el peso de luz. Decenas de gatos se ocultan bajo los coches aparcados, arrastrando la tripa por el asfalto y una raspa de sardina, sucia de tierra, en la boca. Compró leche en la granja Corele, establecimiento servido por una anciana de color geranio que grita arriba España cada vez que entro, y un desequilibrado cuyo aspecto es simultáneamente concentrado e ido; viste calzón corto de soldado colonial y se cuadra militarmente delante de la anciana cada vez que carga el carrito de hierro del reparto.

Me llevo dos *croissants* de calidad terrosa que se disgregan a la menor presión de los dedos y regreso procurando no hacer ruido. Cuando oigo que se levanta (la persiana, el grifo de la ducha, a veces la radio) me precipito sobre la tostadora, corto los *croissants* con mayor o menor éxito, tuesto las mitades, caliento la leche, pongo sobre la mesa el cacao (odiamos el café, sabe a regaliz), el azúcar, las tazas, los platos, las cucharillas, la mermelada de albaricoque (odiamos la mermelada de naranja, sabe a fruta confitada de Fraga), y me revuelvo inquieto como un pastor hebreo pendiente del último detalle sacrificial capaz de convencer a Yahvé de cuánta y cuán inconmensurable es la felicidad que se obtiene deslomándose en cualquier tarea a EL destinada. ¿Quieres un poquito más de sangre? ¿Te gusta más con los ojos reventados? ¿Le corto los cojones? Lo que Tú quieras.

La escucho bajar atento y admirado pues es de cuerpo fuerte y pone *los* pies sobre el suelo con el aplomo de las mujeres que algunos pintores académicos representan portando enormes cántaras sobre el hombro izquierdo. Entonces recuerdo el último pero esencial detalle (¡perdóname, perdóname!) y me abalanzo a por un cenicero y los paquetes de tabaco, para no tener que levantarme en el momento eucarístico. La más severa estrategia del ayuda de cámara, con el fin de borrar toda huella de esfuerzo. Así, cuando entra en la cocina con el cabello envuelto en una toalla amarilla, me encuentra casi aburrido, displicente, mirando el jardín con gesto vago, ocioso, quizás filosófico. Me ha dado tiempo incluso de lavar el cazo.

Aflorando sobre sus rasgos más bien suaves, de curvas finas, al sonreír descubre una oculta vehemencia de perdiguero azotando con su cola las botas del cazador. Es

solo un átomo de obscenidad, pero al florecer en el centro mismo de un rostro luminoso y glacial, suena como un pistoletazo. Frente a todo pronóstico (yo había apostado por Mercedes, Mireia o Montse) sus padres la bautizaron con el mustélido nombre de Marta.

Ayer tarde aproveché para husmear su dormitorio. Apenas pude prestar atención a los detalles porque, absorto en el aroma de piel vacuna, orín y perfumería americana, tropecé, nada más entrar, con sus sandalias. ¡Susto! Mis zapatos no son realmente zapatos, sino botas de tela similares a las que utilizan esos chicos tan interesantes, los jugadores de baloncesto. Tienen ocho agujeros por lado y el largo cordón, trenzado al tresbolillo, parece un arte de navegación. Pues allí estábamos los dos: las sandalias casi insustanciales compuestas por una cruda suela de cuero, una tira transversal de color canela a modo de cincha, y dos cintas minúsculas en el talón con la hebilla abierta; y yo, naturalmente. Impúdicas, lascivas, bacantes, en cueros vivos, abiertas de hebillas, dilatadoras... Sumido en la comparación y convencido, como Van Gogh, de que el calzado es nuestra prenda de vestir más comprometedor, sentí un duro golpe de sangre al comprobar que nuestras naturalezas correspondían, respectivamente, a un templo griego y un matadero municipal. He lamido la parte interna del talón; ortigas, leche y menta.

Ahora, cuando la observo de reojo untando mantequilla, me consuelo pensando que tampoco hay TANTA distancia entre el lugar destinado por los griegos a cortar el cuello a las reses antes de asarlas, y el que nosotros destinamos a fines similares, sin asado. Es una diferencia técnica. No debo cultivar mí diferencia.

¿Has estado alguna vez en Suiza? Es Heidi total. Lo único que vale la pena es Ginebra ¿Conoces Ginebra? ¡Es precioso! Todo está lleno de moros. El paseo ese al borde del lago parece Marruecos, pero sin moscas. Van todos con botellas de Coca-Cola y helados; los hombres cogiditos del meñique, ¡más monos!, y las mujeres pegándoles a los niños. Es estupendo. Creo que Ginebra es la única ciudad adonde me iría a vivir. Tienen una catedral que parece un hangar y me quedé de piedra cuando vi el monumento a Calviño. Los relojes son muy baratos pero ahora ya no tienen gracia, has de llevar más de uno para hacer algún efecto. Y eso de que anden solos, la verdad, no me gusta pero es que nada. Es como si fueran de otro. Me refiero a que una vez mi madre me dejó el suyo y cada noche había que darle a la rueda durante un buen rato para que funcionara. ¿No es bonito? Era como darle de comer. Le coges cariño. Estrasburgo (ella dice *strasburk*) tampoco está mal, pero a mí los alemanes... bueno, son franceses, pero como si fueran alemanes. Aparte de que los franceses... o sea, me caen bien y tal, pero son tan bobitos, siempre con esas camisas con el lagarto... Bueno, me seco el pelo así, bien fuerte, y me voy. ¡Toma, la toalla, hop! Yo no entiendo por qué les tienen tanta manía a los moros, si los pobres no hacen daño a nadie. Desde luego, si yo fuera mora también me iría a vivir a Ginebra. Donde no viviría POR NADA DEL MUNDO es en el Japón, con toda esa gente haciéndose el Hare Krishna... Bueno, ahora sí que me voy. Oye, me gustan mucho tus botas, ¿me

das la carpeta esa de ahí detrás? Bueno, hasta la noche.

Sí, hasta la noche. Humedad empapada del olor de tus ideas, toalla sacrificial, champú Nenuco y todas las secreciones nocturnas, algo corrompidas ya. Hasta la noche. Pero antes de que llegue la noche vendrá el Chino. Cada día, sin falta, como una piedra sobre el estanque, cae el Chino. Cada día desde el primer día viene el Chino y se encierra con ella en la habitación de ella. Ni siquiera se queda a cenar. Es algo nauseabundo. Llega el Chino, trapichea en el altillo con sus mercancías, hasta que oye la puerta de la calle y el «yuhu» de ella. Entonces se encierra en la habitación de ella y con ella. Luego se va. Da verdadero asco. Apenas si cruzamos algunas palabras, ¿qué tal?, muy bien, ¿sigues creyendo en Dios?, ¡cómo no, si lo tengo delante de mis narices!

Llega con unas bolsas llenas, sale con unas bolsas vacías, por lo que deduzco que sigue amontonando material en el altillo. Luego aparece ella, y se encierra con ella. Sigue amontonando material en el altillo, ¡o le da de comer al animal! ¡O le da de comer al animal! Se me acaba de ocurrir. Le da de comer al animal. El animal no es lo que yo me imaginaba. Mejor dicho, el animal no es lo que el Chino quería que yo me imaginara. El animal está *realmente* en el altillo. ¡Tiene al animal en el altillo desde que supo la llegada de Marta! Un momento, un momento. ¿Qué fue lo que dijo Diego? ¿Qué dijo Diego hace un montón de tiempo? Cuaderno, cuaderno mío, tú sí que lo sabes.

¡Sí señor! El día 14 de marzo Diego le dijo a el Chino, ¿lo llevo a casa?, y también, ¿no te da pena?, y también, ¿y si lo dejamos en paz? Imbécil de mí, convencido de que hablaban de... Ha tratado de confundirme. Lo proyectó de tal manera que yo confundiera al animal con lo que no es el animal. ¿O no? ¿O todo lo contrario? Me está distrayendo, me está distrayendo de MI PRESA. Quiere que tome por animal lo que no es en absoluto animal. ¡Oh, Dios mío!

No puedo asegurarlo. La puerta del altillo está cerrada con llave. He permanecido un buen rato con la oreja pegada a la puerta. ¿Era un gruñido?, ¿un jadeo? Allí hay algo. Algo vivo o semivivo. ¿O era mi cerebro y mi oído y mis vísceras jugando al escondite? ¿Yo mismo hacía ruidos? ¿Yo mismo gruñía?

Lo más sorprendente, sin embargo, es el olor. Un vapor zoológico mareante que escapa por la rendija de la puerta. Lo he aspirado intensamente, de rodillas, y por poco me desvanezco.

Esta misma noche hablaré con el Chino. ¿O me hago el tonto? ¿Y si actúo con el falso animal tal y como él ha previsto? ¿Y si le engaño astutamente, simulo tomar por animal al falso animal y así le espío? ¿Y si hago una animalada?

24 de julio

También los desayunos se espiritualizan. Una espesa atmósfera sexual compite

con el cacao y la mermelada de albaricoque. Ofrezco una tostada, la hago avanzar con gesto insinuante hacia sus dedos. Las puntas sonrosadas entran en contacto. Intensa mirada de fuego, bramido de plantígrado reprimido en el pecho con grave peligro de la jaula pulmonar. ¡Ella baja los ojos! ¡Sumisión a mi ígnea virilidad! Mientras mordisquea la tostada (sin verdadero apetito, el deseo es tan intenso que todo el aparato digestivo está crispado) mi virilidad choca contra la mesa y la inclina con manifiesto riesgo de volcar la taza de cacao. Trato de controlarme, pero me burbujea la saliva. Comentarios continuos de Marta con la buena intención de ocultar su turbación: pues en Cadaqués vivía con los Gabarró en una casa preciosa, arriba de todo de la montaña, colgada sobre el mar en lo alto de un alcantarillado... ¿Otra tostada?, suplico con los ojos sudados por la lujuria. De nuevo sus dedos pringados de mermelada avanzan vaginalmente hacia los míos. ¡Se los chupa sin dejar de mirarme! Debo compensar el rabioso salto de mi virilidad apoyando ambos brazos contra la mesa y haciendo un colosal esfuerzo. No aguanta más; se levanta roja como un tomate y desaparece por la puerta de la calle. Aroma de niscalos y castaños en la cocina tras la descarga. Alivio y rápida limpieza.

Pero enfurecido todo el día, y medio loco por la tarde. ¡Dolor inmenso durante las sesiones de carcajada de el Chino con ella en la habitación de ella! ¡Reventaré si no meto mi lengua en su boca empapada de saliva, si no chupo sus pechos, si no muerdo sus nalgas, si no introduzco mi pie derecho en su sexo caliente y viscoso antes de enterrarle este músculo hinchado de sangre que es que no sé qué hacer con él todo el día! ¡Rugidos de tigre con doce venablos mortales hincados en la espina dorsal, en la tripa, en los cuartos traseros, pero sobre todo, sobre todo, en la cabeza, escroto en llaga viva del espíritu! Me consuelo lamiendo sus sandalias robadas y hundiendo la cabeza hasta el fondo de la taza del retrete en busca de huellas olfativas.

(en lugar de la fecha figura: 11 de Marta)

Gran serenidad. Gran serenidad. Tono mesurado. *Concerto grosso*. Señoras y señores, la espontaneidad con que se ha producido la cópula tiene como consecuencia que yo permanezca en mi situación anterior y previa, cuando lo sabía todo de ella aunque no pudiera decir una sola palabra, solo que ahora que ya lo sé todo de ella no sé absolutamente nada de ella, a pesar de que vivimos una severísima promiscuidad que nos mantiene en total ignorancia del día y de la noche, ¡atención!, nuestros ojos, evidentemente, ven la luz y VEN la oscuridad, de manera que ya ni subimos ni bajamos las persianas y hoy por ejemplo (¿qué quiere decir «hoy»?) he despertado medio entumecido en la bañera, adonde calculo fui a parar con ánimo de limpiarme los orines, los mocos, el semen, la saliva, las lágrimas y la sangre, todos los líquidos del espíritu se me escapan como espantados de mi proceso (¡proceso!). Calma.

En ocasiones estamos separados, creo, o buscándonos por las habitaciones, o

esperando, en la suposición de que el otro ha salido a comprar pan y leche; momentos perdidos durante los cuales me agarro a este cuaderno en busca de signos inteligibles como, por ejemplo, una fecha (y entonces me doy cuenta de que apenas han pasado dos días, o cuatro, pero ¿qué día es hoy?) sin éxito, ah, ah, pues nada más vernos a la vuelta de la puerta o sobre el taburete del baño, bizca, se reanuda la enajenación y caemos enredados, anudados, buscando orificios debajo de la ropa si es que hay ropa, o persiguiéndonos, o incluso dándonos tremendas bofetadas que suelen terminar con una nariz hinchada o un labio partido... No quiero engañarme a mí mismo (hola, estoy aquí) pero creo que esto no puede durar, esta avalancha de carne y pelo, horas y horas de carne y pelo, pues, como es natural, me encuentro exhausto, lo que no impide que ella continúe arañando, mordiendo, manoseando, en una duermevela amenazadora, el miembro amoratado, no hay límite, efectivamente, para estas actividades del espíritu y caídos en ello, en la especulación quiero decir, puede transcurrir una existencia entera sin otra necesidad que la de llenar el estómago y beber agua, lo que hacemos directamente en el grifo del bidet aprovechando la ocasión para limpiarnos la cara de costras y placas secas, orgánicas, pues ni siquiera respetamos la intimidad que habitualmente se concede a las deyecciones y deposiciones, ¡tanta es la necesidad de tragarse todo lo del otro!, si por un azar hemos dado en caer rodando cerca del retrete, ¡hombre un retrete!, y alguno de los dos o los dos se empina a la taza y alivia ahora una vejiga ahora otra víscera cualquiera, ascesis, por otra parte, tan absoluta y brahamánica que si uno, yo, por ejemplo, debe salir a la calle para no morir de hambre (pan y leche, no recuerdo otra cosa), tiene la certeza de disfrazarse aunque solo sea con un pantalón y un jersey, ya que voy descalzo a la granja Corele donde INCLUSO ELLOS me miran como a un objeto volante no identificado, saludo ¡arriba España!, se cuadra el mongólico de pantalón corto, la anciana grita *Sieg Heil*, y experimento un alivio exaltante cuando, de regreso, arrojo la ropa como si fuera un periódico, pero entonces, enorme hinchazón del miembro ¿y dónde lo meto yo ahora?, hasta meterlo y desvanecimiento, pero me ha parecido, además, que en una de estas abruptas pérdidas de conciencia del cuerpo, mientras nos debatíamos como lombrices, el Chino andaba por casa y pienso que llegó a observarnos un buen rato con curiosidad y luego con aburrimiento, no lo sé, ya que, como digo, fue solo una impresión pasajera entre dos lametazos o mordiscos, o entre dos jadeos o entre dos aullidos, no obstante en un momento de recuperación del habla corporal le he preguntado a Marta sí también ella recordaba algo similar, creo que he dicho, muy despacio, ¿te parece que el Chino nos estaba mirando, hace un rato?, pero no me ha comprendido o bien no conoce a el Chino por ese nombre sino más bien por otro, el caso es que ha emergido de debajo del sofá, arrastrándose, con la intención de abrir una lata de maíz que no sé de dónde ha salido, operación que trataba de llevar a cabo pinchando la lata con un cuchillo (¡qué bien, ahora con cuchillo!) hasta que la hoja se ha quebrado por la mitad, y ya no he vuelto a pensar en ello hasta... ¡Dios mío, ya vuelve!

(fecha ilegible)

Muy interesante, muy interesante. Los pechos, por ejemplo, ahora *son* grandes, ahora son pequeños; ahora crecen y se inflan hasta alcanzar el diámetro de una sandía, ahora se arrugan y encogen como pimientos verdes. El culo crece también desmesuradamente, cruzado de latigazos rojos, una ventana con rejas al mundo, o se transforma en una pelotita de goma estampada con estrellitas de colores. Pero lo más flexible es el sexo, descomunal, en su interior he colocado por tres veces la cabeza completa y sin estrecheces, por el contrario, cómodamente, experimento espiritual, sin morir de asfixia pues aún quedaba espacio para, por supuesto, leer con gafas, difícil, en todo caso, por su exudación, muy ácida, me despelleja la lengua pero no tengo alternativa porque nadie sale ya a comprar pan y leche, así que bebo sorbos de líquido vaginal cuando estoy al borde del desvanecimiento, debilidad, luego recuperación, entonces: hinchazón, y ¿dónde poner eso? ¿dónde hincarlo?, me confundo, claro, me encuentro, verbigracia, tumbado en la bañera, sorpresa, confusión, lo he metido por el desagüe, ¿dónde está ella? ¿dónde está ella? la oigo jadear aquí debajo, mientras escribo, ¡entre mis piernas! ¿Eres tú, eres tú bomboncito? ¡Ah, es...! (ilegible).

(sin fecha)

¿Qué me pasa? ¿Estoy dormido? Silencio. Un tiempo muerto, no sucede nada, a saber, no hay nadie. ¿Se acabó? No. No está. Así es. Parece mentira. Tiene AUTONOMÍA. Gran curiosidad. ¿Cómo puede...? Mejor dormir, mejor dormir...

7 de agosto

¿Se la ha llevado el Chino? ¿Se ha muerto? ¿Ha salido a trabajar? ¿Está sindicada? ¿Va a volver? No sé cuántas horas llevo en la puerta de la calle, tirado por el suelo; bostezo, aúllo, me rasco con la pata trasera, apoyo la cabeza en tierra, alzo las orejas si escucho un rumor, si me roza un olor. No es posible, no es posible. Ahora mismo rehacer y recomponer el cuerpo. Mirémoslo de frente: de hoy en adelante, todas las noches, todas las mañanas, a todas horas, de un modo tan intenso, tan doloroso, todas las tardes, todas las madrugadas, moderándolo de manera que pueda seguir aguantando su necesidad material; hambre, pura y miserable hambre que no roe las tripas sino, de nuevo, el espíritu, o sea el cuerpo y las tripas. Aunque concibo perfectamente (¡no estoy loco!) una vida en la que toda necesidad encuentre satisfacción, mí cuerpo, es decir, mi alma, no es de esta vida, se ha convertido en un

mero RECEPTÁCULO donde *solo cabe*, hasta ocuparlo por entero, otro cuerpo, es decir, otra alma, cuya característica más sobresaliente es QUE NO ESTA.

Deduzco la voluptuosidad del parto según este modelo: el útero, la vagina, o lo que sea, músculo inflamado que soporta una enorme presión; si no revienta como un higo es porque solo duele FUERA del músculo, así que la expulsión del cuerpo extraño, aunque desgarre o destripe, no es una liberación sino el paso del dolor al éxtasis. Así también yo, ocupado mi cuerpo MENTAL por un cuerpo ajeno, siento los músculos hinchados, las venas gordas de sangre, la cabeza inflada de humores espesos, pero no puedo consolarme como una preñada pues me es imposible EXPULSAR el cuerpo extraño, transformar el dolor en arrebató, dado que el cuerpo que me ocupa solo me ocupa en la medida en que ESTA AUSENTE.

La única posibilidad que se me ofrece —la contraria del niño ya parido, el cual, a partir de ese momento, puede considerarse un cuerpo *realmente* extraño— sería meterme en el cuerpo al cuerpo que me ocupa hasta hacerlo desaparecer EN MI, y de ese modo restablecer el equilibrio de la presión entre el exterior y el interior, como en los aeroplanos y submarinos cuando suena el silbido de oxígeno que libera a los pasajeros de un súbito aplastamiento debido al mucho subir o al mucho bajar.

Pero metérmela en el cuerpo quiere decir tan solo ocupar por asalto ese vacío que pincha como un acerico, es decir, COMÉRMELA, lo cual no soluciona nada de nada, pues tras digerirla y expulsarla renacería la ausencia, y con ella el dolor. Habría trocado una ausencia solo corporal y espiritual por una ausencia total y metafísica, a saber, ni corporal ni espiritual, pues Marta habría escapado del Planeta. Y todo por un alivio momentáneo, los minutos del descuartizamiento, la masticación, la deglución, quizás la deposición, pero ¿y luego?, irrecuperable... no, no; es preferible seguir siendo un perro. Así y todo, si las cosas van MUY MAL, si me duele tanto, si no queda otra alternativa...

10 de agosto

Me recuperaré. Voy comprendiendo. Marta era una maniobra de distracción. Tengo mucho miedo. Es el resultado de saber cosas, cuanto más se sabe, más miedo; si se sabe todo, entonces terror. Pero no saber, es ya imposible. Voy sabiendo y, de pronto, sé mucho. Entonces, mucho miedo. Verbigracia, ya sé por qué no ha vuelto Marta hasta esta misma mañana. Terrible noche sin Marta, o días. Su ausencia, sin embargo, era fruto de la obediencia. Marta obedece a el Chino. Le obedece. Lo puedo decir tranquilamente. Es otro cálculo, otra columnita en su cuaderno de eterna contabilidad. ¿Es un número? ¿El número nueve? Quizás ni siquiera le conceda el rango de especie. Puede ser, tan solo, un resto de multiplicación. ¡Oh, sin duda está muy relacionada con la multiplicación! ¡A ella no le interesa otra cosa que la

multiplicación! Pero no la multiplicación evangélica de los panes y de los peces; en absoluto; le interesa a la manera científica y biológica. ¡Nada milagroso! ¡Todo dentro de la mayor normalidad! En este complicado proceso de multiplicación, solo yo creo en la posibilidad de que los panes y los peces se multipliquen. Todos los demás —sí señor, el mundo entero— no cree más que en LA OTRA multiplicación.

Bien. Refrenemos. Soseguémonos. De manera que ella no estaba (ya no estaba antes, pero ahora ya no estaba en absoluto, estaba ida); un cálculo de cronómetro. Y entonces aparece el Chino. Casa solitaria. Hombre paleontológico. Al principio ni le reconocía. ¿Tenemos el mono?, dice, pero yo no entiendo absolutamente nada. ¿No sabes lo que es el mono? Entonces le reconozco y siento la más viva simpatía hacia él; yo sufro mucho, como en la célebre Visión del Calabozo, y mi amigo oriental llega milagrosamente a curar mi dolor. ¿Dónde está?, le pregunto. No te preocupes, volverá pronto, no tardará, no tardará. Y mí cabeza resonaba, no tardará, no tardará, y veo la aguja, y veo la cuchara, y veo... ¡pero yo no me había pinchado en ningún momento!

Debilidad. Falta de alimento. Agotamiento. Me caigo redondo. Creo que me golpeo la cabeza porque huelo a húmedo, una estupenda vaharada de moho. Sin duda que el Chino me incorpora; prepara un vaso de leche caliente; su poquito de *whisky*; es una gran ayuda. Anda, dúchate y ponte algo por encima. Igual que durante la Visión del Calabozo. Poco a poco, como un autómatas del Tibidabo, hago lo que me dice. Veo entonces que es de día o de tarde. Veo también que el Chino ha preparado una tortilla. Me asalta un hambre espiritual y devoro el pan con tomate, el queso, las almendras, el melocotón. Bebo más de media botella de vino y me siento muchísimo mejor, es como regresar; una vez más, regresar. El Chino me ha dejado hacer en silencio, con una imitación de sonrisa en los labios finos como un hachazo, las manos cruzadas sobre una rodilla. Todo, estoy seguro, proyectado cuidadosamente, aun cuando dudo mucho que haya dedicado gran atención a este asunto, es decir, a mi asunto o a mí como asunto suyo.

Ahora ya estoy muy habituado a sus peroratas y las reconozco en el modo de concentrarse hasta que se escucha el crujido de los huesos craneales; también, la mirada estupefacta perforando el vaso y los hielos. Siempre igual. Yo nunca he tenido el menor atisbo de ambición intelectual, ha comenzado diciendo, ni la menor ansiedad sentimental. He superado la infancia antes de lo que suele ser habitual. Siento el mayor desprecio hacia los consuelos artísticos y amorosos. Artistas y enamorados son lo mismo, insisto, lo mismo, una inflamación, inflamaciones hindúes. El sol de los muertos. No temo decir estas cosas porque solo me siento desnudo y desvalido en tanto que ESPECIE; también yo soy en parte un animal obediente que se somete a su biología. Pero también puedo ser un animal desobediente y una vez suprimidos los CONSUELOS, y una vez suprimida la RESIGNACIÓN, y una vez suprimida la COMPASIÓN, puedo elevar el nivel biológico de la especie por mi voluntad PERSONAL. Puedo convertir a la especie en una nueva especie

de animales desobedientes, siguiendo un buen ejemplo dado por nuestros primeros padres, dos animales del Edén, dos animales desobedientes, nada artísticos, nada amorosos, trabajadores, sudoríparos, mamíferos, que decidieron dejar de hablar con los restantes animales para no hablar más que ENTRE SI; pues yo también me niego a hablar con los artistas y con los enamorados; me niego a hablar con los poseedores de la actualidad biológica. ¡Yo solo apuesto por mi deificación! ¡Yo represento a lo mejor y lo más alto y lo más noble de nuestra biología! No quiero entrar en *relaciones animales*. Tú no comprendes a qué alturas puede llegar un ser humano, porque eres un hombre banal. Yo sigo la única tradición HUMANA VERDADERA; desde Satanás, la tradición humana verdadera es no ser un animal *en absoluto*.

Por una vez me pareció verle atontado, embobecido, disparado sobre el vaso y protegido por cien pares de gafas, pobre hombrecillo. Incluso llegó a levantarse con intención de rellenar de ginebra el vaso, y se dio contra el cristal de la terraza. Fue como un campanazo. Más tarde, una vez caída la noche, una noche ya algo fresca y aromática, anunciadora de hogueras y castañas asadas, seguía hablando en plena oscuridad. Cada diez o doce minutos se escuchaba un garrapateo y podía ver sus ojos dilatados a la luz de una cerilla. Miraba absorto el fuego, hasta que le quemaba los dedos. La luna colgaba del cielo como una enorme blasfemia verde. Mi atención iba y venía; a ratos escuchaba, pero carecía todavía de concentración, distraído como estaba por el olor que todavía permanecía pegado a la punta de mis dedos. Un olor narcótico, de amoníaco y de hierba recién segada que me volaba la cabeza durante otra media hora. Sin embargo, mi atención se recuperó de pronto bajo el efecto de una pregunta —aunque quizás hacía ya mucho que había sido formulada, o bien el Chino la repetía maquinalmente— que disipó mi ensoñación en un instante. ¿No eres, preguntaba el Chino, un experto en cosas animales? ¿Un Amante de la Naturaleza? ¿En cierto modo, una forma de DECADENCIA? ¿El retroceso de la especie hacia el respeto y el cuidado de animales, plantas, e incluso minerales? ¿Un traidor? ¿La tarea realmente humana se ve interrumpida una y otra vez por gente como tú! ¿Respeto de la naturaleza! ¿Amor a las víctimas! ¿Salvar (un tiempo, un rato, unas horas) a los condenados! ¿Alargarles la agonía! ¿Pero qué sabes del VERDADERO animal? Yo sí que sé. Yo lo he estudiado. Pero me queda un último conocimiento. Hay una incógnita sobre UNA actividad particular. ¿Ignoro cómo puede *evitarse* hacer el animal en esas circunstancias! A todos nos ocurre. Todos lo hacemos. ¿Cómo escapar? ¿No aceptarlo! ¿No admitirlo de ninguna de las maneras! Pero es preciso estudiarlo. Ahora tengo ocasión de estudiarlo. Ahora tengo sometido a estudio el ANIMAL QUE SE MUERE. Fíjate bien, digo el animal que se muere, no EL OTRO, el que no sabe que se muere y por lo tanto ni vive ni muere, aparece y desaparece como una habichuela. Fíjate bien. Si el animal vulgar supiera que se muere, haría suya la ley que le hace morir, y aunque luego, inevitablemente, muriera, YA NO SERIA UN ANIMAL, sino MÁS que animal, y seguramente inmortal. Solo es inmortal quien inventa la muerte. Así que el

verdadero animal debe de comprender que solo se muere PORQUE LE DA LA GANA, y entonces ya no es un animal, sino un más que animal, y puede *propiamente* morir.

Me había evadido porque no me interesaba en absoluto aquel delirio, aquel producto del seso, pero intuía que nos aproximábamos al motivo de mi presencia en aquella casa, y sobre todo al motivo de la ausencia de Marta; nos aproximábamos al origen de esta maravillosa historia natural, así que ahora prestaba atención incluso sin prestar demasiada atención. Debemos aprovechar, seguía diciendo, la ocasión, y con cierta urgencia pues no le queda mucho tiempo, es cosa de días, no podemos esperar ya mucho; de otra parte me resulta ya muy difícil darle de comer, tiene el cuello muy hinchado; solo líquidos; y ya ha perdido el oído. Ya no me oye. ¡Has de saber que es cosa suya! ¡Él me lo pidió! ¿Intervenir? ¿Alargarlo unos años más? ¡Mejor dejarlo estar! ¿Quimioterapia, calmantes, verlo venir, como si pudiera verse DESDE FUERA...? Pero nadie lo admitiría en su casa, todo el mundo lo entregaría, maniatado, al hospital, al carnicero, a la satisfacción moral, al cuidado y compasión de las víctimas, al último sacerdocio. Yo podía ayudarlo. Una razón de peso, por otra parte, has de saber que la ley lo prohíbe. ¡Lo prohíbe! Así que haz el favor de acompañarme, porque vamos a ver al animal, al verdadero animal.

Nos levantamos sin cruzar una palabra y en las sucesivas puertas rendimos homenaje al ritual de usted primero, no usted primero, hasta el final de la escalera. Hasta el altillo. El olor había subido de intensidad, o bien a mí se me había desencadenado el sistema olfativo hasta convertirse en un monstruo táctil, porque sus yemas autónomas cazaban grumos de olor por el aire como si fueran polillas. No solo abre la puerta, sino que me entrega la llave con gesto versallesco. Puedes quedártela, dice, a partir de ahora es tan tuyo como mío, si te interesa. Me asomo con cuidado pero no veo nada; la habitación está a oscuras. Por la ventana penetran los primeros alumbres de la mañana y el exasperante escándalo de los gorriones y los mirlos. El Chino, a mis espaldas, cierra la puerta; los ojos se me van haciendo a la oscuridad y poco a poco, por su cuenta, van construyendo una masa blanquinosa, una nube que se concentra, hasta transformarse en una cama. Casi no puedo respirar. Las sábanas cubren un cuerpo cuya cabeza reposa sobre la almohada, cara arriba, cara al techo. El Chino me empuja suavemente hacia adelante, pero yo me resisto; ya veo todo lo que quiero ver, al menos por ahora. ¿Está muerto? No, todavía no, pero ya no le queda mucho; hay que darse prisa.

Ahora veo el cráneo cubierto por un cabello escaso en forma de aureola. El olor es asfixiante. Este hombre está muerto. No, no está muerto, acércate. Estoy ya muy cerca. El jadeo me había pasado inadvertido, pero ahora, como si mi imaginación le hiciera sitio, irrumpe con estruendo; cada diez o doce segundos, una inspiración trabajosa, burbujeante. ¿Pero qué hace este pobre hombre aquí? ¿Hombre? ¿Y por qué dices «hombre»? Este es el animal de la desgracia, el verdadero animal, el único y supremo, el gran ordenador, el compasivo.

De un empujón aparté a el Chino y salí de la habitación con los pulmones a punto

de estallar. Una sensación perdida desde la infancia, cuando pescaba pulpos. Bajar la escalera me costó tiempo y esfuerzo. En la cocina caí al suelo mareado. La luz cruda de la mañana iluminaba los muebles blancos, la nevera, los platos sucios del fregadero; el reloj eléctrico marcaba las nueve y cuarto. No le vi seguirme, pero ahí estaba, delante de mí, sentado a la mesa. Sostenía en la mano una lata de aceitunas La Española, de donde fue tomando, de una en una, la totalidad del contenido; despacio, interrumpiendo la operación (meticulosa, quirúrgica) para someter a mi consideración algunos juicios, algunas informaciones curiosas. Él mismo me lo vino a pedir, ¿entiendes?, no nos hablábamos desde hacía veinte años, me rogó, ¿comprendes?, que le ayudara a morir; solo necesito lo imprescindible, me dijo, ¡incluso me ofreció una fortuna! ¡Una fortuna que es mía, de todos modos! Yo le doy de comer. Mientras pudo hablar, hablamos. Ahora solo nos miramos. Veinte años sin mirarnos y ahora nos miramos.

Ignoro cómo se formó esta idea en mi cabeza, idea absurda, disparatada, pues no había la menor posibilidad, por edad, por complexión, pero le pregunté al Chino, ¿es Cucurella, sabes si ya ha muerto otra vez de lo mismo? Por fortuna ni siquiera me escuchaba, una tibia tristeza estaba trabajándole el hielo y el número y la contabilidad. Ahora ya no me puede oír, decía el Chino, y dentro de poco el tumor se le comerá el bulbo raquídeo, uno de sus animales devorará a otro de sus animales, y ya no quedará nada; pero todavía tiene conciencia. El dolor, el mareo, los desmayos le ocupan mucho, casi todo el día, pero no TODO el día; de pronto, unos segundos de alivio lo devuelven a sí mismo; si logras que te mire durante esos segundos, esos miserables segundos, entonces tu salvación está asegurada. Ahora yo tengo que estar allí en donde esos ojos quieren mirar y quieren ver.

Iba yo a insistir, contagiado por el delirio, sobre la identidad del moribundo cuando oí con toda claridad la puerta de la calle, los pasos fuertes, el arrastrar de bolsas. No sentí nada. Solo indiferencia. Ya ha llegado, me dije, pero no sentí nada. Solo indiferencia. También me dije que esa indiferencia desaparecería pronto, y entonces aún acaricié con mayor amor mi indiferencia. Entró en la cocina. No mostró ni sorpresa ni alegría ni nada de nada. Nos besó sucesivamente en la mejilla, primero a el Chino, luego a mí, y entonces supe que llegaba de Madrid por la pregunta, ¿qué tal el vuelo? Psché, en el puente casi no había cola, pero he pasado un miedo... se movía como un columpio, ¡fíjate que incluso he rezado un Padrenuestro!; luego me he arrepentido porque como no creo en Dios, igual se enfada y nos hunde el aparato...

La interrumpo, ¿sabes lo que tiene este hombre en el altillo? ¡Calla, calla! ¡La guerra que me ha dado! ¿A quién se le ocurre meter un muerto en mí casa? Lo que más me ha dolido de su contestación es que lo ha llamado «un muerto», es decir, que lo da por muerto porque para ella YA es un muerto y en consecuencia considera muerto todo aquello que no puede multiplicarse; a ella solo le interesa la multiplicación. Luego han subido al primer piso, a la habitación de ella. Allí siguen.

Del mismo modo que también yo sigo aquí. En la mayor indiferencia. Todavía.

12 de agosto

Aunque agotado y maltrecho, se me ha producido una *explosión de calma* continuadora del ataque de indiferencia. Efectos de tener la muerte en el piso de arriba, siempre presente. Tendido en el suelo del dormitorio, tras un ligero sueño del que despierto bruscamente tras sentir un golpe en la cabeza (golpe muy leve que en la duermevela se me apareció bajo la forma de un pulpo resbalando sobre mis ojos con el pico abierto, aunque no era otra cosa que el pie de Marta cuya pierna se había deslizado de la colcha), concibo la Gran Infelicidad. Su forma habitual es la tristeza del niño a quien despiertan con prisas para acudir a la escuela. Me incorporo hasta la cama y, acurrucado contra el cuerpo blando y caliente, miro esa cara sobre la que flotan dos pedazos de hielo azul.

Es preciso remarcar que me sentía tan desamparado, tan desprendido de mi anterior carnalidad como para comenzar a hablar sin saber lo que decía, llevado por la necesidad de cubrir con un velo de palabras nuestra previa descarnación —del mismo modo que Adán y Eva se encuentran desnudos justamente cuando se han vestido de palabras—, hasta que la compasión, jugando al escondite, acabó por conducirme a una pregunta bárbara, incluso pérfida, del género «¿qué sentido tiene todo esto?» como dando por supuesto que debe de haber algún sentido o algún otro que el que hay, y para colmo expuesto bajo una forma social agresiva como «¿qué quieres de mí?» o «¿qué estás buscando?», a lo que fui respondido como me merecía, sin titubeos, con la contundencia del que contesta a una pregunta por las preferencias gastronómicas: pues un hijo, claro, y me miraba con tal expresión de obviedad, de aburrida cuestión archiconocida, de irrelevancia cósmica, que sentí cómo me crujía el corazón.

Yo, sin embargo, no dejaba de mirar sus ojos, ahora ya perplejo por la pérdida de banalidad que traicionaba mi pregunta, ni dejaba de mirar su boca tranquila, sonriente de pura constitución —es decir, enigmática y micénica—, de donde acababa de emerger la única respuesta posible y la más alejada de mis proyectos formativos, intelectuales y banales, vamos, de absolutamente todo mí, de lo que yo había hecho con mi vida y de lo que mi vida había hecho conmigo y de lo que faltaba por hacer, poco y rápido. Seguía pues mirando aquella boca, absorto, cavilando sobre otras minucias, el color de la colcha (a listas cereza y verde pera), en la canción de Martini (donde estés y a la hora que estés), hasta que esa misma boca volvió a abrirse tímidamente, con una dolorosa suavidad para preguntar de nuevo: ¿no? ¿Y qué iba yo a contestar? Sin ninguna convicción, echando mano mecánicamente a trucos aprendidos, a disimulos de profesional, respondí que estábamos el uno frente al otro como dos egipcios que se vigilan eternamente los ojos por si ven algo al otro,

actividad inútil que los mantiene cara a cara como los polos positivo y negativo del imán, sin que ese campo energético sea capaz de producir absolutamente nada, sino, en todo caso, modificar lo que acierta a cruzarse en su camino. Es lo mismo, digo, que mantenerse días y días ante el espejo, abismado en la contemplación de un cuerpo agotadoramente conocido pero siempre capaz de albergar un secreto, una nueva arruga, un nuevo bulto, una peca nueva, un nuevo cáncer; es la ceguera, porque mientras nos miramos a los ojos no podemos ver nada más y despilfarramos el mundo, lo malvendemos, por un par de ojos. Marta, hasta ese momento absorta en uno de sus muslos algo dorado por el vello, me mira a los ojos. Parece desconcertada; como si la cuestión tardara en llegar a su cerebro traducida a un lenguaje de mujer, pero cuando al fin consigue desnudar lo que he dicho de toda su retórica ocultadora, se le produce un fogonazo: ya, claro, ya te entiendo, pero ¡qué ojos! ¿no? Y me mira con sus ojos carolingios rodeados de lirios.

Y qué voy a decirle... Si es que la verdadera especie humana está compuesta tan solo por un puñado de mujeres y todos los demás somos mero aditamento superfluo, vida vicaria que se les parasita y desde esa posición dependiente vive la vanidad de un poder concedido por piedad. Ellas cuidan los detalles del funeral, ellas maquillan al muerto, ellas consuelan a vecinos y conocidos mientras atienden a las necesidades del banquete con una solidez corporal tan prominente que en ocasiones lleva a confundirlas con la muerte misma. Pero no es cierto, no son la muerte, son la especie, y todos los demás solo alcanzamos a ser individuos; lo cual, por cierto, me produce ahora —¡Dios mío cuántos cambios!— un sereno consuelo juvenil que me desliza hacia un pasado remotísimo. Ella es multiplicación, solo multiplicación, y yo estoy cambiando a tal velocidad que siento los paños de piel caer al suelo como sábanas mojadas. ¡Qué inmensa distancia con mis apuntes de enero, y cómo ya entonces adivinaba la ruptura de mí conmigo mismo! ¿Será esto la literatura? ¿Leer el comienzo una y otra vez? ¿Multiplicarlo? ¿Han pasado nueve meses? ¿Voy a dar a luz?

Yo era fea, continúa Marta, de pequeña, fea sin remedio. Me daba una vergüenza horrible ir a las fiestas. Todas eran más guapas que yo, o más mayores, o más atrevidas, o bailaban muy bien, o tenían mucho pecho. Yo no bailaba; me sentaba en una silla y esperaba a que alguien se acercara, fíjate qué horror y qué tristeza. Tenía la obligación de bailar porque los chicos, ¡pobres!, habían hecho todos aquellos esfuerzos para tocarnos un poco, pero yo era incapaz de bailar; que me tocaran me parecía muy bien, en fin, que me tocaran si querían, pero era incapaz de bailar, incapaz, antes me hubiera muerto, así que no podían tocarme, aunque tampoco nadie quería tocarme; por eso siempre tuve amigos desgraciados, chicos que solo se atrevían a hablar; a mí me parecían maravillosos, pero sabía que todo el mundo los encontraba pesados, sin gracia, vulgares e incluso bobos. Se calla y reflexiona antes de reír con una espléndida frescura; ¡sí!, la verdad es que debían de ser muy pesados y muy vulgares. ¿También yo, le pregunto, soy uno de esos desgraciados que hablan

para no bailar? Bueno, solo al principio, pero la primera vez que te vi desnudo... ¡me pareciste tan culto! De cuerpo y eso, ¿sabes? Y se ríe con todas las ganas.

Creo que no había vuelto a llorar desde la Visión del Calabozo. Marta acepta mi llanto como algo normal; lo que es debido. Desde luego no trata de consolarme, solo se dice a sí misma en voz alta: me gustaría ser tu tía y que fueras pequeño; te llevaría al Tibidabo a ver los autómatas y luego te compraría Pitufos. Me tiene abrazada la cabeza contra su pecho. Yo veo mi barriga tierna y abultada, cubierta de pelusa rojiza. En ese privilegiado instante me quiero mucho, pero casi de inmediato recuerdo al Animal ahogándose en el altillo y siento una contracción helada; el llanto se ciega, y desaparece la prometedor erección. Siempre ese muerto presente. Siempre presente.

15 de agosto

Ahora es que pienso mucho en literario. Mucho. A través de este filtro del muerto. Verbigracia: como una embarcación desarbolada que emboca el puerto con la sola ayuda de su instinto, el cual, ¡fenómeno infrecuente!, la conduce a sí misma a la manera de los viejos jumentos que regresan al establo con su jinete dormido, del mismo modo yo regreso a mí mismo SIN CEREBRO, empujado por el último vestigio de amor propio, ¿eh? Algo así. Esta frase, variada una y otra vez, como el pianista que pone a prueba sus dedos sobre el teclado: la embarcación quebrada por el encuentro con la tempestad emboca el puerto empujada por su instinto, independiente del piloto y la marinería, ayudada tan solo por la substancia que da vida a sus maderas, a la manera del caballo llevado por una nostalgia de la carne, de regreso al establo con su caballero muerto; no de otro modo regreso yo sin cerebro a mi propio cuerpo gracias al amor que los hidrocarburos se profesan mutuamente. Espantoso, ¿no? Podría pasarme las horas haciendo arpegios, separado de esa otra ficción que me ha reformado, aunque solo sea por fuera, por el lado del espíritu. O sea: vuelvo sin cerebro a mi cuerpo, movido por la substancia que de la tierra aspiran los hidrocarburos con intención de ser quemados sobre la atmósfera del mundo, regresando así a los vastos campos en donde, siglos atrás, fueron bosques de helechos o inmenso océano orgánico, como si ambos, cuerpo y cerebro, hubiéramos pasado una temporada en el subsuelo y ahora aspiráramos a diluirnos en el aire con gran desprendimiento de luz y calor, pero solo uno, solo uno hubiera superado la prueba, y así sucesivamente, ahora lo de Orfeo y Eurídice, ya se sabe.

¡Podría pasarme así la vida! Aquí resguardado, sin mí, saltando de palabra en palabra, de ocurrencia en ocurrencia, como el clásico cabalista con su imponderable puchero de signos en busca de la combinación capaz de hacer de él un dios; y una vez hecho dios, prescindir de la esclavitud de los signos. ¿Qué tal? A veces he visto pintores cubriendo papeles y más papeles con una sola capa de color, incapaces de darle forma pero extasiados con esa huida, transmutados de una dolorosa existencia a

la vida espléndida y neutra de la pura tonalidad y el puro timbre. Ah, ah. Luego, lo del lápiz cada vez más afilado, pero sin capacidad para escribir nada.

Este regreso es sin duda el mantillo sobre el que puede germinar mi futuro cuerpo. Prueba científica: también he regresado a la lectura. De la mano de Montaigne, por cierto. Nada que ver con mis infructuosos entretenimientos anteriores, iracundos, rencorosos. No. Ahora, con grandísimo sosiego. Ayer tomé el volumen de la biblioteca, aunque es exagerado decir «biblioteca»; más bien almacén de libros idénticos, encuadernados con la inexorable fantasía de las colecciones semanales. ¡Hacía tantísimo tiempo que no leía! Exceptúo los versos de Laforgue que tantas consecuencias iban a traer; aquellos sí, aquellos fueron leídos de verdad. Leer haciendo arpegios, embadurnando de amarillo páginas y páginas, cubrir de números un cuaderno, todo esto es lo mismo que escribir CON ESTILO, es el refugio al que regresa la embarcación desarbolada, movida por el instinto de sus maderas, y así sucesivamente.

Dice Montaigne que «meditar la muerte con antelación es meditar, con antelación, la libertad; quien aprende a morir, no sabe ser esclavo». Una banalidad de las de antes. Pero, por efecto de la traducción, pues Montaigne utiliza prefijos que en mi lengua carecen de vida corporal, así *premediter* (meditar con antelación, distinto de premeditar) y *desaprendre* (no saber, distinto de ignorar), la frase se marchita y muere como una medusa al sol, desprovista de su «pre» y su «des». ¡Problemas literarios! ¡Lujo de la muerte! ¡Deliciosa existencia del escribano, en su celda, arrullado por el crujido del pergamino, haciendo arpegios con la ayuda de Dios! Por la ventana, un laurel, una golondrina, y el cielo incorruptible... En la química de este delirio se produce, a veces, el milagro y habla, ahí, en ese lugar, en el lugar del muerto y del delirante, la boca del Señor.

Pero yo no puedo *todavía* entregarme a esta química exquisita; aún me ocupa demasiado tiempo el fervor de la oración. Y las otras palabras, ajenas al rezo, me hacen sonreír. Como las matemáticas. Como toda multiplicación. Montaigne, ciudadano de tierra fértil, regular y servida por muchos y caudalosos ríos; para él la muerte es cuestión de coraje o cobardía, un asunto tratado como si se hablara de un ejercicio de equitación. Pero no es un enigma al que el arrojo pueda dar alguna luz; es más bien un enigma de la caridad, de nuestro regreso al animal. Y los animales ignoran el miedo a la muerte, sin ser por ello valientes.

Yo creo que cuando los egipcios decidieron proclamar la inmortalidad del Faraón, desecados por la arena y el viento del desierto, mataron el miedo substancial e inventaron el terror, el terror de la ironía. Imagino a las naciones vecinas, hombres entecos de largas barbas negras y hedor a cabra, aproximándose a aquellas novedades con mucha curiosidad: «¿Pues no dicen que hay en el Nilo un dios mortal...?» El Animal está poniendo ahora su pie sobre las primeras piedras ardientes de la pirámide, de su pirámide. Su alma está encogida; la sala es colosal y fría; los ornamentos, de ritual masónico, predominantemente geométricos. Paso a paso se

hundirá en el tiempo de la pirámide hasta llegar al cuerpo embalsamado y a su arquitectura de monedas, alimentos y perfumes. La música, evidentemente, es de Mozart, pero el texto está en blanco. El miedo que le ha permitido escapar a la muerte durante todos estos años que llamamos «su vida», el mismo miedo, le impulsa ahora hacia adelante, un pie y otro pie. No encuentro razón más poderosa para explicarme esa entrega de su responsabilidad en la muerte, o en el Chino, que es lo mismo; el Chino es su SEGURO DE MUERTE.

Cuando subo al altillo a mirarle la cara —ahora está siempre abierto de puerta, e incluso el ventanuco también, para facilitar la aireación—, o cuando introduzco un poco de agua azucarada entre sus labios cuarteados, mediante la cucharita de café con filigrana, veo de nuevo al hombre regresando al animal con esfuerzo agotador de músculos y de vísceras; movimiento inverso al de la Esfinge, cuya parte humana se arranca de la parte animal. Como ya me previno el Chino, a veces abre los ojos y parece reconocermme, aunque yo creo que ya está demasiado lejos de nosotros. Contra todo pronóstico hay como un recuerdo, en su mirada, de la gloria o de la miseria de ser hombre, de cuando también él era hombre.

No puede mover los labios (tiene ya toda la cara deformada por la presión del tumor), no puede mover un solo músculo facial, pero creo oír, aunque en realidad la veo, una sonrisa de bienvenida. Mi tiempo se reparte entre el cuidado del Animal y la llegada de Marta, ambos unidos en una puesta en familia de aromas amoniacaes, fetales y fecales. Ambos, misteriosamente, comparten como hermanos un humor específico, la cadaverina, presente también en el pescado podrido; la trimetilamina, la *herigslacke*... ¡Basta de literatura!

16 de agosto

Como la mayor parte de mis contemporáneos, estoy habituado a ver el oro macizo en las iglesias y en los museos; por lo tanto, a oscuras o con luz artificial; pero tengo entendido que si se expone al sol, el oro en grandes cantidades toma un matiz verdoso de incalculable esplendor. Ciertamente sería exagerado decir que esa es justamente la calidad de su cabello, pues hay una grave diferencia entre la masa compacta del oro y el entramado del cabello, compuesto por múltiples hilos cada uno de los cuales posee su particular constitución y reflejo. Así y todo, a pleno sol puede ser verde. Basta de literatura.

Hoy no la he oído entrar, pues de hora en hora estoy más enfrascado en mi diario o en la lectura. Últimamente escribo varias literaturas antes de poner por escrito los sucesos de este Yo que se arrastra de página en página. Se ha visto muy sorprendida por mi afición a este diario. ¡Yo también, yo también!, ha exclamado, escribía un diario, de pequeña, para que no se lo llevara todo el tiempo, digo, el viento, y todavía lo guardo, el de los doce años, cuando lo del Viet-Nam, ¿se dice «del» Viet Nam o

«de» Viet Nam?, ¿quieres que te lo lea?

Sale de la cocina con su paso un poco abierto, levemente palmípedo, y regresa con dos fotos. Mira, en estas fotos estoy tan cursi como en el diario, ¿verdad? Marta da por supuesto que puedo imaginar exactamente el diario solo con ver las fotos, y que al mirar las fotos es como si leyera el diario, ¿qué diferencia va a haber? ¿No son ambas cosas «ella misma»?

Todas las fotos de niños son iguales. Producen una inquietante impresión de «Causa General.» Los niños de esas fotografías todavía viven, pero nadie sabe dónde están, ni quién los lleva incorporados. Esta niña muerta de la imagen vive recluida en la pirámide adulta de Marta, embalsamada y a la espera de la inmortalidad. He sufrido un tristísimo golpe de sangre y la he abrazado con violencia, como si pudiera arrancar de sus tripas a la niña embalsamada. Sin apenas quitarnos la ropa hemos copulado sobre el suelo de la cocina y yo hurgaba en busca de una Desaparecida, extraviada en el laberinto del tiempo.

Más tarde, mientras comíamos una ensalada en el jardín, he vuelto a sentir el acalorado bienestar que me acoge últimamente. Solo me faltaba un gato, el también extraviado gato de la infancia, y así se lo he dicho. ¿Y para qué quieres un gato?, me ha preguntado con los ojos muy abiertos. Pues no lo sé, para rascarle la cabeza, supongo. ¿Y por qué no me la rascas a mí? Después de lo cual era inevitable volver a cruzarse violentamente sobre la hierba, bajo la mirada histérica de alguna vecina con la ropa extendida al sol.

El crepúsculo, hoy, ha exhibido un intensísimo color lavanda y la llegada de el Chino nos ha sorprendido con la falda arremangada y los pantalones por las rodillas. Por cierto que, al subírmelos, Marta ha puesto una cara de profundo sarcasmo: ¡pero hombre, no me había fijado, vaya pantalones! ¿Qué, qué les pasa a mis pantalones? ¡Cómo! ¿No ves que son un poco évasés? Luego se han ido a la habitación de ella, con ella, pero ya me da igual. Comprendo su disgusto por mis pantalones, y aun su irritación; los rasgos de estilo, cuando pasan de moda, dejan emerger a la luz sus ridículas pretensiones. Es necesario seguir la moda para OCULTAR la petulancia. La moda es un sistema de disimulo. Tengo que comprarme ropa hasta que me confundan con un cretino elegante. Debo tenerlo presente a la hora de escribir. Si no escribo con estilo parecerá que digo la verdad, es decir, que soy el mismo de siempre, y eso es una mentira monstruosa.

20 de agosto

De lo que hoy me ha dicho el Chino, ni una palabra, ni un comentario; su voz, únicamente su voz grabada en mi memoria con dedo de fuego. Comenzó con aire distraído, como si no supiera lo que iba a arrojar: ¿Dijiste algo, creo, sobre Cucurella? ¿Me preguntaste la semana pasada, hace diez días, por Cucurella, por la muerte de

Cucurella? Te creía enterado; salió en la prensa. Cucurella y yo coincidimos en África, sirviendo a la bandera. Él había sido destinado por sorteo; yo, en cambio, fui voluntario; pero ambos dejábamos atrás a nuestro más enconado verdugo; ambos escapábamos del aplastamiento sistemático a que nos habían sometido nuestros respectivos padres, y eso nos unió. En nuestro origen no había sino desprecio, zafiedad y rencor; hombres embrutecidos por una victoria nefasta, empachados de traición y asesinato, violentos explotadores de sus sirvientes y de sus propios hijos. Bebíamos, cuando estábamos libres de servicio, por la muerte de nuestros padres, por la muerte de todos los padres, por la muerte del padre de la Patria y por la muerte de Dios Padre. Un odio cenagoso nos mantenía en perpetua crispación y (creo yo) en la frontera de la enfermedad mental, bajo aquel cielo de plomo, sometidos a toda suerte de vejaciones. Cucurella, el gran Cucurella, a quien yo había admirado hasta la humillación, a quien traté de imitar durante once años de internamiento escolar, se encontraba por entonces en la frontera de la insania. Había intentado matar a su padre, pero después del suceso sufría violentísimos ataques de furia seguidos de contracciones nerviosas durante las cuales destrozaba cuanto se le ponía por delante, antes de golpearse con la cabeza contra el suelo. Yo le protegía de su propia demencia, arrastrándole fuera de los garitos cuando ya relucían las navajas, o sujetándole antes de que le hincara un bayonetazo al teniente de la compañía, abyecto profesional de la tortura. Hice cuanto pude para librarle del calabozo y del pelotón de fusilamiento, pero me daba perfecta cuenta de que Cucurella deseaba terminar de una vez; y cuanto antes, mejor. Yo retrasaba su muerte, compadecido (¡yo entonces aún compadecía!), como si estuviera en mi mano decidir la hora adecuada. Y la hora llegó sin mi consentimiento, pero en ella participé activamente.

El teniente de la compañía, un madrileño muy delgado, altísimo, con ojos hundidos en unas cuencas de hueso verdoso y cabello enteramente cano a pesar de no contar ni treinta años de edad, se dedicó, durante el primer mes de cuartel, a humillar a Cucurella, de quien, sin duda, se había enamorado. Durante el primer mes, el pobre Cucurella encontró a un extraordinario sustituto para su rencor, y creo yo que por esta razón acabó cayendo en sus manos. El espeso tejido de tortura y sadismo fue atándolos y aproximándolos mutuamente hasta quedar separados tan solo por una delgada hoja de cuchillo. En la apoteosis de su torturada relación, cuando Cucurella se abalanzó sobre el teniente con la bayoneta en la mano, y únicamente mi presencia pudo impedir que se la clavara en los riñones, se produjo la inversión. Tan violenta e inesperada que ni ellos mismos podían explicar qué les estaba sucediendo. Durante el segundo mes Cucurella se apartó de mi protección y comenzó a participar en las delirantes juergas del teniente. Creo que también aquel mismo mes comenzó a pincharse.

Coincidíamos, como no puede ser menos en lugar tan escaso, bebiendo en el mismo local o dando tumbos por las estrechísimas calles del zoco; yo, solo; él, con su teniente. Nos saludábamos desdeñosamente. Pero comencé a alarmarme al

sorprenderle, repetidas veces, negociando con moros jóvenes de la peor reputación; no los habituales sirvientes sexuales o pequeños contrabandistas, sino la execrable ralea de confidentes, soplones y hombres de mano que la presidencia de gobierno protegía en las plazas africanas. Nadie, que yo supiera, se había librado de la muerte negociando con ellos, y solo los inexpertos, los ingenuos, o los desahuciados creían poder sacar algo de aquella lepra. Yo lo sabía perfectamente porque llevaba poderes.

Pero al llegar al tercer mes, Cucurella dio un apretón a su locura y cometió el mayor error de su existencia. Inició una aproximación amistosa e intentó convencerme para que entrara en un negocio, son palabras suyas. Más exactamente, en una empresa de importación y exportación. Pregunté si el teniente participaba; me respondió que por supuesto y que era insustituible. Acepté con la única finalidad de averiguar qué clase de sórdida trampa le estaba tendiendo el madrileño.

A pesar del asco que me producía, tuve que compartir mesa con el teniente, tuve que brindar con el teniente, tuve que asistir al hundimiento moral de Cucurella, quien obedecía sumisamente a su verdugo. En una de tantas jaranas, el teniente rogó a Cucurella que le permitiera apagar el cigarrillo. Cucurella extendió su brazo derecho con la manga subida. Entonces pude ver que lo tenía en llaga viva y que algunas quemaduras estaban infectadas. Aparté de un manotazo el cigarrillo del teniente, pero Cucurella me pidió con extravagante seriedad que no me interpusiera en las investigaciones que estaba llevando a cabo. Encendió otro cigarrillo y se lo alcanzó al teniente, el cual, sonriendo benévolamente, lo aplastó contra el brazo de Cucurella sin darme tiempo a reaccionar.

Así transcurrieron diez o doce días, durante los cuales se negaron a decirme ni una sola palabra acerca del negocio, a pesar de mis insistentes preguntas. Pero la noche de un viernes me instaron a preparar lo necesario para salir de excursión, aprovechando el fin de semana. Vamos a viajar de paisano, pero cálzate las botas porque pisaremos arena, me aconsejó Cucurella.

Salimos el sábado, en un camión del ejército, sin matrícula castrense, que el teniente utilizaba con frecuencia, previa distribución de permisos y arrestos entre el cuerpo de conductores. Cruzamos a la zona de soberanía marroquí sin ningún problema y nos adentramos en la comarca prelitoral que es puro pedregal; tierra peligrosa y desolada, por lo que no me extrañó que el teniente nos diera sendas pistolas a Cucurella y a mí. Al llegar a uno de esos múltiples refugios de caravana, abandonados hace ya muchos años, que sirven ahora como guarida de prostíbulos y garitos clandestinos, o depósitos de mercadería robada, nos detuvimos.

Nos esperaba en el interior media docena de moros, indiscutibles hijos de las zonas rurales más miserables, buenos mahometanos y sacrificados padres de familia que se vendían a la esclavitud para salvar del hambre a los suyos. Estaban tumbados por el suelo, con el signo de la resignación sobre las caras, pero al ver entrar al teniente se alzaron y apriscaron como corderos. Ahora ya sabía cuál era el negocio de importación y exportación. Se trataba, naturalmente, de cruzar la frontera con

cargamento de inmigrantes ilegales; infelices destinados a las tareas más duras y repugnantes. Suspiré aliviado pues aun siendo empresa de cierto riesgo, lo cierto es que no era nada comparado con lo que yo había llegado a imaginar. Llevado por mi juvenil optimismo creo que me alegré e incluso palmoteé la espalda del teniente. Cada vez que lo recuerdo me vienen ganas de vomitar.

Montaron a los moros en el camión, no sin antes recoger el pago de su miseria, ciento diez mil pesetas, y los cubrieron con una lona parda. Debían de asfixiarse allí encerrados, a pesar de que el sol andaba ya bajando y pronto nos asaltaría el intenso frío de la noche. Emprendimos el regreso haciendo uso de un itinerario alternativo que serpenteaba más próximo al mar entre dunas y cañizares. Inexplicablemente, cuando aún faltaba hora y media para alcanzar la frontera, el teniente detuvo la marcha. Vamos a dar de comer a esa gente, comentó jovialmente. Era un paraje de arenales, azotado por el viento e iluminado por una enorme luna roja. Al fondo se escuchaba el bramido del mar.

Los moros descendieron uno a uno y se apiñaron de nuevo, mirándonos con sus ojos hundidos. Cucurella descargó un saco lleno de tarteras metálicas, y las fue repartiendo como en un local de beneficencia. Los moros agradecían la cena con un golpe de cabeza y palabras de salutación y afecto. Vamos a subir a aquella duna, dijo Cucurella, mientras ellos cenan; así lo verás mejor. Supuse, candorosamente, que me hablaba del paisaje nocturno, verdaderamente sobrecogedor, con sus jirones de niebla verde sobre el mar y los rompientes, y no sospeché nada mientras subíamos. Mis sospechas comenzaron media hora más tarde, consumido medio paquete de cigarrillos, y aterido de frío. Señalando al círculo de moros, protegidos del viento contra el camión, ¿qué hacemos aquí?, pregunté, y ¿por qué no nos íbamos de una vez?, pero mi voz fue barrida por el primer aullido; un sonido gutural, zoológico, que me hizo entender que por fin iba a conocer el terror.

Los moros, que se habían sentado apretujados esperando la orden de seguir viaje, se incorporaban ahora lentamente. Unos se estrujaban el estómago con ambas manos y daban traspiés, como si estuvieran borrachos. Otros gritaban, corrían un trecho en dirección a nuestra duna, y caían al suelo retorciéndose frenéticos. ¿Qué es esto?, exclamé mirando a Cucurella. Con los ojos cerrados, jadeando, presa de un delirio inexplicable, me contestó: cianuro, escucha, escucha el mar.

A partir de ese momento se me cerró toda percepción del tiempo, de mí mismo y de mis siniestros compañeros. No puedo decir si la agonía duró media hora o una hora y media. Recuerdo que uno de los moros, quizás más resistente, quizás más desganado y por lo tanto menos envenenado, consiguió llegar hasta nosotros, en la cima de la duna, con los brazos extendidos, no sé si con intención de estrangularnos o pidiendo auxilio. Cucurella sacó su pistola, pero el teniente le detuvo: ¡qué haces!, ¡nada de dispararle!, con la piel agujereada no valen ni la mitad. Una tremenda patada en el vientre hizo rodar al moro hasta el nacimiento de la duna. Ya no se movió más. ¡Estáis locos!, grité. La sonrisa de Cucurella, beatífica, de satisfacción sexual, no la

olvidaré mientras viva. Pues ahora viene lo mejor, comentó.

Bajamos de la duna. Cucurella y el teniente agruparon los cadáveres arrastrándolos por los tobillos. En tanto Cucurella desnudaba los cuerpos, el teniente registraba los bolsillos de chaquetas y pantalones, guardando, con pedantesco ordenancismo militar, los diferentes objetos en bolsas de esparto etiquetadas. Los seis cadáveres, flacos, amarillentos, peludos, congelados por la luz de la luna (una gota de mercurio, ahora, sobre nuestras cabezas) formaban una estampa gótica.

¡Coge esto!, me conminó el teniente, lanzándome una de las palas adosadas al fuselaje del camión. Le seguí, desprovisto de voluntad y entendimiento, hasta una hondonada iluminada por los faros que Cucurella orientaba desde el volante del vehículo. ¿Era aquí?, gritó el teniente señalando unos matojos de brezo. ¡No! ¡Más a la izquierda!, le respondió Cucurella. Una vez puestos de acuerdo, comenzamos a cavar en la arena, los tres, en silencio roto tan solo por silbidos de viento que me hacían crujir los dientes. Pero aún me faltaba un paso más en el conocimiento del horror.

No estábamos abriendo tumbas para muertos. Yo, en aquellos años, aún conocía la compasión y no había dudado ni un momento de que estábamos enterrando los cadáveres. A la tercera o cuarta palada, sin embargo, el teniente avisó a Cucurella con un tono jocoso: ¡mira, aquí hay uno! Nos acercamos. De entre la arena removida sobresalía un pié seco, inconfundible, el esqueleto pellejudo de un pie humano. ¡Ah!, pues está bastante bien, confirmó Cucurella; ¿lo ves?, bastan quince días, al menos en esta época del año, ya te lo decía yo.

Cuando la luna iniciaba el descenso de su curva, sobre la arena se alineaban ocho momias. Quizás mi propio aspecto no difería demasiado del de ellas, porque el teniente me informó, solícito, que el verdadero negocio no residía en el dinero de los emigrantes ilegales, sino en la venta de momias a museos americanos y europeos. Aquí, enterrada en arena, haces una momia cada quince días; ni un gusano, ni una mosca, ni una sabandija; hienas y chacales han desaparecido; solo los perros silvestres pueden cavar un hoyo, pero algún riesgo hay que correr... Se resecan como hojas en otoño, con una calidad cerúlea verdaderamente exquisita; las puedes hacer pasar por momias peruanas, aztecas, chinas e incluso egipcias; a los regentes de los museos les es absolutamente indiferente que se las envíen desde África o desde Auschwitz; por las mejores pagan hasta quinientas mil pesetas; los de hoy van al museo de antropología de Chestown, en California, concluyó Cucurella.

Creo que fue ese patronímico, California, lo que me despertó. En un solo instante abarqué la totalidad de la situación con una lucidez tan cegadora que por un momento dudé no haber perdido, yo también, la cabeza. Aproveché que tanto el teniente como Cucurella estaban ocupados en alzar las momias, ligeras como cigarros, para dispararles por la espalda. Al teniente le di en la nuca y cayó como un saco, sin un grito, desinflado; pero a Cucurella no le acerté. Giró el cuerpo, sin soltar la momia, y me miró con gran serenidad. Dio un paso hacia mí. Yo entonces todavía conocía la

compasión. Luego otro. Yo mantenía el arma, con el brazo alzado, apuntando a su cabeza. Cuando dio el tercer paso, disparé y le atravesé el cuello. La sangre, mezclada al aire de los pulmones, brotaba con un burbujeo alegre, jovial. No pude reprimir la risa. Estuve riendo un buen rato.

Monté en el camión y conduje hasta las cercanías del paso fronterizo costero, que es el más frecuentado por los contrabandistas y los traficantes de opio, y en consecuencia el menos escrupuloso con el registro de entradas y salidas. Dormí unas horas en la cabina, hasta que el sol calentó la cubierta y me empapó de sudor. Limpié la pistola con mucha atención antes de arrojarla entre los espesos cañaverales. El domingo por la tarde me hundía en un sueño plúmbeo, estirado sobre el jergón, en mi cuartel. Días más tarde los diarios informaron sobre el asalto sufrido por dos militares españoles en viaje turístico por las riberas del Mediterráneo; según decían, habían sido robados y muertos por bandoleros, plaga del nomadismo en descomposición, no sin antes vender gallardamente sus vidas. Hubo una tibia protesta por vía diplomática, una expedición de castigo que costó la vida a un par de familias de pastores, y aquí paz y después gloria.

Ni un solo comentario a las palabras de el Chino; palabras de despedida, seguramente. Y descanse en paz Cucurella, muerto del cuello.

22 de agosto

La liturgia del Animal, en lo que a mí me afecta, tiene lugar a última hora de la tarde. Para entonces, a pesar de la ventana abierta, su habitación está cargada de efluvios orgánicos en estado de maduración. Ya no controla sus esfínteres, así que hemos dispuesto unos pañales, extendidos bajo las sábanas, y los renovamos todos los días. Poco a poco la habitación va tomando prestados elementos de la terraza del Museo de Historia Natural. ¿Dejará el Chino que las moscas se coman el cadáver?

El ritual es como sigue, a saber, Marta lo sujeta por los tobillos mientras el Chino y yo suspendemos el cuerpo por las axilas. De un solo impulso lo volamos hasta el sillón de orejas, no sin que deje escapar un leve quejido, muy tenue, por la contracción que sufre el cuello, horriblemente hinchado. Marta retira la sábana y los pañales, teñidos de un color verde alga. Hieden de un modo espantoso. Luego colocamos de nuevo el hule, la sábana de repuesto y los pañales limpios. Creo que la limpieza y el frescor de la cama llegan hasta su cerebro, pues cada día, indefectiblemente, me parece adivinar algo similar a una sonrisa de beatitud en ese rostro contrahecho y liliáceo. De todo modos, es difícil de creer, ya que el Chino no deja pasar un día sin inyectarle morfina.

Hay un cierto orden en esta locura. El Chino corre un peligro muy serio, no solo por denegación de auxilio, que sería, sin duda, la acusación a que se vería sometido si algún familiar llegara a saber que el Animal ha muerto sin ayuda médica, sino

también por uso indebido de fármacos, o incluso por tráfico de estupefacientes. Pero no está corriendo estos peligros por dinero. En realidad he dejado de creer que, en general, actúe por dinero; actúa por voluntad, por una enorme voluntad que le pesa como una bola de hierro. Entre el Chino y el Animal hay una deuda pendiente que está siendo saldada estos días; un conflicto del pasado entre dos amantes a quienes separó la soberbia; una soberbia que fluye ahora lentamente a su cloaca. El Chino ha musitado un par de frases sobre el Animal, el cual, según he creído entender, le animó, le proporcionó cierta ayuda, fue su sostén o modelo, un ideal; en consecuencia, un estorbo o un error que debe ser extirpado. ¿Cómo crecer y sostenerse y *empuñarse* —hablo de el Chino, de la imagen que obtiene de sí mismo mediante el ejercicio de su voluntad— mientras subsista la sospecha de que está SUBIDO A UN TABURETE para alcanzar la altura soñada? El Animal habría sido, tiempo atrás, el fragmento de altura que le faltaba a el Chino; habría sido el taburete sobre el cual podía asomarse a un espejo alto en exceso. Ahora está retirando el taburete para comprobar si ya ha alcanzado la medida precisa. Esa es su satisfacción, participar en la disolución del Animal.

Marta, en cambio, actúa con absoluto desparpajo; para ella la limpieza de la casa exige una atención especial en lo concerniente a baños, cocina y MUERTO. Apenas hablamos mientras dura la liturgia, pero si Marta hace algún comentario, siempre es de orden técnico, ¿por qué no probamos con Dodotis, que son más absorbentes?, o bien ¿no crees que sería mejor afeitarse con maquinilla?, se le está irritando mucho la piel. ¡La piel! ¿Qué piel? ¿Esta membrana tensa como un sapo hinchado? Pero es que ella se encuentra fuera de NUESTRA historia; lo que ve ahí tendido, con los ojos entreabiertos como el Cristo de Basilea, está ya al otro lado de la vida y aunque pueda dedicarle igual esfuerzo que cualquiera, o más, sabe por instinto que es un lujo, o bien una perversión; toda su SALUD se revuelve contra el virtuosismo médico y científico; contra los simulacros de vida. Ella habría enterrado al Animal al primer síntoma, al primer mareo, como se enterrará a sí misma en cuanto advierta que la vida ya ha pasado de largo; bastará un puñado de arrugas, una piel flácida. Se enterrará viva y no por eso sentirá la desdicha.

Peina los largos y pegajosos cabellos del Animal con la misma satisfacción que sentiría peinando a una hija de ocho años. Incluso palmea con colonia la frente y el cuello monstruoso. ¿No sigue jugando con muñecas, y seguirá, quizás, jugando con muñecas en el infierno? Pero me asusta el intercambio de miradas que han mantenido ella y el Chino después de un comentario transparente y opaco; simultáneamente luminoso y ciego. Bajábamos la escalera uno detrás de otro y yo en medio. El Chino ha dicho por encima de mi cabeza: ¿alguna novedad, Marta? Y entonces Marta, sin detenerse ni volverse: ¡ninguna! ¡qué bien! ¿no? Si la cosa sigue así otra semana... El Chino ha insistido, pero su voz no era la voz de siempre; o más bien era la voz de siempre con el añadido de un tortuoso timbre juvenil: ¿otra semana? ¿todavía no estás segura, mujer? Ahí, justamente ahí es donde me he comenzado a amostazar; ¿por qué

ha dicho «mujer»? Él nunca emplea tales giros, tales sordideces en cierto modo CARIÑOSAS. Algo muy importante ha de sucederle para hablar de esa manera.

He sentido el mismo asco que si se hubiera dirigido a mí diciendo «oye mozalbeta» o cualquiera de esas vomitivas expresiones («hacer las delicias de», «está de rechupete», «hola jefe», «¡ah, ya habéis llegado, parisinos!», «su palmito», «el buen hacer») de uso corriente entre almas viles. En cualquier caso Marta, que ya había pisado el recibidor, ha concluido con lo más inquietante de todo, un ¡ten pacieeeeeencia!, con la «e» alargada tal y como digo, pacieeeeeencia, intolerable y siniestro. Hablemos claro: un tonillo CONYUGAL. Entre ambos. Y la asociación de ideas es, de otra parte, transparente. El Animal, sus deyecciones, ambiente generalizado de cirugía, ¿eh?; y ella, Marta, sus trastornos fisiológicos, sus peculiaridades femeninas, ¿eh?, otro modelo de quirófano, como quien dice.

Desde ese momento he dado un inmenso salto atrás, imagino, intuyo, el plan, la estrategia (veo, para qué engañarnos, caer la losa NO SOLO sobre el Animal), pero todavía no oso deducir las consecuencias. Por el momento me lo tomo con ligereza (unos vienen otros van, el muerto al hoyo el vivo al bollo, ah, ah), lo canturreo en la inconsciencia... porque si me lo dijera en sucio, digo, en serio, no podría soportarlo. ¿O sí? Sí. La desdicha es que estoy preparado, tras tanta humillación, para aceptarlo, para «ponerlo en familia»; ¡olvidar jamás mi condición transitoria!, ¡no estar en disposición de prolongarse!, ¡no esperar, desde luego, OTRA semana! Esta es mi conclusión.

¡Oh Señor! Su cabeza, su cuello, sus hombros, sus brazos, sus manos, sus pechos, su vientre, su sexo, sus piernas, sus pies, todas esas COSAS de las que hablan por la radio... ¡Oh Señor, todas esas cosas, toda esa *espiritualidad*...! ¿Ha de ser siempre lo mismo? Una repetición eterna por puro cansancio, cuando no por entumecimiento, repetición del SI que parece la única palabra capaz de llegar a Tus oídos; oídos monoléxicos, ¡monoídos!

(esta es la última entrada, sin fecha, conservada en el cuaderno)

¡El pecado es pura obligación! ¡Necesidad! Es la resignación, ella misma. Eso es, con toda exactitud *científica*, el pecado. Lo que está mandado, eso es el pecado. Si mis actos no son libres, son pecaminosos, infección, asco. Todo cuanto hacemos porque no hay más remedio, por sumisión y humillación, es pecado. ¡Mucho pecado en el mundo! Si no quiero ducharme, pero me ducho, cometo pecado venial. Sí no quiero matar, pero me veo en la obligación de matar, cometo pecado mortal. ¡Pero no peco si QUIERO matar y mato! ¡No pecaba el indio! Ese no pecaría ni que se cargara a media ciudad. He decidido libremente matar, y mato; luego no he pecado, soy

inocente, puedo dar explicaciones, puedo hacerme entender, doy sentido a la muerte. O bien ha sido mi INSTINTO. ¡Que me maten como a una fiera, entonces, pero como a una fiera inocente! Ahora bien, el que mata porque es su obligación, ese peca.

Así se lo he dicho, tal cual. Ella, como es de suponer, no comprendía, o bien fingía no comprender. ¿De qué me estás hablando? ¡estás rarísimo! ¡Te estoy hablando de matar! ¡Por favor, que me das miedo! Marta fruncía el ceño sin cólera, con ambas manos sobre el cuello como si quisiera estrangularse o se le hubiera roto el collar de coral. Es insoportable ver a un inocente asustado, pero no me dejaba otra alternativa. ¡Me estás asustando, deja de decir barbaridades! No se movía de su sitio, las rodillas bien juntas sobresaliendo bajo la falda de lona azul. A veces, un breve zapato contra el suelo. ¡Cállate, no digas más barbaridades! ¡Eres un cretino! Pero yo quería que me comprendiera: siento mucho asustarte, pero debes comprender; lo malo no es matar o robar o mentir o pasear o ducharse; el mal no está en lo que haces ni en lo que dejas de hacer, pobre mosquito efímero y acéfalo; el mal está en la traición y en la negación; tú no quieres matar, así que debes convencerte de que quieres matar, para poder matar libremente; como el Animal, que está siendo muerto por el Chino, puesto en muerte a petición del interesado, ¿verdad?, ambos lo quieren así; cuando CONVENCES a un animal de que quiere morir, entonces es libre y puede elegir morir; pero mientras no lo sepa, mientras no lo acepte, se muere por obligación, y eso es pecado, ¡todos los animales mueren en pecado!, ¡todos los animales se condenan!, solo los hombres queremos morir y morimos libremente y entonces NO NOS MORIMOS, pero los animales están condenados, ¡y no existen!

Marta me miraba con sus ojos antárticos y los dedos enredados en el collarcito de coral. ¡Ay, cállate ya! ¡Pero qué te pasa! ¿Has vuelto a beber? ¿Quieres asustarme? ¡Pues ya estoy asustada! No me comprendía. No me comprendía en absoluto. Necesito tu colaboración, necesito que colabores, que pongas tus ideas a mi paso, que escapes a tu instinto (¡oh mil veces maldito instinto que no te conserva PARA NADA!) y busques refugio en el CEREBRO DEL CUERPO; si llegas hasta allí, no te va a costar nada comprender que quieres matar incluso lo que forma parte de ti, y que lo matas por amor... En ese instante chilló. Un grito perfectamente predecible, el chillido de los recién nacidos que enloqueció a los soldados franceses de la línea Maginot. ¡Tú eres un asesino! ¡Pues naturalmente que soy un asesino! ¿No soy un hombre humillado? ¡Pues soy un asesino voluntario! ¡Defiendo la esterilidad!

Y entonces, por arte de magia, el Chino comparece sujetando el batiente de la puerta. Por primera vez puedo ver una expresión apresurada en sus ojos o en sus gafas, nada tranquilizadora. ¿Pero qué pasa aquí? ¿Ah pero estabas en casa? ¿Qué le has hecho a Marta? ¡Dice que quiere que mate no sé qué, está loco! ¿Cómo? ¡Que dice que quiere que mate no sé qué, está imbécil! ¿Estabas arriba, estabas arriba, con el Animal, qué estabas haciendo arriba a estas horas? ¿Y a quién tiene que matar si puede saberse? ¡Pues sí señor, Marta tiene que matar, yo quiero ser estéril! Lo más probable es que lo seas. Ya, pero ella... Ella no, por eso se fue a Suiza, pero luego

decidió no hacerme caso. ¡Pues es lo mismo! Marta tiene que Matar libremente a otro animal, al pobre, desgraciado animal que se le ha impuesto como un monstruo de dos cuerpos, de dos almas, o aún peor, de dos culpas y de dos humillaciones, y debe hacerlo pronto porque ese animal crece agarrado a sus tripas como la yedra; la devora, la posee, como el bulto del Animal, y dentro de muy poco será demasiado tarde porque ese animal ya CONCEBIRÁ LA MUERTE., ¡la concebimos tan pronto!, y entonces ya no podrá ser muerto de ninguna de las maneras. ¡Sí, estoy practicando un ABORTO ORAL, en mí mismo, eso es lo que estoy haciendo!

¿Lloraba yo entonces como en la Visión del Calabozo? ¿Autocompasión? ¿Autoaborto? Las cosas han cambiado tanto que ya no puedo asegurarlo; sé que Marta al fin había comprendido y me abrazaba la cabeza arrodillada en el suelo diciendo «pobrecito, pobrecito». Entre ambos me levantaron hasta sentarme en la mesa de la cocina, como un niño. Allí comenzaba mi despedida. En las cambiantes facciones de el Chino, ahora móviles como la piel del pulpo, había amanecido una máscara nueva, creada no sobre, sino bajo lo anterior, y seguramente a martillazos, con unos ojos oscuramente lejanos y un diente de oro, e incluso, ¡oh, Dios mío!, bigote. También la voz se había enriquecido con esas líquidas y es abiertas, inconfundible ornamento del dialecto valenciano. Más hundida y humillada su alma que la mía; bálsamo de la mía, a pesar de que yo ya estaba liquidado.

Ahora vamos a subir al altillo, decía, los tres juntos para acabar con todo esto de una vez, y luego tú te vas a ir de esta casa. Pero lo decía tan amablemente que me arrancó un «muchas gracias» en el tránsito de la cocina a la escalera; inacabable escalera por la que veía transcurrir mis días en forma de hojas de papel. Y yo me iba recogiendo, me iba recogiendo.

En el altillo ya no se olía nada orgánico, aparte de un aroma seco, de cuero o esparto que timbraba la lanza de sol africano lanzada desde la ventana hasta la cama. El Animal había escapado a su mortalidad y era un hombre muerto a cubierto de los signos de la más alta poesía y el más elevado pensamiento. El monumento del respeto. Ahora caía yo en la cuenta de que sus rasgos eran suaves, la barbilla azulada y arrogante, vertical a la almohada. Los labios reseco se habían petrificado hacia el interior de la boca dejando al descubierto un diente de oro. De la nariz, extremadamente afilada, brotaban unos pelos largos en forma de anzuelo que se fundían en el bigote castaño de puntas blancas. No *tenía* los ojos ni abiertos ni cerrados, sino entreabiertos, pero la pupila se había descompuesto como en un pez. El cabello, arreglado hacia atrás, cubría las orejas casi transparentes.

El Chino, a la derecha de la cama, lo observaba con extrema gravedad, como si hubiera descubierto su cabeza o entre ambos intercambiaran señales más allá de la vida. De pronto, dando un paso al frente casi militar, sin la menor vacilación, se inclinó sobre el cadáver y le besó en la frente. Al hacerlo, en el contraste de ambos perfiles, supe, por fin, cuál era la secreta personalidad del Animal, ahora hombre muerto, pues nariz, ojos, pómulos, boca y cabello coincidían en ambos como dos

siluetas recortadas en torno a una copa. Ahora, dijo el Chino, acabo de nacer; así es. Y en efecto, había entre ellos un pacto anterior, un pacto de vida comenzado tras el nacimiento, un pacto escrito en las horas y en los días del aprendizaje, quizás un pacto olvidado después por soberbia y envidia mutuos, pero indestructible porque estaba escrito con una sangre común, y las venas son los caminos del hombre.

Ahora ya no podía sostenerme, aun cuando todavía iniciara una frase, seguramente la de reconciliación y despedida, seguramente la que comienza diciendo: por tu boca, Señor, he recibido al padre... pero ya era inútil, la escena se iluminaba a mis ojos con una luz tan cegadora que las palabras no producían sonido. Esta era, por fin, la boca del Señor, la que encadena a los padres con sus hijos. También con ella se sellaba la puerta que hacía de mí un doble extraño; extraño para los muertos y extraño para los vivos; extraño para lo que el Chino abandonaba y extraño para lo que el Chino recibía. Tuve la certeza de que yo no significaba ya nada en aquella frase escrita por el tiempo, la sentencia que unía a tres de los cuerpos presentes y cuya herencia, ahora custodiada por la fuerza viva de Marta, no podía ya, de ninguna de las maneras, pertenecerme.

El silencio de la hora dejaba caer sobre cada figura la más intensa sábana de hermosura; claridad del muerto que entraba en sí mismo; claridad del heredero como un cirio sobre la tumba; claridad de la portadora cuya presencia es la alegría de los hombres, su confirmación y su perdurable honor. Yo estaba fuera de allí. Expulsado por la multitud. Tibio. Estéril. Vomitado. De tan irrelevante, apenas si tuve que mover los pies para verme en la calle. Fue como un transporte de alma; algo más propio del viento. Las acacias mecían sus copas de Domingo de Ramos, pero no para mí. Casi sin esfuerzo me encontré de nuevo en la Avenida del Tibidabo, desierta en el calor de agosto, sostenida en la burbuja de cristal que emanaba el asfalto reblandecido. Habría dado innumerables vueltas en torno a la plaza, sin rumbo, como la embarcación desarbolada que emboca el puerto con la sola ayuda de su instinto, de no ser por una sensación extraña que me había desasosegado desde que abandoné la casa, pero que solo ahora se hacía insoportable.

Me detuve a pensar con cuidado, en un doloroso esfuerzo de concentración, cuál podía ser el elemento irritante que me mantenía o me devolvía a mí mismo, aun cuando todos mis animales, cerebro, hígado, corazón, quisieran escapar cada uno por su lado haciéndome pedazos. ¿Cómo era posible que me mantuviera pegado a mí mismo? Los árboles de Judea, cuyas flores de color lavanda son el esplendor de abril, se agitaban a la luz; algo imposible, pero también la higuera fue maldita por el Señor por no dar fruto a su paso, fuera de estación. Sentado en un banco de la plaza, a la sombra del árbol de Judea, trataba yo de entender por qué se movían las hojas siguiendo el ritmo de mi corazón y mis pulmones, y qué teníamos en común. Pasaron las horas, y los niños, y las mujeres, y los atolondrados trabajadores, y los autobuses, y los perros desesperados.

Antes de anochecer, justo antes de anochecer, sentí un dolor intenso bajo el brazo,

debido a la inmovilidad, pero en cuanto alcé la mano para dejar correr la sangre, algo cayó al suelo. Al principio me costó reconocerlo, pero luego fue como encontrar mi propia tumba. ¿En qué extraordinario delirio había yo recorrido la casa hasta encontrarlo? ¿Qué espíritu del cuerpo evitó que lo abandonara? No puedo decirlo, pero allí estaban sus cubiertas arrugadas, como una respuesta sin pregunta. Seguíamos siendo dos y uno mismo. Con él he seguido y quizás con él seguiré mucho tiempo. Ambos salimos de paseo por las calles acogedoras, entre la amable humanidad. Subimos y bajamos las Ramblas adormecidos por el tapiz oriental de sus colores y aromas; nos acercamos con curiosidad al Ensanche en donde duerme el hormiguero económico encantado por un geómetra; trepamos al Tibidabo para mirarnos en la desesperación del mar; en todo momento queremos abrazarnos a cada habitante de la ciudad, como el viejo filólogo al caballo fustigado, nuestro hermano; buscamos con impaciencia a Leandro Bonet, sin éxito hasta el momento; compartimos iluminaciones efímeras con borrachos andaluces, y también la exaltación del pensador maltrecho en cuerpo y alma, desahuciado por el amor y la filosofía; rememoramos los grandes hombres de antaño, los criadores de buitres, los adiestradores de perros, los ladrones de libros, las mujeres fuertes y habladoras, las figuras clásicas; hemos regresado a La Boa e incluso hemos pagado las copas de nuevas malagueñas escoltadas; ¡leemos!; hemos adelgazado; nos cortamos el pelo en la barbería de la calle Tallers; en ocasiones pasamos por delante del establecimiento de bebidas y nos decimos que uno de estos días vamos a entrar para saludar a Diego. Todo, absolutamente todo, se lo debo a mi cuaderno, porque nada he vuelto a saber ni de Marta ni de el Chino. Con este cuaderno me explico hora tras hora, una y otra vez, la peripecia que nos ha devuelto al mundo, sin repetición. Dentro de poco, cuando nuestro cuerpo recupere su ácida y tibia voracidad, cuando pueda borrar de la puesta en familia al especialista de la banalidad, de las páginas de este cuaderno tomaré la fe precisa para escribir un libro. Un libro modesto y lleno de esperanza. Este libro.



FÉLIX DE AZÚA nació en Barcelona en 1944. Doctor en Filosofía y catedrático de Estética, es colaborador habitual del diario *El País*. Ha publicado los libros de poemas *Cepo para nutria*, *El velo en el rostro de Agamenón*, *Edgar en Stephane*, *Lengua de cal* y *Farra*. Su poesía está reunida, hasta 2007, en *Última sangre*. Ha publicado las novelas *Las lecciones de Jena*, *Las lecciones suspendidas*, *Ultima lección*, *Mansura*, *Historia de un idiota contada por él mismo*, *Diario de un hombre humillado* (Premio Herralde), *Cambio de bandera*, *Demasiadas preguntas* y *Momentos decisivos*. Su obra ensayística es amplia: *La paradoja del primitivo*, *El aprendizaje de la decepción*, *Venecia*, *Baudelaire y el artista de la vida moderna*, *Diccionario de las artes*, *Salidas de tono*, *Lecturas compulsivas*, *La invención de Caín*, *Cortocircuitos: imágenes mudas*, *Esplendor y nada* y *La pasión domesticada*. Los libros recientes son *Ovejas negras*, *Abierto a todas horas*, *Autobiografía sin vida* (Mondadori, 2010) y *Autobiografía de papel* (Mondadori, 2013). Una edición ampliada y corregida de *La invención de Caín* ha sido publicada por la editorial Debate en 2015. Su último libro es *Génesis* (Literatura Random House, 2015). Escritor experto en todos los géneros, su obra se caracteriza por un notable sentido del humor y una profunda capacidad de análisis.